

UNIVERSIDAD

EAFFIT



Sala de Patrimonio Documental

A mi querida mamá y á mis
hermanas Carmelita, Ana
y Lola.

Emetolluina
J

Febrero 13 de 1885.

UNIVERSIDAD

EAFFIT



Sala de Patrimonio Documental

DIARIO DE LA FAMILIA

INSTRUCCION MORAL Y RELIGIOSA

PARA TODAS LAS EDADES, ÉPOCAS, CONDICIONES Y CIRCUNSTANCIAS

DE LA VIDA CIVIL Y DOMÉSTICA

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]
TRADUCCIÓN

DE

ERNESTO M. SICARD

Sala de Patrimonio Documental

BOGOTÁ — 1884

IMPRESA DE CARO HERMANOS, A CARGO DE ERNESTO M. SICARD .

UNIVERSIDAD

PRIVILEGIO

El traductor y editor de esta obra se halla en pleno goce del que le concede la ley nacional; en tal virtud, nadie tiene derecho para reproducir sin su permiso ni el todo ni parte alguna del contenido del presente volumen.



Sala de Patrimonio Documental

395
D 539
Ej. 1
1884

AL LECTOR.

LOS LIBROS de la naturaleza del que hoy tenemos el honor de ofrecer á la sociedad colombiana como un remedio suave y eficaz para la mortal enfermedad que la aqueja, apenas necesitan una instrucción sobre el uso que de ellos debe hacerse para sacar de su lectura todo el provecho posible. La advertencia del autor, que va en seguida, dice lo bastante acerca del objeto que él se propuso al escribirlo, que es el mismo que nosotros nos propusimos al traducirlo y nos hemos propuesto al publicarlo no obstante los obstáculos que ofrece la penosa y delicada situación del país. Ese objeto no es otro que el de llevar al seno de la familia cristiana, en forma de agradable y variada lectura, las más claras, dulces y consoladoras enseñanzas para el hombre que, apartándose por algunos momentos del sucio polvo de la tierra, en donde lo mantienen como aherrojado en dura prisión los negocios de la vida del cuerpo, levanta su espíritu y su corazón á Dios, para pensar en todo lo que á Él debe, en lo que debe á la patria, á la familia, á sus semejantes y á sí mismo, en el fin excelso para que fué criado y en la manera como puede llegar fácil y felizmente á ese fin.

No es extraño que por donde quiera se alcen amargas quejas por la decadencia del sentimiento moral y del espíritu religioso; quejas á no dudarlo sólidamente fundadas, puesto que por una parte no vemos, como en otra ocasión lo dijimos, sino ligereza y burla, mal entendido amor propio, vanidad y esfuerzos supremos para eludir los mandatos de la conciencia ó para ahogarlos en el seno de los placeres; y por otra jóvenes, hombres ya formados, y hasta ancianos atormentados por la duda cruel respecto de Dios y sobre la suerte futura de su alma. La larga y pesada cadena de miserias públicas y privadas, los incontables sufrimientos y desgracias de un gran número de familias son el resultado lógico y natural de la falta de espíritu religioso.

Además de las frecuentes guerras de que hemos sido testigos, esa multitud de escritos dictados por un saber vano ó superficial, y leídos por espíritus no menos superficiales y soberbios, han contribuido también á la decadencia del sentimiento moral y religioso entre los hombres y á la ruina de la moral pública. Pero la fuente principal de donde manan todas las desgracias sociales que hemos presenciado y presenciaremos todos los días está en el descuido é indolencia con que se mira la educación doméstica, que es la base de la educación social y de la educación política. En vista de esto, nadie habrá que no crea oportuna y necesaria la publicación de un libro como éste, cuyas tendencias son nobilísimas y cuyos benéficos efectos, Dios mediante, no se harán esperar mucho tiempo.

Nada asegura á los sentimientos de piedad cristiana un imperio más duradero, nada inflama más el corazón ni lo hace amar las acciones nobles y virtuosas, nada contribuye tanto á la paz y á la felicidad doméstica como esas conferencias en las que un padre ó una madre, rodeados de su familia, se ocupan de Dios y de sus obras, del porvenir eterno y de todas las esperanzas de este espíritu creado para una vida inmortal. Al terminar tan piadoso y saludable ejercicio la alegría y la paz se difunden en el seno de la familia, una lágrima de felicidad sella la alianza entre sus miembros y confirma la promesa que hicieron al recibir el agua redentora del bautismo de vivir religiosamente en el mundo para ser dignos de las divinas promesas en la eternidad.

Pues bien; á multiplicar y á favorecer esas escenas de devoción doméstica, á devolver á la familia los privilegios de que en mejores tiempos gozaba, á las costumbres su pureza y sencillez primitivas, á la educación doméstica el celo é interés que de suyo demanda y que casi tiene perdidas, y por último á la pobre patria los días felices y tranquilos que nuestros mayores entre vieron al través del humo de los combates en que se libraba la suerte de tres millones de hermanos es á lo que tiende este libro.

Si el resultado de nuestros esfuerzos corresponde á nuestras esperanzas; si vemos que este libro llega al seno de la familia y es acogido con afectuoso interés, como se acoge á un buen amigo que lleva al hogar la paz, el consuelo y la esperanza, la pequeña parte que en él tenemos quedará premiada con usura.

Bogotá, Octubre 20 de 1884.

ERNESTO M. SICARD.

ADVERTENCIA

SOBRE EL OBJETO Y USO QUE DEBE HACERSE DE ESTE LIBRO.

FUERON escritas estas páginas en días de terror y alarma, en medio de los furioses de la guerra, con el ánimo de despertar la piedad adormecida, alentar á las almas abatidas é ilustrar las inteligencias extraviadas. Por la primera vez apareció durante ocho años consecutivos en forma de periódico hebdomadario; y á pesar de la incoherencia de las materias en ellas contenidas merecieron el honor de ser reimpresas muchas veces. Tan favorable acogida determinó á su autor á perfeccionar más y más su trabajo y á adaptar sus diversas partes á las diferentes clases de lectores. Después, escogiendo entre las distintas publicaciones de ocho años las materias que pudieran servir para la edificación de una familia cristiana en general, el autor reunió las que pueden aplicarse particularmente á todas las circunstancias de la vida y á la conducta de los jóvenes de ambos sexos; las que interesan al hombre que gusta de contemplar religiosamente las bellezas de la creación; las que prefiere el desgraciado cuyas miradas buscan la luz de la eternidad; en una palabra, las que contienen meditaciones sobre el objeto y sobre las verdades religiosas, materia tan á propósito para elevar el pensamiento y purificar el corazón.

Tal es el origen de este libro consagrado á la piedad religiosa. No es, pues, sin objeto que los artículos que contiene, en vez de estar colocados en un orden rigurosamente metódico, presentan una variadísima sucesión de materias. Esa misma variedad despierta la atención del lector, y las ideas que en el libro encuentra le producen á las veces una impresión tanto más profunda cuanto son más inesperadas, sobre todo si están en armonía con las necesidades de su corazón.

Es posible, lector amigo, que en este libro que se os presenta para vuestra edificación, para vuestra instrucción y para la paz de vuestra alma, no encontréis siempre lo que sea más conforme con la situación de vuestro espíritu; pero esto mismo es para vos una ventaja más bien que una contrariedad, porque para el alma es un gran bien el que su atención se contraiga á objetos de que estaba muy lejos de ocuparse. Puede ser que hayais descuidado por largo tiempo ese mismo objeto, y que tal vez hasta lo hayais perdido enteramente de vista, y entonces es conveniente que lo recordeis. También puede suceder que por esa misma tristeza que os abrumba esteis llamado á contemplar la grandeza, la majestad y la misericordia de Dios, y entonces se os abre la fuente de los más dulces consuelos; ó que en medio de los acontecimientos felices que os llenan de viva satisfacción, vuestra piedad os conduzca á meditar en la fragilidad de las cosas del mundo, ¿y habrá momento más propicio para que aprendais á moderar vuestra alegría?

Pero no es del lenguaje ni de la lectura de estos escritos de donde debéis esperar la sabiduría y la felicidad, sino del espíritu con que las leais en las diversas situaciones de la vida y de los sentimientos que os inspire esa misma lectura.

El primer amigo de una familia cristiana debe ser JESUCRISTO, y sus palabras y sus consejos deben ser nuestro oráculo en todos los negocios de este mundo. ¡Que dulce es vivir en una casa en donde los trabajos diarios empiezan y acaban con la meditación de las cosas de Dios, con la elevación del alma á Dios! ¡Cuán conmovedor es el espectáculo de una familia en la que un padre venerable, una madre piadosa, rodeados de sus hijos, de parientes queridos y de servidores fieles leen ó explican la palabra del Señor! ¡Cuánta semilla de virtud riegan en ella! ¡Cuántas bendiciones descienden sobre ese hogar cristiano, y cuántas faltas é infortunios se ahogan sin que á ningún ojo humano le sea dado descubrir!

No pretendemos, que todos los días se reuna la familia á determinada hora para hacer esta lectura ó ejercicio piadoso, porque las cosas más agradables las torna el hábito fastidiosas; pero á lo menos destinareis una hora por semana para recogeros dentro de vos mismo y entregaros á los secretos de vuestra alma. Reuníos entonces en familia para instruiros; tomad la obra que halleis más á propósito para inflamaros en santo celo religioso, y preparaos así para hablar con Dios, para examinar vuestras buenas ó malas inclinaciones y para imponeros las convenientes reglas de conducta para lo futuro.

Es posible que no siempre esteis dispuesto para pensar y estudiar las grandes verdades de la religión; que os halleis preocupado ó agitado por acontecimientos felices ó desgraciados de familia; que vuestra imaginación esté distraída con algún proyecto ó empresa seria, ó que os halleis dedicado á algún trabajo que exija todo vuestro tiempo, que demande todas vuestras fuerzas y solicite toda vuestra atención. No os afaneis por esto, amigo mío. Verdad es que no siempre teneis la misma inclinación á pensar ó á ocuparos de la religión. Pero en tal caso, ¿habreis de dejaros dominar por vuestras inclinaciones, ó deben éstas sugetarse al imperio de vuestra razón? Puede muy bien suceder que sin desearlo, sin pensarlo siquiera, os veais obligado á dirigiros á alguna persona de elevada posición social y política; ¿no es verdad que entonces concentraríais todas vuestras fuerzas intelectuales en vuestro respeto hacia esa persona? Pues bien, Dios, que es el rey de los reyes y el señor de todos los señores, está delante de vos en todos los instantes de vuestra vida; la eternidad os circunda á cada paso, á cada movimiento de vuestra mente y de vuestra voluntad. ¿Y en presencia del Ser Supremo, en presencia del mismo Dios, sereis por ventura incapaz de la respetuosa atención que os impone un superior humano? No, nunca debeis diferir esas saludables ocupaciones si no quereis dejaros arrastrar gradualmente á los afectos impuros. Es preciso que el pensamiento de un Dios, la idea de que debeis haceros digno de Él, sea para vuestro espíritu un hábito, una necesidad imperiosa. Este es el medio de obtener la victoria sobre vos mismo y de conseguir la perfección moral. Es preciso que la religión y la virtud sean para vuestra alma un alimento tan necesario como lo son la comida y bebida para vuestro cuerpo. Sin eso, vuestro nombre de cristiano no es más que una careta, y vuestra oración un vano ceremonial: verdaderamente no estais consagrado al Señor, no sois cristiano.

No dejeis, pues, ni al acaso, ni á las circunstancias, ni al capricho de una disposición momentánea la elección de las horas en que debeis entregaros con los compañeros de vuestra peregrinación sobre la tierra á las meditaciones ó ejercicios piadosos, porque al fin y al cabo esas horas vendrían á ser más raras de lo que exigen las necesidades de vuestro corazón. ¿No empezais todos los días y á determinada hora vuestras ocupaciones domésticas ó las de vuestro estado social, sin preguntaros á vos mismo si estais ó no dispuesto á entregaros al trabajo? ¿Y si de esta manera obrais en beneficio de vuestro cuerpo, de vuestra exis-

tencia terrestre, querreis hacer menos por la parte más noble y hermosa de vuestro sér? No dejeis vuestras piadosas reflexiones para los momentos de descanso, porque Dios, la eternidad, la suerte futura de vuestra alma no son objetos que puedan ni deban destinarse á distraer vuestro hastío ó á ocupar vuestros ratos de inacción.

Elegid, pues, el tiempo en que, libre de vuestras ocupaciones, podáis entrar en vos mismo, ya sea en medio de la soledad y del silencio, ya rodeado de vuestros hijos y demás personas de la familia reunidos con el mismo objeto. Si es posible, fijad un día y una hora precisa para tan importante ejercicio. El día más á propósito para estos piadosos trabajos domésticos es el domingo, día solemne y de reposo para todo el mundo cristiano, porque está consagrado al retiro, al recogimiento y á la meditación, y en él nos vemos conducidos naturalmente á reflexionar sobre los trabajos de la semana que va á empezar. El alma cristiana eleva involuntariamente en ese día sus ojos hacia Aquél que tiene en sus manos nuestros destinos, hacia el Dispensador de todo bien y de toda felicidad. Nunca perdáis de vista la importancia de ese hermoso día, no descuideis el consagrarle una hora siquiera de piadosa meditación. Esa hora puede tal vez ofreceros una verdad de la cual dependa vuestra dicha, y la tranquilidad de vuestra conciencia durante la semana que empieza.

Bien sea que leais vos mismo ó que oigais leer, acostumbraos á no hacer nunca aplicaciones á segunda ó tercera persona sino á vos mismo. Comparad lo que se ofrece á vuestra meditación con el estado de vuestra alma, con vuestra manera de pensar, con vuestra conducta, y por este medio llegareis á conocer sin gran trabajo hasta qué punto habeis avanzado en el camino del bien y lo que todavía os falta para ser un verdadero discípulo de Jesucristo, un digno hijo de Dios, y en fin para vivir dichoso y para morir en paz.

Fijad vuestra atención especialmente en los pasajes que más os hayan conmovido y que parecen escritos para vos, porque esos pasajes están escogidos y destinados para vos. Conservadlos en la memoria como un tesoro de infinito precio; guardadlos como una regla invariable de conducta para toda la semana que comenzais, y si es posible para todo el curso de vuestra vida.

La memoria es siempre infiel y por consiguiente las buenas resoluciones se olvidan en los momentos en que es más necesario llevarlas á la práctica. Los trabajos, las ocupaciones, las inquietudes y los placeres borran durante la semana las buenas ideas

concebidas en el día del Señor y las santas resoluciones tomadas en la soledad y el recogimiento, y para este caso se os ofrece el mismo recurso: traed á la memoria todos los días, antes de dar principio á vuestras tareas, y volved á leer, si os es posible, esos mismos pasajes cuya relación con vuestro estado moral os conmovió. Un buen pensamiento así renovado en la calma de la mañana, se convierte en cierto modo en un ángel guardián que vela sobre vos durante el día. No estimeis en poco vuestra propia dignidad en esos casos en que creéis que podeis prescindir de ella, porque vuestra dignidad os preserva de toda precipitación funesta en vuestra conducta, os inspira sentimientos elevados y resoluciones enérgicas, os habitúa suavemente á la práctica de la virtud é imprime, en fin, á vuestra alma un sello indeleble de nobleza.

¿ De qué proviene que leyendo ú oyendo leer tantos libros edificantes y la relación de tantas buenas acciones, y pudiendo hacer buenos propósitos en esas horas de inspiración religiosa, nos mostramos después de algunas semanas ó después de algunos días, tan débiles, tan duros, tan empedernidos como si nunca hubiéramos salido de nuestro estado de miseria? Nos disculpamos con que nos faltan las fuerzas, con que el hombre no puede dejar de ser pecador, con que la gracia no obra en nosotros eficazmente, y nos conformamos con nuestra degradación y con nuestros gemidos; luégo lamentamos nuestra debilidad, nos arrepentimos de los vicios que expiamos algunas veces cruelmente, ó bien desesperamos de llegar á ser tan buenos como debiéramos serlo; pero no pensamos en que una gran parte de nuestros descuidos y de nuestras faltas, en que la frecuente inutilidad de nuestras buenas resoluciones depende de que no las recordamos. El tiempo debilita en nosotros el recuerdo de las ideas que la lectura ha hecho nacer y de los propósitos que hemos formado, hasta el punto de no poder recordarlos en toda su primitiva fuerza. Es pues, muy útil, para sostenerse en las santas resoluciones y para llevar una vida pura é irrepreensible, distinguir cuidadosamente los pasajes que se han oído para leerlos sin cesar.

¿ Quereis que vuestra casa se convierta en un templo y vuestra familia en una reunión de sinceros creyentes? ¿ Quereis que el amor y la paz reinen en vuestro hogar para que en él se vea cumplida aquella frase de Jesucristo: "Allí donde estén reunidos dos ó tres en mi nombre, allí estaré yo entre ellos"? Cuando hayais leído algunas páginas religiosas que hayan conmovido vuestro ánimo, no os conformeis con hacer de ellas un frio elogio

ni con exclamar: "¡Que bellas y útiles verdades"! No; pensad en la impresión que os hayan hecho y tratad de conservarlas en la memoria. Si vuestros hijos, todavía jóvenes han asistido á vuestra piadosa lectura, interrogadlos sobre lo que hayan podido comprender; explicadles en términos sencillos lo que su inteligencia no haya podido aprovechar; haced lo posible á fin de grabar en su memoria las frases y los pensamientos fáciles y propio para su edad que se hallan diseminados en éste y en otros libros piadosos; pero en ningún caso les impongais esto como un deber diario que acabaría por hacerlos indiferentes para con las cosas santas, aun cuando es muy ventajoso para los jóvenes el grabar en su memoria las buenas lecciones; porque, cuando, como sucede con frecuencia, su corazón duerme al acercarse la tentación, la memoria vela, los advierte y los salva del peligro.

Bien, pues, lectores cristianos! Que la paz del Señor sea con vosotros! Es posible que una de las grandes satisfacciones que Dios nos reserva, consista en poder dirigir nuestras miradas sobre vuestra existencia mortal, y en contemplar los efectos del bien que queríamos procurar. Es posible también que reconozcamos entonces á aquellos para quienes no hemos sido del todo inútiles. Tal vez no pasareis desconocidas para nosotros, almas que sufrís, y á las que Dios habrá querido enviar por nuestro conducto algún consuelo en la hora de la tristeza; ni vosotros, los que en el momento del peligro pudisteis vacilar entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio y fuisteis llamados por Dios á la lectura de estas páginas que os han ofrecido nuevos motivos para olvidar el mundo y someteros á su voluntad soberana. Quizás reconozcamos entonces á aquéllos para quienes hemos sido un instrumento de la Providencia divina cuyas dudas disipamos y á quienes condujimos al verdadero camino de la vida y hacia el Padre inmortal de los hombres! Sí, porque en Dios estamos todos unidos, en Él permanecemos mediante su divina gracia y en Él nos encontraremos un día!

Imperfecta es sin duda la obra que hemos emprendido con el fin de extender el reino de Dios y hacerle amar de los que no le conocen! Pero Él sabe cuáles han sido nuestras intenciones y nuestros deseos de servirle y defender mejor la causa de su gloria! Oh! si hubiéramos podido manifestar en una viva llama todos los sentimientos que abrasan todo nuestro sér! Pero tú, Señor, ante quien nada es grande ni pequeño; tú que has creado los mundos de la nada y que nos haces admirar sus maravillas en tus más insignificantes y sencillas obras; tú que te muestras grande

aun en los seres más débiles y pequeños, haz que lo poco que hemos podido hacer por amor tuyo, redunde en provecho de tus hijos. Hemos querido y queremos hacer el bien: si lo conseguimos, á tí y no á nosotros lo deberán las almas afortunadas que saquen algún fruto de estas lecturas.

Bendice, Dios mío, nuestros esfuerzos á fin de que ellos sirvan para purificar nuestro corazón, para sentirnos inflamados en un nuevo amor por tí, y para sostener nuestro ánimo en la lucha constante y tenaz con el espíritu del mal.

Bendice también esas almas, á las cuales has querido que anunciemos tu santa voluntad, y santifícalas con tu palabra que es la verdad misma!

UNIVERSIDAD

EAFIT



Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

LA PROVIDENCIA.

HAY momentos, horas, días y aun semanas de sufrimiento que abaten nuestro espíritu y destruyen nuestras esperanzas; hay épocas en las que todas las calamidades vienen sobre nosotros, conmueven nuestras más íntimas convicciones y hasta nos hacen dudar de que haya una Providencia que gobierne el mundo.

Algunas veces nos horrorizamos al ver el triunfo de la maldad y la opresión de la inocencia. El cristiano que cumple fielmente sus deberes y que hace en silencio todo el bien que puede, es con frecuencia menospreciado, calumniado y perseguido; al paso que el egoísta hábil y el malhechor poderoso ven las más de las veces sus empresas aplaudidas y coronadas de un éxito feliz. En vista de esto, muchos hombres honrados se preguntan "si el ojo de la Providencia no vela ya sobre nuestros destinos desde lo alto de los cielos."

El azote de la guerra arrasa á las veces vastas y hermosas regiones; personas cuya casa era el asilo de la paz interior y virtuosa son arrojadas de ese santuario, ó cuando menos la felicidad de que en él se disfrutaba, es desterrada de él para siempre. ¿Qué crimen había cometido esa familia para que el templo de sus virtudes domésticas fuera entregado á las llamas? ¿qué mal había hecho ese desgraciado padre de familia para ver destruir en pocas horas el edificio de su fortuna, en la cual había trabajado toda su vida con laudable actividad, sin derroche y sin lujo y sólo por interés de sus hijos? ¿Tantas noches de insomnio, tantos días de

privaciones, tantos sudores, tantas inquietudes, tantas esperanzas no han tenido otra recompensa que la desgracia y la miseria? ¿Qué delito cometió ese niño inocente, objeto de la alegría y del amor de sus padres? Ah! Los bárbaros lo arrojan con los autores de sus días y lo condenan á todos los horrores de la necesidad; luchará toda su vida con la pobreza, y cuando los apoyos de su infancia le falten, irá tal vez de puerta en puerta á mostrar sus lágrimas y su miseria para excitar la compasión y no morir de hambre! Os estremeceis, es verdad; pero cuántas de estas víctimas de la guerra no ha visto nuestro siglo y nuestro país? ¡Y cuántas veces nos hemos preguntado si es un acaso cruel y ciego el que así juega con los destinos de los hombres, ó si todavía existe en el cielo una Providencia!

Una madre inconsolable está de rodillas cerca de su hijo moribundo. Ese hijo querido que ella concibió en el dolor y que formó con tanta ternura, está allí como una flor que se marchita, y con él desaparecen todas las alegrías que ella esperaba en el mundo; y ora levanta al cielo sus ojos arrasados en lágrimas, ora los pone en ese ángel pronto á volar á la mansión de la dicha sin fin. Reanimado por un momento con sus besos, el niño abre los ojos y sonríe á su madre con la sonrisa de la inocencia; con su mano débil estrecha por última vez la mano materna como para una larga despedida; con cuánto dolor abandona á la que lo ha amado tanto! Pero no importa! Una mano invisible separa sus corazones y rompe los lazos de su amor: la madre cae inmóvil sobre el cuerpo de su hijo; sus dolores y sus cuidados han sido inútiles; en vano concibió tantas esperanzas como lágrimas había derramado; en vano dirigió al cielo los más fervorosos ruegos por la vida de su querido hijo! Y cuando de la tierra suben tantos gritos de dolor, habrá en el cielo quien los oiga? Ella dirige miradas sombrías sobre un porvenir triste y tenebroso, y los suspiros que se escapan de su pecho oprimido parecen decir: "si hay una Providencia, ¿por qué me abandona?"

Cuando las aguas desbordadas de los ríos arrastran las cabañas y á sus numerosos habitantes para sepultarlos en el fondo de sus abismos; cuando los terremotos destruyen ciudades enteras y hacen de sus ruinas inmensos sepulcros donde el bueno y el malo quedan confusamente amontonados; cuando las montañas ó los nevados se derrumban y cubren con sus ruinas todo el valle en donde pacían alegres los ganados, y envuelven en el mismo torbellino á los hombres y á las mujeres, á los ancianos y á los niños, á los habitantes del valle y á los de las alturas sin

que de ellos se pueda encontrar el menor vestigio, cuántos corazones se sienten como petrificados ante semejante espectáculo! ¡ cuántos hombres dirigen al cielo sus miradas inciertas que parecen interrogar los designios secretos é inescrutables de la Providencia!

Sí, en la carrera de la vida se ofrece algunas veces tal concurso de circunstancias que el cristiano mismo no permanece firme en la confianza con que descansaba en la Providencia. Hay en la vida épocas en que todo parece conspirar para hacer que caigan una á una todas las partes del edificio de nuestra felicidad: los sucesos más inesperados, las coincidencias más extraordinarias nos arrebatan todo, hasta nuestro último apoyo y nuestra última esperanza. En esos momentos de sombrío dolor parece que nos halláramos como en un vasto desierto, solos en el mundo, sin Dios, y abandonados al acaso ó juguetes de un destino inexorable. La fe en una Providencia tan buena como sabia, no nos parece sino una ilusión del alma, creada por la imaginación para calmar nuestros males.

Pero sí entramos en nosotros mismos y nos examinamos imparcialmente, pronto reconoceremos que la Providencia no ha cesado de velar por sus criaturas, y que Dios no es extraño á lo que pasa en el mundo; descubriremos en qué consiste que nuestra confianza es tan débil y nuestra fe tan vacilante.

Es imposible no convenir en que la mayor parte de los hombres no se acuerden de la Providencia sino cuando la fortuna comienza á abandonarlos. Mientras que las circunstancias exteriores los colocan en cierto estado de seguridad no se fijan ó no reflexionan sino rara vez y sin cuidado en las miras de la Providencia respecto de los destinos humanos; por eso es que no se estima debidamente el beneficio de la salud sino en el lecho del dolor; mientras estamos buenos nos reimos de las enfermedades y nos entregamos sin moderación y sin reserva á los placeres perniciosos que acaban por convertirse en veneno. El hombre que vive así no levanta sus ojos al cielo sino cuando la adversidad llama á sus puertas y lo asalta por todas partes. Entonces se pregunta inquieto: "hay una Providencia que vele por mí?" Pero bajo el peso de la desgracia que lo oprime, su espíritu está poco dispuesto á meditar con calma sobre los planes tan grandes como sabios de la divina Providencia, su corazón está enteramente ocupado de intereses diversos, para entregarse á reflexiones atentas y profundas sobre las miras del Creador! su espíritu no podría comprender de un momento á otro

los consejos de la eterna sabiduría, ni puede recordar á la vez todas las circunstancias, todos los acontecimientos que pudieran explicarle el encadenamiento de sus destinos, y vencido por su debilidad se arroja en el laberinto de la duda. El no ve sino el momento presente que le hace sufrir y el próximo momento que le amenaza, por que su mirada no abraza el conjunto de la vida; separa el accidente aislado que le aflige de la cadena de acontecimientos de la cual éste no es más que un eslabón. ¿Es, pues, de extrañarse que esta alma tan débil y tan poco ejercitada en estudiar y comprender el gobierno del mundo y las leyes generales de la Providencia, tome una parte por el todo y lo accesorio por lo principal, y que considere al hombre y al universo como el juguete de un acaso ciego y fantástico?

Si en los días tranquilos en que podíamos elevarnos á la contemplación de las cosas divinas, hubiéramos seguido atentamente en el secreto de sus operaciones la mano de Aquél que manda á los astros suspendidos en el espacio y que gobierna á los mortales apegados por algunos días á la tierra, nuestro espíritu hubiera derivado de esa meditación una luz que no habrían oscurecido los días tenebrosos de la desgracia y un vigor que no habrían podido domeñar sus asaltos. Si en las horas de tranquilidad y de reposo hubiéramos reflexionado en los acontecimientos singulares, felices ó desgraciados de que se componía nuestra vida pasada, en los trasportes de nuestra admiración y de nuestra gratitud habríamos exclamado muchas veces: "ved ahí el dedo de Dios!" Lo que habíamos considerado como un mal sin remedio, se nos habría presentado como una fuente de bendiciones derramadas sobre nuestras personas y sobre nuestras familias: nos habríamos convencido de que si el árbitro de nuestros destinos hubiera escuchado nuestros votos y llenado nuestros deseos, habría ahogado en su germen la felicidad por la cual le damos hoy rendidas gracias; habríamos adquirido la certidumbre de que tal cosa, en vano solicitada por nuestras súplicas y lágrimas, habría causado nuestra desgracia y la ajena, según la marcha natural de los acontecimientos; nos veríamos, en fin, obligados á confesar que tal golpe con que la adversidad nos hirió tan sensiblemente, ha producido los efectos más saludables para nuestro corazón y el cambio más feliz en nuestro espíritu, que le debemos nuestro presente estado de sosiego y los días que pasamos en el bienestar y en la paz de la conciencia.

Acostumbrado á meditar en esa Providencia que rige los destinos humanos, el discípulo verdadero de Jesús, seguro de

que vela por él, permanece incontrastable aun en medio del infortunio; él no conoce ese *acaso*, divinidad insensata de la ciega impiedad, sino que contempla alborozado la armonía del universo. El día de su desgracia invoca á Dios que puede salvarlo y consolarlo; pero teniendo presente que la vista del hombre es limitada y que sus deseos lo extravían, añade á su oración lo que el Salvador cuando se dirigió á su Eterno Padre: "Con todo, hágase siempre tu voluntad y no la mía." Lleno así de esa confianza que consuela el corazón afligido, descansa en la bondad y en la sabiduría de Dios, como un niño que se sujeta por amor á la voluntad paterna, aun en los momentos en que sufre los efectos de una severidad cuyos motivos ignora todavía.

Es preciso buscar en la altivez de nuestra razón ó en la ligereza de nuestro espíritu otra causa de las dudas que tenemos sobre la Providencia divina. Pretendemos juzgar acertadamente de la marcha del universo por un suceso aislado que nos toca de cerca. Insensatos! Queremos erigirnos en jueces de la marcha de nuestros destinos; nos atrevemos á pensar que nosotros la hemos arreglado más sabiamente que la Providencia, y, sin embargo, no sabemos lo que podrá suceder dentro de una hora, y no tememos revocar á duda la existencia de una voluntad poderosa y sabia que gobierna el mundo, á pesar de la impotencia en que estamos de comprender el objeto de esas calamidades que caen sobre ciudades y comarcas enteras. Con todo, nosotros no conocemos del mundo sino un grano de arena, y de una larga sucesión de siglos más que un instante. Lo que llamamos calamidad lo es para nosotros, ¿pero acaso sabemos si realmente lo es para los que consideramos como víctimas de ella?

Dudamos de que exista una Providencia porque no la comprendemos; y no pensamos en que para juzgar de los designios de Dios sería necesario ser Dios mismo.

Hay ocasiones en que murmuramos de los sucesos que nos parece no han de tener ningún resultado útil para la humanidad, y poco falta para que acusemos al cielo cuando vemos que el infortunio se ensaña contra hombres que no lo han provocado ni podían impedirlo; pero esos sucesos no fueron tal vez tan desgraciados para los que los sufrieron como lo parecen á nuestra imaginación aterrada. Cuando un terremoto destruye ciudades florecientes dejando bajo sus ruinas á miles de familias afortunadas; cuando al derrumbarse una montaña aplasta bajo su peso á los habitantes de una región apacible, ¿cuál es la desgracia que lamentais en esta tremenda catástrofe? La muerte de tantos

seres, decís. Y qué! La muerte es acaso un acontecimiento tan funesto? ¿Ese último momento en que nuestra fe cristiana nos representa transformados en espíritus gloriosos, no es el fin supremo de nuestra vida? ¿No sabemos, pues, que, según los cálculos más probables, diariamente mueren centenas y millares de hombres en todo el mundo y que á la vez nacen otros tantos? ¿Acaso será para nosotros una gran desgracia el abandonar la tierra junto con aquellos seres por quienes palpita de amor y de ternura nuestro corazón, para volar con ellos á la eternidad? ¿El amante esposo no preferiría dormir en el Señor al mismo tiempo que su esposa? ¿El corazón de la madre no querría romperse al instante mismo en que el hijo cierra los ojos para siempre? ¿Qué sabeis de calamidades, vosotros los que vagais en las perplejidades tenebrosas de la duda? ¿Si esos millares de hombres mueren juntos, no es cierto que todos los días mueren separadamente otros tantos ya sea por violencia, ya de muerte natural? ¿Y qué relación existe entre un punto imperceptible del globo y esa catástrofe para que ella os haga dudar de la mirada bondadosa de Dios sobre el universo? Lo que el Eterno hace está bien hecho. "Oh! profundidad de la ciencia y de la sabiduría de Dios! Cuán impenetrables son sus juicios, y cuán incomprendibles sus designios! Porque, ¿quién ha conocido el pensamiento del Señor, ó quién ha entrado en el secreto de sus consejos?"

El que dirige el curso de los astros y preside la marcha ordenada de los millones de mundos suspendidos en el espacio; el que conserva adheridos á la tierra por medios invisibles esos átomos de polvo que no pueden desprenderse de ella; el que da vida y calor á esos seres microscópicos para los cuales es un mundo el cáliz de una flor; el que imprime movimiento á la materia y rige y mantiene las leyes de la naturaleza inanimada, ¿podrá olvidar por un sólo instante á las criaturas que formó á su semejanza y que lo invocan, le ruegan y le adoran? Olvidarlas!.... La absoluta perfección de Dios consiste también en su ciencia, en su sabiduría y en su bondad, en esa bondad que se extiende á todo cuanto ha salido de sus manos. "Una sola de las aves del cielo no baja á la tierra sin el permiso de nuestro Padre celestial," dijo Jesucristo á sus apóstoles, "y hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados." "Si Dios viste los campos con la yerba que hoy nos sirve de alfombra y que mañana ha de ser arrojada al fuego, ¿por qué no ha de cuidar de vosotros, hombres de poca fe?"

LA PIEDAD FILIAL.

“Obedece con alegría y en silencio á tus padres como que ellos son los representantes de Dios sobre la tierra.”

NO HAY en el mundo un vínculo más fuerte ni más íntimo que el que une el corazón de los hijos al de los autores de sus días. Al Ser Supremo le damos el título de padre, y en verdad que no tenemos otro ni más dulce, ni más tierno, ni más querido para nuestra alma. El nombre de nuestro padre y de nuestra madre son las primeras palabras que aprendemos á pronunciar, y con ellas difundimos en torno nuestro el consuelo y la alegría; así como para pintar de un solo rasgo la inmensa desgracia que pesa sobre un hijo, para mover á compasión los corazones más insensibles, basta decir: *Este niño es huérfano, no tiene padres.*

¿Habría, pues, un lazo más poderoso que aquél con que la mano de Dios ata naturalmente al hijo al corazón de sus padres? Cierto es que hay una dulzura infinita en la amistad que une al hombre con el hombre y á la mujer con la mujer; también es dulce compartir las propias alegrías con un sér que se ama, y derramar el propio llanto en el seno de una alma en la cual hemos depositado toda nuestra confianza. Pero el tiempo, las circunstancias, las costumbres, la diferencia de la suerte y de las opiniones rompen con frecuencia los vínculos formados por la amistad, en tanto que la ternura y el respeto de un hijo por sus padres forman una alianza que nada ni nadie puede romper en absoluto. Las nuevas relaciones y los placeres que brinda la sociedad pue-

den hacernos olvidar á los compañeros de nuestra infancia, así como á las personas que participaron de nuestros sufrimientos en la edad viril; pero el más desnaturalizado de los hijos no olvida jamás á sus padres, porque está obligado á pensar en ellos, ora con tierno amor filial, ora con dulce melancolía, ora, en fin, con los terrores que produce una mala conciencia.

El matrimonio es, sin duda, una santa unión, un vínculo indisoluble; pero, ¡cuántas veces lo han profanado ó destruido la pasión ó el hastío! ¡Cuántas veces ha apagado el tiempo la llama de un primer amor, y cuántas ha seguido el divorcio á los más solemnes juramentos! El lazo que une al hijo al corazón de sus padres es el único que resiste á la pasión, al hastío y al tiempo. El hijo más degenerado se acusa á sí mismo sin piedad cuando piensa en los días de su infancia, en aquellos días en que sin temor descansaba en los brazos de su padre ó disfrutaba de toda la inefable ternura de su madre; y su frente se cubre de vergüenza cuando se siente como apartado, por indigno, de aquellos á quienes debe su existencia y su educación, de los autores de su felicidad actual.

La virtud sucumbe y se pierde á menudo, y huyen del corazón los más nobles sentimientos al soplo envenenado de las pasiones; pero el respeto que se debe á los padres no puede destruirse enteramente en el corazón más pervertido. Hoy, como en los antiguos tiempos, nos grita todavía la conciencia humana: "Los cuervos de los torrentes sacarán los ojos al que se burle de su padre y desprecie la enseñanza de su madre, y el polluelo del águila los devorará." (Proverbios, cap. XXX, 17). La respetuosa ternura para con sus padres, es la primera virtud que toma asiento en el corazón del hombre y es la primera que él aprende á conocer y á ejercitar; la primera que echa raíces en el alma del niño, por lo cual es imposible arrancarla del todo. Es la santa, la eterna llama que arde en nuestro corazón cuando todos los otros buenos sentimientos se han ahogado en él; es, en fin, la chispa que ha reanimado muchas veces las cenizas de las otras virtudes.

Los que digan que el respeto á los padres puede destruirse, que puede debilitarse hasta el extremo de que esa llama quede convertida en humo vano y ligero, son unos desgraciados. ¡Desgraciados también los hijos que olvidan á la madre que los ha llevado en su seno, y desdeñan al padre que los ha alimentado, conservado y protegido con peligro de su propia vida y en cambio de su reposo y tranquilidad! Desgraciados mónstruos cuya ingratitud no puede expresarse en ninguna lengua humana, porque sólo el infierno puede darles su verdadero nombre y pintar su de-

gradación! Los pueblos de la antigüedad no señalaban pena para el parricidio, porque no admitían la posibilidad del más espantoso de los crímenes, porque temían que la más ligera idea de él penetrase en el cerebro humano.

Se estremece el ánimo al ver que en nuestros días, en nuestras ciudades y en nuestros pueblos, haya podido consumarse tan horrendo delito; delito que, negado por la antigüedad pagana, siembra hoy el pavor en el seno de las sociedades cristianas y civilizadas! Véanse hijos ingratos, sacados por el favor de la suerte, de una humilde condición, avergonzarse de su origen y del nombre de los que les dieron el sér, y no ofrecer á un padre angustiado y á una madre enferma los auxilios que Dios y la naturaleza les demandan, sino con pesar, con dureza y las más de las veces con altanería; hijos sin conciencia, que no vacilan en sustraer con astucia á sus padres confiados, débiles é indulgentes los bienes que han acumulado á fuerza de trabajo y de privaciones; hijos insensibles á los sufrimientos de una madre que ha pasado á la cabecera de su cama largas, eternas noches de angustia; hijos indiferentes á las necesidades de un padre que no ha economizado ni el insomnio, ni los sufrimientos, ni el frío, ni el calor, con la esperanza de asegurarles una existencia honorable; insensatos, en fin, entregados á la ociosidad, esclavos del deleite, del juego y de la disipación, que se cubren de infamia sin pensar en las lágrimas de su madre, fríos é indolentes ante la indignación, ó la cólera, ó la profunda tristeza de su padre, duros como la piedra ante los dolores que causa la esperanza burlada, y que hacen blanquear día por día esas cabezas venerables que el pesar y el amargo desengaño arrastran al sepulcro. Desgraciados! Cómo podeis implorar á vuestro Padre que está en los cielos, si no teneis siquiera compasión por los que lo representan en la tierra cerca de vosotros? ¿Cómo podeis amar á Jesucristo y alegraros por la salud que os ha procurado con su sacrificio, si no amais, ni respetais, ni obedecéis á los que depositaron en vuestra alma los primeros gérmenes de la religión, y os consagraron su amor, todo su amor aun antes de que los hubiéseis conocido? Desgraciados, que os atreveis á dirigir vuestras miradas al cielo y á la eternidad, en donde no hallareis sino acusadores en aquellos mismos que debieran interceder por vosotros, y á donde no podreis presentaros un día y decir: "Héme aquí, Señor, con los padres que me dísteis!"

Oh! Vosotros cuyo corazón perverso é impío reniega del amor y del respeto debidos á los autores de vuestro sér, á los di-

rectores de vuestra juventud, á vosotros no se os puede dar otro calificativo que el de parricidas, porque vuestra dureza, vuestra ingratitud y vuestra desobediencia son otros tantos puñales con que por vuestra propia mano les dais la muerte! Vosotros, los que os avergonzais de vuestros padres y desoís sus consejos; los que mirais con desdén y aun os negais á recibir sus bendiciones, é indóciles y sordos á sus advertencias, os sumís en la vergüenza y en la abyección y colocais sobre las sienes de vuestro padre y de vuestra madre la corona de espinas del martirio y de la ignominia, á vosotros también se os debe llamar parricidas; porque si vuestros padres descienden al sepulcro agobiados de dolor, sois vosotros la causa y su muerte es vuestra obra!

Existe una Providencia, un juicio final y una justicia eterna. Por encima de los astros, más allá del firmamento, sobre vuestras cabezas está la sombría espada de la Divina Justicia! ¡Desgraciados de vosotros si alguna vez, á su turno, os desdeñan y os rechazan vuestros hijos! ¡desgraciados, si un día alargais vuestra mano temblorosa para pedir un socorro, un refugio en la soledad y el desamparo! ¡pobres de vosotros si, tendidos en el lecho del dolor, no recibís los cuidados de una hija, ni escuchais las oraciones de un hijo, porque os habeis hecho indignos de las alegrías del hogar, porque en vez de haber sido la honra y la satisfacción de vuestros padres, los habeis colmado de amargura!

Pero no continuemos en tan doloroso camino. Apartemos nuestra vista de tan desgarradoras imágenes, y consuélenos la idea de que la ingratitud filial es uno de los vicios menos comunes, y de que los hijos crueles ó indolentes ante los sufrimientos de sus padres, forman en la sociedad vergonzosas excepciones cualquiera que sea el velo de sensibilidad, de virtud y aun de religión con que quieran cubrirse.

“Hijos, dice la Escritura, obedeced á vuestros padres según el Señor, porque eso es justo.” “Honra á tu padre y á tu madre, y vivirás largo tiempo sobre la tierra.”

Honrad á vuestros padres y obedecedlos en vuestra niñez y en vuestra juventud, porque ellos os han dado la vida y os han rodeado de comodidades y de placeres, cuando vosotros no podíais darles en cambio sino angustias é inquietudes; ellos han velado por vuestro bienestar, por vuestra salud, por vuestra felicidad; ellos han sido los centinelas de vuestro corazón y os han preparado para la vida futura, en tanto que vosotros empezábais apenas á conocer esta vida pasajera. Obedecedles, y que su voluntad sea siempre la vuestra.

En el amor á los autores de nuestro sér se desarrolla nuestro amor á Dios, porque el amor filial es la primera religión del niño, y de él se derivan con los años las otras virtudes humanas. El niño que honra religiosamente á su padre, y ama con todo el corazón á su madre, es capaz de todo lo bueno y de todo lo grande. Ese espíritu de afectuosa veneración es el ángel protector de la inocencia de la primera edad, y ayuda al niño que peca á levantarse de sus caídas.

Obedeced á vuestros padres con alegría y sin murmuración, porque sólo ellos conocen los secretos de vuestra felicidad. Su experiencia es para vosotros, ó respecto de vosotros, como la misma sabiduría, y ya sea que os prodiguen sus caricias, ya sea que os apliquen algún castigo, nunca dudeis de que es su ternura el que os premia y su amor el que os castiga.

Amad á vuestros padres, no sólo sometiendo vuestra voluntad á la suya mientras que estais jóvenes y bajo su dominio inmediato, sino también con vuestras palabras, con vuestras atenciones y con vuestra conducta cuando no os halléis en el hogar. La falta de delicadeza, de cortesanía, de respeto y de urbanidad en el porte y en las maneras de un hijo en presencia de sus padres, denuncia una alma vulgar capaz de los más grandes defectos, porque la mirada y la palabra del hombre revelan la pureza ó la corrupción de su corazón. Honrad á vuestros padres, porque con eso os honrareis á vosotros mismos.

Honradlos aun cuando no esteis sometidos á su inmediata dirección, y nunca olvideis el bien que os han hecho.

Honrad y obedeced á vuestro padre que ha velado por vosotros noches enteras, en tanto que dormíais tranquilos; que oraba por vosotros cuando os entregábais á vuestros juegos infantiles; que se ha privado de muchos goces para proporcionarnos lo necesario, y que con el sudor de su frente ha provisto á todas vuestras necesidades y aun á todos vuestros caprichos. Honrad también á la madre que os dió á luz en medio de crueles angustias, y que desde entonces ha derramado sobre vuestra cabeza raudales de lágrimas de ternura y de inquietud. ¿ Con qué le retribuireis esas lágrimas y ese amor inquieto, si no es con la más tierna solicitud en sus días de sufrimiento? Cuando veais un niño suspendido del pecho de su madre, con todas las señales de la felicidad pintadas en su rostro de ángel, pensad en que vosotros también, privados de todo apoyo extraño, recibísteis cuidados semejantes de una madre que os quería más que á su propia vida. Y cuando veais una madre que juega alegre y sa-

tisfecha con su hijo, ó que vela pálida de miedo y de angustia cerca del lecho de aquél cuya vida está amenazada, pensad en que vuestra madre ha experimentado también por vosotros el mismo miedo y el mismo amor. ¿Cómo os será posible dejar de amar á la que por vosotros se hubiera expuesto mil veces á la muerte? ¿Cómo podríais rehusar el más tierno y profundo respeto á aquélla á quien debéis todo lo que sois? Tened presente que el hijo que no ama, ni respeta, ni obedece, ni venera á sus padres, no amarán, ni respetarán, ni obedecerán, ni venerarán nada sobre la tierra, porque nada será para él sagrado ni digno de respeto y veneración. Huid de ese mal hijo, porque su corazón es capaz de todos los crímenes.

Honrad á vuestros padres amando, sosteniendo y protegiendo su vejez. La más grande de las alegrías con que Dios premia en el mundo á los hijos piadosos, agradecidos y buenos, es la de conservarles hasta una edad avanzada á los autores de su sér para que por este medio puedan pagarles beneficio con beneficio y amor con amor. La debilidad ocasionada por los años hace que el hombre torne al estado de dependencia en que pasó su infancia; y el padre agobiado por la vejez, y la madre rendida por los continuos cuidados de una vida consagrada enteramente á sus hijos, no tienen ya ni fuerzas para el trabajo, ni aliento ni valor para defenderse y protegerse á sí mismos. Devolvedles entonces los días dichosos que procuraron á vuestra infancia; cuidadlos, apartad de su corazón el dardo agudo de los pesares, así como en otro tiempo ellos os alimentaron y usaron para con vosotros de toda su ternura y de todo su amor; sacrificaos por ellos como ellos se sacrificaron por vosotros.

Honrad á vuestros padres disimulando y ocultando sus defectos, si los tienen, bajo el velo de la más sincera piedad filial y juzgándolos respetuosamente. Ellos han pasado su vida derramando sobre vosotros toda suerte de beneficios y han llegado con honor á la última etapa de la vida. ¿Podreis, acaso, ser para ellos censores rigurosos? Si el respeto mismo y el amor que les profesais os obligan á hacerles caer en la cuenta de que sus debilidades pueden causarles daño en la estimación que los extraños les profesan, oh! llenad entonces ese deber con respeto filial y con grande miramiento en vuestras palabras; evitad en todo caso la amargura y la acritud; dad suelta á vuestro afecto, y suponiendo que sea demasiado tarde para desarraigar defectos contraídos por el hábito, guardad silencio y haced todo cuanto dependa de vosotros para impedir que esos defectos les causen

daño á ellos mismos, é impresionen desagradablemente á los demás. Sed discretos y velad sus imperfecciones y sus debilidades, porque el honor de vuestros padres es vuestro propio honor. Acordaos de que ellos también sobrellevaron con santa paciencia vuestros defectos y vuestros malos hábitos, y que en vez de despreciaros continuaron amándoos con la más tierna solicitud; sed sus benévolo defensores, pensando en que ellos fueron también los vuestros.

Honrad á vuestros padres, aun cuando hayan sido para con vosotros duros y alguna vez injustos. Vosotros no habeis sido creados para ser los jueces de aquéllos á quienes Dios confirió el encargo de traerlos á la vida. Su edad, sobre todo, reclama vuestra asistencia; su cabeza encanecida, vuestro respeto; su ternura para con vosotros en vuestra niñez y en vuestra juventud, vuestro reconocimiento por todo el resto de su vida. Si han sido duros para con vosotros, ¿quién puede asegurar que esa dureza no ha contribuido á haceros dichosos? Sedles agradecidos, y manifestádselo así con vuestra conducta. Ah! qué dulce es poder obligar con nuestro afecto y respeto á un padre y á una madre! Dichoso el hijo que puede gozar de tanta ventura! Y si vuestros padres han sido alguna vez injustos para con vosotros, sed vosotros justos para con ellos, y evitad el recordárselo, porque cada recuerdo de esa naturaleza será como una puñalada que les dareis en el corazón! ¿Y cómo habrá de curarse tan honda y dolorosa herida, si el tiempo va tan de prisa y lo pasado asume el carácter de irrevocable? ¿Y sabeis, acaso, si esa injusticia fué cometida á sabiendas? ¿Sabeis si las circunstancias los engañaron al apreciar equivocadamente vuestros sentimientos? En una palabra, si fueron injustos fueron tal vez inocentes, y, en todo caso, lo fueron por amor á vosotros. El corazón de una madre no puede dejar de amar, y el de un padre no cambia del todo.

Honrad á vuestros padres mientras viven sobre la tierra. Honradlos aun cuando no podais obedecerles siempre. La obediencia que deben los hijos á sus padres es absoluta en tanto que no sepan obrar prudentemente por sí mismos, y tengan necesidad de dirección y vigilancia. En edad más avanzada, cuando un hijo ó una hija son dueños de sus acciones, tal vez jefes de una casa ó de una familia, y están encargados de más graves deberes, los padres razonables y prudentes renuncian á la ciega sumisión de sus hijos, cuyas nuevas relaciones y necesidades ya no conocen, y se contentan con ser en ciertos casos sus consejeros útiles, pero nunca sus maestros.

La mayor edad releva á los hijos de la sumisión absoluta *pero no de toda obediencia*; y como hijos bien nacidos, debemos llenar con preferencia los deseos de nuestros padres, si ellos no contrarían los deberes que nos imponen el matrimonio, nuestra profesión ó nuestros hijos. Por muy adelantado que tengamos ya el camino de nuestra vida, y aun siendo casados y padres de familia, debemos sentir y manifestar por los autores de nuestro sér el mismo amor y respeto que en los años de nuestra juventud; porque, si bien es cierto que ellos han dejado de alimentarnos y de vestirnos, no por eso han dejado de ser nuestros padres. Satisfagamos con afectuosa atención todos aquellos deseos suyos que nada tienen de malo; no olvidemos ni desconozcamos nuestro deber filial ni su obligada modestia, aun cuando por el favor de Dios nos hallemos colocados en una posición más elevada que la suya. Los vínculos formados por la naturaleza son superiores á todas las relaciones de la vida civil, y nosotros éramos hijos antes de tener bienes de fortuna, honores y dignidades; ni dejaríamos de serlo si en virtud de las vicisitudes humanas nos viéramos hundidos en un abismo de miseria.

Honrad á vuestros padres con vuestros piadosos recuerdos cuando hayan hecho el viaje á la eternidad. Honradlos llevando una vida ejemplar después de su muerte. Vosotros fuisteis tal vez su último pensamiento, su último temor, su última alegría y el objeto de su postrera oración. Que su tumba os sea, pues, sagrada! que su nombre y el recuerdo de su vida llena de solicitud sea para vosotros un motivo de honor y de gloria; que el pensamiento de su alma inmortal, de la eternidad y de su bienaventuranza sean vuestra esperanza y vuestro último deseo.



CONSUELO EN LA DESGRACIA.

¡ Cálmate, alma mía, y permanece firme cuando huya la alegría y desciendan sobre ti los males ! ; Levántate del polvo, eleva tu pensamiento á Dios y recuerda que su divino Hijo Jesucristo murió por ti ! Esta vida no es más que un sueño fugitivo.

Si te esfuerzas en hacer la felicidad de los tuyos, y en traer sobre tu patria las bendiciones del cielo, no vuelvas atrás aun cuando el mundo entero se oponga y combata tus esfuerzos ; que nada te detenga en el camino del bien ! Tu felicidad no está en la tierra ; probadas tu fidelidad y tu firmeza durante la vida, obtendrás la corona de la eternidad. Animo, pues, y persevera !

PARECE que la felicidad de los hombres sobre la tierra hubiera de ser proporcionada á sus virtudes ; y sin embargo no es así. La religión hace bajar indudablemente la paz al corazón del cristiano, y á pesar de los más vivos y continuos pesares jamás es completamente desgraciado ; siempre encuentra en medio de la tempestad una áncora, en medio de las tinieblas una estrella. Pero hay horas y días tremendos en los que esa aurora se desprende de la roca y la luz de esa estrella se oscurece ; hay horas en que hasta la conciencia de nuestra rectitud, el sentimiento de nuestra dignidad moral, el recuerdo de nuestras buenas obras, léjos de dulcificar nuestras penas las hacen más amargas ! Entonces la copa del sufrimiento se llena y se desborda. Tal fué la hora en que Jesucristo sufrió mortales angustias en el jardín de

Gethsemaní y exclamó: "Padre mío! si es posible pase de mí este caliz;" tal fué la hora en que, clavado en la Cruz, se escaparon de sus labios moribundos estas palabras: "Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?"

Aquella fué para los hombres una lección de resignación y de conformidad con la voluntad de Dios. Pero para nosotros, débiles mortales, hay momentos de crisis en los cuales los sufrimientos conmueven nuestra fe. Cuando á pesar de la ciega confianza que tenemos en los designios de la Providencia y de la firme fe en el amor paternal de Dios; á pesar de la caridad que nos mueve á interesarnos en el bien de nuestros semejantes; á pesar de la abnegación con que llenamos nuestros deberes, caemos inevitablemente en la desgracia, en tanto que vemos que los malvados mecidos en los brazos de la fortuna ofuscan al mundo con el brillo de sus placeres, se elevan sobre nosotros sin mérito real, viven exentos de todo temor y hartos de deseos satisfechos; ah! cuando esto sucede se puede perdonar esta queja que nos arranca el dolor: "¿Para qué me sirve la virtud? ¿para qué mis fervorosas oraciones, para qué mis sacrificios y mis esfuerzos en beneficio de otros? ¿Para qué los sacrificios ofrecidos al bien público y al honor? El vicio triunfa de la virtud y ésta se ve postergada: el impío canta victoria, y la piedad y la inocencia son objeto de burla y de desprecio, nadie abre al desgraciado las puertas de un corazón amante y sincero, y parece que hasta Dios se olvidara de su criatura. Y qué! el orden establecido por las leyes de la naturaleza está por ventura en contradicción con la religión y la piedad cristiana?"

¿Quién puede negar que hay males á cuyo aspecto se siente el hombre tentado á revocar á duda el gobierno de una Providencia? ¿Quién puede negar que hay horas en que las ideas se confunden, en que la fe vacila, en que el alma desalentada es presa de una tristeza sombría?

Pero en esos momentos de desesperación llega hasta nosotros una voz celestial que nos dice: "Venid á mí, vosotros, los que os sentis cargados de dolores y fatigas, que yo os aliviare." Cuando la razón enmudece y no tiene para nosotros un consejo, la religión de Jesús nos brinda el consuelo; cuando el mundo nos rechaza, ¿en donde hallaremos un refugio si no es cerca de Dios bajo cuya mano poderosa alentamos?

Que breme la tempestad en torno nuestro; que toda luz de esperanza nos parezca extinguida; que no haya una estrella que alumbre nuestro camino; que el amigo nos haga traición,

que llegue nuestra inquietud hasta la angustia y la desesperación, y que el principio de la vida se halle en nuestro interior en lucha con la idea de la destrucción, Dios no deja por eso de ser nuestro Dios, ni su obra que es la obra de la perfecta caridad, dejará de cumplirse: lo que quita á nuestro cuerpo lo agrega á nuestra alma; lo que hemos perdido, lo que habremos de perder todavía pertenece á la tierra y debíamos contar con que es preciso devolvérselo.

Valor, pues, constancia y fe aun en los momentos más amargos. Dios no os dejará de su mano si vos no lo abandonais en cambio de algunas ventajas miserables de la tierra. ¿Quién os ha prometido la posesión permanente de esos bienes? ¿Quién os ha prometido el goce perpetuo de los sueños de la vida? Aun cuando hubiérais perdido, cual nuevo Job, todos vuestros bienes, ¿qué habríais perdido? Apenas un poco de polvo! "Dios me lo dió, Dios me lo quitó, bendita sea la voluntad de Dios."

Valor, pues, fe constante y firme, y nada habreis perdido, porque Dios es todo: vos también sois su criatura, el objeto de sus cuidados y de su amor. En esas horas de martirio, en las que las más espesas tinieblas envuelven para vos la tierra, y en que las alas de la muerte os cubren con su sombra, todavía os queda Dios, y vuestra alma está destinada á la inmortalidad. Dichoso si al fin de vuestra carrera, fuerte con la conciencia de haberos sobrepuesto á la adversidad, podeis decir: "He peleado la buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe en la Providencia."

Es una insensatez el pensar que la virtud puede tener su recompensa en los bienes temporales, en las riquezas, en los honores, en los varios placeres de la vida. No; los bienes de la tierra no pueden llenar las aspiraciones del alma inmortal. Nosotros no gustamos de los placeres sensuales sino en tanto que estamos dotados de sentidos; pero ellos son extraños á nuestra naturaleza íntima, á la virtud y á la piedad del sér espiritual; ellos son el resultado de nuestra previsión ó de nuestra actividad, ó de la fama que hayamos sabido merecer en el mundo ó también del favor de la Providencia que generosamente nos ha provisto de los medios de ejercer nuestra influencia.

Nada más erróneo, por consiguiente, que considerar las privaciones materiales, las penas físicas, los cambios de la fortuna como castigos de Dios. Nada más ilusorio ni más temerario que el ver en el bienestar, en la riqueza, en la vana gloria, una recompensa otorgada por el justo Juez. El cristiano más noble y

más fiel es el que con frecuencia sufre más privaciones, al paso que el impío más audaz náda en la opulencia. Una recompensa mucho más gloriosa está reservada al justo, así como al pecador endurecido le está reservado un castigo aun más espantoso.

Los padres animan algunas veces á sus hijos por medio de premios materiales; los soberanos premian el mérito de sus súbditos por medio de riquezas y de honores; pero no es que ellos quieran premiar así su virtud, sino que como que son hombres, no pueden ofrecer sino símbolos terrestres de su reconocimiento y estimación.

Por otra parte, los males que sufrimos son la obra de nosotros mismos; son la consecuencia del abuso de los dones del Creador y de la violación de sus leyes, porque el pecado se castiga siempre á sí mismo. O bien sufrimos estos males sin haberlos provocado, y en este caso la Providencia los destina á servir de medios tan útiles para servir á la salvación de nuestras almas, como los bienes temporales son los auxiliares para la virtuosa actividad. Así, pues, en último resultado, los sufrimientos concurren al triunfo del espíritu sobre la materia, y los dolores se convierten en un noble cortejo para el camino de la eternidad. Dios es justo y en el plan del universo no entra ninguna injusticia: todo en él conduce á un objeto sublime. Vive el remunerador, y él mismo constituye el fin y el precio de la vida. ¿Y qué son, después de todo, los pesares del tiempo presente comparados con la gloria infinita á que nos preparan dotando nuestras almas de mayor fuerza y dignidad para llegar al Tabor de su existencia, para alcanzar la palma de la inmortalidad?

La sabiduría infinita del Creador ha ordenado que ningún dolor humano sea perpetuo, sino que lo que se pierde en el alma descuidando mejorarla y ennoblecerla se ha perdido para un ser inmortal. El tiempo tiene un bálsamo para aliviar hasta las penas más dolorosas; y así como nuestras alegrías no son duraderas, así también las desgracias, los pesares y las angustias son nubes que atraviesan el horizonte de nuestra vida.

Con todo, vuestra situación empeora en vez de mejorar: habeis trabajado con lealtad, y no habeis hecho economías; el porvenir os espanta; bajais á toda prisa y con los seres que os son más queridos la pendiente de la pobreza y del desconsuelo, y los años y las enfermedades os empujan á él, y en fin, los rayos de la esperanza se extinguen en vuestro corazón y aquéllos á quienes habeis servido no os tienden una mano amiga. Ah! Desgraciado! no dejeis morir en vuestro corazón el amor de Dios,

y su providencia no os abandonará. Ella ablandará su corazón de piedra y no sereis en vano hombres y cristianos.

Y á vosotros, los que no habeis ahorrado ni trabajos, ni fatigas para servir á vuestra patria y á vuestros conciudadanos; á vosotros los que habeis sacrificado á la felicidad de vuestros semejantes los mejores años de vuestra vida, ¿por qué os affige la ingratitud de los hombres? Vuestra abnegación se paga con la calumnia, vuestra generosidad con las burlas, vuestra franqueza y sinceridad con el engaño y la doblez, vuestra benevolencia con el desdén, y estais á punto de sucumbir. Ah! no os dejeis arrastrar por el sufrimiento, no os dejeis abatir por el pesar! Hay un juez que os conoce, hay un padre misericordioso que os ama, y ese juez y ese padre es Dios el gran remunerador. Aun cuando el desprecio de los hombres os consumiera en el polvo, aunque el recuerdo de vuestras buenas obras se borrara de su memoria, no por eso Dios dejaría de ser Dios!

Vos, á quien el peso de los años, ó las enfermedades, ó los desengaños arrebatan todas las alegrías de la vida, no desesperéis. Las horas que pasais sollozando y suspirando son sin duda perdidos para vuestro bienestar temporal, pero no para el porvenir de vuestra alma! Vos, en otro tiempo tan orgulloso por la plenitud de vuestras fuerzas, tan fecundo en planes para el porvenir, sentís ahora sobre vuestra cabeza la mano de aquél de quien depende la suerte de la más pequeña como de la más grande de las criaturas. Vuestra fortuna se desmorona hoy cuando vuestro brazo no puede sostenerla; vuestros hijos casi huérfanos, no os dirigen sino miradas de tristeza; vuestra esposa devora en silencio las lágrimas cuya huella descubris en sus mejillas; con todo, tened valor, la Providencia poderosa os sostiene todavía. Aun cuando vuestro martirio fuera más cruel, y vuestro porvenir más triste y sombrío, *Dios no dejaría de ser Dios.* La verdadera felicidad de vuestra familia no depende de la suerte que vos le deseéis sino de la que Dios le señale. Si la hora de vuestra partida se acercara y las lágrimas de vuestros deudos fueran las lágrimas de la eterna despedida, querría decir que el Padre de los hombres os llama una hora más temprano á una vida mejor y que ellos os seguirán una hora más tarde, el corto espacio de un sueño. ¿Para qué atormentaros con el pensamiento de la suerte que quepa á cada uno de ellos?

Y vos, que habíais consagrado todo el afecto de vuestra alma á una amiga y que buscábais en ella toda vuestra dicha, ¿porqué estais triste y melancólico? ¿Será porque ese corazón

os ha engañado y porque esos labios os mentían un amor que vos habeis pagado con todo el vuestro? Desgraciado! Quizá ese desengaño ha enfriado para siempre vuestro corazón y os ha arrebatado la fe en vuestros semejantes; esa infidelidad os ha inducido á sospechar de las virtudes humanas; ya no teneis amigos en quienes podais fiaros; el mundo es para vos un desierto, porque sólo la amistad tiene encantos para una alma tierna y sensible. Pero tened valor, discípulo de Jesús, acabad noblemente vuestra carrera. Si los seres que os son queridos se separan de vos y desaparecen á vuestra vista, ese juego de sombras, esa continua vicisitud de las cosas pasajeras no puede menos que exaltar las fuerzas de vuestro espíritu, asegurar su independencia y adherirla al único ser inmutable, á la eterna verdad que es Dios!

Y vos, desconsolada viuda, ¿por qué llorais sobre el cadáver de vuestro esposo? y vos, desgraciado huérfano, ¿por qué llorais sobre el de vuestro padre ó de vuestra madre? y vos, madre afligida, ¿por qué empapais con vuestras lágrimas los despojos de vuestro hijo? ¿Qué es lo que guarda el sepulcro? no es acaso polvo? El alma puede acaso perecer? Lo que habeis perdido, lo que buscan vuestros ojos no existe ya sobre la tierra; pero alzad al cielo vuestras miradas y allí lo encontrareis. El poder misterioso que animaba sus miembros, el alma que os sonreía y que os hablaba está al presente con Dios en una esfera de actividad más hermosa. El despojo mortal que descansa en la tumba no pertenecía á esa esencia infinita. El sér que llorais, al terminar su carrera, ha combatido y guardado su fe y asegurado la palma de los escogidos.



LA CALUMNIA.

DE TODOS los vicios que azotan la sociedad, el más odioso y el más común, el que tiene más censores y al mismo tiempo más esclavos, es la calumnia, la que trae su origen de la malísima costumbre de ocuparse de los asuntos ajenos y de hacer de la vida privada de los demás el objeto de malignas conversaciones.

Muchas personas, á las cuales no se puede negar un buen corazón ó al menos la inclinación á la benevolencia, y que poseen más de una cualidad estimable, se dejan, no obstante, arrastrar por el deseo, y no pocas veces por la necesidad de intervenir en los asuntos de los demás, de averiguar su manera de vivir, y aun de penetrar, por decirlo así, en la vida íntima de personas que por otra parte les son indiferentes. Otras hay que detestan la calumnia y se estremecen al pensar en el veneno que vierte una lengua emponzoñada, que se quejan de ser víctimas de especies calumniosas, y que caen, sin saberlo, y con harta frecuencia, en el vicio que con tanta razón aborrecen.

¿Pero quién es el que propiamente hablando, merece llamarse calumniador? Todo aquél cuyos juicios, expresiones, informes y conversaciones ó escritos tienden á disminuir ó á debilitar injustamente la estimación que tenemos por alguna persona.

Si por medio de observaciones mordaces, de chistes, de indiscretas revelaciones, de pequeñas diferencias de familia, ó de la maligna interpretación de nuestras palabras ó de nuestras acciones, se debilitan ó disminuyen el aprecio y consideración de que somos objeto entre los hombres de bien; si se nos arrebatara ese dulce abandono y esa afectuosa confianza que procura

tantos encantos á nuestras relaciones sociales, ¿ no es cierto que con esto se infiere un ultraje á nuestro nombre hasta entonces sin mancha? ¿ No es verdad que de esa manera se ofende y se destruye nuestra bien sentada reputación? ¿ Y no es evidente también que esa es la obra de la calumnia?

Los que no están enteramente exentos de tan vil defecto querrían persuadirse de que bajo el significado de esa palabra tan dura sólo se comprende el vicio en su más horrible deformidad y no se expresa más que la premeditación de pérfidas mentiras y la invención de rumores ofensivos que comprometen el honor y la reputación del prójimo; querrían que esa palabra no designase sino las acusaciones dirigidas contra la probidad, y cuya falsedad se descubre más tarde, las odiosas imposturas fraguadas por la venganza ó la envidia, la exageración de los defectos que se notan en los sentimientos y en la conducta de una persona cualquiera y las consecuencias extremas que maliciosamente se deducen de una falta real ó aparente.

Pero en verdad que el bandido que profana y pilla un templo, amparado por las sombras de la noche, no es el único que merece el dictado de ladrón, el que también conviene al que quita á otro lo que le pertenece, por insignificante que parezca.

No sólo es calumniador el que inventa y propala rumores falsos capaces de destruir una reputación adquirida á fuerza de honradez y de abnegación, sino también el que da oídos al malvado y lo secunda con su lengua ó con su pluma, haciendo circular en la esfera de sus relaciones las especies calumniosas. Este cómplice de la impostura es al calumniador lo que el que encubre el robo es al que lo comete: uno y otro quedan envueltos en el mismo desprecio.

El calumniador se vería obligado á guardar silencio si no hallara oídos complacientes; no llenaría su nefando objeto si no hallara labios débiles siempre dispuestos á hacerse el eco de sus calumnias; si no hallara, en fin, personas esclavas de la necesidad de divulgar la impostura, las cuales se convierten en propagadoras del fatal veneno.

Es también calumniador todo aquél que se permite juzgar las intenciones y disposiciones de sus semejantes para hacerlas sospechosas ó para deprimirlas. Y sin embargo, ¿ cuántos de esos asesinos del honor, cuántos de esos verdugos del alma se erigen en jueces de las acciones de los demás! ¿ Cuántos de ellos creen elevarse á la altura del sabio y del cristiano, cuando lo que hacen es confundirse entre los calumniadores! Unos se en-

cogen de hombros ó sonríen maliciosamente cuando se manifiesta la buena opinión que se tiene de alguno; otros, con el fin de no exponerse á pasar por calumniadores, tratan de despertar sospechas contra su prójimo, oyendo con indiferencia ó con aire misterioso los elogios de que aquél es objeto; pero todos esos son calumniadores, y no como quiera, sino de la especie más peligrosa, porque su gesto de desprecio y su significativo silencio dicen más que lo que pudiera decir su mala lengua: su mirada asesina y su sonrisa envenena; no tienen la grandeza de alma del cristiano, ni el valor ni la franqueza necesarias para descubrir su pensamiento; mas en cambio la doblez, la bajeza, la perversidad y la envidia que dominan su corazón, su porte y actitudes los descubren á primera vista.

Por una especie de secreta propensión á la calumnia es por lo que muchas personas se complacen en hacer recaer toda conversación sobre el carácter y la conducta del prójimo, con la mira de poner en juego su locuacidad y su ingenio, de deprimir el mérito y de aumentar los defectos de sus semejantes.

Por esa misma disposición es por lo que tantas personas se empeñan en penetrar en la vida íntima de las familias, para entregar sus secretos á la malignidad de las conversaciones, llevarlos de casa en casa y hacer que circulen de boca en boca.

En toda familia concurren circunstancias particulares, cuyo carácter exige que se mantengan bajo el velo del misterio, aun cuando el hacerlas conocer nada tendría de deshonesto; pero cada cual desea y aspira á vivir en su casa extraño á las miradas del público, y á pertenecerse á sí mismo; cada cual quiere gozar de los placeres ó sufrir las contrariedades domésticas con absoluta confianza, y sin verse sometido incesantemente á la fórmula de las conveniencias sociales. Profanar, pues, indiscretamente el santuario doméstico, investigar y divulgar lo que se oculta á las miradas de fuera, es destruir la felicidad en su asilo, es preparar el camino á la calumnia, haciendo aparecer en la escena del mundo á personas que á ello no estaban llamadas, y descubriendo á la maglinidad ó á la burla una mina que las malas inclinaciones gustan siempre de explotar.

Así, pues, debe contarse en el número de los calumniadores á todo aquél que con sus juicios, sus chistes ó sus observaciones críticas contribuye á deprimir injustamente la reputación de aquéllos á quienes hemos acordado nuestro aprecio y estimación.

La vanidad es otra de las fuentes de la calumnia, por el prurito de deprimir á los otros para engrandecerse á sí mismo.

Censuramos con la mira de aparecer sin defectos; divulgamos los secretos domésticos para darnos cierto aire de importancia, único medio de disfrazar nuestra nulidad, aunque en presencia de los curiosos, ávidos de chismes y de novedades, conquistemos un mérito que nuestra misma indiscreción puede arrebatarnos.

También es preciso buscar el origen de este odioso vicio en un triste amor á las novedades, resultado frecuente de una vida ociosa, de una mala educación y de la falta de piedad religiosa. Por esto es por lo que nos complacemos en espiar las palabras y las acciones de los otros; entramos en los más insignificantes pormenores de cuanto pasa en su casa á fin de emitir sobre ellos nuestra opinión, y si la ocasión se presenta, censurarlos. Por la falta de delicadeza nos permitimos expresiones temerarias y atentatorias del honor del prójimo, y por la falta de cultura, y no pudiendo hablar de otros asuntos, tratamos de sostener la conversación con lo que sabemos de los demás, y damos materia para toda clase de malignos propósitos.

Esa inclinación, que se convierte en imperioso hábito, degenera gradualmente en vicio, en calumnia, en una habladuría innoble y con frecuencia mentirosa, y al fin se mira como uno de los más sencillos placeres sociales esas conversaciones que tienen por origen las debilidades y los defectos del prójimo, dándole el nombre de celo ó de interés por él á ese detestable vicio que se califica de agudeza ó de espiritualidad. En fin, se trata de ocultar á los propios ojos tan grande falta por no espantarse de su torpeza.

Pero esta precaución es inoficiosa, porque el que hunde así el puñal en el corazón de su hermano en medio de la alegría y con la sonrisa en los labios, es tan asesino como el que comete un homicidio en la embriaguez del vino ó cegado por la ira. El hombre de espíritu, ó que aparenta serlo, que desea agradar á la sociedad ó adquirir importancia á expensas de la reputación de sus semejantes, valiéndose de malignas alusiones, de pérfidas interpretaciones de hechos ó de palabras y de revelaciones misteriosas, es un calumniador tan despreciable y tan peligroso como el envidioso ó vengativo que de propósito deliberado empuña el arma de la calumnia. Ante Dios y ante los espíritus elevados uno y otro merecen el nombre de calumniadores, de asesinos del honor; ambos siembran la discordia por su falta de caridad é interponen entre ellos y sus víctimas la barrera del desprecio. La lengua mal intencionada es una espada que separa entre sí los corazones y lleva la guerra al seno apacible del hogar doméstico.

El tiempo y las palabras faltarían si quisiéramos descubrir los tristes efectos de la calumnia, de esa pasión odiosa que se dedica á hacer desconocer el mérito y los sentimientos generosos de los demás, atribuyendo á las palabras vertidas descuidadamente más importancia de la que les corresponde y dándoles un sentido pecaminoso.

Tendríamos que hablar de las lágrimas que esos rumores calumniosos arrancan á la inocencia; de los suspiros que hace subir al cielo el corazón del hombre á quien un rasgo de *espiritualidad* ó la lengua envidiosa han arrebatado su más precioso bien, su buena reputación; tendríamos que hablar de esas familias, en otro tiempo felices, á las cuales los censores officiosos, los traidores ó los imprudentes han dividido para siempre; hablaríamos de esos hombres de bien á quienes la sospecha diestramente divulgada ha arrebatado la confianza de un amigo, la benevolencia de un protector; hablaríamos de esas venganzas interminables, de esos odios eternos que no se extinguen sino en el sepulcro, consecuencia final del prurito de hablar de los demás y del charlatanismo innoble; hablaríamos, en fin, de los males que afligen á la sociedad en cuyo seno la calumnia y la difamación se han hecho necesarias para animar las conversaciones; de la frialdad y de la indiferencia de todos para todos, de las amistades falsas é hipócratas, del espíritu de corrillo, de la alegría que despierta la ajena desgracia, de la felicidad doméstica tan á menudo envenenada por esos vicios, del abandono del corazón reemplazado por el disimulo y la desconfianza, del asilo doméstico profanado por el espíritu de censura y por la vana curiosidad.

Pero, se preguntará alguno á sí mismo: si no me es lícito emitir mi opinión sobre el mérito ó démerito de los individuos, ¿cómo podré advertir á un amigo del lazo que le tiende un traidor, ó del engaño de que puede ser víctima?

La Sagrada Escritura va á contestar por nosotros:—"Haced que vuestras conversaciones sean edificantes y comuniquen el sentimiento de piedad á los que las oigan." Así, pues, hablareis cuando vuestros conceptos puedan servir para el bien, cuando veais que al emitir vuestra opinión cumplís con un deber, y que vuestro silencio es peligroso; pero aun en este caso, guardaos de toda acritud, de todo sentimiento de orgullo; no falteis á la caridad y hablad de manera que comuniquéis vuestros sentimientos á las personas que os oigan. Esta es la línea de demarcación entre la censura permitida y la censura ilícita.

El tono y el género de una crítica nos hace descubrir si ella

es motivada ó gratuita, dictada por el espíritu de caridad ó por el de la maledicencia, por la envidia ó por la burla, por la vanidad ó por el amor de las novedades.

¿Quereis distinguiros de veras de esa turba de gentes sin educación y sin alma? ¿quereis guardar vuestra lengua de todo mal? Movido por el pensamiento de que sois responsable ante Dios, vuestro juez, de toda palabra vana ó criminal que pronunciéis, evitad siempre la reunión con los que difaman y calumnian. Si vuestras relaciones sociales hacen algunas veces imposible esta precaución, por lo menos no os hagais el eco ni el cómplice de la calumnia ni de la difamación; no repitais lo que oís decir, y conservad intacta la buena opinión que la experiencia ó el trato íntimo os ha hecho formar de la persona que es objeto de la maledicencia.

No hay lugar alguno sobre la haz de la tierra en donde el desprecio público ó privado no alcance al calumniador ó al que difama. Puede el hombre verse obligado por las circunstancias á verlos y aun á comunicarse con ellos; pero es imposible disimular la aversión que inspira ese vicio que los hace odiosos, porque parece que uno y otro llevaran marcado en la frente el estigma de los hombres de bien. Los difamadores entre sí se temen y se desprecian, y la piedad cristiana está como proscrita de sus relaciones.

Imponed silencio á vuestra lengua cuando personas que os son en absoluto extrañas, ó que os han irrogado algún ultraje, son el objeto de conversaciones en las cuales no preside la caridad cristiana, porque las opiniones que sobre ellas pudiérais emitir, correrían el peligro de ser injustas y quizás más amargas que los juicios que de ellas hubiérais oído, y porque en ese caso cederíais al impulso de vuestra pasión y al secreto deseo de vengaros de la injuria ó del agravio que habeis recibido.

Permaneced tranquilo y dueño de vos mismo siempre que oigais que se hacen observaciones desfavorables á vuestro prójimo. Si lo que oís decir parece que pueda interesar más ó menos vuestras relaciones con esa persona, remontaos al origen de esos decires y tratad de descubrir la verdad; porque sucede muchas veces que una opinión ó un concepto de esa especie pierde toda su autoridad desde el momento en que se conoce su primitiva fuente. En ningún caso os hagais mensajero de un cuento que pueda comprometer á alguno; olvidadlo en el momento mismo en que lo oís; si el rumor está bien fundado la verdad aparecerá clara como el sol, sin que se necesite de vos para descubrirla.

Evitad siempre hasta las conversaciones sobre defectos y debilidades ya conocidos, porque lo que vos pudiérais añadir es fácil que envenene la llaga abierta por la maledicencia. Si os es imposible evitar el tomar parte en esas conversaciones, tratad de que vuestras expresiones y vuestros juicios sean moderados y caritativos; desarmad la cólera injusta é implorad el perdón para aquél á quien la excesiva severidad no ha podido hacer gracia.

Sed el primero en hablar del mérito y de las buenas cualidades de aquél que es objeto de la censura; poned ese contrapeso en la balanza en que se le carga inexorablemente, y vuestro solo esfuerzo hará que los maldicientes ó difamadores sean más circunspectos, y aun los reducirá al silencio. Así os conciliareis el respeto y aun la confianza de esos indiscretos, quienes quedarán convencidos de que en su ausencia vos hablareis generalmente en su favor.

Pero ante todo, guardaos de investigar aquello que refiriéndose personalmente á vuestro prójimo, no puede ejercer influencia alguna sobre vuestra propia situación. Dejad á cada cual tranquilo en su casa, dejadle disfrutar de esa dulce libertad que á vos os gusta tanto; y aun cuando descubrais en vuestro vecino ó en cualquiera otra persona conocida muchas cosas que no podais aprobar, acostumbraos á reprimir vuestra lengua en vez de divulgar secretos domésticos que en manera alguna pueden interesar al público. Aprended á guardar en vuestro pecho esos secretos, á no confiarlos siquiera sea al mejor de vuestros amigos, porque nada es más susceptible de cambiarse en un funesto hábito que esa actividad importuna que se empeña en comunicar todo cuanto se sabe ó se descubre, principio del espíritu de maligna censuray de la charla más imprudente y peligrosa.



UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

EN LA ADVERSIDAD.

MI ALMA se abate al soplo de la adversidad como la planta solitaria al soplo del huracán, y no podrá levantarse.

“He perdido la fe en las alegrías de la vida, y esta profunda noche en que vivo no traerá para mí una nueva aurora; ya no refrescará mi alma la serenidad de la mañana.

“Herido por la mano del infortunio, presiento días y noches aun más amargas y tristes. Grandes males he padecido, mas los que me esperan son todavía más crueles y agudos.”

Vos, cristiano, que os quejais tan desesperadamente, sois en verdad muy digno de compasión, no tanto por vuestras desgracias cuanto por vuestra falta de valor y de fe. El temor que os causa un mal que aun no ha llegado es el peor de todos los males.

Decís que para vos no puede haber consuelo. Qué! ni en la religión podeis hallarlo? Si respondiérais negativamente se os podría decir que vuestra religión es muy pobre y muy ruín, puesto que no os ofrece un bálsamo para curar las heridas de vuestra alma. Vos no teneis la fe del cristiano, ni el amor de Dios ha penetrado en vuestro corazón!

Pero os estamos hablando en un lenguaje que tal vez no comprendéis. Los que somos cristianos tenemos un consuelo que no puede arrebatarnos el viento de la adversidad, un refugio á donde no alcanzan los tiros de la suerte, sino que por el contrario, llenos, como San Pablo, de una santa alegría, *nos gloriamos en la desgracia y en la aflicción que el Señor quiera enviarnos!* Desgraciado, comprendéis este lenguaje?

Así como la noche sucede al día y las sombras á la luz, así también en el curso de la vida la adversidad viene después de los días felices, y las lágrimas del dolor suceden á los acentos de la alegría. ¿Y quereis saber qué es más peligroso para el hombre, qué es lo que con más dificultad sobrelleva? Os sorprendereis al oirlo: no es la adversidad, es la fortuna.

Entre mil mortales apenas hallareis *algunos* bastante fuertes para mantenerse firmes y dignos de sí mismos en los días prósperos y felices, y cuando la desgracia se desencadena contra ellos, reunen sus fuerzas, la afrontan con semblante sereno, y se muestran grandes y á las veces dignos de admiración. Puede, pues, decirse que la adversidad es la madre de los heroes y la institutora de los sabios. Citadme en cambio los heroes que hayan nacido en la opulencia y que hayan crecido en medio de las dulzuras y comodidades de la vida; citadme los sabios que hayan sido dignos de la admiración del mundo viviendo en los brazos del lujo y del deleite. A muchos hemos visto sobreponerse á su propia desgracia y sostener con estoica entereza rudísimos combates; pero los más no han podido sobrevivir á los golpes del infortunio.

Entre las familias reducidas á vivir del producto de su trabajo diario se encuentran muchas que sobrellevan su pobreza resignadas á la voluntad de Dios. Pueden faltarles las comodidades y á las veces hasta lo más necesario para subsistir, mas no por eso desesperan, sino que al contrario conservan su valor moral y la firmeza de su alma. El recíproco afecto las consuela del desdén de los hombres; el trabajo y el buen apetito sazonan su comida frugal; con las mayores simplezas se proporcionan placeres envidiables y su corazón está siempre dispuesto á aliviar la ajena desgracia; en medio de las necesidades y de las privaciones, sus virtudes y su mutuo afecto les aseguran la felicidad.

Mas he aquí que de improviso cambia la suerte: una herencia inesperada ó el hallazgo de un tesoro coloca á esa familia en la opulencia, y de humilde que era aquella habitación se convierte en rica y suntuosa; el modesto y sencillo traje se reemplaza con telas delicadas y exquisitas, y los amigos corren en tropel ansiosos de prodigarle sus felicitaciones y sus lisonjas. La familia enriquecida hoy y que antes vivía contenta con poco pretende mucho más; se habla ahora de enlaces conformes con su nueva posición y se desprecia á los que la habían mirado con desdén; se juzga imposible vivir decentemente bajo

el pie de la misma familiaridad con los amigos de los días del infortunio; penetra el orgullo en su corazón, y en pos de él el capricho y la ingratitud; la discordia turba la paz de esa familia antes feliz por la armonía, la unión y el cariño; cada uno de sus miembros se siente disgustado de los otros; cada cual se fija á sí mismo su derrotero; los excesos de la mesa arruinan aquella salud antes floreciente gracias al trabajo y á la sobriedad, y la zozobra y la desconfianza, antes desconocidas, amargan las alegrías que pudiera prometerle la prosperidad. Entonces el rico de hoy se dice á sí mismo: "Más dichoso era cuando estaba pobre, la riqueza ha labrado mi desgracia!" Y tiene razón el infeliz, porque es más fácil sobre llevar la adversidad que mantenerse firme en medio de las comodidades de la vida.

Una pobre huérfana llora sin consuelo sobre el cadáver de su madre; de rodillas promete á Dios ante los hombres y ante los despojos de ese ser querido, permanecer fiel, vivir en la práctica de la virtud y tener siempre en la memoria las lecciones que recibió de los labios maternales helados ya por el beso de la muerte. Destituida de todo apoyo y protección entra al servicio de personas extrañas, aprende á sufrir con paciencia la dureza y los caprichos de sus señores y con sus lágrimas amargas amasa el pan que la alimenta. Pero pronto la costumbre hace menos desagradable su penosa condición; su modestia conmueve, su honradez agrada é inspira confianza, y su moralidad y su virtud infunden respeto á todos. Es pobre, pero es virtuosa, y esa virtud producirá todavía muchas flores que ella encontrará á su paso en el camino solitario y trabajoso que recorre. Ella es feliz en su abandono; pero ¿qué digo? ella no está abandonada porque lleva á Dios en su corazón, y porque el alma de su madre tiene fijos en ella sus ojos y la bendice. Mas de repente es otra su suerte: su candor y su hermosura han impresionado á un hombre rico: honrada con el título de esposa, la humilde aya de otro tiempo se ve á su vez servida; la sencillez y la modestia de otros días se pierden y se ahogan entre el ruido de las fiestas mundanas; cortejada y adulada por hombres interesados, encuentra frías las caricias de un esposo poco á proposito para sus encantos; las costumbres del gran mundo la desagradan menos, y poco falta para que las mire como naturales; el pudor sucumbe ante el ejemplo, huye la virtud, la discordia, los celos y las rencillas son el resultado natural de aquella creencia, y el hogar doméstico, que antes era la morada de la alegría, se torna en un infierno:

la disipación inspira recelos, la mentira produce la confusión, y el engaño trae consigo el arrepentimiento; el alma de la madre, no sonríe ya á la hija ni la bendice; se ha convertido al contrario en un fantasma acusador y formidable.—La pobre huérfana había podido soportar la adversidad, pero no pudo mantenerse firme en la fortuna.

Mirad ese hombre de bien á quien impulsaba el amor á la humanidad y á la gloria. Puso en juego todas sus fuerzas para alcanzar el objeto deseado; la firmeza de su carácter unida á su lealtad le hacían digno de ocupar los puestos más eminentes, pero no pudo obtener ninguno, porque la desgracia lo perseguía y su fortuna se vió de un momento á otro destruída; perdió á su esposa y á su hijo, y con estos dos seres queridos vió hundirse en la tumba todas las alegrías y todas las esperanzas de su vida. La nada de las cosas humanas disipó sus sueños de ambición; ya no aspira á la grandeza ni á la gloria sino á la virtud, é indiferente á todo cuanto le rodea, sólo estima el mérito real y verdadero. Pero su misma desgracia, su modestia, su agradable cortesanía y su cristiana resignación le concilian el aprecio general; todos sus conciudadanos le favorecen con sus votos y hélo ya sacado de la oscuridad á la luz, rodeado de honores, y en la elevada posición en que está colocado entre los hombres notables de su país. La fortuna le colma de favores, y la ambición que parecía muerta para él, se despierta y grita muy alto en su corazón. Ese hombre mira con desprecio y con horror la oscuridad de donde ha salido, oye que por todas partes se recomiendan sus grandes méritos y sus virtudes, y en la voz de la lisonja y de la adulación reconoce el acento de la verdad; quien quiera que no emplee para con él ese lenguaje es un ambicioso devorado por la envidia, un enemigo. El orgullo, la insolencia y la altanería apenas sí le permiten hombrearse con sus iguales; y por último, su dureza impresiona, sus pretensiones provocan las burlas y el sarcasmo, sus amigos se desalientan y la enemistad se oculta en el corazón de cada uno de los que le rodean; la inquietud y la zozobra se apoderan de su ánimo, sus más ligeros movimientos se espían y las pasiones mal reprimidas van á alcanzar sobre él un triunfo decisivo. Al fin la medida se llena, y desprestigiado, y aborrecido, y despreciado, cae ese hombre de la altura de su grandeza, porque no ha sido bastante fuerte para resistir á las seducciones del poder y de la fortuna; en la adversidad había sido completamente feliz.

¡Cuántos héroes, cuántos magistrados no se cubrieron de

gloria cuando lucharon con su destino adverso! Cuánta magnanimidad y cuánto desprecio de la muerte no mostraron en el momento del peligro, y de cuánta serenidad no fueron capaces en las más difíciles situaciones! Su generosidad para con los vencidos les concilió el amor de los pueblos, y la fortuna que coronó sus esfuerzos los elevó de victoria en victoria y de triunfo en triunfo al apogeo de la gloria, de los honores y de la grandeza. Pero entonces desaparecieron su moderación, su magnanimidad y su modestia, y su poderosa espada vino á convertirse en un cetro de hierro; el valor prudente y modesto se convirtió en espíritu de conquista y la firmeza en presencia del peligro en sed de venganza. Vencedores de los pueblos, creyéronse invencibles y llegaron á pensar que la suerte de la humanidad estaba en sus manos: se convirtieron en sus victimarios y quisieron ser adorados como dioses; y harto poderosos para jugar con la vida de millones de hombres, parecen avergonzarse de llevar tan precioso título. Mas la maldición de los pueblos subió hasta el cielo, y convertida en desgracias los aplastó, y la gloria que ambicionaban se convirtió en ignominia!... En la adversidad esos hombres habrían sido virtuosos, héroes, grandes y sabios; pero ante la fortuna se mostraron débiles y miserables, y descendieron á la condición de los criminales y de los insensatos.

Se dice comunmente que el hombre se muestra en su verdadero valor en los días del infortunio; pero no es así: *la fortuna es la verdadera piedra de toque del mérito ó del demérito de un hombre.* Recibamos, pues, de manos de Dios los días de tristeza y de safrimiento como verdaderos beneficios para nuestra alma. ¿Cómo podría el hombre, débil en presencia de la adversidad, soportar los golpes de la fortuna?

En medio de los reveses y en el crisol en que han de purificarse nuestras almas, bendigámoslos con San Pablo, con un corazón agradecido, y digamos: "*Nos gloriamos en nuestras aflicciones.*"

La adversidad nos muestra el mundo y nuestras relaciones con él desde su verdadero punto de vista y nos enseña á conocer el valor real de las cosas á las cuales concedemos un precio mayor. En tanto que vivimos tranquila y modestamente, nuestras ideas acerca de la existencia lisonjean nuestros sentidos y hacen de ella un sueño agradable pero engañoso, y ese sueño debe tener un término, porque nuestra existencia no debe limitarse al desarrollo de los sentidos, nuestro destino es de un orden mucho más elevado. El bruto no se da cuenta de la muerte ni del por-

venir; pero nosotros prevemos la nuestra y sabemos también que nuestra alma es inmortal; no somos cuerpos puramente animados ni tenemos únicamente una vida orgánica. Como que somos espíritu inmortal, debemos vivir para nosotros mismos, y para nuestra alma espiritual, no para nuestros sentidos ó para las cosas de la tierra que nos rodean y nos seducen.

La adversidad da grandes lecciones á nuestra alma; y desgraciados de nosotros si llegamos á olvidarlas! Nuestra ligereza nos expondría á males peores aún. Curaos, pues, de ese funesto error, de esa enfermedad del alma que os hace tomar la apariencia por la realidad, los goces transitorios por bienes permanentes, los medios por el fin y las comodidades de la vida por el objeto principal de vuestra existencia.

Con los ojos arrasados en lágrimas soleis exclamar: "Ah! cuánto siento no haber podido realizar ese sueño que hacía mi felicidad, que me brindaba el cielo en la tierra; él hacía más bien á mi alma que la triste realidad que encuentro al despertar!" Este lenguaje es la prueba de que habeis perdido vuestra dignidad en el fango de la vida material. Vos no os conocíais todavía, pero Dios ya os amaba: Dios os colma de goces muy superiores á los que buscáis, pero vuestro corazón es indiferente á ellos; Dios os llama á la felicidad divina como que sois un sér formado por Él mismo para la inmortalidad. El recuerdo de la tristeza que vuestros sentidos os hacen experimentar, os hará sonreír algún día, como el adolescente y el hombre maduro sonríen al recuerdo de los objetos que hicieron correr sus lágrimas infantiles. Dominado por la fuerza de la verdad, esclamaréis entonces como San Pablo: *me glorío en mis aflicciones.*

Tan sólo la adversidad restablece las verdaderas relaciones que existen entre nosotros y el mundo, y nos enseña á dar á éste su verdadero valor. Cuando un incendio, una inundación, los estragos de la guerra, nuestros propios errores, la mala fe ó la negligencia nos han hecho perder una parte de nuestra fortuna, no dejamos de comprender la inestabilidad de las riquezas, la imprudencia en que incurrimos poniendo todo nuestro corazón en los bienes de la tierra y esperando de su posesión toda nuestra dicha. El alma del hombre es un espíritu que, independiente de los bienes temporales, no debe jamás fundar su ventura en las cosas frágiles y perecederas. Quien no sabe conservar su serenidad cuando pierde todo cuanto había adquirido honradamente á fuerza de trabajo y privaciones; quien vestido en otro tiempo de ricas telas no se cubre sonriendo con más modestos vestidos; quien no es humilde en medio de los honores y conser-

va su dignidad en la miseria; quien, por último, no eche tranquilo y sereno sobre sus hombros el manto de la pobreza ni afronte impasible el desdén de los hombres, ese no lleva en su pecho un corazón sano y bien dirigido, no posee la verdadera grandeza del cristiano. Es preciso que la adversidad lo purifique y lo levante, sin lo cual quedaría sin remedio en el número de los hombres decaídos; querría ser cristiano siempre que la virtud característica de quien lo es realmente se conciliara con la indolencia y el deleite; viviría con gusto la vida del alma si no fuera necesario renunciar á los encantos de la vida de los sentidos. Y es, sin embargo, con esta mira, que la férrea mano de la suerte lo arranca y lo aleja de las cosas transitorias para conducirlo á las cosas eternas. Para que el espíritu triunfe es preciso que los sentidos sufran y mueran.

Se estima en mucho más la palabra del hombre, y se da mayor valor á las relaciones privadas cuando ha sido víctima del engaño de personas indiferentes, cuando es rechazado por los allegados, traicionado por los amigos y alucinado por falsos juramentos y engañadoras promesas: esas son las severas lecciones del destino. Ni el amor ni la amistad pueden ser la base de la dicha sobre la tierra: no pidais al mundo paz y felicidad duraderas, porque el mundo no podrá dáoslas; pedidlas, sí, á la virtud, pedidlas á Dios. Aspirar á la virtud no es pretender el favor de los hombres. Sed, pues, desinteresado, sincero, fiel, leal, generoso, y sacrificaos por la patria y por la humanidad, pero á título de espíritu noble y puro, digno de vos mismo y lleno de amor á Dios.

Cuando os hayais sacrificado por vuestra patria, por vuestra causa, por vuestra familia, por vuestro amigo, si se olvidan vuestros servicios ó se desconocen, ¿por qué afligiros? por qué perder el reposo y abjurar de la virtud y de la fe? Y si vuestro sacrificio no era desinteresado, ¿qué mérito podía tener? ¿Y esperábais gratitud después de haber colocado vuestros servicios á un altísimo precio? Ah! la ambición ha sido el móvil de vuestras acciones, y ese sentimiento no proviene de la religión sino de las seducciones del mundo. El infortunio, más sabio que vos, os ha enseñado á hacer el bien sin esperar la recompensa, porque ésta no consiste sino en la conciencia del deber cumplido y en la aprobación de Dios. Lamentaría vuestra ligereza si perdiérais de vista las pruebas aun más duras que os esperan.

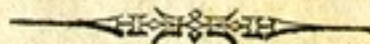
Para penetrarse de la verdad de que las más santas alegrías de la vida son fugitivas, es preciso haber llorado sobre el fére-

tro de un padre ó de una madre, de un esposo ó de una esposa, de un amigo ó de una amiga; se necesita haber presenciado la dolorosa agonía de un hermano ó de una hermana ó haber seguido hasta el lugar del descanso los mortales restos de un hijo. No pongais, pues, vuestro corazón en nada de cuanto alienta sobre la tierra, porque nada de lo que os alegra y os sonríe vivirá: esas mejillas teñidas hoy por el carmín del pudor, pronto estarán cubiertas por la palidez de la muerte; esos ojos llenos de fuego y de vida se apagarán, y esos labios en los cuales imprime hoy su ternura la amistad estarán pálidos y silenciosos; pero el espíritu que vive bajo esas formas subsiste siempre; la misma muerte no os separará de él.

Encontrais severa la doctrina que os enseña á no vivir para los bienes del mundo sino á fijar los ojos de vuestra alma en Dios, en la eternidad, en la virtud. Pero esa doctrina eleva vuestra alma y la acerca á la Divinidad; y cuando en el exceso de vuestro dolor llorais lágrimas de sangre comprendéis la inmensidad del amor divino que os ha sacado de vuestra miseria, y *os gloriais en vuestra aflicción*.

Nuestro vigor natural se pierde en los brazos de la molicie. Conocemos la virtud, pero nuestros apetitos sensuales nos impiden practicarla; y tal parece que quisiéramos seguir algunas veces sus inspiraciones, pero es menos por ella que por las ventajas que puede ofrecernos. Entonces viene la Providencia y rompe las cadenas que nos mantienen atados á la tierra; sus favores nos libertan y nos conducen por la senda del deber, el cuerpo padece, pero el espíritu se abroquela contra las borrascas de la fortuna y se ejercita en desdeñar las alegrías de la vida. No busca ya su cielo sobre la tierra sino más allá del firmamento, ni se estima por los bienes perecederos que posee sino por su fuerza moral y por la divina independendencia de su alma.

Lo que Dios quiere es que instruidos por la incertidumbre de lo que el mundo llama placer y felicidad, pensemos en elevar hacia Él nuestros ojos. Todo hombre tiene su parte de sufrimientos, porque todo hombre tiene su parte en el amor de Dios; esta es una ley general. Poder, riquezas, gloria, hermosura, todo aquí no es más que un sueño, un relámpago, una sombra, nada. El imperio sobre sí mismo, la paz con Dios, es el todo en el hombre,—la paz del alma y la felicidad eterna!



LA MADRE DE FAMILIA.

QUEREIS SABER lo que da mayor mérito á la conducta del hombre y lo que constituye el más sublime aunque el más difícil de sus deberes? Es la renuncia de sí mismo, es la sumisión de sus deseos á la ley de Dios, es estar siempre animado por el espíritu de la caridad cristiana que abraza á todos los hombres, que todo lo perdona y todo lo soporta con resignación; es hacer muy poco por la propia y mucho por la felicidad de los demás; es vivir menos para sí que para sus semejantes.

Hé aquí lo que hizo Jesucristo. Su vida sobre la tierra no fué sino un sublime y continuado sacrificio, y, siguiendo sus huellas, los apóstoles, los mártires y los santos todos consagraron todas sus facultades á la felicidad de los hombres. Y lo que han hecho tantas almas nobles y generosas, ¿no podreis hacerlo vos también?

No falta quien dude de la posibilidad de tamaño sacrificio. "Ese deber, dicen, es superior á las fuerzas humanas;" pero nada es imposible al amor, y Dios no exige á los débiles mortales nada que no puedan hacer; lo que Él quiere de sus criaturas nos lo reveló su hijo Jesucristo cuando dijo: "Si alguno quiere seguirme que renuncie á sí mismo, tome su cruz y me siga."

Pero esto es demasiado, decís una vez más. Y qué! no veis constantemente en vuestra propia casa y á vuestro lado un ser que mira como un deber constante y como la más dulce de sus ocupaciones el olvidarse á sí mismo por amor á los demás, que con-

sagra á los que le rodean todos sus cuidados, todo su tiempo, todos sus pensamientos y todo su afecto y que en nada estima y para nada consulta su personal interés?

Esa es la madre de familia cristiana, cuyo estado y sobre todo la inclinación de su corazón despiertan en ella el deseo de merecer el bello y honroso título que lleva.

Ella se ocupa día y noche, no de su felicidad sino de la de los seres confiados á su amor y á su solicitud; ella trabaja sin descanso, no para satisfacer sus propias necesidades sino para aumentar la felicidad de su familia; y, á la noche, rendida por el trabajo del día, busca en el descanso nuevas fuerzas que consagrará al siguiente al bienestar de los que ama, y se complace en derramar la alegría y la serenidad sobre la frente de su esposo, de sus hijos y de sus criados; y esa alegría y esa serenidad que difunde en torno suyo es la única recompensa que exige para una vida llena de fatigas y de cuidados: ese es el único objeto de sus economías, de sus insomnios y de sus sacrificios. Ella no se pertenece á sí misma; y su destino personal depende en absoluto de aquél que días antes le era enteramente extraño, y se resigna á no tener en este mundo otra suerte que la que toque á su esposo. Si éste empobrece, ella participará de su pobreza; si se ve perseguido, su inocencia le dará valor para sobrellevar su pena; si enferma ella le prodigará sus afectuosos cuidados, y sufrirá más que él en sus sufrimientos: nada, en fin, hace para sí, todo para su amigo, para su compañero.

Como madre vive para sus hijos, más aún, vive la vida de sus hijos. Les dió el ser en medio de crueles dolores y con peligro de su propia vida, y luego, ¡cuántos trabajos é inquietudes no le ha costado su conservación! Cuando todo dormía á su redor, ella velaba en silencio cerca de la cuna del recién nacido, y sola le cuidaba cuando el dolor le sorprendía apenas llegado á la vida; largas y angustiosas noches ha pasado oyendo y contando su respiración é implorando para él la misericordia del Dios de la inocencia. Nadie ha conocido esos sacrificios, nadie ha visto esos sufrimientos, sólo Dios los ha contado, y una vez que el hijo torne á la vida y á la salud, la madre los olvida, porque nunca habla ni de lo que ha hecho ni de lo que ha padecido por su hijo. Sí, nadie habla de eso; pero Dios, el testigo constante de sus lágrimas y de sus angustias, las ha inscrito en el libro de oro de sus justicias.

Como dueña de casa todos los que la rodean reclaman sus cuidados; tendida en el lecho del dolor vela por la felicidad de

os suyos, y privada de recreaciones y de placeres se complace en difundirlos en su derredor. Como ángel de paz y de consuelo mantiene el orden en su casa y se ocupa en labrar la dicha de los que la componen. Todos los intereses llaman su atención, y hasta lo más insignificante tiene para ella su importancia; su amor y su solicitud se hacen sentir en toda la esfera de su dominio; ella se considera deudora de todos los suyos, y cree que nunca podrá pagarles la inmensa suma de ventura que les debe. A pesar de tanta generosidad y de tanta abnegación, el precio de sus beneficios es con frecuencia desconocido, pero la sonrisa de gratitud de uno solo de aquéllos á quienes ha hecho felices, borra el recuerdo de la ingratitud de los otros. El resultado de sus trabajos, cuya recompensa está en el cielo, la satisface con usura y la hace proseguir con siempre nuevo ardor su laboriosa tarea.

Tal es la madre de familia cristiana, modelo del más generoso sacrificio y del afecto más desinteresado. Cuánta nobleza en sus modestas funciones! Cuánta sublimidad en su vida oscura y sencilla! Cuántos beneficios ignorados de todos!

Puede el hombre recorrer una brillante y ruidosa carrera, y su actividad y su industria pueden llevarlo al colmo de sus aspiraciones; su nombre puede llegar á figurar en su propia patria y hasta en las naciones extranjeras entre los de las ilustraciones contemporáneas, y por medio de su virtud, de su constancia y de su saber puede influir poderosamente en la suerte de su país, pero no puede procurar á sus semejantes una felicidad tan inmediata, tan cierta, tan duradera como la que procura la madre de familia á cuantos la rodean en la esfera limitada del hogar doméstico, cuyas interioridades están veladas para los extraños.

Cuán sublime es la misión de hacer la dicha de una pequeña parte de la humanidad, de una sola familia, á fuerza de amor y de sacrificios! Ah! el alma que ha cumplido semejante tarea ha llenado noble y fielmente su destino sobre la tierra, ha vivido en Dios y vivirá eternamente con Dios!

Si las virtudes de una madre de familia son una fuente inagotable de prosperidad y de alegría, sus defectos son el germen de la maldición, son un verdadero azote doméstico. Tan grande y tan poderosa es su influencia, que sus sentimientos y su conducta dan infaliblemente la medida de la felicidad ó de la desgracia de su familia. Uno solo de esos defectos puede eclipsar todas sus virtudes; sus inclinaciones viciosas pueden transformar en lugar de tormentos y de desórdenes el santuario de la paz

doméstica, y en vano será que el padre levante el edificio si los vicios de su compañera lo minan por su base.

Desgraciadamente, el cuadro que hemos bosquejado arriba no es el retrato de todas las mujeres que llevan el dulce nombre de madre, porque el número de familias sabiamente gobernadas es menos considerable de lo que debiera ser en medio de una sociedad alimentada con las máximas evangélicas y formadas al amparo de la religión del Crucificado. Verdad es que las más de las veces la responsabilidad pesa sobre el jefe de la casa; pero si la madre sabe ejercer sobre sus hijos y sus criados todo el imperio que tiene sobre ellos, los redoblados esfuerzos de su celo reparan el daño causado por su esposo; ella toma bajo su protección á los que sufren, se hace cargo de los pesares de todos y los encierra en el secreto de su corazón. Además, la diversidad de funciones, hace que los defectos del padre tengan una influencia menos directa que la de la madre sobre las personas de la familia, porque la madre se halla siempre en contacto inmediato con todos los puntos de la casa, en relación con todos los miembros de la familia; su presencia es necesaria en todas partes y ninguna es bastante oscura para ocultar á sus ojos lo que sucede.

En vano despliega el padre su infatigable actividad, si su compañera, esclava de la soberbia y de la vanidad, gusta de la disipación, del lujo y de los gastos extraordinarios; si oculta-mente sacrifica á sus caprichos lo que aparenta economizar; si para no incurrir en el desprecio mantiene en apariencia el orden y engaña de esta suerte á los suyos y á los extraños. De aquí nacen tantos males secretos que arruinan las familias y cuya relación es imposible. Este y no otro es el origen de la secreta maldición que parece pesar sobre más de una casa y que cambia en vergonzosa pobreza la fortuna ó siquiera sea la comodidad de que debieran disfrutar.

En vano será también que los miembros todos de la familia se sientan dispuestos entre sí á la benevolencia, á la complacencia y á la amistad, si la madre no sabe mantener en torno suyo la serenidad y la alegría por medio de su conducta; si lejos de dejarse llevar por el sentimiento de la cólera y de tener siempre en los labios la amenaza ó la amarga reconvención, no procura que una sola mirada suya calme los arrebatos de la ira. Es cierto que la exquisita sensibilidad de las mujeres y la irritabilidad natural de sus nervios las exponen á repentinos movimientos de ira, á frecuentes cambios de temperamento; pero

por la misma razón las impresiones que experimentan son también poco profundas y poco duraderas, puesto que les es fácil recobrar prontamente el imperio sobre sí mismas. Toda mujer, bastante razonable para no obedecer voluntariamente á los arranques de su genio y para no prolongarlos con obstinación, puede conservar siempre una igualdad de alma que la honre, y haga al mismo tiempo su felicidad. El genio díscolo y duro y los caprichos no son obra de la naturaleza sino el fruto de una mala educación.

El hombre, arrojado en el torbellino de la vida y colocado en situaciones peligrosas, puede verse obligado á hacer uso de recursos enérgicos y á oponer á la obstinación de sus adversarios una voluntad de hierro; pero la mujer no debe en ningún caso esperar sus triunfos sino de la bondad que se manifieste en toda su conducta, de la prudencia que le pone á cubierto de todos los peligros y de ese afecto que dulcifica los caracteres más feroces. La mujer renuncia á las prerogativas de su sexo cuando, á pesar de su debilidad pretende dominar por la violencia, lo cual menoscaba su dignidad y destruye sus encantos; cuando sale de la esfera de sus funciones para convertirse en hombre, desciende de su trono para caer en el desprecio, y llena de rencor y aborrecida á su vez, hace la desgracia de los suyos y labra también la suya propia.

He aquí, pues, cómo la madre de familia, cuyas virtudes son semilla fecunda de felicidad, viene á ser por sus defectos el enemigo de todos aquéllos que han sido llamados á vivir á su lado y bajo la sombra protectora de sus bondades; por insignificantes que esos defectos puedan parecer, á la larga impacientan aun á las personas más sufridas é indulgentes porque es preciso tolerarlos todos los días y á cada instante.

Vos, pues, mujer, que deseais ser colocada entre lo más distinguido de vuestro sexo, y que no quereis que se os señale entre las que lo deshonoran; vos, para quien la cualidad de madre de familia amable, prudente, virtuosa y cristiana en una palabra, es el más glorioso de vuestros títulos, comparad vuestra conducta con vuestros deberes. ¿Todos los que componen vuestra familia son tan felices como pudieran serlo? Si uno siquiera de ellos no lo es, á quién le echais la culpa? ¿No será á vos que habeis turbado la paz del alma? ¿Habeis hecho lo que dependía de vos para hacerle agradable la vida? ¿Vuestra bondad, vuestro afecto, vuestra amabilidad han sido invariables, ú os habeis convertido en el juguete de vuestro humor caprichoso?

Quereis conocer los deberes de la madre de familia cristiana? La palabra divina os los traza así: "Tendreis costumbres arregladas, sereis casta, consagrada á vuestro hogar, buena, y sumisa, á fin de que la palabra de Dios no se exponga á ninguna censura." Como veis, estas pocas palabras encierran en conpendio todos vuestros deberes, la base de vuestra felicidad sobre la tierra y los medios de perfeccionar vuestra alma para la eternidad.

Tendreis costumbres arregladas, es decir que debeis ofrecer á vuestra familia en una conducta ejemplar, el conjunto de todas las buenas cualidades que admirais en los demás; que debeis ser el alma de vuestra casa, pero una alma pura, enteramente pura. La verdadera, la perfecta virtud no puede existir sin la piedad religiosa; la prudencia mundana no es más que un tributo pagado á las conveniencias ó á la opinión; solamente el sentimiento religioso imprime á nuestras acciones un carácter augusto y las eleva á una esfera verdaderamente divina.

Apenas se ve algo más despreciable en la sociedad que una mujer poco ó nada instruida, pero que, orgullosa de poder hacer uso de algunos términos rimbombantes sacados de sus frívolas ó superficiales lecturas, aspira, menos por convicción que por vanidad, á desempeñar el papel de espíritu fuerte, de carácter independiente. Pero en cambio, nada realza tanto las gracias naturales de la mujer ni le asegura mejor la estimación de todos, como una virtud sin ostentación, una piedad sencilla y sincera y un amor de Dios sin odio á los hombres. La fe, la esperanza y la caridad, hijas del cielo, son las únicas gracias inmortales dignas de una mujer cristiana.

Vos, madre tierna y prudente, apoyaos en la fe, única áncora segura en medio de las borrascas de la vida, único tesoro que fija un valor real á vuestra existencia. Grabad desde temprano esa fe vivificante en el corazón de vuestros hijos si quereis reinar en él; en la iglesia y en lo recóndito de vuestro hogar, dadles el ejemplo de la verdadera piedad y de la sumisión á los decretos de la Providencia. Por este camino los conducireis á la bienaventuranza, y en el gran día de las cuentas Dios os los devolverá.

También debeis ser casta, es decir, un modelo de pureza y de modestia, en estos días, sobre todo, en que el placer desvergonzado se pasea en las calles y en las plazas públicas; en un tiempo en que el imperio de la moda se sobrepone á las leyes del pudor y aun de la decencia. La pureza del alma es el más bello adorno de una mujer, y una vez manchada, ni las perlas, ni los diamantes, ni todo el oro del mundo podrían devolverle su

brillo. Violar la fidelidad que jurásteis en el altar es renunciar para siempre á la paz doméstica y á la tranquilidad de vuestra conciencia.

Pero no basta evitar cuidadosamente con vuestra conducta todo lo que pueda despertar en el corazón de vuestro esposo la pasión de los celos que es el enemigo más cruel y encarnizado de la unión conyugal; es preciso evitar hasta las apariencias de la duda que pudieran presentarse como una nube negra en el cielo limpio de vuestro corazón: la severidad de vuestras costumbres os conciliará el respeto de todos los que os rodean, y aparecereis á sus ojos como un ángel del cielo. ¡Madre irreprochable y prudente, vuestra conducta, más elocuente que todas las lecciones de moral, formará vuestros hijos al amparo de la más excelsa de las virtudes!

Sed también económica. Sin una prudente economía no pueden prosperar las gentes que viven del trabajo, y el espíritu de orden que presida en todas las operaciones domésticas os proporcionaría inmensas ventajas. El aseo reemplaza con gracia á la magnificencia así como es su más amable compañero. Para conocer el mérito de una cumplida madre de familia basta entrar á su casa en donde todo cuanto alcanza la vista habla de ella: su buen gusto y su buen sentido se manifiestan no tanto en la profusión de los objetos como en su arreglo y elegante sencillez, y el placer y la prontitud en la obediencia, más que la misma sumisión, dan testimonio y rinden homenaje á su rectitud y á su buen corazón. Ella reina digna y tranquilamente en la esfera que Dios, la naturaleza y sus deberes le han trazado, y se echa de ver una perfecta igualdad y un tacto seguro en su conducta para con los extraños y para con las personas de su casa. Persuadida de que el respeto y la consideración son la base de toda autoridad, ella no descende nunca con sus criados hasta una imprudente familiaridad, sino que sabe ganar su corazón y hacerse obedecer por el ascendiente de la benevolencia; lejos de empeñarse en indignas disputas con sus inferiores y de dejarse arrastrar contra ellos por la cólera y los insultos, los obliga á la obediencia y al cumplimiento del deber sólo en fuerza de la veneración y del afecto que inspira.

La madre debe amar su casa y por lo tanto hacer en ella agradable la vida de familia, á fin de que su esposo y sus hijos, en vez de buscar fuera los goces que compensen el hastío de sus quehaceres prefieran ante todo encontrarse reunidos cerca de ella. Nada es imposible para una madre de familia prudente, juiciosa, complaciente y piadosa cuyo amor se extiende á todo cuan-

to está sometido á su activa vigilancia, y por esto es por lo que debe ser buena con todos y especialmente con su esposo, para lo cual debe evitar todo lo que pueda turbar la tierna amistad, la confianza mutua sin las cuales la unión conyugal viene á convertirse en un tormento eterno. El medio más seguro para que una mujer estreche los lazos que la unen á su marido es el de hablarle con el corazón en la mano; el no tener para él ni secretos ni misterios por inocentes que puedan ser en sí mismos, el no obrar jamás por motivos que no se atreva á revelar, el no paliar nunca ni tratar de hacer menos grave la falta cometida. Por este medio la sospecha no entrará jamás en el corazón de su esposo ni la confianza saldrá de él por ninguna causa. La confianza engañada por un solo instante produce la desconfianza que puede no tener fin. Muchas veces una mala inteligencia ligerísima, que podría aclararse en un momento, si no fuera por la timidez, ó por el amor propio, ó por la terquedad, es el origen de una desavenencia doméstica á la cual solo puede poner término la muerte. Un solo paso falso de uno ó de otro de los esposos puede arrastralos á ambos á una situación apenas concebible.

La madre de familia debe ser también *benévola para con sus hijos*. Claro es que no hay para que exhortar á una buena madre á que los ame; pero sí es preciso recomendarle que los ame con prudencia, que no lleve su ternura hasta el extremo de convertirla en peligrosa indulgencia para sus debilidades; que sea circunspecta en su amor para no dar á uno de sus hijos una preferencia que mortificaría á los otros, aunque no hay segundo lugar en el corazón de una verdadera madre. Toda predilección, sobre todo cuando se la deja descubrir imprudentemente, toda dureza injusta para con aquél que menos se quiere, envenena anticipadamente los frutos de la educación, y corrompe el carácter de los niños como un veneno lento pero seguro y terrible en sus efectos. Las madres más razonables cometen algunas veces esta falta, y bien podría decirse este crimen para con sus hijos, por lo cual es de suma importancia que todas las madres velen sin cesar y no pierdan de vista su corazón ni sus afectos.

La madre de familia debe ser también *buena para con sus criados*; lejos, pues, de ella toda violencia, toda dureza en la manera como dicte sus órdenes. La mujer movida por un espíritu de dominación, amiga de dirigirlo todo y de mandarlo todo por medio de una voluntad absoluta pierde pronto su imperio, porque cada cual trata de sustrarse á una autoridad que hiere el sentimiento de la dignidad personal. La mujer que quiera someterlo

todo á su voluntad perpetúa en su casa el general descontento; en vez del afecto encuentra la resistencia, y cuando se le obedece es por temor más bien que por el sentimiento del deber ó por un deseo de tranquilidad. Las conversaciones de sus amigos y relacionados le enseñan mil cosas referentes á personas que ella conoce; pero su memoria no conserva ni su boca repite sino lo que les es favorable: si no siempre puede cerrar los oídos á la mentira, á la calumnia y á las insinuaciones de la maledicencia, sí puede al menos enfrenar su lengua para no hacerse cómplice de la maldad. Siendo la prosperidad y la dicha de su familia el deseo más ardiente de su corazón, nada es para ella tan fácil como conciliarle el afecto y la estimación del mundo entero.

Hé aquí la imagen de la madre de familia cristiana, tal como nos la ofrece la Sagrada Escritura. ¡Ojalá que todas las madres quisieran parecersele, para honrar con su vida la divina palabra que guardan y respetan en su corazón!



Sala de Patrimonio Documental

EL PADRE DE FAMILIA.

ANTES de que los pueblos y los soberanos hubieran podido constituir los Estados reuniendo y estrechando en un vínculo común á millares de familias, éstas componían en cierto modo y separadamente un pequeño Estado cuyo gobierno se confiaba al padre y pasaba después de su muerte al más antiguo de sus sucesores; su nombre venía á ser el de toda la familia y algunas veces el de toda una comarca. Los cuidados de la conservación, el apoyo y el bienestar de ese pequeño Estado estaban confiados á su jefe, único que podía tratar en su nombre y defender sus derechos; era rey por la autoridad que entrañaba su título y por las prerogativas que se deben á los años, y sus órdenes eran obedecidas por todos sus subordinados, no sólo con puntualidad sino con placer.

La dignidad de padre de familia ha sido respetada en todos los tiempos y en todos los lugares de la tierra; y hoy mismo no hay ninguno en donde no sean reconocidos y respetados los derechos que corresponden á tan augusto título. En efecto, esta dignidad es la primera y la más natural con que puede ser honrado un hombre en el seno de toda sociedad civilizada. El rey y el poderoso tienen tanto derecho para que se les reconozca tal prerogativa como el hombre más pobre y más humilde. Las leyes de todos los países conceden al padre de familia derechos é imponen para con él obligaciones que lo elevan á la categoría de soberano en su pequeña colonia doméstica. En los tiempos que corren es el representante natural de todos aquellos seres que de él dependen, el encargado de la defensa de sus derechos y del cuidado de su existencia y conservación, en cambio de lo cual exige de ellos obediencia; goza de consideraciones en la sociedad, y en

los países verdaderamente libres tiene voz y voto en las asambleas legislativas y constituyentes de preferencia á los célibes.

Este orden de cosas que se remonta á los primeros tiempos de la sociedad humana será tan duradero como ella, porque no es invención de los hombres, ni el resultado de su inteligencia, sino la obra de Dios. Todo aquél que se siente investido de esa dignidad debiera pensar constantemente en lo que ella exige de él, porque ni ligeramente se debe asumir la responsabilidad que ella apareja ni rebajarla ó mancharla con el vicio.

En tanto que el hombre está solo no hay vínculo bastante poderoso á detenerlo en el camino que quiera seguir, ni en rigor está obligado á ocuparse sino de sí mismo, y desde que ha provisto á sus necesidades ya es libre. ¿Le cansa esa vida aislada? la cambia por otra. ¿La patria no tiene encanto alguno á sus ojos? la deja. Pero no sucede lo mismo con el padre de familia á quien retienen y encadenan innumerables deberes; deberes por otra parte preciosos y por demás interesantes para que no haya de encargarse de ellos con placer. Entre esos deberes ocupan el último lugar los que se refieren á su propia personalidad: él divide sus pensamientos y sus afectos entre su esposa y sus hijos, entre los deberes de su estado y el bienestar de las personas de su familia, para todas las cuales tiene que ser un padre, un tutor, un consejero, un protector y un amigo. Cierto es que á las veces su estado y los deberes que él le impone son penosos y aun difíciles de cumplir, porque en sus superiores no encuentra sino dureza ó injusticia, ó porque su trabajo, antes que proporcionarle ventajas y satisfacción sólo le procura desagradados y pesares. Pero esa cadena que en otro tiempo hubiera él quebrantado con placer y con indignación al propio tiempo, la arrastra al presente con valor y resignación en obsequio de su familia; acepta gustoso las espinas de la vida, porque á su lado ve florecer algunas rosas para su esposa y para sus hijos, porque para él no hay alegría, ni desahogo, ni honor sino en tanto que los suyos viven contentos, desahogados y atendidos por todos. Si fuera independiente y libre dejaría un país en donde reina la injusticia, en donde las guerras intestinas amenazan constantemente su tranquilidad y sus intereses, y en donde las exorbitantes contribuciones absorben la mayor parte del fruto de su asiduo trabajo. Mas la mirada que dirige al cuadro que le ofrece su familia lo vincula irrevocablemente al suelo de la patria, y, como víctima voluntaria, se sacrifica por la felicidad de aquéllos cuya suerte le han confiado Dios y la naturaleza.

Tanto por su posición en el mundo cuanto por sus deberes de ciudadano, el padre de familia merece más respeto y veneración que el que prefiere la libertad del celibato á las dulces fruiciones que procura la condición de esposo y de padre. La patria cuenta con el primero, nunca con aquél que en circunstancias difíciles puede abandonarla en busca de otra. En la vida común vemos que es suficiente oír decir que un hombre es padre de familia y que provee á la subsistencia y á la educación de sus hijos para que se le trate con más consideración y se tenga por él un respeto involuntario.

Pero no debemos creer que sea raro el ver deshonorado tan augusto título ni menospreciada tan singular dignidad. Mientras más nobles y hermosos son los deberes que ella impone, más digno de lástima ó de desprecio es el padre de familia indolente ó corrompido. Puede un hombre desempeñar mal un empleo público cualquiera ó mostrarse inepto en el ejercicio de su profesión, y se le tendrá lástima, y si es digno de censura no lo será de desprecio; pero el alma se revela contra el padre que gobierna mal su casa, que descuida á su esposa y á sus hijos y aun los hace desgraciados, y se le confunde, y con razón, entre esa clase de hombres que son la escoria y la vergüenza de la sociedad. ¿Podrá ese padre alcanzar la confianza de sus superiores, el afecto de sus inferiores y la estimación y la amistad de sus iguales? ¿El que no ha sabido gobernar su casa, á lo cual estaba naturalmente obligado, se mostrará más hábil ó más celoso en el cumplimiento de los deberes que le impone la sociedad civil?

¿Cuál será entonces el padre de familia verdaderamente prudente y cristiano? Aquél que lleno de amor y de firmeza sabe hacer reinar en su casa el orden, la actividad, la obediencia, la sencillez de las costumbres y la piedad religiosa, únicas bases sólidas de la felicidad doméstica.

El orden ocupa el primer lugar entre estas virtudes, y corresponde al jefe de la familia, en su carácter de soberano, arreglar y dirigir su casa, y velar sobre todo y sobre todos, no porque él desempeñe las funciones de los otros miembros de la familia, sino porque preside todos los trabajos á fin de que ninguno sea descuidado, y porque cada una de las personas de la casa debe conocer sus deberes y ser responsable de su cumplimiento.

Cuando un padre de familia, guiado por la razón y animado por el espíritu del cristianismo, ha arreglado convenientemente su casa, los trabajos diarios se desempeñan sin obstáculo y con

alegría; cada cual cumple su tarea porque la conoce, y bastan algunas voces de aliento dadas de vez en cuando para mantener la actividad y la vida del conjunto. Las repetidas órdenes producen la confusión y el desconcierto, y las reconvenciones continuadas dan por resultado el desaliento y el disgusto.

En una casa en donde reina el orden no existe la contradicción: allí no se disputa sobre lo que se debe ó no hacer; no se desavienen los esposos por frioleras, ni los hijos ni los criados reciben malos ejemplos. La desavenencia de los jefes de la familia es el origen de todo desorden en la casa; y cuando los criados se erigen en jueces de esas diferencias, el desprecio es siempre el resultado del juicio que pronuncia su corazón; y es sabido que los jefes de la familia pierden su autoridad al perder la estimación de sus subordinados.

Como hombre y como cristiano debe el padre de familia mantener por su discreción la armonía entre los suyos, y aun cuando no participe de todas las ideas ni apruebe todos los proyectos de su esposa, jamás se permitirá contradecirla en presencia de sus hijos ni de sus criados: la unión y la buena inteligencia entre los padres conserva el respeto que inspiran y hace considerar toda disputa como un atentado contra la tranquilidad y la paz de la familia.

Para hacer reinar el orden en derredor suyo, el jefe de una casa da el primero el ejemplo de la sumisión á las leyes que la rigen, por duras y penosas que puedan parecerle algunas veces. Cada cosa debe hacerse á su debido tiempo y en su respectivo lugar, sin que pueda alegarse excepción en favor de nadie, porque nadie ha de querer ser libre é independiente en un pequeño Estado regido por leyes establecidas.

Además de las ocupaciones de su profesión, el padre de familia se encarga de los intereses de ésta, calcula sus rentas, y sobre ese cálculo fija el monto de sus gastos: debe tener siempre presente el estado de su fortuna, si la tiene, ó de los recursos de que dispone para saber si es llegado el caso de imponerse algunas privaciones ó si puede permitir á su familia algunas diversiones más dispendiosas. La esposa cuida del interior de la casa y el esposo de los asuntos de fuera; él gana el dinero para los gastos y ella lo invierte con prudencia y economía, y en tanto que ella provee á las necesidades del presente, él se ocupa de los cuidados del futuro. Es á él á quien toca, por un deber impuesto por la naturaleza, asegurar el porvenir de su familia en previsión del día en que su esposa quede viuda y huérfanos sus hijos. Pri

mero ha de pensar en la educación de sus hijas á fin de que la paz de su corazón no se turbe y de que á la hora de la muerte no lo rodeen lúgubres imágenes que lo acusen de negligente, y para no dejarles, por último, un nombre de que tengan que avergonzarse. Hé aquí por qué la felicidad doméstica debe tener por segunda base la actividad. Sólo el trabajo puede aumentar nuestro bienestar temporal, y ese bienestar, que en manera alguna confundimos con la opulencia, es una condición sin la cual no puede existir placer lícito alguno ni verdadera independencia en la vida del cuerpo.

Una actividad útil es también indispensable para aumentar y conservar lo que se posee, así es que la holgazanería está proscribida de toda casa bien arreglada. Cada cual debe concurrir á la felicidad común por pequeño que pueda ser su contingente. El más activo de todos es el que más merece; el que termina felizmente su labor está siempre satisfecho de sí mismo y difunde el contento y la serenidad de ánimo en torno suyo.

El padre de familia es el eje sobre que gira todo este trabajo: sus funciones son las más penosas, sus cuidados los más graves y serios; él alimenta, viste y educa á los suyos, paga el salario á sus obreros y á sus criados; es á él á quien se pide consejo cuando la necesidad lo exige; y cuando es forzoso luchar con la adversidad, él es quien se pone á la cabeza de la familia. En cambio obtiene la mayor suma de goces, cuando al ver el resultado de sus esfuerzos puede decir tranquilamente: "este el fruto de mis desvelos, hé aquí la obra de mis manos."

Desde temprano debe el padre de familia acostumbrar á sus hijos á ocupaciones útiles cuyo sólo hábito les será saludable durante su vida, y así contribuirán á la felicidad y al bienestar de la familia entera. La ociosidad es ignominiosa aun para el hijo de un príncipe, y la pereza es la madre de la miseria y de todos los vicios.

Mas allí donde reina el amor al trabajo debe haber también horas de recreación y de reposo. Un padre de familia puede poner precio al trabajo de sus criados, pero con ese mismo precio no puede comprar su adhesión á su persona y á su casa, y todo trabajo que no se haga con placer y con buena voluntad es un trabajo mercenario. En tal virtud, un padre prudente no sólo permite á sus subordinados inocentes recreaciones sino que desea verlos asociados á las fiestas de la familia; para mantener su actividad, para sostener su ánimo, promueve de tarde en tarde en su casa sencillos regocijos que hagan la vida agradable y me-

nos duro el trabajo ; quiere que algún día recuerden con placer esas horas que él les hace pasar tan dulcemente y que ese recuerdo les trace el camino que deben seguir cuando se encuentren al frente de una casa ó de una familia.

Una vez en posesión de la confianza, del amor y del respeto que es tan fácil de conciliarse en el círculo de la vida doméstica, el padre de familia está en el caso y tiene derecho para exigir obediencia, y obtiene sin esfuerzo de todos los que le rodean una sumisión voluntaria á las leyes que él ha establecido. Sin obediencia, sin subordinación nada es duradero ni en el Estado ni en la familia.

Puede obtenerse por la fuerza una obediencia exterior y aparente, pero no esa subordinación saludable cuyo principio es el amor y cuyo fruto es la prosperidad. Poco y casi nada se hace cuando se trabaja por obligación ; y cuando los criados no cumplen su deber sino en presencia de sus amos ó señores, la negligencia, la infidelidad y la holgazanería ocupan el lugar de la verdadera actividad : bajo las apariencias del orden reina un desorden ruinoso del cual son todos más ó menos responsables, sin que se pueda exigir á ninguno la responsabilidad que le corresponde. Es, pues, en el amor y no en el temor en donde es preciso buscar el principio de la verdadera obediencia, porque el amor es el único que vela porque nada se pierda ni se degrade ; porque el amor es un principio conservador que paga el tributo de su respeto así en secreto como ostensiblemente, y porque previene los peligros y remedia los males. Tal es el origen de la obediencia cristiana que la Sagrada Escritura recomienda á los servidores, y la única que un padre de familia prudente aspira á procurarse : él sabe también que el amor y el respeto no se imponen autoritativamente sino que es preciso merecerlos por medio de esfuerzos benévolos y constantes. Apenas es posible comprar los brazos de uno de nuestros servidores, porque su corazón queda libre aun bajo el yugo de la servidumbre. El amo más fuerte y poderoso no lo es hasta el extremo de forzar al más débil de los hombres á que le consagre su afecto, porque éste no puede cambiarse sino por otro afecto.

En una casa bien ordenada la sumisión de los hijos á los autores de sus días debe ser el modelo de toda subordinación. Desgraciada la familia en que un hijo ó una hija se atreve á revelarse contra la voluntad de sus padres ! Pero qué ! Cuando semejante crimen se consuma, ¿ quiénes pueden ser los verdaderos responsables ? ¿ no es ese acaso el fruto de una mala educa-

ción? ¿La excesiva indulgencia, la ternura culpable de una madre, ó la negligencia de un padre indigno de este título, no son la causa eficiente y primitivo de tan desgraciado escándalo?

Por multiplicadas y premiosas que sean las ocupaciones que tenga un hombre en el ejercicio de su profesión, la educación de sus hijos no deja de ser jamás el más sagrado de sus deberes. Si por sí mismo no puede instruirlos ó dirigirlos paso á paso, su mirada vigilante no ha de dejar de seguirlos en el camino de la educación. Sujetos por la naturaleza á su voluntad, basta una sola palabra para animarlos, para recompensarlos, ó para castigarlos! ¡Padres y madres de familia, amad á vuestros hijos con toda la ternura de que seáis capaces, pero desde la cuna exigidles una obediencia invariable que no os costará ningún trabajo obtener de esos seres entregados sin reserva á vuestros cuidados, mientras no les permitais adquirir algún imperio sobre vosotros, mientras que ni sus lágrimas obstinadas, ni su orgullo infantil, ni sus interesadas caricias sujeten vuestra voluntad al capricho de la suya! El primer triunfo de la terquedad en los niños es el germen de todos los caprichos y de todas las desobediencias; y la debilidad de los padres disminuye su autoridad y aumenta el orgullo de los hijos. La demasiada seguridad á este respecto es siempre castigada con un tardío arrepentimiento, y la obediencia voluntaria es una de esas virtudes que nacen más bien del sentimiento y del hábito que de la reflexión y del razonamiento.

Los males que pueden sobrevenir á una familia son numerosos y sus efectos cruelísimos: largas enfermedades, épocas de escasez, guerras, persecuciones y grandes pérdidas en los intereses pueden volcar el edificio de la fortuna doméstica; la calumnia, el odio y la envidia ahogan algunas veces un nombre, una familia respetada y arruinan su reputación; pero la mayor de las desgracias, la que despedaza el corazón en su parte más sensible es la rebelión ó la degradación moral de un hijo; y la fuente principal de tamaño infortunio es la criminal indulgencia con que los padres toleran la insubordinación de sus hijos y algunas veces el mal ejemplo que les dan.

La pureza y la sencillez de las costumbres es también la primera ley de una familia cristiana, porque sin ella no se puede esperar sobre la tierra ni paz ni bendición. Lo que la malevolencia y el crimen son en el Estado, son el vicio y la disipación en el seno de las familias y de la sociedad.

El padre de familia puede exigir rigurosamente de los de

más las virtudes de que él da ejemplo; pero si vive entregado á la embriaguez, ¿con qué derecho echará en cara este vicio al que por su intemperancia se convierte en el ludibrio de las gentes y en el oprobio de los suyos? Si viola la fidelidad conyugal, ¿cómo podrá atreverse, sin sentir el duro torcedor del remordimiento, á levantar la voz contra el libertinaje de un hijo? ¿cómo alejará del recinto de su hogar los celos que ha hecho nacer? ¿cómo obtendrá el respeto y la obediencia de sus criados que censuran sus desórdenes? Si es caprichoso quimerista, y melancólico, ¿cómo ha de esperar la expresión de la benevolencia de parte de aquellos cuya tranquilidad ha turbado? Si imprudente y disipador prefiere los placeres al trabajo, una vida desarrugada á la ocupación regular; si ofrece al lujo sacrificios ruinosos; si su amor á las diversiones y á las fiestas lo aleja del cumplimiento de sus obligaciones domésticas; si pierde en el juego los recursos que debiera destinar á las necesidades de su familia; si, en fin, vano hasta el ridículo, pretende salir de su esfera y aparentar un brillo que no le corresponde, ¿cómo podrá apartar á sus hijos de tan peligroso camino? ¿cómo prevendrá los abusos que ocasione su indolencia? ¿cómo evitará los ardides de criados infieles que ocultamente tratan de fundar su bienestar sobre las ruinas de su honra y de su fortuna?

¡Desgraciada la casa cuyo jefe, al dar el ejemplo del vicio, se convierte en juguete de los que debieran obedecerle! ¡Desgraciada la casa cuyo natural defensor atenta primero contra su propia honra! Allí no reposan las bendiciones del cielo sino más bien una funesta maldición!....

¡Desgraciado el padre de familia que al entrar en sí mismo no tiene á la vista otra cosa que la imágen del propio envilecimiento y el tristísimo y humillante consuelo de que su esposa y sus hijos valen más que él! ¿Cómo podrá soportar largo tiempo el peso enorme de su propio desprecio sin sentirse agobiado por él? ¿El sentimiento de su degradación no prevalecerá al fin sobre el placer que se proporciona á expensas de su honra en la copa del vicio?

La sencillez y la pureza de las costumbres, una conducta irrepreensible, la honestidad y la templanza hacen que la felicidad toque á las puertas del asilo de las virtudes domésticas. Y cuando la desgracia llega también á su turno; cuando la adversidad amenaza consumir todos los recursos de la familia cristiana, si la paz del corazón reina en su morada, si la virtud se asienta allí sobre bases sólidas, jamás serán insoportables los golpes de la

suerte por funestos y crueles que sean; esos golpes serán menos dolorosos si se tiene la conciencia de que ellos no son el castigo de los vicios sino un aviso del cielo; de que podemos vernos reducidos á la más extremada pobreza de bienes perecederos, pero que contamos con tesoros de los cuales nadie ni nada puede privarnos, tales como la paz del alma, las dulzuras de un amor mutuo, la confianza en Dios y el consuelo que ofrece la madre de los pobres,—la Esperanza.

¡Bendigamos á Dios, porque todavía vemos familias en cuyo seno reina ese espíritu siempre tranquilo que se sobrepone á todas las vicisitudes de la vida; familias cuyo jefe venerable, colocado en su centro como un soberano sacrificador, presenta á su Dios la ofrenda de su corazón llevando cautivos á todos los suyos al pié del tabernáculo santo!

Por último, el sentimiento religioso, la verdadera piedad cristiana, el amor y el respeto por la Divinidad son la más bella y completa corona que puede ambicionar un padre de familia. Todos los que le rodean tienen en él fijos sus ojos serenos, y él á su vez, rodeado de todos los que ama, levanta al cielo los suyos ó implora con filial confianza la bendición de su Padre celestial: recibe con gratitud todos los dones de su Creador, aun la misma desgracia y la pobreza, porque sabe que éstas últimas entran también en los planes admirables de la Divina Providencia para reanimar nuestras fuerzas, para vivificar nuestra fe, para ennoblecer nuestros sentimientos y recordarnos la inestabilidad de los bienes que sobre la tierra poseemos.

¿Habrá algo que pueda ligar más íntima y afectuosamente á los miembros de una misma familia que la comunidad de fe, de consuelo y de esperanza? ¿Habrá espectáculo más tierno y conmovedor que el que ofrece un padre de familia que ora en medio de sus hijos y de sus criados? Y cuando uno de los miembros de esa sociedad cristiana se halla tendido sobre un lecho de muerte, ¿habrá mayor consuelo que el que acompaña siempre al último adios, el pensamiento de que sólo por algunos días viviremos separados; de que la mano providente que nos unió en la tierra y que nos ha conducido al través de las tempestades de la vida, es harto poderosa para reunirnos otra vez más allá del sepulcro y estrechar los dulces lazos que la muerte desata pero que nunca rompe?

Tal es la imagen del padre de familia verdaderamente cristiano, que gobierna por el amor y reina por la prudencia. El orden, la actividad, la sencillez de las costumbres, la piedad cris-

tiana son los ángeles de guarda de su casa, porque difunden dentro y fuera de ella la paz, la alegría, la prosperidad y las bendiciones del cielo.

Ahora, comparad, vos, padre de familia, vuestra conducta con el modelo que acabamos de bosquejar.—¿Habeis sido para con los vuestros lo que debíais ser como abnegado guía y como representante de la Divinidad? Preguntaos á vos mismo si habeis hecho lo que de vos dependía para asegurar á las personas de vuestra familia una felicidad duradera. Es posible que os deban su bienestar, su fortuna y las consideraciones de que son objeto por parte de los demás, los conocimientos que poseen y, en fin, ese sentimiento moral que preserva al alma de la corrupción; ¿pero amarán sinceramente la sencillez de las costumbres? ¿Tendrán por la virtud ese entusiasmo que levanta al hombre del fango de la tierra, esa piedad constante, profunda, activa, que manifiestan en lo que hablan y en lo que hacen, que sostiene al sér racional en medio de los reveses de la suerte y labra su ventura cuando toda esperanza de mejora se ha desvanecido como el humo? ¿Vivirán animados por ese espíritu de amor á Dios y á los hombres que ha de sostenerlos en todas ocasiones cuando vos no podais velar por ellos?—Responded á vuestra propia conciencia y al Juez supremo que lee en el fondo de vuestro corazón.

EL MATRIMONIO.

MUCHA puede ser la amargura en que repose el cáliz de la vida; puede ser muy triste y penosa la suerte del hombre sobre la tierra; pero una fiel é íntima amistad dulcifica aquel cáliz y neutraliza los rigores de la suerte. Sin un amigo, sin un sér con quien podamos compartir nuestras penas, el dolor que ellas nos causan es apenas soportable, así como los placeres tienen para nuestra alma menos encantos cuando los gustamos solos y como en una especie de destierro.

Pues bien; el matrimonio es el más bello, el más dulce, el más santo y el más duradero de todos los pactos que entre los hombres pueden formar la religión y la naturaleza, porque las leyes añaden á la necesidad del corazón el deber de vivir juntos los esposos. Los intereses divididos, la diferencia de opiniones y de fortuna, la posición social y la ausencia por un cambio accidental de domicilio pueden hacer al amigo frío é indiferente para con el amigo; pero los esposos no tienen, ni pueden, ni deben tener más que un solo interés, una sola fortuna, una misma suerte y un mismo domicilio. Unidos para toda la vida, viven seguros de que sólo podrá separarlos la muerte que es el punto final de todo vínculo humano. El hábito de vivir constantemente juntos y de estar ligados por las más íntimas y dulces relaciones, hace necesaria la presencia de uno y otro en el hogar, y por último los hijos, prendas de ese afecto que ha hecho de ambos un solo sér, vienen á formar un nuevo y poderoso lazo que estrecha más y más cada día la unión de los esposos.

¿Quién defenderá á la mujer tímida y débil con más vigor y resolución que el que se expone á todas las vicisitudes y agitaciones de la vida por asegurar y embellecer la existencia de su compañera? Y cuando las rosas de la juventud se han marchitado en ella, quién la estima, quién la ama hasta la última hora con tanta ternura como el afortunado esposo que participa de las virtudes de su compañera envejecida y que vive feliz con el recuerdo de los bellos días de su luna de miel? ¿Quién dulcifica con más ternura las penas, los sacrificios y los trabajos del hombre sino una esposa confiada, que ve en él á su mejor, á su único amigo, á su protector, á su segunda providencia? ¿Quién ofrece al hombre el consuelo y le devuelve la serenidad cuando nadie premia sus esfuerzos y se ve desconocido de todo el mundo? ¿No es, acaso, la confidente de su corazón, única capaz de apreciarlo dignamente? ¿Para quién arregla ella su casa y se atavía con tanta gracia ó vela en el silencio de la noche, ú olvidándose á si misma aguza su ingenio para inventar nuevos y sencillos placeres? ¿No es para ese amigo único al cual pertenece en absoluto y sin el cual arrastraría una triste y desahucada existencia? ¿Para quién se esfuerza el hombre por obtener buena fama y consideraciones y fortuna si no hubiera otro ser con quien partir estas ventajas, cuya felicidad es su propia felicidad y cuyas alegrías son también las suyas? En los días de prueba, en la época de las enfermedades, ¿quién nos ayuda á sobrellevar resignados nuestros dolores sino un corazón fiel, generoso y sincero con el cual hemos pasado los días más felices de la vida? Y cuando los males físicos nos encadenan al lecho del dolor, ¿qué mano nos consagra mayores cuidados que esa mano unida para siempre á la nuestra? Una mano mercenaria puede presentarnos la copa en que la ciencia trata de devolvernos la salud; pero ella no viene acompañada de esa mirada amorosa é inquieta que investiga nuestros más secretos deseos; los extraños pueden contristarse á la vista de nuestros padecimientos, pero no ven, como un esposo ó una esposa, descender al sepulcro la mitad de su vida cuando la nuestra se ha extinguido! Ellos no participan de nuestro dolor ni del de nuestra familia, compadecen nuestros males, pero no los sienten.

Por esto es por lo que la felicidad en el matrimonio es la más grande y la más cierta de las felicidades de la tierra, porque ni las riquezas, ni los honores ni las dignidades, ni el poder son bastantes á reemplazarla.

¡Pero cuán raros son los matrimonios completamente dicho-

¡Cuán frecuentes son, al contrario, las huellas de la desgracia doméstica, las consecuencias de una festinada unión y la ruina de las familias ocasionada por la discordia de los esposos, y por las quejas recíprocas que traen consigo el divorcio ó las separaciones voluntarias!

La elección imprudente de los esposos es, sin duda alguna, y con harta frecuencia, la causa generadora de este azote de la vida social. Hay veces en que en la embriaguez de la pasión dos amantes se unen para siempre antes de conocerse sus defectos y sus cualidades, y en que, seducidos por las ilusiones que rodean el matrimonio no ven las penas y las contrariedades que lo acompañan; pero á la embriaguez sucede la calma de la razón y á los delirios temerarios de la pasión el abatimiento y la saciedad. Los que movidos solamente por el deseo de agradar no se manifestaban sino desde el punto de vista favorable, se ven luego recíprocamente desde el punto de vista más desventajoso,—muchas esperanzas burladas, muchos defectos descubiertos, muchos malos hábitos incorregibles; al paso que las cualidades por las cuales se brilla más en el mundo son tal vez inútiles en el curso ordinario y menos disipado de la vida doméstica, y la tibieza ó la frialdad reemplazan al entusiasmo. Creen haber sido engañados por la mala fe, cuando la pasión es la que los ha engañado; y de aquí las quejas y las reconvenciones que se repiten sin cesar, las exigencias que nunca se satisfacen y la paz que huye del hogar llevándose consigo el afecto, la delicadeza, la dulzura y la alegría para no dejar en cambio sino la contradicción, el hastío y el arrepentimiento.

¡Otras personas contraen matrimonio con miras interesadas. El acrecentamiento de su fortuna es su principal objeto; ó bien su unión ha sido obra de la intriga ó de la violencia, y con el fin de satisfacer la vanidad no se piensa nunca en examinar si los futuros esposos tienen bastantes cualidades y pocos defectos para poder recorrer en buena armonía y contentos la carrera de la vida. El juramento está hecho, y la ambición tiene sus víctimas y la codicia sus tesoros; pero todo el oro del mundo no es suficiente para encubrir los defectos que nos hacen insoportable á una persona y que convierten nuestra vida en un continuado suplicio. El triunfo del orgullo obstinado de una familia no reconcilia un corazón que sufre con su desgraciada suerte, para la cual no vemos más remedio que la vergüenza ó la tumba. Las ventajas exteriores que se buscan en el matrimonio tienen sin duda su precio; ¿pero acaso podrán ellas hacer la felicidad del que

sólo buscaba en el altar la unión íntima de su alma con otra alma amante como la suya? ¿Las lágrimas del pesar son menos amargas cuando ruedan sobre tapices de oro y de seda? ¿De qué sirve pasar la vida en el seno de la fortuna si el presente no tiene alegrías ni el porvenir esperanzas? ¿Las dignidades y la magnificencia curan las heridas de un corazón que mana sangre sin cesar y cuyos dolores son cada día más acerbos?

Un matrimonio turbado por la discordia es la unión más penosa que puede ofrecer la vida social. Todos los otros vínculos son fáciles de romper; pero el del matrimonio no puede romperse sin dificultad, porque convertido en una cadena de hierro que apenas podemos arrastrar, él nos une á nuestro enemigo hasta que la mano compasiva de la muerte la rompe y nos libra de él. Todos los días despierta con los desgraciados esposos el temor de nuevas miserias; se ocultan uno á otro para buscar un momento de solaz y no se encuentran sino para ofrecerse mutuamente largas horas de hastío. Allí donde no hay paz no hay bendición; en una palabra, y como último término de una unión tan desgraciada, la sonrisa convulsiva de la muerte, observada con avidez en los labios del esposo que expira, trae la horrible sonrisa del placer á los del esposo que sobrevive.

Pero es necesario no buscar siempre en la desgraciada elección de los esposos la causa de tan inaudito infortunio, porque sucede también que su carácter desmejora y se vicia en el matrimonio, y es entonces cuando se desarrollan ciertos defectos cuyo germen apenas existía antes de casarse. Tampoco son siempre los vicios y las inclinaciones culpables lo que turba la felicidad conyugal; son algunas veces ligeras debilidades, caprichos insignificantes que los ojos de los extraños no pueden por sí solos descubrir; pero por pequeños que sean esos defectos ó esos males desagradables pueden muy bien ahogar en el círculo estrecho de la vida íntima toda semilla de felicidad.

Cuando se han tolerado por mucho tiempo esos defectos, cuando el disgusto ha echado raíces en el corazón, la felicidad doméstica huye infaliblemente, y la reconciliación de los ánimos ó al menos su amigable y franca unión, se hace poco menos que imposible.

Si la paz de la familia y la del corazón son una necesidad y un tesoro, tratad, oh, esposos cristianos, de que vuestros primeros esfuerzos tiendan á corregir vuestros defectos, fuente de discordia y de indiferencia y obstáculo poderoso para toda sincera reconciliación; haced lo posible por no exigir al otro virtude

de que no podais dar el ejemplo ; no les manifesteis disgusto por sus defectos antes de haber corregido los vuestros, que lastiman un corazón llamado á participar de vuestros placeres y de vuestras penas ; guardaos de atribuirle todos los males que sufris y reconoced más bien que vos también habeis turbado la felicidad de vuestra casa con vuestras faltas. Si no se os ama echaos á vos mismo la culpa más bien que á la persona cuyo corazón os parece rebelde, porque vos no sabeis hacerlos amar ó á lo menos no habeis sabido merecerlo.

Para conservar en el matrimonio esa amabilidad á la cual debemos el estar unidos para siempre y que tanto lo embellece, adornémonos con esas virtudes sociales cuyo éxito feliz es siempre seguro ; coloquemos en el número de esas virtudes el *pudor* y tratemos de que siempre vaya unido á la familiaridad, porque él es la gracia de la fuerza y de la hermosura al mismo tiempo, porque es el aliciente sin el cual los esposos se convierten pronta y recíprocamente en un objeto de disgusto ; contemos también entre esas virtudes el *aseo*, porque cuando los encantos de la juventud han pasado, el aseo es siempre un atractivo, y porque él reemplaza la hermosura y conserva la salud y el vigor ; y agreguemos, en fin, el *deseo de obligar* manifestado en la mirada y en las palabras : aun cuando sea preciso fingirlo al principio, él vendrá á ser al fin un hábito natural y una necesidad del corazón.

Ni el amor ni el aprecio pueden ser impuestos por la ley ; es preciso, pues, merecerlos. Quereis que se os estime ? Hacedos estimable. ¿ Quereis que se os ame ? Hacedos digno de ser amado. Lejos de legitimar la unión conyugal, la falta de consideraciones y mil otros descuidos que sería largo y difícil enumerar, el comercio de la vida íntima exige una prudencia más vigilante, un tratamiento más delicado que el del comercio momentáneo con los extraños. Es un error el creer que con las personas con quienes vivimos y á quienes vemos á cada instante podemos ser descuidados y hasta bruscos, en tanto que con los demás, á quienes no vemos sino raras veces, hemos de ser modelos de civilidad. ¿ Cómo suponer que los extraños tengan más derecho á nuestras atenciones ó nuestra afectuosa cortesanía que ese sér querido á quien debemos pagar amor con amor y felicidad con felicidad ? La intimidad de los esposos no puede autorizar jamás las expresiones vulgares, ni los chistes ó agudezas de mal gusto, ni las vulgaridades, ni la preferencia con que se trata á los extraños ; por que ese es el origen común de los largos sufrimientos de la vida conyugal. Las faltas de cortesía de un extraño se olvidan apenas

se le pierde de vista, pero las que cometen los esposos entre sí dejan recuerdos tanto más profundos cuanto que la presencia constante del ofensor las recuerda sin cesar y las hace más dolorosas.

Esposos cristianos ! ¿ Quereis asegurar la felicidad de vuestra vida ? Contraed entre vosotros el compromiso solemne de no rehusaros jamás las manifestaciones de vuestro aprecio mutuo, de no conservar ni fingir resentimiento, aun cuando la diferencia accidental de opiniones os divida, y guardaos uno á otro, suceda lo que suceda, el mismo amor, la misma consideración, la misma confianza. Fingir cólera, ya sea seriamente, ya sea chanceando, es peligroso y culpable proceder entre esposos, por grande y verdadero que sea el afecto que se profesen ; así pues, no os acostumbreis á chancearos con dureza, porque al fin lo que parece un juego se convierte en desagrado desde el momento en que pretendais hacer triunfar vuestra opinión ó vuestro deseo ; no finjais falta de afecto ó de estimación por vuestro consorte porque ese es un atentado que cometeis contra la paz doméstica y porque nada es tan fácil como ser lo que se quiere aparentar.

La estabilidad de la dicha doméstica descansa en esta ley fundamental :—que los esposos cubran con el velo del misterio los secretos de su casa á los ojos de todo el mundo, sin exceptuar á sus más íntimos amigos, y que usen el uno para el otro de la mayor sinceridad, de la más entera franqueza en todas sus relaciones, ora como esposos, ora como padre y madre, ora como amigos inseparables, porque el primer secreto que se interponga entre los dos es el primer golpe que se da á su mutua seguridad. El primer desengaño que sufra cualquiera de ellos es el germen de eterna desconfianza ; y como todo el que engaña teme á su vez ser engañado, es preciso evitar á todo trance que este temor llegue á ser un huésped en el hogar: que el marido lea, pues, en el corazón de su mujer y que la mujer conozca á su marido tal como es él, y sólo entonces no tendrán sino una sola alma, un solo amor, una sola esperanza y una sola vida en dos cuerpos.

La desconfianza ha roto con frecuencia los lazos más dulces y felices ; la felicidad doméstica de personas por otra parte estimables ha sido destruida por un funesto secreto de parte de uno de los dos esposos, por la mala inteligencia que ese secreto ha ocasionado y por la falta de explicaciones sinceras. Rómpace, pues, entre ellos el velo del secreto aun cuando al romperlo se descubra una falta grave ; el valor que se manifiesta al confe-

sarla prueba la resolución que se tiene de no repetirla, la cólera queda desarmada con tal confesión, entonces el amor y la confianza permanecen intactos y el ofendido estima más aun si cabe al ofensor.

Tener secretos para la persona que nos acompaña en nuestra peregrinación sobre la tierra, no es sólo turbar la paz doméstica, sino también abrir la puerta del hogar á todos los males y á la más sensible de las desgracias, porque todo misterio de este género ofrece materia á las conversaciones maliciosas; porque los malos amigos se interponen entre los corazones separados ya por un solo secreto, y porque las lenguas maldicientes atacarán hasta la pureza y la integridad del vínculo conyugal.

El delito más grave que puede cometerse contra una alianza consagrada por Dios, por la naturaleza y por el orden social es la violación de esa alianza, y quien lo comete se hace, como el perjuro, abominable á los ojos de los hombres, porque viola un juramento prestado á la faz del mismo Dios y porque rompe el pacto más solemne y más santo.

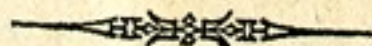
No hablaremos aquí de las miserias domésticas, fruto inevitable de ese crimen, ni de la vergüenza ó del dolor que pesa sobre la cabeza del culpable ya sea en esta vida, ya sea en la eternidad, ni de los tormentos que ocasionan los celos á los cuales abre las puertas del hogar.

La sola apariencia de infidelidad ó siquiera de un afecto ilícito es una imprudencia censurable y hasta criminal. Esa apariencia deshonra la casa, despierta el furor de los celos, envenena en su origen todos los goces de la vida y hace del matrimonio un infierno, puesto que proscribde de un corazón afectuoso y sensible, pero ya herido, la confianza, la intimidad y la paz.

Si bien es cierto que muchos hombres son extraños á este linaje de faltas que el alma cristiana detesta, no lo es menos también que otros muchos, aun de aquellos cuya moralidad es preciso reconocer, destruyen la calma y la felicidad de un matrimonio con sus imprudencias, su terquedad, su espíritu de contradicción y sus caprichos pueriles. Para probar su autoridad y demostrar la firmeza de su carácter emplean un sistema de constante oposición en sus opiniones y de despotismo en su voluntad; y así es como sacrifican á una locura ridícula el más estimable de los bienes de la vida; así es como alteran su salud y agostan la fuente de sus sencillos goces y de su reposo, como esos dementes que asustan al hombre razonable con sus arranques turbulentos y continuos.

Para esta enfermedad del alma no hay más que un remedio, el que nos dió Jesús, luz del mundo — la Caridad. Sólo esta virtud sublime puede producir la estimación, la confianza, la benevolencia y la paz; sólo la caridad cristiana es capaz de tolerar los defectos, de espiar las ocasiones de corregirlos con dulzura, sin humillar á sus propios ojos ó en presencia de extraños testigos á aquél á quien deshonran esos defectos. Y aun en el caso de que nuestro corazón estuviera cerrado á esa virtud incomparable, nuestro propio interés personal nos prescribiría una conducta sabia, prudente y generosa que nos hiciera soportable el matrimonio quitándole algunas de sus espinas; nuestro propio interés nos impulsaría á despojarnos de nuestros defectos y de nuestras debilidades á fin de adquirir nuevas virtudes, y nos daría como premio de nuestros esfuerzos la paz del alma, la dulzura de la vida, la estimación de los hombres y el respeto, si no el cariño del sér con quien, asidos de la mano, caminamos hacia nuestro último fin.

La caridad y la religión hacen de la unión de los esposos una alianza celestial. Los que han participado de una misma suerte durante la vida dormirán un día con las mismas esperanzas en los brazos de la muerte. La eternidad abre sus puertas para recibirlos, y los mismos sentimientos elevan su corazón hacia el Padre común de los hombres; allí donde el amor á Dios penetra y vivifica las almas, allí reina una felicidad sin límite y sin sombras; allí nada puede alterar la paz ni la dicha de los esposos; allí, en fin, la ternura de las madres y la virtud de los padres pasan como herencia de bendición á su posteridad venturosa.



LA INCREDULIDAD.

DIRIGID una mirada sobre la vida humana ó sobre la naturaleza y por todas partes descubriréis la línea del bien en el justo medio; doquiera se tocan las extremidades del círculo. El exceso del frío así como el del calor hace perecer las plantas, los animales y los hombres: el colmo de la riqueza así como la extremada pobreza destruyen la felicidad de los mortales, hacen para ellos indiferente la vida y no les dejan ni aspiraciones que acariciar ni esperanzas que concebir. El aire es igualmente nocivo para la salud en las profundidades de la tierra como en la cumbre de las más elevadas montañas. El dissipador y el avaro son igualmente pobres, porque ni el uno ni el otro saben disfrutar de su riqueza. Un pueblo ignorante, salvaje y bárbaro presenta un cuadro tan repugnante y desconsolador como el de un país que ha llevado su civilización y su progreso hasta el refinamiento de los placeres y de los vicios: uno y otro se hallan muy lejos de poseer el sentimiento moral y religioso que es la base de la prosperidad de las naciones, y que no consiste ni en la superstición, ni en la hipocresía ni en la negación de Dios.

Los efectos de la superstición son espantosos; pero las consecuencias de la incredulidad no son menos funestas. La primera descamina la inteligencia, envenena la felicidad y altera la salud; hace que el hombre obre como un insensato, sustituye el error tenebroso y grosero á la clara y benéfica luz de la verdad; en vez de reconocer la misericordia de Dios atribuye á los espíritus malos ó á los fantasmas que crea su imaginación débil y

enferma un poder injurioso á la divina Omnipotencia; ahoga en el corazón el sentimiento de la humanidad y convierte al hombre en un ser capaz de las acciones más atroces.

Pero los efectos de la incredulidad, como lo hemos dicho, no son menos terribles. ¿Quién no ha presenciado los tormentos secretos de esos hombres condenados á la ansiedad y á la duda? ¿Quién no ha visto sorprendido los vicios de esos jóvenes libertinos y frívolos que atacan la religión en sus discursos y sus escritos impregnados de soberbia, de envidia y de odio, y la conducta de esos hombres sin principios y sin costumbres, incapaces de afectos y cuyo único móvil es su interés personal; que no conocen á Dios, ni piensan nunca en la eternidad sino solamente en los placeres de este instante fugitivo que llamamos vida; para quienes no existe virtud sino astucia, ni vicio sino ineptitud; que miran la religión como un instrumento inventado por la política de los soberanos ó por la codicia de los sacerdotes para mantener á los pueblos en la obediencia los unos ó para satisfacer sus ambiciones los otros, ó, por último como el fruto de los delirios de piadosos entusiastas víctimas de la exaltación de su cerebro?

La superstición ha perdido mucho de su poder tiránico desde que los hombres instruidos, los sacerdotes ilustrados, los institutores fieles al cumplimiento de su deber han destruido los errores y han asentado en las conciencias el imperio de la verdad. Pero la incredulidad levanta audaz su frente en la que se pintan la alegría y el desdén, el odio y la soberbia.

Las personas de ciertas condiciones sociales se han afiliado bajo su bandera atribuyéndose el privilegio de las luces y pretendiendo que quien elige ese camino se ve de pronto colocado en la cima de los honores, del poder y de la ilustración. Importa muy poco que los que en nada creen carezcan de todo mérito moral é intelectual, con tal que logren colocarse en medio de la corriente de la moda y que sepan ostentar cierto aire de saber y de genio. La manía de sobrepajar á los demás en brillo y consideración es más poderosa que el sentimiento de lo bueno y de lo justo, y acaba por despreciar la verdad y por dar exclusivamente á la más ciega ignorancia y á la más audaz impiedad los títulos de sabiduría, de fuerza y de valor.

Los progresos de la sensualidad y del lujo han contribuido poderosamente á fomentar la incredulidad, es decir el desprecio de esa fe religiosa que es como si dijéramos la brújula que guía á la especie humana al través del tempestuoso mar de sus pasiones; de esa fe religiosa que cree en el mundo intelectual, en la

existencia de Dios, en la eternidad del alma, en las acciones morales y virtuosas, en los premios y castigos eternos. Acostumbrado el hombre á abandonarse sin freno á sus caprichos y á sus pasiones, halla sin duda incómodos los pensamientos serios que pudieran detenerlo en el camino del desórden; y si no puede negar á Dios, trata al menos de gozar de cierta seguridad pensando muy poco en Él y persuadiéndose de que el Creador no ha de ocuparse para nada de las acciones de cada una de sus criaturas. Si no niega en absoluto la inmortalidad del alma, se complace en acariciar la duda respecto de su suerte más allá del sepulcro, y dice: "Qué sabemos de lo que pasa por allá? Ninguno ha vuelto á revelarnos la suerte que le ha tocado ni la que nos espera: es posible que muramos para siempre como las plantas y los animales; y en todo caso, para qué turbar con estos sombríos pensamientos la serenidad de esta vida pasajera? ¿No vemos acaso que la naturaleza no deja perecer las razas, entretanto que los individuos desaparecen para no volver?" Si no niega que Jesucristo ha sido uno de los más grandes sabios, si encuentra conveniente y cómodo negar que sea el Hijo de Dios, el Mediador enviado por el soberano Espíritu á la tierra para traer á los hombres la luz de la verdad y para encaminarlos al fin supremo para que fueron creados; encuentra que la moral evangélica es demasiado severa y poco á propósito para las criaturas de carne y hueso. Si le es imposible negar que la fe religiosa y el espíritu de amor á Dios y á los hombres es lo único que puede dar al alma la paz y la confianza en su eterno destino, entonces considera humillantes y odiosos los deberes que le impone esa doctrina redentora y dice que nadie tiene derecho para imponerla á la razón humana; que los ministros de Dios son esto y lo otro y que las personas ilustradas y serias no deben dar oídos á sus ambiciosas sugerencias. Sí por último, no revoca á duda lo que vale la virtud, ni puede negarle en el fondo de su corazón el mérito que tiene, al menos se complace en pensar que son pocos los hombres que tienen verdadera virtud y que lo esencial es obrar con prudencia consultando previamente su propio interés antes que sacrificar su bienestar á ideas elevadas, es verdad, pero tal vez quiméricas.

Tal es la historia, ó mejor dicho, la fotografía de ciertos hombres que han tomado la incredulidad por ciencia y por ilustración. Los más groseros apetitos los han conducido gradualmente á este resultado; y las prerogativas de la inteligencia humana, el talento, la razón, el sentimiento, la imaginación y la ex-

perencia no han servido más que para hacerlos esclavos de viles pasiones que su talento trata de excusar y aun de embellecer.

La educación que generalmente se da á la juventud es una de las causas principales de estos males tan graves. Créese que no se le deben enseñar sino muy tarde las verdades religiosas; esto es, á la edad en que es capaz de reflexionar por sí misma y de distinguir el error de la verdad; y ojalá que algunos institutores y padres de familia se contentaran con esto; pero es frecuente y está á la vista de todo el que tenga ojos para ver y oídos para oír y que sea capaz de razonamiento, que en tanto que se espera que los niños lleguen á la edad de la reflexión para enseñarles las verdades religiosas, no pocos son los maestros que les propinan el veneno de la mentira y siembran en su corazón el odio á todo lo santo, á todo lo noble y á todo lo bueno. Pensar que el niño no debe ser religioso sino cuando por sí mismo pueda adoptar la religión que más le guste ó más le convenga, es lo mismo que pretender la conveniencia de no inspirarle el amor y el respeto que debe á sus padres ó á sus bienhechores sino cuando su razón esté bastante desarrollada para comprender la extensión y la importancia de los beneficios que ha recibido de ellos.

Otra causa del funesto mal que lamentamos está en la ligereza de nuestro siglo, en la general inclinación á la lectura inconsiderada de toda clase de libros, panfletos y artículos de periódico. Las novelas, por ejemplo, imaginadas y publicadas por escritores superficiales, encuentran lectores superficiales como ellos; y éstos, sin conocimientos sólidos, incapaces de entrar en el fondo de lo que lo que leen, toman sin vacilación el ingenio por profundidad, la verosimilitud por certidumbre y lo bello por lo bueno. Las lecturas que hoy día se dan con profusión y sin criterio ni medida á los jóvenes, léjos de ilustrarlos confunden sus ideas; y como ellos tienen la facilidad de adquirir por este medio algunas nociones de todo, se sienten inspirados por la vanidad que es enemiga de los estudios serios y profundos y del examen severo de la verdad, examen que ellos tienen la presunción de calificar de pedantismo.

No es menos peligrosa para el espíritu ni menos engañosa para la parte moral de lo que lo es para la parte física del hombre la luz de la luna, cuya incierta claridad engaña la vista y desvía los pasos del viajero; sus ojos ven, es verdad, pero ven un mundo imaginario, los objetos toman otras formas y otras dimensiones, los que están lejos se acercan y los que tiene á su lado se alejan de él. Los semi-sabios desprecian los trabajos de una

ciencia laboriosamente adquirida y creen que su inteligencia y su razón son suficientes para comprender y profundizar lo que pretenden que pertenece exclusivamente al dominio del pensamiento y en manera alguna al de la memoria; y sin conocer la fuerza irresistible de la imaginación, están seguros de no ceder á su imperio, al paso que creen avanzar con paso firme en el camino de la verdad, de donde resulta el cambio frecuente de ideas y de miras.

Consecuencia necesaria de la educación é instrucción superficial es que los hombres que apenas han recibido un ligero barniz de cultura y una mediana instrucción, que pretenden conocerlo todo y fallar sobre toda materia, conocen muy poco ó no conocen absolutamente la naturaleza y los límites estrechos de sus facultades intelectuales, uno de los objetos más espinosos de las investigaciones humanas. Sin duda considerarían ridículo que se pretendiese descubrir con los ojos del cuerpo el secreto de las fuerzas de la naturaleza, el principio de la vida de las plantas y de los animales; pero no encuentran absurda la pretensión de conocer por medio de la débil y limitada razón humana el origen del mundo, ni sondear la incomprendible esencia de Dios, ni medir el infinito con el compás de una inteligencia aún más débil y limitada. Confinados en el mundo material, se arrogan el derecho de escrutar el mundo del espíritu cuya existencia les sería imposible negar; ó bien niegan la realidad de todo lo que no afecta sus sentidos, en tanto que se muestran crédulos respecto de una multitud de hechos y no vacilan en poner toda su confianza en los testimonios más frívolos y vanos. Para sondear las profundidades del mundo espiritual tratan de salvar los límites de la razón humana y de la experiencia y toman muy á menudo por verdades ó descubrimientos las ilusiones de su imaginación. No comprenden que querer salvar los límites del entendimiento es perder la razón; no ven que si el hombre revocara á duda todo aquello que no puede comprender dudaría de su existencia misma; negaría la acción de su espíritu tan incomprendible de suyo como la esencia, la inmensidad y todos los atributos del Ser eterno, incomprendible é infinito.

Ningún estado es más contrario á la naturaleza del hombre que el de esa incredulidad que acabamos de bosquejar; porque no solamente es una enfermedad del espíritu que le arrastra á la negación de todo lo que es bueno y digno de fe sino también la más grosera y despreciable superstición que da asenso á todo lo ridículo y extravagante.

El incrédulo, además, es el enemigo de su propio reposo, incapaz de encontrar un punto de apoyo en el cual pueda detenerse y descansar. Agitado por los tormentos de la incertidumbre y de la duda, se halla en perpetua contradicción consigo mismo: fija sus ojos en una naturaleza llena de encantos y de maravillas y duda de la existencia de un Ser que la haya sacado de la nada, si no es que afirme que todo es obra del acaso; oye nombrar la Providencia y se pregunta á sí mismo si esa Providencia no será la casualidad ó el destino; ve que todos los pueblos de la tierra en una serie no interrumpida de siglos han adorado y adoran á un Ser Supremo y sólo él duda de esa verdad histórica y de sentido común, y vacila pensando si será él ó el género humano el que está atacado de locura. Una voz interior le grita que en él vive y palpita una esencia inmortal, que después de la muerte hay algo que presiente el espíritu pero que los ojos del cuerpo no pueden contemplar, y duda todavía de los destinos futuros de su alma; no puede negar á la virtud el homenaje de su admiración, y con todo permanece indeciso sobre el carácter de ese Código divino donde brillan en toda su pureza las leyes de la sabiduría eterna; no quiere reconocer más autoridad que la de la razón y desconoce las leyes de esa misma razón y el principio de los conocimientos humanos. Para creer en algo necesita las pruebas y prefiere dar asenso á lo imposible, es decir, á los efectos sin causa. ¿Y puede acaso el hombre ser feliz en esta perpetua contradicción consigo mismo? No; porque vive desesperando de sus propias facultades y oculta con razón á las miradas de los demás la secreta enfermedad que lo avergüenza, y maldice la instrucción y los conocimientos que posee porque lo han apartado del camino de la verdad, como esos fuegos fatuos cuya luz engañadora ofusca y pierde al viajero poco seguro de la senda que ha de seguir.

Hay otros incrédulos, y de esos conocemos muchos, que sintiendo la necesidad de una fe y de una religión, sin haber podido conocer sus beneficios, caen en la más sombría desesperación. Para ellos el mundo no es otra cosa que una máquina sin motor, un espectáculo de sombras inanimadas, una fría combinación de necesidades que nada dicen á su corazón; para ellos no hay verdadera felicidad sobre la tierra: pueden divertirse, satisfacer sus apetitos, pasar contentos algunas horas, pero les es imposible ser verdaderamente dichosos por el sentimiento de su propia existencia; para ellos no existe ese Dios infinitamente bueno y misericordioso á quien pueden llamar su Padre, ni ese

enviado celestial que les haya revelado los misterios sublimes del reino de los cielos y á quien puedan considerar como su guía, su amigo, su salvador, su consuelo y su esperanza; para ellos, en el santuario doméstico la alegría no es nunca pura ni duradera, porque aquéllos á quienes la muerte arrebató á su ternura se van para siempre puesto que jamás los volverán á ver. Ningún rayo de amor ni de esperanza luce á sus ojos en las profundidades de la eternidad; y lo imposible de una vida futura está para ellos en contradicción con esa necesidad imperiosa que salva los límites del tiempo. Según ellos, está turbada la armonía del universo, roto el concierto de su espíritu con las maravillas de la creación, sus placeres son fugitivos y engañosos y para sus dolores y su tristeza no hay alivio ni consuelo.

La falta de fe y de religión no solamente envenena los goces de la vida y la felicidad de las familias sino que turba también el orden social. Quien no puede hallar la paz al entrar en sí mismo, acaba por buscar el fin de su existencia en los placeres de los sentidos y se conforma con distraerse en ellos de sus pesares y de sus pérdidas; el que no cree en la eternidad vive la vida del bruto, el efímero delirio de un momento; el que no conoce á Dios ó no cree en Dios pone todo su corazón y sus afectos en las cosas de la tierra. ¿Y qué son la virtud, la lealtad, los sacrificios para quien desconoce el noble destino de su alma? La religión es para ese desgraciado una fábula, el hombre religioso un hipócrita ó un insensato; el precio de la vida consiste en acariciar pasiones prontamente satisfechas y sin cesar renovadas; en fin, para ese ser degenerado no existe en el universo nada sagrado, nada santo, nada respetable, nada bueno. Ese infeliz no vive ni para Dios, ni para la eternidad, ni para sus semejantes, vive para sí mismo; su Dios es el interés. Iglesia, patria, sociedad, virtud, vicio, honor, ignominia, todas estas palabras no tienen valor ninguno para él sino en los cálculos del egoísmo. Por eso le vemos extraño á todo lo que los demás hombres buscan y precerencian: las necesidades físicas y el temor son los únicos lazos que lo unen al orden social. Colocadlo en el sillón del magistrado y lo vereis inmolar irrevocablemente á sus pasiones todo cuanto se oponga á sus deseos; ponedlo en contacto con sus iguales y se burlará de todo, y se permitirá todo si así ha de satisfacer sus deseos. La astucia y la falsía ocuparán en su corazón el lugar de la prudencia, la conveniencia el de la justicia y la virtud, y sólo lo que sirve á sus propios intereses es verdadero, bello y bueno; para él sería ridículo imponerse la más ligera pri-

vación en obsequio de la humanidad ó de la patria, al paso que si le fuera posible sacrificaría el mundo entero á sus caprichos.

Tales son los frutos de la incredulidad.

Mucho se habla en nuestros días de la ignorancia, de la superstición y del *fanatismo* de otros tiempos; mas, por desgracia para la patria, no tardará mucho el día en que las venideras generaciones recuerden entristecidas los males de la época presente, resultado lógico de la falta de sentimiento religioso, del egoismo que tiende á destruir la fe, y del debilitamiento moral del país, causa primera y principal de su decadencia; porque las leyes inmutables de la naturaleza y de la moral no cesan de gritarnos que ellas no pueden violarse impunemente; que el camino de la verdad y de la salud no es el mismo que venimos recorriendo en pos de los placeres y de la licencia, y que la degeneración moral del hombre no puede ser jamás una fuente de bendiciones.

UNIVERSIDAD

EAFFIT®

Sala de Patrimonio Documental

NO ES DIFÍCIL SER CRISTIANO.

Todo sufrimiento ofrecido á Dios se convierte en un bálsamo celestial. Todo combate sostenido hasta el momento del triunfo es una fuente de felicidad y de gloria.

NO SON raras en los hombres las resoluciones virtuosas. Los gérmenes del bien brotan frecuentemente en su corazón, pero se secan antes de fructificar. Hay momentos en que el espíritu se inflama en el más vivo entusiasmo por el ejemplo de una noble acción ó de los sentimientos generosos. Se cree muy fácil imitar esa conducta y mantener siempre vivos esos sentimientos; pero pasan algunos días, se apaga el entusiasmo y la resolución que él había inspirado se debilita. ¡Cuántos hombres se dicen á sí mismos en este caso: “*Quiero, pero no puedo hacer esto ó esto otro;*” ó, como dice San Pablo: “**El espíritu está pronto, pero la carne es débil.**” “No hay duda de que es muy difícil ser verdaderamente cristiano.”

Este lenguaje manifiesta el olvido de que el espíritu del cristianismo, el amor á todo lo noble y bueno, no es de ordinario el resultado de un súbito entusiasmo, que nunca viene acompañado de emociones vivas y extraordinarias. Esta efervescencia del sentimiento es tan hermosa como efímera. Para ser verdaderamente cristiano no es preciso pensar solamente en los intereses del cielo ó tener siempre en los labios el nombre de Dios, ó recitar oraciones y versículos de la Escritura á propósito de

todo lo que se ve ó de lo que se hace; no: en medio de la multiplicidad de sus deberes y ocupaciones, el hombre no tiene sino una alma, y para cualquiera cosa que pretenda hacer necesita poner en juego todas sus facultades. Sus fuerzas son, sin embargo, tan limitadas que no puede ni debe orar constantemente; su deber le llama también al trabajo, á consagrarse á sus amigos, á educar é instruir á sus hijos, á gobernar su casa y á instruirse en multitud de cosas indispensables al hombre de sociedad; pero al ocuparse de todas estas cosas debe hacerlo razonablemente, con la convicción de que son inocentes y útiles y con decidida voluntad de hacerlas servir al perfeccionamiento de su alma y al bien de la sociedad.

La religión de Jesucristo no prescribe una perpetua exaltación ni la sucesión continua de pensamientos piadosos, de oraciones, de discursos que tiendan á la edificación; consiste más bien en esa disposición tranquila y reflexiva que condena toda acción inmoral, inconsiderada y dañosa y que impone como deberes la benevolencia, la caridad y el amor á la paz.

¿Será, pues, difícil para un ser dotado de razón no pensar, no obrar, no hablar sino de un modo conforme á las leyes de la recta razón? ¿Lo será para un hombre sano ponerse á cubierto de las causas conocidas de las enfermedades, y dejar de empuñar una arma para herirse á sí mismo? ¿No sería una demencia hacerse así daño voluntariamente? ¿Y no es también una locura entregarse al vicio ó á la mala inclinación que altera la paz del alma y que hace olvidar al hombre su vocación terrestre y su destino inmortal?

¿Por qué, pues, decir sin cesar que es difícil ser cristiano? ¿No es lo mismo que decir que es difícil ser cuerdo y razonable? No, no! Jesús, el Salvador del mundo dijo: "Mi yugo es suave y mi carga ligera." Pues bien, esas palabras son verdades profundamente reflexivas; él no impuso á los hombres obligaciones superiores á sus fuerzas, sino que les dijo: "Sed lo que vuestra razón ilustrada os aconseje y no os propongais otro fin que el que vuestra razón bien dirigida os prescriba, á saber: una felicidad cierta y duradera que nadie pueda arrebatáros y que no podáis perder ni en el mundo ni en la eternidad; sed para los demás hombres lo que razonablemente queráis que ellos sean para vosotros."

¿Cuáles son, pues, los obstáculos que encontráis para ser verdaderamente cristiano? ¿Proviene acaso de los hombres? No, porque ellos os respetan cuando llenáis vuestros deberes; os

aman cuando sabeis haceros digno de su amor por vuestra benevolencia y por vuestros sentimientos afectuosos. ¿Entónces esos obstáculos provienen de la administración pública y de las leyes? No, porque todas las leyes civiles, en cuya expedición están interesados los gobiernos y los particulares, no son sino medios de observar una conducta virtuosa y honrada; por eso es que señalan penas para el robo, para el asesinato, para la calumnia, para la rebelión y para todos los delitos en general.

Así, pues, los obstáculos que os impiden ser verdaderamente cristiano en vuestras palabras, en vuestros pensamientos y en vuestras acciones no están fuera de vos sino en vos mismo. Por lo tanto no busqueis al enemigo de vuestro reposo sino en vuestro propio corazón. Conquistad el imperio de los afectos y en el momento sereis el hombre más feliz de la tierra, porque llegareis á ser sabio y al mismo tiempo cristiano, porque habreis encontrado el secreto de ganaros vuestra propia estimación, el amor de vuestros semejantes y la aprobación de Dios.

¿Y cuál es ese enemigo interior que os impide pensar y obrar como cristiano? No es otro que vuestra naturaleza terrestre y animal, vuestros propios sentidos.

Cedeis á inclinaciones ilícitas é impuras; os abandonais á los placeres sensuales, pues en esto estais más cerca de la naturaleza animal que de la humana, porque sólo el bruto busca ávidamente esos placeres que á vos os hacen avergonzar.—Vuestro corazón está lleno de odio y de rencor para uno de vuestros semejantes? Pues el bruto también conoce el odio. Un sér fuerte por su propia razón rechaza enérgicamente todo ataque, pero no odia, no medita ninguna venganza.—¿Empleais en vuestros negocios el fraude y la astucia? ¿El animal, el bruto también ejercita la astucia y el disimulo, pero el sér dotado del poder de la razón obra con franqueza y con lealtad, y se muestra á todos tal como es porque á nadie hace mal.—¿Sois altivo, ambicioso y haceis alarde de vuestras cualidades? ¿Los brutos también son susceptibles de orgullo y de envidia; pero el ser dominado por la razón y no por la pasión piensa más bien en las virtudes que le faltan que en las ventajas que posee.

Nuestra naturaleza animal, es, pues, el obstáculo constante y poderoso que se opone á nuestro progreso moral. El vicio hace prevalecer la materia y nos asimila al bruto: la virtud hace triunfar el espíritu y nos acerca al ángel.

Pero de todos los obstáculos con que tropieza la virtud cristiana el más común es eso que llamamos *punto de honor* ó *qué*

dirán, que nos hace avergonzar de nuestra inocencia ; que cuando vemos que otras personas buscan la honra en una conducta disipada y mundana nos obliga á imitarlas. Tememos hacernos despreciables á los ojos del mundo si observando una conducta caritativa y cristiana concedemos á nuestro adversario una especie de triunfo perdonándole una injuria ó exponiéndonos á la burla por un noble desinterés ; nos sonrojamos al aparecer como cristianos y al mostrar en presencia de seres degradados un carácter noble y espiritual, y nos da vergüenza obedecer las leyes de la razón, las máximas de la sabiduría evangélica y la voluntad de Dios. Desgraciados ! La criatura abyecta que se arrastra en el lodo acaso es más grande que el Creador para que temais su juicio y desprecieis el del Señor del universo ? ¿ Os avergonzais de confesar con vuestra benevolencia al Maestro sublime de la caridad ? ¿ Os avergonzais de confesar en presencia de los hombres al Salvador del mundo ? Infeliz ! Llegará el día en que aquél á quien habeis negado en la tierra os negará también delante de su Padre que está en los cielos ! Ni su sangre divina, ni su muerte expiatoria podrán alentar en vos la confianza. ¿ Cómo ha de reconocer como su discípulo el Maestro á quien habeis desconocido durante el curso de una vida criminal, sólo porque en medio de las angustias de la muerte lo llamais apresurado en vuestro auxilio ?

Ahogad las voces de ese pretendido *punto de honor*, de ese *qué dirán* ; triunfad de esa falsa vergüenza ; no os sonrojeis de ser bueno en medio de los malos, de vivir según la ley de Dios y de la razón entre hombres sin principios y sin costumbres y entonces podreis ser verdaderamente cristiano.

¿ Os parece esto difícil ? Sin duda que no, porque Jesucristo dijo : " Suave es mi yugo y mi carga ligera." El cristianismo no nos prescribe sino aquello mismo que nosotros deseamos para conservar la tranquilidad de nuestra alma, tan necesaria para la felicidad temporal y eterna. Vos quereis pasar sobre la tierra días tranquilos y felices, y la religión pone en vuestras manos el secreto para conseguirlo ; deseais obtener la estimación y el afecto de vuestros conciudadanos, y la religión os los procura ; aspirais á poseer la confianza de vuestros amigos y superiores, y ella os enseña la manera como podeis llegar á inspirar esa confianza á los hombres de bien, y obligar á los malos y corrompidos á creer en vuestra virtud ; querríais conservar la calma en el peligro, la serenidad en la desgracia y una constancia incontrastable en cualquiera situación de la

vida, y sólo el cristianismo os procura esas ventajas, porque el poder humano, los dioses de la tierra, no podrían dispensáoslas; quereis que disminuyan vuestras angustias y pesares y que vuestra alma se dilate y esté satisfecha, y sólo él fortalece vuestro ánimo, engrandece vuestros pensamientos, hace que estéis contento de vuestra posición y de vuestra fortuna, y lleva á vuestro corazón esos consuelos que no pueden hallarse sino cuando se piensa en una Providencia cuya infinita sabiduría conserva el orden del universo. La envidia, la calumnia y la persecución os hacen sufrir, y la religión cristiana os ayuda á sobrellevar los pesares, aligera su peso, confunde á vuestros enemigos y cambia vuestras lágrimas en alegría y vuestra derrota en triunfo. La voz afectuosa del Salvador no os dirige en vano aquellas dulces y consoladoras palabras: "Venid á mí, vosotros, los que estais cargados de dolores y fatigas que yo os aliviaré." Deseais, por último, poseer el más precioso don del cielo que consiste en tener una alma siempre igual en todas las circunstancias de la vida, y la religión, pero sólo la religión, os da la seguridad de una conciencia tranquila, de una felicidad íntima que renace cada vez que pensais en Dios y en los hombres, en esta vida transitoria y en la vida que no tiene fin.

¿Cómo ha de seros penoso trabajar en vuestra propia felicidad, cumplir ó realizar vuestros íntimos deseos y hacer vuestra voluntad sin que nadie más que vos mismo pueda oponerse á ello? En una palabra, ¿cómo ha de seros difícil *ser cristiano*?

Para el hombre que ha logrado vencerse á sí mismo y combatir sus malas inclinaciones y sus deseos ambiciosos, que no tienen por objeto sino los bienes de la tierra; para ese hombre, decimos, no es difícil ser cristiano. Ahora bien; el hombre es capaz de los más grandes esfuerzos en tanto que quiera serlo; y lo querrá si piensa seriamente en las consecuencias de sus faltas y de sus vicios, en los peligros á que lo exponen, en el mal que hace á su propia salud, á su reputación, á su familia y á sus amigos. Todo aquél que se halle en estado de reflexionar, y que haya tomado la firme resolución de abandonar el camino del vicio para seguir el sendero de la virtud, verá que no es imposible al hombre ser bueno y dichoso.

Es menos difícil ser cristiano que vivir encenagado en los vicios. Sin duda es muy fácil cometer un pecado, pero no lo es vivir habitualmente en el desorden. ¡Y con cuántos obstáculos no tiene que tropezar el vicioso para abandonarse á sus desordenados apetitos! Sin cesar está atormentado por el temor de

ver descubierto el secreto de su mala conducta y sus vicios expuestos á la luz del día, aun cuando se hallen envueltos en las más profundas tinieblas. Su corazón no cesa de temer las miradas de los hombres y la severidad de la Providencia reparadora. Fuera de sí encuentra un mundo que le juzga y le condena y ante el cual el recuerdo del bien se desvanece como el humo y la memoria del mal parece grabada en acero; fuera de sí ve las lágrimas de su familia, oye las reconvenciones de sus amigos, y lee en los ojos de todos el desprecio con que le miran! Cuántos combates tiene que sostener para entregarse al vicio!

Para ser cristiano no hay necesidad de exponerse á tantas inquietudes ni de emplear ningún artificio. El hombre virtuoso llena sus deberes con placer, ejecuta con alegría una buena acción y la olvida; pero no sucede lo mismo con el vicioso que alimenta su cerebro con el recuerdo de sus placeres ilícitos. No se atreve á olvidarlos por temor de descubrirse inadvertidamente; recorre el camino de la vida mirando siempre atrás y fijos sus ojos en la imagen de su vergüenza que lo persigue como un fantasma horrible y amenazador; y todo lo que dice ú oye decir lo obliga á recordar sus faltas ó á paliarlas para que la venganza del mundo no le alcance muy pronto ó para no caer él mismo en sus propias redes.

Para ser cristiano no se necesita emplear el disimulo en las relaciones con los demás hombres. El cristiano se presenta sin temor ante sus superiores, sin segunda intención ante sus amigos y sin desdén ante sus inferiores. Fiel al cumplimiento de sus deberes para con todos, de nadie puede temer reconvenciones: á los unos les ha probado su obediencia, á los otros su afecto, á los últimos su caridad, y por lo tanto no puede esperar de ellos sino que le paguen amor con amor. No sucede lo mismo al vicioso que se ve obligado á calcular mañosamente su conducta para con los hombres de diversos caracteres, porque cada palabra, cada gesto, tiene para él un sentido oculto; observa con desconfianza las miradas y las fisonomías, trata de leer en todos los corazones y de velar el suyo; deseoso de aparecer mejor de lo que es, estudia sus movimientos y sus palabras, y obligado como está á imponerse, teme, sin embargo, que lo puedan engañar: no tiene el candor de la inocencia, ni la sencillez de la virtud, y cuando se trata de combatir no tiene el valor del cristiano.

No es, pues, difícil ser cristiano. Todo en el orden general de la naturaleza nos aparta del vicio y nos conduce por el camino de la virtud; y tal es la organización de las leyes que rigen

el universo, que mejorándonos cada día y aprendiendo á estimar más y más la parte espiritual y divina de nuestro sér nos acercamos necesariamente al cielo. ¡Cuán alto es el precio que alcanzan aun en esta vida la virtud y la pureza del alma! ¡Cuánta dulzura para el hombre que ve su benevolencia pagada con la gratitud, su desinterés con la estimación, su lealtad con la confianza, su castidad con el respeto, su modestia con el honor, y su afecto con el afecto! Hasta en el mismo dolor que sufre el cristiano cuando ve desconocida su inocencia y calumniado su honrado proceder, siente un goce celestial! ¡Qué mayor estímulo y qué mejor premio para su virtud sobre la tierra que el recuerdo de su vida pasada y la esperanza de la eternidad! ¡Cuánta delicia inunda su corazón cuando el pensamiento de un Dios infinito, Señor del universo y Padre de los hombres, llena su soledad, y cuando la esperanza del cielo penetra todo su sér de un santo estremecimiento!—¿Y todavía me direis que es difícil ser cristiano?

Ah! Todavía es más difícil que el esclavo de los vicio perseverare en ellos y viva encadenado al poste de la deshonor! Todas las recompensas que puede esperar se reducen á la satisfacción de sus pasiones, á los placeres impuros del vicio y á los goces que le brinda la corrupción; al paso que el temor, la angustia, la sospecha, el hastío y el remordimiento lo asaltan de continuo. Por todas partes no oye sino amenazas y opiniones que le condenan, y acaba por pasar del terror á la desesperación! Ansioso de los placeres que su imaginación le pintaba como los primeros bienes de la vida, les sacrificó su tiempo, su inocencia, su reposo y su salud. Y si después de tantos sacrificios pudo lograr su objeto, todo su camino lo encuentra cubierto de espinas; para él el pensamiento de la existencia de un Dios no es un consuelo, la idea de la eternidad lo aterra y lo espanta, y llega el momento en que se le oye maldecir la hora en que fué arrojado á una vida llena de tormentos y de ilusiones, á una vida que voluntariamente ha deshonrado bajando del nivel de los ángeles al nivel de los brutos. !....

Pero apartemos ya nuestros ojos de un cuadro tan sombrío y desconsolador.—¿Por qué emprende el hombre la tarea más vil y más penosa y deja á un lado la más bella y más fácil?

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

EL LUJO.

JESUCRISTO vivió pobremente durante su vida entre los mortales, y hasta hizo las veces de servidor de los hombres, porque quiso hacerse conocer no por medio del brillo y de la magnificencia exterior sino por su espíritu, por su doctrina y por sus discursos, los cuales estuvieron siempre de acuerdo con sus obras; porque quiso captarse la confianza y el amor de los hombres entre quienes vivía, á cuyo fin se hizo semejante á ellos. Había estudiado los defectos dominantes de los ricos y de los grandes de la tierra, demasiado apegados ya á los placeres y comodidades del mundo para que pudieran fácilmente cobrar afecto á las cosas espirituales, y los juzgaba incapaces de sufrir la persecución y la ignominia, la pobreza y la muerte combatiendo por la nueva doctrina, por el reino de los cielos que había venido á predicar; por eso escogió sus discípulos entre la clase inferior de la sociedad y los elevó de esa humilde condición á la categoría de maestros y de bienhechores de la humanidad.

Si bien es cierto que Jesucristo reprobó el orgullo y todos los defectos de los ricos, no por eso despreció las riquezas útiles, ni las alegrías de la vida, ni el uso de los dones preciosos y nobles de la Divinidad; y un día en que una mujer piadosa derramaba sobre su sagrada cabeza las más preciosas esencias del Oriente, sus discípulos, habituados á la economía, preguntaron con qué objeto se hacía ese gasto y agregaron que con lo que valía ese perfume se podría dar dinero á los pobres; pero Jesús les dijo: "Esta mujer ha obrado bien para conmigo, porque

vosotros tendreis siempre á los pobres, mientras que á mí no me tendreis siempre.”

En nuestros días hay todavía muchos cristianos que conservan cierta preocupación natural contra los grandes gastos, contra la riqueza en los vestidos y el mobiliario, la delicadeza de los manjares, la excesiva comodidad de la vida doméstica, la magnificencia de las habitaciones, los placeres dispendiosos, la inconstancia de las modas, el crecido número de domésticos, y en una palabra, contra todo lo que se llama lujo ó suntuosidad. Censuran todo ese brillo y ostentación y hacen consistir el verdadero cristianismo en prescindir de todas las comodidades de la vida y de toda lujosa apariencia y dicen como en otro tiempo dijeron los discípulos al Maestro: “¿A qué fin tanto gasto? Os vestís de oro y seda en tanto que hay muchos desgraciados que apenas tienen con que cubrir su desnudez: ¿porqué levantais esos palacios suntuosos cuando muchos de vuestros hermanos no tienen una piedra en donde reclinar su cabeza? El lujo es la ruina de los Estados, porque arrastra los pueblos á la decadencia moral; es difícil que un rico entre en el reino de los cielos, porque es raro que la verdadera virtud aliente en el corazón de los grandes que no viven sino para las magnificencias de este mundo. ¿Cómo han de subsistir la modestia y la sencillez y la humildad cristiana en medio de tanto lujo y en el recinto de tan suntuosos palacios?”

Nada más común que semejantes especies en boca de cristianos celosos que no reflexionan que por muchos conceptos cometen la misma falta que Jesús increpaba á sus discípulos, ni piensan en que en su piadoso celo exigen á la vez dos cosas inconveniente la una é imposible la otra. Porque suponiendo que todos los ricos tomasen la resolución de vender sus joyas, sus palacios y todo el aparato de su opulencia, ¿á quién podrían vendérselo, ni quién que no fuera rico podría comprárselo? Y si los grandes y las gentes acomodadas quisieran contentarse con lo estricto necesario para vivir, y distribuyeran entre los pobres, habituados por lo común á la ociosidad, el resto de una fortuna adquirida por herencia ó por virtud de un trabajo asiduo y honrado, ¿quién querría trabajar en adelante? La esperanza de algunos ahorros, la necesidad de procurar á su familia la subsistencia alientan al hombre laborioso á la economía, á la fidelidad, á la complacencia y á la práctica de grandes virtudes. Por esto es por lo que Dios ha distribuido desigualmente los bienes de este mundo, y por lo que en todas partes, en todos los pueblos, salva-

jes ó civilizados, se han visto siempre ricos y pobres, amos y servidores.

Dirijamos una mirada á la sociedad, tal como la conocemos, sobre las familias ricas y las familias pobres de nuestras ciudades y de nuestros pueblos y esa preocupación desaparecerá en breve, porque llegaremos al fin á persuadirnos de que la riqueza no consti uye un pecado ni hace al hombre pecador, sino de que tanto la riqueza como la pobreza son susceptibles de abusos y pueden convertirse en instrumentos de pecado.

Por poco que se conozca el mundo, y por limitada que sea la experiencia adquirida sobre los hombres y las cosas, será preciso convenir en que la modestia se echa de ver más bien al traves de la seda y del oro que viste el rico que bajo los sucios harapos con que cubre el pobre sus carnes; que más fácilmente se advierte la humildad cristiana en los palacios de los grandes que en las casas de la clase inferior de la sociedad; que con frecuencia los personajes más considerados y más poderosos tienen menos orgullo y menos soberbia que las gentes de inferior condición social, y que por último no es raro ver que las personas poco acomodadas son más injustas y más duras al tratarse de los ricos que lo que éstos son para con ellas. Si los bienes de la tierra fueran un motivo de reprobación, ¡ á cuántos príncipes y magistrados virtuosos y leales tendríamos que reprobar! A cuántas familias que nadan en la opulencia y que sin embargo viven modestamente para poder auxiliar á los necesitados, tendríamos que censurar!

El lujo considerado en sí mismo no es condenable ni funesto al alma, como no lo es, por ejemplo, el uso del vino en una comida alegre de familia, puesto que el mismo Jesús lo multiplicó milagrosamente en un festín de bodas. El oro en el seno de la tierra y las perlas en la profundidad del mar no son una obra y un dón de Dios? La censura, pues, no se refiere á los dones de la Divinidad sino al pecado con que el hombre los profana.

La belleza es un adorno natural, y el amor á la belleza es innato en el hombre, y aun puede decirse que es un deber el no descuidar ningún medio legítimo de conciliarse el afecto y la benevolencia de sus semejantes conservando las gracias naturales exteriores. Si se carece de un adorno extraño y precioso, el aseo puede suplirlo; y cuando se descuida el agradar á los hombres y se mira con indiferencia su afecto, se priva el individuo del más seguro y eficaz medio de ejercer sobre ellos una útil

influencia, y se estrecha voluntariamente el círculo de actividad en que la Providencia nos ha colocado para la felicidad de nuestros hermanos.

Los gastos que nuestra situación nos permite hacer para la satisfacción de nuestras necesidades sin angustias y sin cuidados, lejos de ser un pecado son un deber, puesto que abren á millares de trabajadores una fuente de recursos sin la cual se verían condenados á la miseria.

Si vuestro celo sincero pero exagerado llegase á desterrar del mundo civilizado la fortuna y las comodidades consiguientes, cuánta indescribible miseria haría pesar el cumplimiento de vuestros deseos sobre la humanidad por cuya dicha creeríais haber trabajado! ¡Qué trastorno social tan extraordinario! Los vínculos que unen los pueblos entre sí se romperían; el comercio, el cambio de las mercaderías, dejarían de unir á los miembros de la familia humana; y pudiendo desde luego prescindir de la navegación, tendríamos que abandonar á nuestros hermanos en regiones distantes; en mil ciudades y aldeas veríamos millares de hombres, hoy activos y contentos, reducidos á la ociosidad y á la miseria. ¿Y con qué se alimentarían aquéllos cuyas producciones trasportadas á los países lejanos se cambiaban por numerario? Si proscribiéramos de la sociedad todo lo que no es rigurosamente preciso, volveríamos al estado semi-salvaje y tendríamos que cubrirnos con pieles de animales y vivir en las cavernas subterráneas, y los conocimientos que hemos adquirido tanto sobre la parte moral como sobre la parte física del mundo, sobre las obras de Dios y su grandeza soberana, se oscurecerían, porque suprimiendo todo aquello de que se puede prescindir, por considerarlo como objeto de lujo, nos privaríamos de una infinidad de medios de extender nuestras ideas y de enriquecer nuestro espíritu. La opulencia en el aislamiento gozaría de sus bienes como de un polvo inanimado, mientras que hoy el trabajo impuesto al hombre por el lujo derrama los beneficios de la riqueza entre millares de individuos.

Pero el lujo, como cualquiera otra cosa, puede ser pecado por el abuso que de él se haga. Y siendo esto así, ¿cuándo es ilícito y criminal el lujo? En tres casos que el cristiano no debe perder de vista, y que apuntaremos muy someramente.

El lujo es un pecado cuando salva los límites de nuestra fortuna, porque en este caso se convierte en disipación. El más pobre de entre nosotros puede con poca cosa gastar un lujo proporcionalmente más considerable que el rico que, no obstante

sus variados placeres, gasta apenas la mitad de sus rentas. Los gastos moderados que hacen acusar á un rico de miseria ó de exagerada economía, serían para un obrero poco acomodado un exceso de lujo.

Nuestro principal deber bajo este respecto consiste, pues, en satisfacer nuestras primeras necesidades, y en procurarnos por medio del trabajo con qué sostener decentemente á nuestra familia, á fin de no vivir á expensas de los demás. En tanto que no hayamos podido acumular una fortuna suficiente para eso, todo gasto que no esté en proporción con nuestros recursos es un pecado, porque nos exponemos con los nuestros á caer en el abismo de la pobreza y á arrastrar una pesada vejez; además del peligro en que estamos de caer en ese abismo llevando con nosotros y con nuestros hijos todos esos vicios casi siempre compañeros obligados de la pobreza que suspira por una vida más cómoda, tales como el engaño, la injusticia, la infidelidad, el robo, el perjurio, la envidia y otros muchos aún. A nadie le es permitido pensar en placeres por poco dispendiosos que sean sino cuando después de haber satisfecho sus diarias necesidades le quede algún sobrante. Gastando entonces ese superfluo, resulta que éste queda en cierto modo repartido entre las personas más pobres que trabajan para nosotros; y así, nuestros gastos más considerables, pero proporcionados á nuestros recursos, se convierten en beneficios.

El lujo es un pecado cuando es nocivo á la salud. Nuestro cuerpo, aun cuando es polvo y está destinado á convertirse en polvo, es un depósito sagrado que no debemos profanar ni deteriorar, porque Dios nos lo ha dado como un instrumento de nuestra alma inmortal, á fin de que por medio de él despleguemos una actividad útil á nuestros semejantes; y el que lo arruina con placeres peligrosos ó altera sus funciones con la intemperancia y el desorden es responsable ante Dios de un suicidio disimulado.

El lujo del pobre que sacrifica lo poco que tiene en bebidas perniciosas es tan criminal como el lujo del rico cuya espléndida mesa presenta venenos preparados con arte y comprados á título de especialidades á precio de oro. Así como el uso razonable de la riqueza y la templanza del pobre son dignos de honor, de la misma manera la prodigalidad y el despilfarro son dignos de reprobación. ¿Merecerán acaso el nombre de cristianos los que sólo piensan en la satisfacción de sus depravados apetitos?

El lujo es un pecado cuando mancha la pureza del corazón. Se mancha el corazón cuando el hombre hace consistir su mayor mérito en la ostentación de sus ricos vestidos, de sus suntuosos muebles y en la magnificencia de su habitación y de sus comidas en presencia de otras personas de su misma posición. El corazón se mancha cuando se considera el brillo exterior como lo más grande de la tierra y como el único fin de la existencia humana; cuando el lujo es un instrumento de la vanidad y de la soberbia; cuando se busca en él no el medio de agradar á los demás sino de distinguirse entre ellos y humillarlos. El corazón se mancha, en fin, cuando el lujo tiene su origen en la envidia y cuando se aspira á mostrarse bajo el mismo pié de igualdad con las personas cuya fortuna les permitiría tal vez desplegar más lujo del que ostentan.

¡ Insensatos los hombres á quienes los adornos del cuerpo hacen descuidar el más bello ornato del alma,—la sencillez, la humildad y el amor, y olvidan su espíritu inmortal para no pensar sino en este puñado de polvo que en pocos días, ó meses ó años han de entregar á la tierra!

¡ Insensatos los que califican de ridículas la vanidad y la soberbia de sus semejantes y no ven que ellos se exponen al mismo ridículo; que imaginan que teniendo habitaciones suntuosas, muebles exquisitos, mesa abundante y regalada pueden sobreponerse á otras personas que por esa misma razón los desprecian! Algunos de estos se llaman á sí mismos y pretenden ser tenidos como imitadores de Jesucristo, y se avergüenzan de la modestia y de la humildad que á Él lo distinguieron.

Vuestro lujo vano y soberbio puede no salvar los límites de vuestra fortuna ni alterar vuestra salud! Pero ah! él envenena vuestra alma! ¿ De qué os servirá ostentar todos los tesoros del universo si llegais á perder vuestra alma? El día en que os veais obligado á cambiar vuestro magnífico palacio por una bóveda oscura, estrecha y sombría; cuando el ruido de vuestros festines haya cesado por completo para dar lugar á los sollozos y á los suspiros de vuestros deudos, puesto que vos habreis de entregar vuestro propio cuerpo á los gusanos; cuando los preciosos vestidos con que gustais de adornar ese cuerpo frágil sean reemplazados con la tosca y fúnebre mortaja y vos durmais en el silencio eterno de la tumba, ¡ oh, hombre, oh sér inmortal, que no fuísteis creado para el brillo y la pompa de la tierra sino para un destino sublime, eterno y santo; ¡ oh, hombre! qué sereis entonces? ¿ Con qué méritos se presentará ante su Juez vuestra

alma temblorosa, si no la llevais adornada con esas virtudes que la hubieran acompañado hasta la eternidad? Ah! Vos no habeis vivido sino para el mundo, para vuestro cuerpo, para la nada de la tierra, pero "en verdad os digo que ya habeis recibido vuestra recompensa!"

No poseyendo el hombre sobre la tierra nada que le pertenezca de veras á no ser su espíritu inmortal, todo lo demás debe considerarlo como un préstamo á plazo, y por lo mismo esas riquezas pasajeras no han de ser para él motivo de orgullo, sino que, al contrario ellas han de servirle para enriquecer su alma en virtudes y su memoria y su corazón con el bello sentimiento del deber cumplido. Los bienes de fortuna con que Dios nos ha favorecido para probarnos su misericordia tienen un objeto más elevado que aquél á que nosotros los destinamos puesto que hemos de emplearlos en hacer todo el bien posible á nuestros semejantes, sin que por esto se crea que no podemos disponer de la parte necesaria para nuestra fácil subsistencia y aun de una parte de nuestro superfluo para rodearnos de comodidades proporcionadas en todo caso á nuestra posición y para fomentar las empresas de utilidad pública y de beneficencia. Debemos tener siempre presente que Dios nos pedirá cuenta del talento cuyo depósito nos confió, y que la tierra no es nuestra verdadera patria sino que somos ciudadanos de una patria mejor.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

LA CONCORDIA CIVIL.

Y doblaron la rodilla ante los falsos dioses ; el vil egoismo fué su divinidad ; no oyeron sino á los mentirosos, y la sabiduría se convirtió en un objeto de escarnio ; cada cual reclamó de los demás el reconocimiento de sus derechos ; ninguno fué fiel á los otros, y la discordia intestina los debilitó y los condujo á la servidumbre. Mas vino un día grande y solemne y todos fueron cubiertos de vergüenza y de ignominia.

LA DISCORDIA de un pueblo es siempre el signo precursor de su ruina total. La división de los partidos que prefieren su propio interés al interés general anuncia que una nación marcha hacia la servidumbre. Entonces se ven familias que quieren dominar su propia ciudad aun cuando hayan de fundar su casa sobre ruinas ; las ventajas de cada ciudad hacen que sus moradores olviden al país entero ; cada distrito, cada municipio, cada departamento, cada estado ó provincia limita sus cuidados y sus pensamientos á su territorio sin ocuparse de lo que le rodea ni de la nación á que pertenece ; y cada padre de familia, deseoso de conservar su casa ó sus campos, permanece tranquilo sin que nada le interese la prosperidad del lugar de su domicilio. Nacida esta discordia y esta división del orgullo ó del egoismo de los hombres, naturalmente ha de producir la disolución y la muerte

de la más poderosa nación; porque los pueblos menos divididos aprovechan la debilidad del vencido por sí mismo para hacer de él fácil conquista.

Así fué como pereció el pueblo de Dios, al que en vano sacó Moisés de la esclavitud de Egipto, puesto que tuvo que soportar el yugo de Babilonia. En vano fué también roto ese yugo, porque debilitado por sus luchas internas de partido y por su discordia vino á caer bajo el yugo de los romanos, y la fortaleza de Sión y la ciudad santa fueron reducidas á cenizas. Ese pueblo probó también con su ejemplo la suprema verdad que proclama la historia del mundo,—la de que el valor es menos raro que la prudencia y que es más fácil conquistar la independencia y la gloria que conservarlas. ¡Cuán grande no fué el poder de sus armas bajo el cetro de David, su opulencia y esplendor bajo el reinado de Salomón! Pero las riquezas engendraron la molicie, el orgullo la contradicción, y ambas el odio recíproco de las tribus; se separaron éstas, ocurrieron á las armas y sin temor de ningún género derramaron la sangre de sus conciudadanos, pisotearon las leyes, se burlaron de sus promesas y juramentos y prefirieron formar alianzas traidoras con los extraños á permanecer unidos entre sí. Entonces el sabio Isaías inspirado por Dios exclamó: “En verdad el país ha sido manchado por sus habitantes, ha faltado á la ley, ha cambiado las instituciones y violado la alianza con Dios; por lo cual la maldición lo devorará: sus pueblos han sido culpables y los que los habiten serán consumidos y no quedará en ellos sino muy poca gente.”

Estas palabras que la voz del profeta hizo oír á los judíos, se dirigían á todos los pueblos, se dirigían también á nuestro siglo, á nuestros contemporáneos, á nosotros. La tempestad que turba los Estados no ha cesado todavía; ni las armas, ni la prudencia, ni la intriga salvarán los pueblos si la piedad religiosa, si el patriotismo y la concordia no los sostienen; si los ciudadanos no sacrifican sus miras individuales y los intereses de partido á la unión de todos los miembros que constituyen y forman el cuerpo social; mas en vano habló Isaías á las pasiones desenfrenadas, porque su previsión fué calificada de locura, y creyéndose cada cual más sabio que el profeta, menospreció los principios sencillísimos de la felicidad pública y desconoció la experiencia de los siglos, por cuya razón los judíos fueron dispersos sin que jamás hayan podido volver á formar cuerpo alguno de nación.

En general las ventajas obtenidas bajo la protección de la Providencia no pueden conservarse sino por medio de la piedad

nacional y de la unión. Inútil es linsojearnos con la idea de que el peligro ha cesado, de que el fuego de las revoluciones se ha extinguido y de que podemos entregarnos á la alegría sin temor, buscar la fortuna y no consultar sino nuestros deseos. La suerte de las armas es muy varia y caprichosa; un solo día, un ligero error, una circunstancia imprevista es bastante para que cambie la faz de un pueblo; y desgraciado si se duerme acariciado por una confianza inconsulta y vuelve á ese estado de indiferencia, de aislamiento y de abandono, origen de tanta ruina! La maldición que atraen las divisiones hace caer el edificio que la concordia ha levantado lentamente y lo que acumula el amor patrio lo devora la lepra social que llamamos egoismo.

Un pueblo se halla en peligro en tanto que subsista el poder de otro pueblo rival cuyos ataques deba temer; y la fuerza de éste se aumenta á medida que la de aquél disminuye. Y como la división es el aniquilamiento de la fuerza, es raro que una nación dividida no sucumba al ser atacada por ejércitos formidables y que pueblos pequeños hayan triunfado sobre grandes potencias, porque han estado animados por esa voluntad única que vivifica todas las fuerzas de un país. Pero la discordia civil y la traición que ella engendra han destruido y derribado los tronos mejor cimentados. Un país está en peligro mientras sea el asilo del egoismo que está siempre dispuesto á hacer traición á la causa común.

¿Aspirais al título de ciudadano de un pueblo libre y digno del respeto y de la estimación del mundo; aspirais á conservar la independencia de una patria que halla su fuerza en sí misma; quereis conservar con honor el edificio social levantado gloriosamente por vuestros padres y cimentado con su sangre; quereis gozar de esa felicidad doméstica fundada sobre la misma base de la prosperidad nacional? Pues bien: contribuid con todas vuestras fuerzas al mantenimiento de la unión de vuestros conciudadanos y á la propagación del amor patrio. Esta obligación es general, porque es de los individuos que se componen las familias, los pueblos y las naciones; y para todos es la misma, porque la honra y la gloria de una nación se forma de la honra y la gloria de todos sus hijos.

Que nadie, pues, se engañe á sí mismo y desdeñe sus esfuerzos por limitados que sean; que nadie diga para sí: "¿Cómo he de combatir la prevención general? ¿cómo he de luchar contra el torrente? ¿De qué servirá mi sacrificio, si todos ó casi todos permanecen endurecidos en su egoismo? Yo perecería víctima

de mi propia abnegación y convertido en el ludibrio de los demás, quienes dirían de modo que yo lo oyese: mirad á ese gran patriota, ambicioso, que delira con la idea de elevarse sobre los otros; ved á dónde lo han conducido sus pretenciones." ¿Este lenguaje de temor no implica la defección de la buena causa? Temer así los juicios de los hombres que todo lo sacrifican á su interés personal, ¿no es renunciar á la aprobación de Dios, de la propia conciencia y de los hombres de bien? ¿No es ocultar la propia degradación bajo el velo de la degradación pública?

Tened valor, sed cristiano, sed para vuestro país lo que la religión os manda que seais. Trabajad sin descanso y con firmeza en la única obra que puede consolidar la existencia de vuestra patria, en la unión, en la concordia entre vuestros conciudadanos. Más de una vez pocas palabras vertidas en oportunidad y en el lugar conveniente han obrado prodigios; más de una vez los enérgicos ejemplos han arrastrado las muchedumbres hacia el bien. Lo que es bueno y verdadero acaba siempre por triunfar de la más tenaz resistencia, porque cada cual cede á lo que es justo y útil.

Trabajad sin descanso en todo lo que pueda contribuir á la concordia civil, la que se verificará naturalmente si apartais los obstáculos que se le oponen, de los cuales los más funestos son la desconfianza y la rivalidad que dividen con tanta frecuencia á los individuos de un mismo gremio social, á los habitantes del campo y de la ciudad, á los jefes de los diferentes partidos políticos, á los empleados de los varios ramos de la administración pública ó del gobierno. Esa rivalidad tiene por origen el miserable orgullo del egoismo, y sus efectos son la ruina de la prosperidad pública inmolada á las pasiones mezquinas de algunos personajes sin conciencia. Como apóstol de la unión, procurad la conciliación de los partidos divididos cuando vuestra posición os lo permita; pero si no os es posible calmar el furor de vuestros conciudadanos, podreis al menos atenuar sus efectos en la esfera de acción que os está trazada; y es aquí, dentro de esta esfera, en donde los padres de familia pueden y deben ejercer su poderosa influencia.

La más ruín emulación es lo que con más frecuencia divide á los ciudadanos, el celo exagerado y el espíritu de la profesión que se ejerce; también es la ambición de algunos hombres que deliran con la idea de representar en la sociedad algún papel y que se empeñan para conseguirlo en perseguir con su odio y con la calumnia á sus rivales rodeados de una consideración y de

un aprecio público que los importuna; no pocas veces nace esa rivalidad en el seno de las familias que se disputan la preeminencia, ó en el egoísmo de algunos ciudadanos que querrían sustraerse al cumplimiento de sus obligaciones de tales y declinar su responsabilidad en los demás. ¿Pero quién podría enumerar todas las causas secretas que minan sordamente y poco á poco la unión y por lo mismo la felicidad y la quietud de las ciudades y de las naciones? Estudiad las causas generales de la discordia entre vuestros conciudadanos, de su desconfianza y de su indeferencia recíprocas, y combatidlas con vuestras palabras, con vuestros escritos, con vuestras acciones, con vuestras advertencias y consejos, y sobre todo con vuestro ejemplo.

Otro de los obstáculos que se oponen á la concordia y á la unión, el más funesto quizás en nuestros tiempos, es la obstinación con que algunas personas lamentan los tiempos que fueron y el estado de cosas que pasó para no volver. Mas la vuelta á los privilegios individuales es ya imposible sin el restablecimiento de aquel orden de cosas que no existe; y la constitución interna de un Estado se funda, á lo menos en parte, en las relaciones que conserva con los Estados limítrofes; porque esa constitución no es desde este punto de vista sino la manera como un país organiza el conjunto de sus fuerzas para mantenerse en guardia respecto de los otros. El poder del tiempo ha variado las respectivas relaciones de los pueblos y todo ha cambiado de faz: ningún Estado puede mantener sus antiguas instituciones sin que por lo mismo prepare su ruina; mas es preciso que aquéllas correspondan en primer lugar á las necesidades sociales, á las creencias y á las costumbres de los pueblos y que las satisfagan. Cansados por otra parte de tantas y tan infructuosas luchas, las fuerzas intrínsecas de los pueblos no pueden ser ya las mismas y se necesitan nuevos recursos para reponer los ya gastados ó perdidos.

Así como el hombre, desde el momento en que empieza á respirar sufre continuas metamorfosis y pasa por el desarrollo sucesivo de sus facultades y de sus fuerzas; lo mismo que el niño á quien se quita el pecho de la madre no es semejante á la criatura recién nacida, ni el hombre formado se parece al joven ni aquél al anciano valetudinario, así también cada pueblo es diferente de sí mismo en cada una de las diversas épocas de su existencia, porque en la progresión sucesiva de los siglos deja el tiempo un sello indeleble hasta en la roca más dura.

Este cambio, este desarrollo continuo es obra de la Providencia que todo lo dirige y vela sobre los destinos de los hom-

bres y de los pueblos; y esos cambios son de tal naturaleza, se conforman de tal manera con la índole de la humanidad, que en vano querría el hombre abusar de ellos para imponer sus caprichos como leyes y sus bastardas ambiciones como medios de acción; esos cambios y ese desarrollo obrado por la Providencia no son los que vemos verificarse en las naciones que se olvidan de Dios y aun le niegan y desprecian, no. Pretender cambiar de un momento á otro el espíritu de un pueblo; querer arrancar de su conciencia la idea de lo bueno, de lo verdadero y de lo justo para reemplazarla con el amor al deleite, á la licencia y al interés individual; en una palabra, pretender arrojar á Dios del seno del seno de la sociedad y del santuario de la familia, es establecer una forma de administración opresiva y jamás benéfica, es cavar el abismo de desgracias en donde ha de hundirse para siempre el pueblo que así se oprime y tiraniza.

Es por esto por lo que debeis trabajar sin descanso y sin temor ni desconfianza por establecer y cimentar la concordia entre vuestros conciudadanos, no para servir á los intereses de un partido político, sino con el fin de contribuir por vuestra parte al mantenimiento del orden público, base de la paz y de la prosperidad de los pueblos; porque las más difíciles empresas pierden ese carácter desde el momento en que todos los ciudadanos que en ellas toman parte están animados del mismo espíritu de concordia, del mismo espíritu patriótico.

Es preciso que en la República reinen la concordia y la subordinación legal y espontánea al gobierno. Constituido éste con el objeto de velar por la felicidad de todos, para asegurar á cada uno sus derechos y para proteger al hombre de bien y ponerlo á cubierto de las asechanzas del malvado, carecerá de la fuerza y de la energía suficientes para llenar su cometido, si no puede contar con la confianza y la unión de los asociados. La discordia civil, la división de los ciudadanos en partidos que se odian y que luchan sin cesar, no para defender principios ni verdades reconocidas sino para elevar á sus caudillos al poder y para imponer á los pueblos una voluntad puramente personal, no puede dar á las autoridades más que una ligera sombra de fuerza. El bien público exige, pues, sacrificios; y vos, como cristiano, como amigo de vuestro país, como verdadero patriota, estais en el deber de hacerlos, dando á los demás el ejemplo del desinterés, de la abnegación y del sometimiento á las leyes, con tal que éstas sean justas y de carácter general, y ofreciendo á la patria en toda

circunstancia el concurso de vuestros bienes, de vuestros talentos, de vuestra persona y de vuestra vida si fuere necesario.

Cada individuo puede contribuir á la felicidad de un pueblo entero; y ¡cuán grande y consoladora es esta idea para quien prefiera á todo otro interés el bien de la humanidad, la paz, la prosperidad, la fuerza y la gloria de su patria, el triunfo de la religión y de la virtud!

Sí, todo hombre puede ejercer por sí solo tan saludable influencia; el más débil é infortunado de los mortales es bastante poderoso para hacer algún bien, porque la bendición de Dios reposa sobre la humanidad benéfica y sobre sus obras, y nada queda perdido debajo del sol; toda acción generosa es una semilla fecunda, ya sea para la sociedad, ya para el corazón de quien la ejecuta. Obrad, pues, desplegad vuestras fuerzas, trabajad con ardor en la reconquista de la felicidad que vuestra patria haya perdido por la discordia ó en la consolidación de la de que por fortuna disfruta. Y no digais que eso no depende de vos, porque la palabra divina nos dice á todos que *la justicia es la que eleva á una nación*. Sed vos lo que queráis que sean vuestros conciudadanos; haced que un gran número de individuos abracen el partido de la verdad, de la justicia, del derecho y de la concordia y el pueblo entero seguirá vuestros pasos.



LA PAZ DOMÉSTICA.

DE TODOS los vínculos humanos, los de la sangre, que ligan al esposo con su esposa, al padre con sus hijos y á los hermanos con sus hermanas, son los más fuertes y respetables, y ¡ay de aquél cuyo frío y duro corazón no sea capaz de sentir todos sus encantos, porque, como Caín, andará solo sobre la tierra!

¿En dónde descansamos más dulce y tranquilamente de nuestros cuidados y fatigas que en medio de los que nos aman? ¿Cuál es la mano que más cariñosamente enjuga nuestras lágrimas y el frío y mortal sudor de nuestra frente que la de una cariñosa madre ó la de una tierna esposa?

¡Bendita seas, fuente de ventura, sociedad doméstica, que acercas los corazones por medio de una sagrada simpatía, y atas con las dulces cadenas del afecto á los seres destinados á pasar juntos sus días sobre la tierra! Si á las veces la paz se ve proscrita del comercio de los hombres por el azote de la guerra, la alegría encuentra siempre un amparo en tu seno, y cuando á lo lejos brama la tempestad, la paz nos sonríe en tu delicioso asilo!

El padre de familia laborioso, ocupado de los intereses de su estado, entra en el torbellino de la vida y de los negocios; su actividad hace sentir en su casa el bienestar, y después de un penoso día vuelve al hogar en donde se le espera con los brazos abiertos y se le recibe con ternura y satisfacción; y aunque todo el mundo lo desconociera, los suyos no dejarían jamás de amarle y complacerle. Lo que él ha ganado con su trabajo lo conservará la economía de una fiel y diligente esposa que vela sobre lo gran-

de y sobre lo pequeño y nada le parece indigno de su atención: en medio de su pequeño dominio cultiva con cariñoso esmero la flor perfumada de la felicidad doméstica; su mirada está alerta y fija en todos los que le pertenecen, á todos manifiesta un amistoso interés y se consagra en absoluto á todos y á cada uno de una manera diferente, con lo cual hace de su casa un verdadero paraíso.

Los hijos reflejan el suave brillo de la inocencia, porque el estrecho recinto de la casa paterna basta á su contento, y porque su bien supremo consiste en la obediencia voluntaria y en entregarse á sus buenos padres sin reserva y con respetuoso afecto.

Los criados hacen también parte de esta sociedad afortunada, y su honradez y fidelidad velan por los intereses de la casa que cuida de su suerte, porque en vez de amos han encontrado un segundo padre y una segunda madre, y porque su afectuoso corazón participa de todas las alegrías de la familia.

Este cariño mutuo difunde singular encanto en las cosas más triviales y da á las que lo tienen un valor positivo; los sufrimientos de cada uno son atendidos y aliviados por la familia entera y el bienestar individual interesa á todos.

Mirad á esa pobre viuda que olvidada del mundo vive en apartado retiro después de presenciar la sepultura de su esposo, su único amigo; sola ya, sin apoyo, abandonada á su propia suerte, nadie la reconoce, nadie se acuerda de ella. Pero no la tengais lástima, porque es más rica de lo que pensais: una hija piadosa vela por su buena madre durante el día y á la luz de una lámpara nocturna. Esa hija única olvida los placeres de las que en otro tiempo fueron sus compañeras, se consagra en absoluto al cuidado de su querida madre, la alimenta con el fruto de sus vigiliass y devuelve la paz á su alma. No la compadezcáis, porque ella saborea esas delicias y esos sentimientos celestiales que nadie podría comprar con el oro.

¿Por qué os mueve á compasión ese hombre que gime abatido por los golpes de la suerte y cuyos acreedores lo ultrajan para hacerse pagar? Ved! un hijo agradecido ha comprometido largos años de vida y de trabajo para salvar la vida y la honra de su padre; ha sacrificado su libertad en aras del amor filial.

Oh! cuántas inefables alegrías nacen en el santuario de la concordia doméstica, aun al lado de los más dolorosos sucesos! cuán divinos son sus efectos y cuán grato y duradero su recuerdo! La paz doméstica es el cielo sobre la tierra, así como el descontento y la discordia en la familia hacen de la casa el más insoportable infierno.

Digno de lástima es aquél que no halla ni dicha ni tranquilidad en medio de los suyos, sino que tiene que ir á buscarlas fuera de su casa! En cualquier lugar á donde llegue se le considera como un extraño, y hasta en su propio hogar es recibido y alojado como un viajero. Obligado á devorar en silencio sus propias penas, no encuentra en parte alguna una alma que quiera dolerse de la suya; con los extraños pasa sus horas más afortunadas, y entonces, aunque parece que hubiera de contar con el afecto de los demás, el mundo no le paga sino con cortesías. Sus hijos que le rodean é importunan son para él como arbustos espinosos que él mismo ha sembrado; y, por último, lamenta en vano la unión indisoluble que contrajo en malhadado día.

Sucede á menudo que el primer pensamiento de un matrimonio lleva consigo el primer gérmen de las disenciones en la familia; y así lo arreglan y lo contraen muchas personas sin haber estudiado recíprocamente sus cualidades, sus defectos ni sus caracteres, por adquirir al costoso precio de la tranquilidad y de la dicha de toda su vida un nombre ó una fortuna. Ah! y qué nombre por ilustre que sea podrá reconciliar el corazón del infeliz huérfano con la amargura de su destino? ¿Con cuánto oro podrán comprarse las lágrimas que arranca ese continuo dolor? Es imposible presagiar una suerte dichosa en el matrimonio cuando éste no está fundado en el sentimiento, en la conformidad de los caracteres y en la conveniencia de las cualidades personales, si no puede augurarse que los esposos, sin necesidad de auxilio extraño, aun en el caso de una imprevista desgracia, sean capaces de sostenerse uno á otro y de bastar á su propia felicidad.

Hemos visto que muchos matrimonios oscuros adquieren gradualmente una posición, y cambian su primitiva pobreza por un capital no despreciable, fruto de la virtud, de la firmeza y de la actividad del hombre y de la prudencia, la modestia y la economía de la mujer; al paso que otros, florecientes al principio, han caído de su grandeza por la discordia entre los padres, discordia que, trasmitida como fatal herencia á los hijos, ha arruinado á la vez su salud y su fortuna.

Otra causa de la división de las familias nace de las vanas ideas que dominan algunas veces á los recién casados. Vemos á muchos de éstos que desde el principio de su matrimonio viven muy poco el uno para el otro y buscan el bienestar y la alegría fuera de su casa en ruidosas y variadas diversiones. Antes de hacer lo posible por habituarse recíprocamente á corregir sus defec.

tos, se han dejado arrastrar y corromper por la agitación de los placeres sociales. La sed de diversiones les hace ver insípida la vida uniforme, y produce en ellos la inconstancia y la ligereza. De aquí nace necesariamente la disipación que arruina las familias y los enlaces funestos, á los que pronto siguen las lágrimas del arrepentimiento.

La última causa destructora de la felicidad doméstica es aquélla cuyos efectos son todavía más espantosos, y consiste en el desprecio ó en el olvido de Dios y de los deberes religiosos. Con sentimientos de piedad religiosa el hombre no puede ser nunca totalmente desgraciado, porque él no exige á los demás sino amor por amor, trata de disimular sus defectos, aprende á tolerar sus debilidades y concilia las dificultades y supera los obstáculos que entre ellos se oponen. Echad una mirada en torno vuestro, y si descubris una casa en donde no reine la paz sino la discordia, pronto sabreis que la religión ha sido arrojada fuera de allí y que las más ruines pasiones han ocupado el lugar de los nobles sentimientos y de la benéfica doctrina cristiana: en vano buscareis allí la consagración al cumplimiento del deber y la delicadeza en el comercio de la vida; encontrareis, sí, los fríos cálculos de una falsa prudencia y las luchas sutiles del egoismo. Entre padres ó jefes de familia así dispuestos, cuando sobreviene una desgracia ó un revés de fortuna, en vez de la confianza en la Providencia oireis los acentos de la desesperación; entre los hijos, en vez del amor del bien descubriréis las locuras de la vanidad, la presunción y esa insolencia que afronta y desafía hasta al padre y á la madre; nunca los principios incontrastables de la piedad, en ninguna parte los sentimientos cristianos conservados y robustecidos por el ejemplo y por el hábito.

¿Quereis mantener la paz en vuestra casa ó devolvérsela si la ha perdido? Consagrad vuestro primer cuidado á despertar el sentimiento religioso en el corazón de los que os rodean. Algunas conversaciones traídas por las circunstancias sobre la inmortalidad del alma, sobre el destino eterno del hombre, sobre los grandes beneficios que diariamente recibimos de Dios, sobre los deberes que para con él nos imponen el amor y la gratitud de que le somos deudores y sobre cien puntos más semejantes os conducirán á ese resultado; y cuando hayais conseguido reanimar en el recinto de vuestra casa el amor y el temor de Dios, y el respeto por el culto doméstico, entonces habreis echado los fundamentos de una paz sólida y duradera.

Ofreced vos mismo el ejemplo de una conducta cristiana;

proponeos ser para vuestra familia el modelo de una igualdad de espíritu que nada altere y de propósitos ó de intenciones siempre benévolos. Manifestad á todos vuestro amor y pedidlo á cada cual más bien que exigirle una fría y obligada obediencia; corregid con dulzura sus debilidades cuando no debais disimularlas, alentadlos en la práctica de las virtudes de caridad y humildad, triunfad vos mismo de vuestros propios caprichos y hacedos todo para todos. De esta manera llevareis al seno de vuestra familia la religión del amor y del deber, del consuelo y de la esperanza; y cuando ella reine en todos los corazones se alejarán la discordia sombría, la acritud que envenena el trato de los hombres, la ruin envidia y los celos que se devoran á sí mismos.

Pero la concordia doméstica no podría subsistir si no se respetasen recíprocamente los miembros de una misma familia en sus palabras y en sus acciones. La falta de respeto mutuo es una fuente fecunda de desavenencias, y es por eso por lo que el desagrado y las disputas separan tan frecuentemente al cabo de pocas semanas á esposos que se amaban tiernamente antes de su unión. La familiaridad ó franqueza poco respetuosa les hace olvidar la decencia en sus modales y esas atenciones por medio de las cuales su corazón sabía llenar la vida y de encanto y de belleza, y descuidar su exterior por el poco interés que tienen en continuar amando y mereciendo el afecto de los demás. La dureza en el trato acaba por ahogar hasta el germen de la estimación y de la amistad entre los esposos: disputan por frioleras, se exigen explicaciones y pretenden ejercer entre sí pequeñas venganzas.

¿No es esta la historia de más de un matrimonio desgraciado? Pues bien, tanto en la vida íntima como á los ojos del mundo, los esposos han de tener siempre uno por otro un aprecio sincero; en privado y en presencia de los demás su cariño debe conservar ese perfume de pudor y de inocencia que es uno de sus más poderosos atractivos, porque una simple falta de delicadeza es un ataque dirigido á la felicidad doméstica.

Entre las familias verdaderamente cristianas se ven reinar la misma benevolencia, la misma dignidad en todas las acciones y en el trato para con los hijos y los criados. Toda censura, pues, toda prohibición, toda orden debe expresarse con miramiento, y con tan buen modo que jamás se deje escapar una palabra dura ú ofensiva. ¿Quereis transformar en vuestros hijos y criados en sentimiento de honor la sumisión al deber? Guardaos de echarles á la cara sus faltas en presencia de testigos, sino que, á solas, les hareis presente la inconveniencia de su proceder: esta

consideración os conciliará su afecto, y la obediencia vendrá á ser para ellos un verdadero placer. Conservando su dignidad á los ojos de los demás no se expondrán á las burlas que harían nacer el descontento en el seno de vuestra familia.

¿Quereis remontaros á la fuente de la miseria doméstica? Entrad á una casa en donde el padre y la madre hayan mirado con tan poco interés los sentimientos de la delicadeza y del pudor que se arrojen á la cara uno á otro sus faltas en presencia de sus hijos: si éstos son bien nacidos guardarán silencio avergonzados; pero esa reserva y ese silencio no excluyen cierto desprecio involuntario por los autores de su ser. Visitad otra casa en donde los hermanos y las hermanas se complazcan en ultrajarse mutuamente aun en presencia de sus padres, espectadores complacientes ó impasibles de esas deplorables escenas. Pues bien, allí están divididas, separadas para siempre las almas creadas para amarse. Id después á otra casa en donde la señora, siempre de mal humor, siga á sus criados con la vista, regañe perpetuamente, tenga de continuo en los labios expresiones duras é insultantes, y sentireis que en esa morada no reposa nunca la bendición del cielo, que los criados desprecian y calumnian á sus amos y que la tranquilidad doméstica está minada en su base.

Sólo aquél que sabe estimar á los demás obtiene á su vez la estimación: sus inferiores ó subordinados pagan el tributo de su respeto no tanto á la eminencia del rango ni á la cuantía del caudal cuanto á la superioridad de la virtud.

Otro medio de conservar la paz doméstica consiste en apartar del trato familiar toda mutua desconfianza. En efecto, suponer á alguno intenciones sanas es inspirarle estimación y respeto por sí mismo, y sabido es que quien se estima y se respeta á sí mismo se abstiene de cometer faltas que puedan causarle vergüenza ó desconcepción.

Vosotros, pues, los que habeis contraído una unión que ha de durar toda vuestra vida, tratad de que la franqueza reine siempre entre vosotros; no finjais jamás, ni aun por pura chanza, burlaros uno de otro; no os engañeis nunca, ni useis de mentirillas por más que las juzgueis inocentes; usad en vuestro trato un lenguaje perfectamente sincero y así asegurareis la tranquilidad del espíritu y la calma de la conciencia: nadie podrá jamás insinuar-se malignamente entre vosotros dos, los tiros de la maledicencia, de la calumnia y de la perfidia no meterán la cizaña en vuestras almas ni la hiel de los celos amargará la dulzura de vuestra existencia ni turbará la paz de vuestro hogar. ¿Habrà suerte más

triste que la de aquél que no puede confiar sus penas á la persona á quien le ha entregado su porvenir y su vida? Al encender la celosa desconfianza sus sombríos fuegos, nada podrá ya extinguirlos, ni el reflejo de sus llamas devoradoras se borrará con el tiempo.

Con igual cuidado debeis hacer que en el corazón de vuestros hijos se conserve la confianza que tienen en vosotros. Hasta en sus mismos defectos dejadlos mostrarse siempre sinceros, y tratad de que vuestra precipitación ó vuestra irreflexiva severidad no los convierta en hipócritas. ¿En dónde pondrán ellos su confianza si su corazón desconocido se ve obligado á cerrarse para los que les dieron el ser? Sin tener el valor suficiente para descubrirnos su alma acabarán por perder la fe en vuestro afecto.

Por último, ¿teneis verdadero interés en ver que se conserven los vínculos que forma la confianza entre el esposo y la esposa, los padres y los hijos, los hermanos y las hermanas, los amos y los criados? Respetad y honrad las buenas cualidades que los distinguen, absteneos de recordarles antiguas y olvidadas faltas, porque la confianza muere cuando una mano inconsiderada rasga el velo que cubre á nuestros propios ojos tan dolorosos recuerdos. Desterrad de vuestro comercio esas reconvenciones sobre la conducta pasada y no permitais en ningún caso que vuestros hijos ni vuestros criados adquieran la costumbre de oirlas.

En fin, la última garantía de la paz doméstica es el más discreto silencio sobre los asuntos interiores de la casa. Una de las primeras leyes de vuestro matrimonio debe imponeros la obligación de no hacer nunca públicos los secretos y los intereses de vuestra familia. Los esposos deben temer el acordar á otros, si quiera sean parientes, una confianza que sólo entre ellos debe reinar; el silencio y la circunspección han de ocultar á los extraños el santuario de la felicidad doméstica y protegerlo como un antemural; una vez destruido éste, la curiosidad, la envidia, la maledicencia y los consejos inconvenientes penetran con violencia en el fondo del antes tranquilo hogar y se pierde el reposo. Desgarrado el velo del misterio, la familia se ve ya expuesta á las miradas y á la risa de las gentes de fuera, y á cada paso tropieza con la vergüenza. Depositado el primer secreto de familia en el ajeno pecho, ya los esposos no son dueños de su casa porque los extraños se han encargado de reemplazarlos.

Haced que vuestros hijos y vuestros criados no lleven nunca fuera de la casa ni las cosas más indiferentes que pasen en el santuario de la familia; no porque su indiscreción á este respec-

to sea siempre peligrosa sino porque importa mucho que se ejerciten por medio de pruebas en el silencio y en la discreción. Huid del hombre que va repitiendo al primero que pasa lo que acaba de oír, porque las noticias indiscretas, aun sobre los asuntos menos importantes en sí mismos han sembrado más de una vez la discordia y el desorden en el seno de la familia. Pero si quereis que se guarden y respeten vuestros secretos, respetad y guardad los ajenos; no queráis investigar con inquieta curiosidad lo que se hace y lo que se dice en la casa del vecino; no levanteis nunca el velo que cubre los secretos de los esposos, de los padres y de los hijos.

UNIVERSIDAD

EAFIT



Sala de Patrimonio Documental

DULZURA Y PACIENCIA.

CADA EDAD, cada estado y sobre todo cada sexo, tiene sus defectos peculiares y sus pasiones dominantes. Pero hay una pasión que los domina á todos y es el deseo de sobreponerse á los demás, de hacerse valer á sus expensas y de ejercer sobre ellos cierta especie de dominio. Contadas son las personas que pueden vencer esa pasión, y de aquí ese deseo de gloria, de fortuna y de alabanza, ese deseo de agradar, esa sed de ciencia, ese menosprecio de los peligros y privaciones, y de aquí, por último la abnegación en unos y el egoísmo en otros. Muy bien podría decirse que de esta misma fuente se derivan casi todas las virtudes así como casi todos los vicios de la humanidad.

Ese deseo de grandeza y de honores que así seduce al niño como al joven, como al anciano, no es, en el fondo, sino un abuso ó una degeneración del sentimiento innato en el hombre que lo inclina á perfeccionarse y á desarrollar todas sus facultades. Dios mismo puso en nuestro corazón esa necesidad de perfeccionamiento, especie de resorte que imprime movimiento á todos nuestros otros deseos y sentimientos, y por medio del cual el salvaje ha suavizado sus costumbres, el hombre rústico se ha civilizado, el pobre se ha hecho rico, el perezoso diligente, el ignorante instruido y el cobarde valeroso ; y, por último esa necesidad es la que hace que la virtud se ostente en todo su esplendor.

En el más apartado rincón de la tierra, donde quiera que aliente un ser humano se hace sentir y se descubre esa necesidad, pues sin ella estaría el hombre moralmente muerto, indiferente al bien y al mal. El mismo Jesucristo proclamó la necesi-

dad de la perfección é hizo de ella una de las bases de su doctrina sublime.

Pero cuando esa inclinación es mal dirigida ó llega á degenerar, ya no tiende al perfeccionamiento del alma, único ser susceptible de él por ser inmortal, sino que se busca en las cosas exteriores y materiales que no dependen de nosotros, y cuya inconstancia é incierta duración son incompatibles con la idea de la perfección moral. Es inútil decir que este error trae consigo los más funestos resultados; porque en primer lugar agota la actividad del hombre sin satisfacer su corazón y luégo parece arrastrarlo al través del inmenso mar de la vida de pasión en pasión y de combate en combate, sin permitirle un solo momento de reposo. Alcanza al fin á fuerza de constancia y de trabajos el ideal con que deliraba y resulta ser una sombra que huye delante de él. La hermosura desaparece después de algunos años; la guerra ó un súbito revés de la suerte destruye una fortuna colosal; los honores son arrebatados por la envidia; la gloria es empañada por la calumnia, el sillón del magistrado ocupado por un rival audaz y afortunado, y todo al fin sucumbe bajo la helada mano de la muerte. Y entonces, pobre, sin virtudes, sin merecimientos, sin preeminencias, el alma inmortal queda desnuda y abandonada.

Así como todo paso que se dé fuera del sendero trazado por la naturaleza y por la razón y la fe, esta degeneración de que venimos hablando llena la tierra de infinitas miserias, porque arruina los pueblos, precipita los Estados en la servidumbre y las familias en la pobreza; engendra el orgullo, la discordia, los vanos deseos, la péfida envidia, el veneno de la calumnia, la avaricia, el fraude, la hipocresía, los arrebatos de la ira. . . . Ah! ¿Pero quién podría enumerar todos los vicios, cortejo inseparable del falso honor y de la ambición de poseer ventajas exteriores?

Un golpe de vista sobre la escena del mundo basta para convencernos de que esa avidez, ese delirio, es la pasión dominante en la mayor parte de los hombres; y, digámoslo con franqueza y de buena fe, ella impera también en nuestro corazón, de donde resultan entre nosotros tantas contrariedades, tantos odios, tantas disputas; de ahí esa cólera orgullosa encendida por la más ligera contradicción, por el menor desconocimiento de nuestro mérito; de ahí la falta de complacencia para con los demás y la incapacidad en que nos vemos de hacerles justicia y de amarlos verdaderamente.

Pongamos la mano sobre nuestro corazón, preguntemos á nuestra conciencia si nuestra terquedad, nuestra arrogancia y nuestra inflexibilidad no nos han arrastrado muchas veces á turbar la paz de una casa, á romper los lazos de unión de una familia y los de la amistad y á excitar entre las personas que nos rodean el descontento y la discordia, solamente por hacer valer nuestras ventajas, triunfar nuestra debilidad y prevalecer nuestra opinión. Y con todo, no podemos tolerar que otros hagan lo mismo respecto de nosotros: lo que nosotros hacemos ó exigimos lo llamamos justicia, pero lo que otros hacen ó exigen lo llamamos pretensión, espíritu de dominación, amor propio y altanería.

¿Porqué os sorprendeis de obtener tan poco afecto y estimación, y de no hallar para vos sino espíritus poco dispuestos á la benevolencia? ¿No os habeis cerrado vos mismo el camino de los corazones? ¿En vuestra insania no habeis provocado el odio de los hombres más bien que su amor? — ¿Quereis dominarlos? pues aprended á vencerlos, porque por medio de la violencia sólo conseguireis esclavos que os maldigan y os arrojen á la cara sus cadenas, y por medio de la astucia y del engaño obtendreis por algunos días la estimación de los hombres sin criterio y de los miopes, pero luégo esos mismos os arrancarán la careta con que os cubrís.

¿Quereis ejercer alguna influencia sobre las personas que os rodean, quereis ser dueño de su corazón? pues imponed silencio á vuestra lengua y haced que hablen vuestros hechos. Ningún hombre, por malo que sea, se ha atrevido ni se atreverá jamás á condenar lo que merece el respeto y la veneración de la humanidad, ni nadie ha censurado nunca lo que es digno de aprecio y de amor. Juzgaos, pues, á vos mismo por la manera como se os trata, para ver si poseeis virtudes ó cualidades que os hagan acreedor al cariño y á la estimación de los demás. Cierto es que muchos las poseen, y que es raro el hombre que no tenga siquiera alguna; pero sucede con harta frecuencia que por muy notable que sea esa virtud ó esa cualidad, los defectos que por desgracia la acompañan la eclipsan ó le arrebatan gran parte de su brillo. Si creyérais, pues, que á pesar de esos defectos, podeis reclamar la misma estimación que por vuestras cualidades, os engañaríais; los hombres son siempre libres para juzgar y para emitir su opinión sobre esto ó sobre lo otro. Fácil es comprar la declaración de un testigo, pero no lo es comprar las conciencias; se pueden encadenar los miembros del cuerpo, pero jamás

se podrá aprisionar el pensamiento: el mal se llamará siempre *mal*, y lo que es bueno, justo y verdadero se llamará siempre de la misma manera, esto es, *bueno, justo y verdadero*.

No culpeis, pues, al corazón de vuestros hermanos sino á vuestro propio corazón, á vuestros propios errores, los cuales afectan á las personas llamadas á vivir con vos y cuyo aprecio no podeis obtener. Evitad para con ellos lo que vos mismo censurais en sus procedimientos, y aprended á tolerar pacientemente sus debilidades. Cautivad los corazones con la dulzura de vuestro carácter y de vuestro trato, medio infalible de subyugarlos; imitad, en fin, el ejemplo de Jesucristo, el ser más santo y más noble que haya aparecido á las miradas de los hombres: cuando se le ultrajaba guardaba silencio, cuando se le maltrataba no profería una sola palabra, y siempre se remitía á su Padre, dispensador de toda justicia.

Tal vez este consejo chocha con vuestro orgullo, ó si que-
reis con el sentimiento de vuestra dignidad personal, y decís:—
“yo no puedo obrar así; para eso se necesita tener una virtud
que á mí me falta: si la razón está de mi parte, ¿por qué he de
callarme?—Si se me ultraja, ¿por qué he de tolerar cobarde-
mente el ultraje?—Y si veo que se comete una injusticia, ¿por
qué no he de indignarme?”

Tal es vuestro lenguaje, amigo mío, el cual revela un co-
razón vacío de virtudes. Si vos estuviérais más alto que los
otros en la escala social, su oposición, sus desvíos, su terquedad
no os irritarian, y sus ultrajes apenas os harían sonreír. Si vues-
tro corazón no ha conocido ese sentimiento no podreis com-
prenderme, y si lo ha experimentado, ¿por qué no os fijais
siempre en él?

Si la razón os asiste, no se os exige que guardéis silencio:
hablad, pero con dulzura; no concedais el más leve signo de
aprobación á la injusticia, sostened la equidad, pero con mode-
ración. No sonriáis al que os ofende; defended vuestro dere-
cho, pero con calma, porque la efervescencia de la cólera, el or-
gullo de la tenacidad, la manía de tener siempre razón y de con-
tradecir á cada paso, excitarían la cólera y la contradicción de
los otros hombres y añadirían sus faltas á las vuestras.

Es probable que hablando con vos mismo digais: “Muy
bueno sería que uno pudiera moderarse siempre; pero, ¿cómo
se podrá sujetar la lengua y pesar las palabras cuando uno está
ciego por la indignación?” Y os respondemos: se *puede* cuando
se sabe *querer*; el hombre puede moderarse cuando tiene vo-

luntad para ello. Y vos mismo os reprimís y os moderais cuando os hallais en presencia de personas que se os imponen; y entonces, cobarde, no teneis valor sino para con los débiles y cuando no os exponéis á ningún peligro: delante de los grandes y de los fuertes vuestros arranques de cólera se convierten en un miedo servil.

Dejaos, pues, de excusas, porque vuestra propia conciencia os condena. Vos también *podeis* lo que *quereis*; pero vos no quereis, porque vuestro placer consiste en mortificar á vuestros semejantes, en aterrarlos para conseguir de ellos una obediencia servil por medio de vuestras amenazas y de vuestra ira. La ambición es el sentimiento que os anima; y, sin embargo, os quejais de no encontrar en los demás un corazón adicto á vuestra persona, ni un afecto verdadero, ni una sincera estimación. La culpa no la tienen ellos sino vos mismo. ¿Quién querría cambiar sus abrazos por puñaladas, sus expresiones y sentimientos de cariño por los insultos y por el sentimiento del odio?

La dulzura y la paciencia son lo único que doma los corazones, porque calman la irritación, desarman la cólera y excitan la admiración y el amor. En sus relaciones habituales el hombre viene á ser el eco del hombre, porque corresponde á la amistad con el afecto, al orgullo con la altanería y á la cólera con la cólera. ¿Con qué derecho os quejais de las animosidades y de los odios que turban la sociedad, y de las disputas que minan la tranquilidad de vuestra casa? Comenzad por dar á los otros lo que vos exigís de ellos, y ellos os lo darán á su vez, porque la dulzura produce la dulzura y la ira provoca la ira.

La dulzura y la paciencia subyugan los corazones. Pero nosotros no toleramos los defectos de nuestros hermanos sino cuando nos persuadimos de que valemos más que ellos y de que podemos perdonar sus ligeras ofensas. El hombre de mérito no podría considerarse ofendido por los insultos de otro hombre que no lo tuviera, ni un espíritu elevado por la insolencia de un orgullo nobiliario, ni un corazón virtuoso y prudente por las injurias de un corazón insensible, ni un hombre fuerte por el daño que pueda hacerle la mano de un niño.

La dulzura nace del amor y de la estimación debida á todo hombre, en su calidad de hombre, y de las buenas cualidades que poseemos: la dulzura es el rasgo característico del hombre superior por su sabiduría y por la nobleza de sus sentimientos y es una de las más bellas flores del alma cristiana, de la generosidad del corazón y de la dignidad moral. Mientras más

bajo y corrompido es el hombre más inclinado se siente á los juramentos, á las imprecaciones, á los insultos y á la cólera, y más se aproxima á la naturaleza animal.

Así como Dios no es susceptible de un sentimiento de cólera, tampoco ha de serlo el hombre animado del espíritu de Dios. Cuando su deber se lo exija sabrá como padre, como hermano, como ciudadano y como magistrado, corregir los errores, pero los corregirá con moderación; cuando su estado ó profesión se lo ordenen sabrá castigar las faltas, pero tratando de hacer volver al buen camino á los que las han cometido; cuando sus derechos sean conculcados sabrá defenderlos, pero sin furor y sin violencia; si es víctima de una injusticia cuya reparación no depende de él, probará con su conducta que no ha merecido ser tratado injustamente, pero no ejercitará la venganza ni pagará el mal con el mal.

La dulzura y la paciencia subyugan los corazones de los hombres; pero esa dulzura es muy diferente del orgulloso desdén con que se trata á un adversario á quien se desprecia. Ese género de orgullo es producido por la cólera concentrada, no por la conciencia de la nobleza moral que se revela siempre en el porte y en los modales. Ese mismo orgullo es el lenguaje mudo, pero hábilmente calculado de la cólera que quiere vengarse así más cruelmente que por medio de injurias y de insultos. Entonces no hay dulzura sino refinada crueldad, no hay amor sino odio secreto y amargo.

La verdadera dulzura se manifiesta en la tranquila amabilidad unida á la benevolencia, y se comunica involuntariamente á los que la comprenden. No consiste en esa galante sonrisa habitual, mueca engañadora é hipócrita que lo que menos revela es la serenidad del alma. Una persona dispuesta á sonreír por todo y á cada paso descubre un corazón sin delicadeza de sentimientos y una inteligencia limitadísima; sonríe para ocultar pérfidos designios, ó para hacer creer que todo lo comprende, ó para despertar la maligna sospecha en el ánimo de los que la escuchan; y sus procedimientos no tienen nada de delicado ni para consigo mismo ni para con los demás.

La dulzura del cristiano, al contrario, tiene por base la sensibilidad. El hombre de sentimientos elevados no es indiferente al afecto y estimación que se le manifiestan, y tanto considera al que es víctima de los accesos de furor como á aquél cuya razón ha turbado la embriaguez; nunca se muestra indiferente á la desgracia de verse desconocido y trata de colocar á quien le

desconoce en un punto de mira más tranquilo para que pueda juzgarlo sin pasión. La justa apreciación de su valor moral lo obliga á convenir en que es susceptible de errores y de faltas y á reconocerlas cuando las ha cometido; y esta franqueza desarma á sus enemigos y disimula sus yerros con honor, mientras que las excusas mentirosas los aumentarían y hasta despertarían sospechas entre las personas dispuestas á justificarlo.

La dulzura domina los corazones cuando va unida á la rectitud de sentimientos; perdona al prójimo sus ligerezas, soporta con paciencia sus debilidades, pero no las encomia, porque la adulación y la aspereza se parecen tanto á la dulzura como la hipocresía á la virtud. El hombre digno y recto se propone hacer reinar en torno suyo la mutua estimación y el respeto, fuentes de la felicidad doméstica y civil. El adulador servil emplea la astucia para inflamar las pasiones de los otros, y dirigirlas á su antojo y según su propio interés; y el hombre de miras elevadas encuentra su grandeza y su felicidad en sustraerse á la tiranía de las pasiones y en obrar siempre según las leyes de la justicia; el uno trata de descaminar los sentimientos, la razón y la conciencia de los demás y de arrebatárles su libertad adormeciéndolos con alabanzas mentirosas unas veces y merecidas otras; el otro se esfuerza en mantenerse siempre en buena armonía con sus semejantes á quienes reconoce su mérito. La dulzura es, por último, una disposición permanente del alma cristiana; la lisonja es una táctica del momento, que cambia según las circunstancias.

Es preciso que el hombre añada á su dulzura alguna gravedad, y la mujer alguna gracia. El primero ejerce poderosa influencia cuando obra con calma sobre el sentimiento y la razón de los que le rodean; y la segunda funda su imperio sobre el corazón por medio de su benevolencia, de su sensibilidad y de sus gracias.

El cristiano sobrelleva noblemente la más adversa suerte y conserva su dignidad aun arrastrando la cadena que la injusticia haya echado sobre su cuello; burlado, ultrajado, y aborrecido por el populacho conserva la elevación de sentimientos y sorprende á cuantos le observan. Jesús sufrió con inimitable paciencia y con admirable dulzura los ultrajes y las burlas de una turba desenfrenada, y no devolvió injuria por injuria, ni amenazó á sus enemigos, sino que, en medio de los gritos de alegría y de los insultos de la muchedumbre cargó su cruz por el camino del suplicio sin descender por un momento al nivel de los que lo

llenaban de oprobio y sin manifestar el más ligero temor. De esta suerte, con tan singular grandeza sufrió tantos dolores, y exclamó dulcemente: "Hijas de Jerusalén, no lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos." Jesús sufrió por último con la más noble resignación un género de muerte que entrañaba al mismo tiempo el dolor y la ignominia; y ya suspendido en la cruz, próximo á exhalar el postrimer aliento, dijo á su Eterno Padre, refiriéndose á sus enemigos: "Padre! perdónalos porque no saben lo que hacen." De en medio de la turba enfurecida se alzaron voces que le reconocieron diciendo: "Verdaderamente, este era el hijo de Dios."

Así como la dignidad del hombre unida á su dulzura no es una vana ostentación, ni un adorno ficticio sino la expresión natural de su fuerza y de su alto precio, de la misma manera las gracias unidas á la dulzura de una verdadera cristiana es la expresión natural del alma de la mujer. El imperio que le pertenece no es el de la fuerza ni el de la firmeza del ánimo sino el de la dulzura y la benevolencia. Formada y organizada más delicadamente que el hombre, ella no podría pretender que se le obedeciese y se le respetase por medio del terror, sino que tiene que solicitar la obediencia y el respeto valiéndose de la gracia y de la amabilidad de su trato. Si la cólera desfigura al hombre, á la mujer la deshonra y la hace repugnante y ridícula. El hombre que para defender la inocencia, la verdad y la justicia, se deja arrastrar por el sentimiento de la cólera, infunde todavía algún respeto; pero la cólera de la mujer altera los motivos más nobles y santos y profana su propio corazón.

La dulzura subyuga los corazones, arranca de la mano al furioso asesino el puñal ya levantado, detiene la maldición pronta á salir de la boca del hombre colérico, calma el odio del envidioso y hace avergonzar al calumniador. Esta virtud, una de las más recomendables del cristianismo, difunde á su alrededor la paz del cielo de donde desciende. Dulcísima es la vida que pasamos en compañía de hombres siempre serenos, siempre dulces y tranquilos, porque estamos seguros de que si nuestros defectos los contrarían, á lo menos los corregirán con dulzura, y de que si tenemos razón nos la darán, prefiriendo en todo caso tolerar una injusticia que los hiere á ellos solos á disputar con nosotros enagenándose los corazones que les son adictos.

La dulzura ennoblece también los corazones. No sólo el vicio tiene el arte de seducir: la virtud tiene también poderosos encantos. ¿Quién puede resistir á los del afecto y la benevolen-

cia? ¿Quién no ha de corresponder á ellos con su ternura? ¿Se puede mortificar á la persona de carácter dulce y afable sin arrepentirse al punto de semejante falta? ¿Puede un hombre abandonarse al desorden de sus pasiones cuando la serenidad de una alma pura le promete una felicidad sin mezcla?

Pensemos, por último, en el número de veces en que perdiendo de vista el modelo de justicia, de misericordia y de amor, hemos dado ocasión para que la felicidad de nuestra casa y la satisfacción en nuestras relaciones sociales se conviertan en continuo tormento y en permanente contrariedad; pensemos en que si nuestros amigos y relacionados nos miran con indiferencia y aun con desprecio, y nuestros enemigos redoblan su odio y su crueldad, y en que, si hemos perdido, en fin, la paz de nuestra alma y la estimación de los hombres de bien, nadie más que nosotros es la causa de tantos males. ¿No es, en efecto, nuestro carácter áspero y violento lo que ha provocado la aspereza y la violencia de los demás? ¿Podríamos esperar el aprecio y las consideraciones de nuestros semejantes, nosotros que no hemos perdonado á nuestros mejores amigos? ¿No hemos llenado su corazón de la misma amargura de que está lleno el nuestro?.....

¡ Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra!

¡ Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios!

UNIVERSIDAD

EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

LA DISCRECIÓN EN LAS PALABRAS.

Guardémonos de hablar demasiado, porque el hierro y el fuego causan menos estragos que los tiros de una lengua inconsiderada.

Seamos siempre fieles y consecuentes con los amigos, evitemos todo cuanto pueda causarles daño y no descubramos jamás los secretos que se nos confíen.

EL ABUSO de la palabra es el origen, aunque pocas veces observado, de los frecuentes disgustos que ocasionamos á los demás y nos proporcionamos á nosotros mismos. ¡De cuántos pesares, de cuántas angustias somos causa sin saberlo, sin pensarlo siquiera, por una sinceridad irreflexiva! Así pues, una de las reglas más importantes de la conducta cristiana es la que nos traza la sagrada Escritura en estas palabras: "Si amas tu vida y deseas que tus días sean felices, debes guardar tu lengua de la maledicencia y tus labios de la mentira y del engaño." Hablar bien es un arte difícil, pero callar á tiempo es todavía más difícil y raro. "El hombre se equivoca casi siempre, dice el Apóstol; y el que no peca al hablar es un ser capaz de reprimir todas sus pasiones."

Acostumbraos á hablar siempre que vuestra palabra sea necesaria y conveniente y á callaros cuando ella pueda causar algún daño á vuestro prójimo. Esta sencilla máxima entraña dos grandes virtudes, la sinceridad y la discreción.

Recorred nuestros campos y nuestras ciudades y notareis la desconfianza que reina en todas partes, la inquietud con que recíprocamente se miran los hombres y la hipocresía que se des-

cubre en su sonrisa de benevolencia. ¿Y podreis decirme cuál es la causa de esta falta de franqueza y de sinceridad? — Pues no es difícil decirlo: es que se habla inconsideradamente cuando debiera guardarse silencio, y se guarda silencio cuando es necesario hablar.

¡Cuántas familias, en otro tiempo íntimamente unidas, están hoy separadas por la enemistad! Y sin embargo, ninguna de ellas ha usado del engaño ni de la mentira para con la otra, ni ha tenido la menor intención de perderla. ¿Qué es pues lo que ha producido esa división?—la indiscreción en las palabras.

Os quejais de no tener verdaderos amigos, de la frialdad ó del odio que se os manifiesta y de la falsa interpretación que se da á vuestras palabras; ignorais lo que ha dado motivo á esa conducta para con vos, y es por que teneis la convicción de haber sido bueno para con todos, pronto en socorrer las necesidades ajenas y complaciente para con vuestros vecinos y para con vuestros prójimos; os parece que no teneis nada que echaros en cara á este respecto, y sin embargo, se huye de vos, se desconfía de vos. ¿De qué proviene esto?—De que tal vez en un momento de irreflexión no habeis enfrenado vuestra lengua y os habeis permitido emitir vuestra opinión desfavorable sobre tal ó cual persona, y de aquí que hayais inspirado odio á aquél á quien habeis juzgado más ó menos severamente, y que hayais infundido desconfianza en el que fué testigo de esa efusión de vuestra franqueza inconsiderada. Tal vez ni os acordais de esos momentos de imprudente sinceridad ni de las palabras que vertísteis entonces, y lo que esa sinceridad os ha hecho decir sin mala intención se ha borrado ya de vuestra memoria. No importa; el que se sirve de su espada en una batalla olvida también las heridas que con ella ha hecho; pero los que han recibido esas heridas se acuerdan de ellas al ver sus cicatrices.

Es preciso, pues, tener por regla de conducta en el mundo esta otra máxima santa: “Arregla tu diferencia con tu hermano sin revelar el secreto que se te ha confiado.”

Por lo común se tiene una idea falsa de lo que es la discreción en las palabras, porque se la hace consistir únicamente en no revelar las confidencias ó secretos que otro confía sobre sus designios, sus relaciones y las circunstancias de su posición, y se cree merecer la reputación de hombre discreto tan sólo porque se reservan las palabras que se han recibido expresamente bajo el sello de la reserva.

Pero no es así. Sólo aquél que guarda en su pecho todo lo

que cree que debe ser secreto, ya sea que se le haya confiado como tal, ya sea que él lo descubra, sólo ese, decimos, es verdaderamente discreto. El hombre prudente considera como reservado todo lo que una persona desea que no se conozca por temor de que de ello pueda resultarle algún perjuicio. Así, pues, no os creais nunca autorizado para revelar lo que otro tiene interés en mantener oculto, á ménos que un deber más imperioso os obligue á hacer esa revelación.

En el número de las cosas que nunca deben divulgarse y que se cree deben mantenerse bajo el velo del misterio es necesario contar no solamente las empresas y los proyectos que podrian encallar en virtud de la publicidad, sino también los acontecimientos y los intereses domésticos, las circunstancias de fortuna, ciertas relaciones, y, en fin, mil asuntos, mil objetos que se quiere sustraer á las miradas del mundo, porque éste da con frecuencia malignas interpretaciones á lo más inocente en sí mismo y porque hay gentes mal intencionadas que pueden abusar de ellos peligrosamente. Debe además contarse en el número de los secretos que interesan al prójimo los vicios de éste, sus defectos, sus debilidades; él se averguenza de ellos, tal vez los combate, pero no por eso desea que lleguen á divulgarse; y en fin, deben colocarse en la categoría de los secretos, los discursos y las opiniones emitidas en lo íntimo de la amistad, tal vez conformes con la verdad pero peligrosos en sus resultados si llegasen á ser conocidos del público.

Considerad, pues, como secreto todo aquello cuya revelación pueda hacer daño á uno de vuestros semejantes; ¿no dais el mismo nombre á las cosas que os son personales y que deseais sustraer á la publicidad? Obrad por los intereses ajenos con la misma discreción con que obráis respecto de los vuestros.

Nadie tiene derecho para hacer conocer los asuntos de otro si éste quiere mantenerlos en secreto. El secreto que depositais en otro corazón es propiedad vuestra, y por consiguiente revelarlo contra vuestra voluntad es cometer una violencia, es atacar la propiedad.

El prurito de hablar es en lo general efecto de un carácter ligero y de una viveza de imaginación que casi siempre degenera en charla imprudente; proviene más á menudo del deseo de darse importancia y de hacer ostentación de la seriedad de las propias opiniones ó del talento, y algunas veces trae su origen de la maldad y de la envidia.

Hay razón, pues, para suponer viciado el corazón de las perso-

nas que se complacen en divulgar acciones ó expresiones que sería mejor callar, en tomar como tema de sus conversaciones las debilidades y los defectos de los demás y en revelar los secretos de familia, las circunstancias, los proyectos y las intenciones de un tercero. La ligereza de carácter es, en efecto, una enfermedad del alma, lo mismo que la envidia: la una es compañera de la otra, y su influencia sobre la dicha y la tranquilidad del hombre es igualmente funesta.

Para ser discreto respecto de otro, es preciso guardar reserva sobre todo lo que pueda causarle daño en la opinión. Impones, pues, el deber de no emitir jamás un juicio desfavorable sobre una persona sin haber pensado muy seriamente en él; guardaos de repetir aun en el círculo de vuestros más íntimos amigos sus palabras ó sus opiniones, si es que ellas se refieren á intereses que os son extraños, y con mayor razón cuando veais que son efecto de una imprudencia, ó cuando calculeis que repitiéndolos haceis daño á vuestro prójimo, porque la imprudencia de los demás no os autoriza para imitarlos.

Si sois testigo de conversaciones en las cuales se censura y se juzga á vuestro semejante, no tomeis parte en ellas si no os hallais dispuesto á defender sólidamente, aunque con modestia, á aquél cuya reputación se ataca. El silencio es la más de las veces muy elocuente y encuentra su recompensa en la estimación de los hombres sensatos y jamás el odio. Esa persona cuya conducta y negocios se han puesto en tela de juicio tendrá tarde ó temprano conocimiento de la conversación de que ha sido objeto, y os agradecerá sin duda el silencio tan grave como reflexivo que guardásteis respecto de él, y de esta manera habreis ganado el corazón de vuestro semejante sin haber tenido necesidad de abrir la boca para defenderlo.

Hay casos, sin embargo, en que es inevitable hablar de intereses extraños. En tales ocasiones, si ellas se presentan en un círculo numeroso ó en el seno de la intimidad, impones el deber de hacer constar lo bueno que sabeis de las personas á quienes se refiere la conversación, las buenas cualidades que las adornan, la indulgencia con que juzga á los demás, y el pormenor, si es posible, de sus buenas acciones. Los elogios que de ella hagais le conciliarán el afecto y la estimación de los que os oigan, propagareis entre los hombres las dulzuras de la amistad, de la concordia, de la mutua complacencia, y vos mismo recogeréis la mejor parte de tan rica cosecha, y habreis conquistado la amistad de aquél á quien habeis hecho justicia.

No queráis nunca conocer los secretos ajenos; tratad, al contrario, de evitarlos. Mientras menos secretos tengais que guardar más tranquilo estareis y más afectuoso en vuestro modo de proceder. El simple conocimiento que tengais de un secreto puede exponeros al peligro de revelarlo involuntariamente con una mirada, con un movimiento ó con un súbito sonrojo. Otras veces os impone la penosa obligación de aparecer como testigo y os compromete en las dificultades de un pleito; y aun guardando el más riguroso silencio puede también poner os en peligro de aparecer á los ojos del mundo como un traidor, cuando gentes de poca conciencia lleguen á descubrir el mismo secreto de que vos sois también depositario, porque hay personas tan imprudentes que necesitan más de un confidente para sus secretos; y aunque inocente, basta que esteis asociado con ellas en la misma confianza para que perdais la confianza de los hombres de bien.

Vuestra posición, vuestras relaciones personales, vuestras observaciones os dan ocasión para conocer algún asunto que el interesado en él desea mantener en reserva; tratad de olvidarlo y si os es posible evitad la ocasión de conocerlo: ocultaos á vos mismo lo que debais ocultar á los otros y huid de todo lance del cual resulteis iniciado en algún secreto que á vos no os interese; pero si no podeis sustraeros á este peligro, no lo confieis ni á vuestro más íntimo amigo porque no podeis asegurar ni sabeis hasta cuándo durará su amistad.

No es permitido revelar el secreto de otro sino cuando un deber más imperioso nos lo ordena; por ejemplo en el caso de que tal revelación nos sea exigida por la ley en obsequio del bien público. El silencio en este caso sería un crimen, pues deberemos hablar cuando el secreto de que somos depositarios oculta proyectos atentatorios contra los derechos de la humanidad; callar también en este caso sería contribuir á la obra de la maldad. Es un deber el hablar cuando se conoce la manera de pensar ó la situación, ó la conducta de ciertas personas con las cuales nuestros amigos ó relacionados tienen una confianza exagerada y peligrosa. En este caso, haciendo uso el cristiano de medios prudentes y delicados, advierte ó instruye á su hermano del ignorado peligro que le amenaza. El silencio debe romperse asimismo siempre que se trate de descubrir la maldad y cuando ese silencio puede contribuir á mantener á ciertas personas en el camino de la perdición, á dar suelta á sus pasiones deshonorosas y á ese egoísmo codicioso, empeñado siempre en labrar la desgracia de otro. Callar en tales circunstancias es favorecer el

mal con perjuicio del bien y dejar el vicio sin el castigo que le corresponde.

Estos son los únicos casos en que es permitido descubrir los secretos de otro ó de formar juicio sobre sus debilidades, sus proyectos, sus intenciones, su manera de ver las cosas y su posición en el mundo. Estas revelaciones son censurables cuando tienen por objeto divertir á las gentes á expensas de un tercero ausente ó de dar á quien las hace cierto grado de importancia social, en cuyo caso el hombre se pone al nivel de esos charlatanes indiscretos y peligrosos contra los cuales se arman de prudencia las personas sensatas; y no puede atribuirse sino á su propia conducta el odio de sus numerosos enemigos, el desprecio de sus conciudadanos y la general desconfianza que inspiran y que paraliza los esfuerzos y el talento que querrían verse consagrados á la causa del bien.

Hay personas discretas en todo, excepto en lo tocante á sus propios negocios, quienes por un exceso de franqueza ó por una vanidad que les hace ver con interés exagerado todo cuanto les concierne, ó por el prurito de hablar siempre de sí mismos, refieren al primero que encuentran al paso lo que hacen y lo que dejan de hacer, sus proyectos y sus empresas razonables ó imprudentes. Y en verdad que no merece la fama de discreto quien guarda los secretos ajenos y revela los propios.

La discrección para consigo mismo y en lo que se refiere á los propios asuntos es también un deber impuesto al hombre en obsequio de su felicidad y de su reposo. Indudablemente, la sinceridad es una gran virtud social, pero en realidad no hay virtud si no va acompañada de la prudencia.

Si quereis vivir tranquilo y feliz, guardad la debida reserva respecto de vuestra buena suerte y evitad la más ligera confidencia en que se trate del estado próspero de vuestra fortuna, porque lo contrario os acarrearía la envidia de las personas en vuestro concepto más seguras y consecuentes. No confieis tampoco á nadie el secreto de la angustiosa situación en que os encontréis, porque correis el riesgo de perder vuestro crédito y de privaros de los medios de salir de vuestros afanes. Guardaos también de comunicar imprudentemente á cualquiera que sea vuestras intenciones y vuestros proyectos, porque muchas empresas de utilidad pública han encallado porque la franqueza irreflexiva de sus promotores ha dejado libre paso á la envidia, dispuesta siempre á calumniar las intenciones, á suponer motivos interesados y á hacer inútiles los más nobles esfuerzos.

Sed discreto y prudente en lo que mira á vuestros defectos y debilidades: hacer alarde de sus torpezas y de sus vicios es buscar una gloria vana é insensata. No es raro, sin embargo, encontrar personas que hablen con la más lastimosa candidez de su lado flaco y de sus inclinaciones viciosas. Esas confianzas hechas á un hombre generoso y discreto pueden no tener inconveniente alguno; pero hechas á una alma común dan ocasión á la maledicencia, porque esa alma, en sus malignas referencias, cambiará la más ligera debilidad en locura y en vicio el más leve defecto.

Todo aquello de cuyo conocimiento no haya de resultar algún bien, sino que por el contrario haya de producir algún mal debe ser un secreto; y si vos lo poseéis, guardadlo con la misma discreción que debéis observar respecto del que se os haya confiado. Al depositar su secreto en el corazón de un extraño entrega el hombre su persona, su felicidad y su porvenir y deja de ser libre, y quien no vive ni obra en perfecta libertad no goza de toda la plenitud de su fuerza y de su vida.

Conciliad la discreción sobre vuestros negocios con esa noble franqueza que facilita el comercio de la vida; sed comunicativo cuando podáis serlo sin inconveniente. Ningún peligro correis si habláis de vuestros propios asuntos con ese dulce abandono compañero de las intenciones puras. Si, al contrario, os encerrais dentro de vos mismo en las cosas indiferentes ó cuando se trata de los intereses de la justicia y del bien, os haréis sospechoso de insensibilidad y de egoísmo.

Sed discreto respecto de vuestros asuntos personales todas las veces que las palabras fuera de propósito puedan crear contra vuestros proyectos, enemigos que no existían; pero que este no sea motivo para envolver en las sombras del misterio todos vuestros designios, porque el exceso de la circunspección es tan inconveniente y produce efectos tan lamentables como los que produce la imprevisión. Si os acostumbrais á dar á las cosas más insignificantes el carácter de secreto os exponéis al ridículo.

“Sed prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma,” dijo Jesucristo á sus discípulos. Pensemos en que nuestro reposo y el de las personas que nos rodean depende del uso que hagamos del precioso don de la palabra; en que una sinceridad irreflexiva, lejos de ser una virtud es frecuentemente una traición; en que una lengua que siembra la división y la desconfianza, destruye la paz y la concordia que deben reinar entre los hombres; pensemos en que no tenemos ningún derecho para

levantar el velo que cubre los secretos de nuestros hermanos, y que ellos sienten el mismo dolor que nosotros cuando sin compasión se echan á volar nuestros defectos, y de esta suerte se nos arrebatara la estimación de los hombres de bien; y en que no debemos hacer á los demás lo que no queremos que se haga con nosotros. Esta es la ley de Dios y á ella debe sujetarse el corazón verdaderamente cristiano.

La prudencia y la discreción que acabamos de recomendar no son el disimulo hipócrita, auxiliar obligado de los hombres despreciables, ni la mentira falaz de que al fin es víctima el mismo que la emplea, sino ese miramiento, fruto de la benevolencia, ese espíritu de rectitud y de justicia que enfrena las pasiones é impone silencio cuando el prurito de hablar puede convertirse en una fuente de disgustos y de males, y por último, ese hábito de no hablar sino cuando hay conveniencia y necesidad y siempre que hablando se pueda hacer el bien á los demás y evitar lo que pueda causarles daño.

Cuando la virtud de la caridad sea la norma de nuestras acciones y nuestro carácter se haya formado bajo sus benéficos auspicios, esa prudencia y esa discreción en las palabras se conservarán fácilmente, porque esa virtud no exige que meditemos y pesemos cada una de nuestras expresiones. Si el amor á Dios y á los hombres, si el amor y el respeto á la verdad ejercen algún imperio en nuestro corazón, nuestras palabras serán siempre de tal naturaleza que no tengamos nunca que arrepentirnos de ellas ni ante Dios, ni ante los hombres, ni ante el tribunal de nuestra propia conciencia.



LA HORA DE LA TENTACION.

EL UNICO ser perfecto, absolutamente puro y santo es Dios. El hombre, siempre en lucha con sus deseos y sus pasiones, está constantemente expuesto á pecar. El más perfecto de los mortales no está limpio de pecado, cuando más es virtuoso. Pero eso no impide que todos estemos llamados á hacer continuos esfuerzos para llegar á ser santos como nuestro Padre que está en los cielos.

La vida humana es una lucha incesante del alma contra sus vicios é imperfecciones. Mientras más recios sean los combates, más fuerza y nobleza adquiere el alma y más digna se hace de su existencia y de los destinos de una vida inmortal.

Todos sentimos en el fondo de nuestro corazón el imperio del pecado, porque está en nuestro temperamento y en nuestros deseos sensuales y en todas las circunstancias en que estamos colocados. Pero también es verdad que todos sentimos los encantos de la fuerza y la influencia de la virtud; influencia que ejerce por medio de nuestra razón y por el conocimiento que tenemos del Ser Supremo, porque "el amor de Dios ha sido impuesto á nuestros corazones por el Espíritu Santo."

Pero la sangre y la carne no serán pronto más que polvo y gusanos, y sólo el alma, inmortal por su naturaleza, salvará el tiempo y la tumba y volará hácia sus altos destinos. Este *yo* que piensa y que quiere no es ni carne ni sangre, es una fuerza maravillosa é invisible que después de haber dominado al cuerpo y á la materia, se desprende victoriosa de sus despojos mortales y groseros.

Se sigue de aquí que el pecado es una contradicción repugnante en la naturaleza original del hombre. Para él el alma creada para mandar se convierte en esclava de esa materia que algún día ha de disolverse. La carne y la sangre, instrumentos serviles del espíritu durante la vida, gobiernan al hombre que debiera dominarlos. El pecado, en una palabra, rebaja al hombre al nivel del bruto que no obedece sino al impulso de sus sentidos.

El cristiano introducido en la comunión de los santos por virtud de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, es quien menos debe someterse al yugo de sus inclinaciones y de sus deseos terrestres: debe someterlos á su imperio, porque su cuerpo está llamado á la esclavitud y su espíritu á la libertad.

Pero como la libertad cristiana no es otra cosa que esa fuerza del alma que la hace independiente del imperio de los sentidos, sólo puede llamarse libre aquél que no obedeciendo ninguna ley extraña obra según sus propias leyes, es decir, conforme á su propia y recta razón. Si pues instruidos de lo que son la licencia y el vicio, ejecutamos acciones inconvenientes y viciosas, lejos de ser libres y de conformarnos á las leyes de nuestra recta razón, sufrimos un yugo que antes mirábamos como indigno de nosotros, y por lo mismo, renunciando el título de hijos de Dios, nos hacemos esclavos del demonio.

Por esto es por lo que debemos aspirar á la libertad, á la independendencia cristiana, al imperio del alma sobre los sentidos; y en vez de ceder á las insinuaciones del pecado ó de sucumbir á la tentación, debemos resistirla con heroica constancia.

Todo hombre está expuesto á las seducciones del pecado, toda edad tiene tentaciones que le son peculiares. La juventud es arrastrada por su ardor y su ligereza; la edad madura por la energía de sus pasiones y la fuerza de sus hábitos; la vejez es subyugada por el desaliento, la debilidad y el orgullo.

Las tentaciones no nos vienen de Dios, porque, ¿cómo el Ser Supremo, el Dios de virtud y de santidad, ante quien el vicio huye y se oculta en las sombras, el que envió á su Hijo al mundo para salvarnos del pecado y de la muerte eterna, había de impulsarnos al mal? Las palabras de la hermosa oración del Señor: "No nos dejes caer en la tentación," no significan "no nos excites al pecado," sino más bien: "presérvanos de todas las ocasiones de pecar, arma y reviste nuestro corazón de valor contra los atractivos del vicio."

El hombre es al mismo tiempo el seducido y el seductor,

porque desde el momento en que olvidándose de Dios, de la eternidad y de su inmortal destino, se entrega á una vida material y no obedece á la voz de su conciencia sino á la de sus pasiones, está expuesto á perderse.

Mirad al infeliz que diariamente embota su inteligencia con el uso del licor, que arruina su salud y hunde á su familia en la vergüenza y el dolor. Hubo un tiempo en que ese vicio aparecía á sus ojos en toda su fealdad, y en que se horrorizaba ante el espectáculo en que hoy se ofrece él mismo al desprecio público. Comenzó por sentir agradable esa especie de exaltación nerviosa que producen los licores alcohólicos, y fué en vano que la razón y la religión le dijeran: "Resiste á ese atractivo de la sensualidad, combate esa necesidad ficticia para que no te conviertas en su esclavo:" En vez de combatir y triunfar sucumbió porque no hizo esfuerzo alguno para alcanzar la victoria; y luego él mismo salió al encuentro de la tentación y descendió de la altura de la dignidad humana al nivel de los animales, esclavos de sus impresiones físicas: así cayó de la condición elevada del cristiano al abismo asqueroso del vicio; así destruyó su porvenir, la salud de su cuerpo, la paz de su alma y el reposo de su familia.

Durante nuestra vida del mundo la acción del cuerpo sobre el alma no es menos grande que la del alma sobre el cuerpo. En tanto que estemos revestidos de esta cubierta material tenemos que luchar contra la influencia poderosa de nuestro cuerpo, es decir, contra las seducciones del pecado, contra las sugerencias de nuestra concupiscencia.

Pero en el momento de la tentación es cuando el espíritu del cristianismo brilla en todo su esplendor. Mientras no haya sollicitación para el mal no se ejercita la virtud. ¿Será virtuoso el ladrón encerrado en el calabozo, y privado de la libertad de robar?

Para el sabio, para el cristiano la hora de la tentación es la del triunfo de sus disposiciones religiosas: es el caso en que él debe mostrarse en toda su grandeza y saber por sí mismo hasta dónde alcanzan su fuerza, su valor, su independencia y su imperio sobre el mundo de los sentidos.

Para el sabio, para el cristiano la hora de la tentación es la de su glorificación, la hora en que su alma se purifica, se eleva y se acerca á la Divinidad. El reconoce entonces que esa íntima y mejor parte de sí mismo está destinada para el cielo y para la inmortalidad, y hace á sus sagrados principios un sacrificio tanto

más noble cuanto más grandes son los esfuerzos y la victoria alcanzados sobre su propio corazón.

Un general prudente á quien llama el deber al campo de batalla no se empeña en un combate dudoso sino que trata ante todo de conocer la situación del enemigo y de debilitarlo para asegurar la victoria : así debe ser el cristiano.

¿ Y por qué medios puede el cristiano debilitar la fuerza de la tentación y permanecer siempre victorioso, es decir, dueño de sí mismo y digno imitador de Jesucristo ?

Ante todo debe aplicarse á estudiar los defectos de su temperamento, las inclinaciones y los hábitos que se derivan de su organización física. ¿ Pero cómo podrá combatir esos defectos si no conoce ni su naturaleza ni su origen ?

Por medio de un examen escrupuloso de sí mismo llegará pronto á conocer si tiene disposiciones naturales á los arranques de la cólera, al temor ó á la pusilanimidad, á la tristeza y á la avaricia, al orgullo y á la ambición, y descubrirá si es duro, inhumano, indiferente á los pesares ajenos y tal vez pronto á gozarse en ellos, ó si se inclina más á la molice, al deleite y á los placeres de los sentidos.

Con este examen interior verá sin esfuerzo en esas debilidades la causa de la mayor parte de sus faltas y aun de sus crímenes ; este descubrimiento le revelará el secreto de su perfeccionamiento moral, y conociendo las llagas de su alma podrá pensar en curarlas.

El sabio da, pues, principio á la obra de su enmienda por una revista tranquila y atenta del estado de su corazón. Observa sus deseos secretos y aprende á conocer sus inclinaciones viciosas. Ha descubierto al enemigo de su felicidad y de su paz interior, el obstáculo que lo detiene en el camino de la perfección cristiana, y entonces toma la firme resolución de cambiar de conducta y de no dejarse arrastrar por las pasiones de que era esclavo. ¿ Era irascible y colérico ? Si no puede reprimir los primeros movimientos de la cólera, sí puede al menos imponerse la obligación de no hablar ni obrar sino cuando su espíritu, ya tranquilo, le permita reflexionar sin pasión. ¿ Es vano y orgulloso ? Entonces forma la resolución de ser en lo sucesivo modesto, insinuante, complaciente y humilde. Lo que sea en adelante lo deberá á su fuerza de voluntad y al sentimiento religioso.

Otro medio de debilitar la atracción del pecado consiste en la simple precaución de evitar todo lo que pueda despertar en nosotros la concupiscencia y producir las tentaciones. Nuestras

pasiones se inflaman á la vista de los objetos que las alimentan ; y el alejamiento de esos objetos produce, al contrario, la indiferencia y bien pronto el olvido. La provocación intencional del poder de la seducción es insensata y peligrosa como es insensato y peligroso jugar con el fuego. El hombre prudente huye, pues, de la tentación, y así reúne mayores fuerzas para vencerla cuando no pueda evitarla.

Si estudiamos cuidadosamente el interior de nuestro corazón, descubriremos que todos los defectos y vicios que hacen al hombre despreciable y odioso son la consecuencia de malos y secretos hábitos. Así como la mano de que hacemos más frecuente uso adquiere más vigor y destreza, así también la inclinación ó el apetito que más nos gusta satisfacer se desarrolla y se fortifica más que los otros. Evitad la tentación ; huid de todo lo que pueda despertar vuestra pasión adormecida ; por falta de alimento sentireis que se debilita por grados hasta que al fin lograis vencerla, y vuestro triunfo será más fácil sin ser menos honroso.

Tal es el sencillo método que el cristiano debe emplear para asegurar á su alma el imperio que le corresponde y salvarla del yugo oprobioso de las pasiones sensuales. El secreto de este método consiste en tener una voluntad firme, noble, poderosa, una severidad varonil y cristiana, enemiga de todo deleite y extraña á las disposiciones de los que se engañan á sí mismos diciendo : " Una vez más, y después me reconciliaré con mi conciencia y no pecaré más." Pensar de esta manera es lo mismo que entregarse al vicio y constituirse en siervo de los sentidos ; es cortar las alas del alma y hundirla en el abismo abierto por las propias manos.

Pero cuando ha llegado la hora de la tentación, cuando los placeres conmueven todos los resortes de la razón, cuando el huracán de las pasiones criminales turban la paz del alma, cuando un momento va á decidir de la caída ó de la firmeza del hombre, de su elevación ó de su envilecimiento, entonces es cuando el alma necesita de todo su valor para sostener el más recio de los combates ; es entonces cuando la virtud está sujeta á la más peligrosa de las pruebas.

¿ Qué debo hacer en esa hora para permanecer fiel á mi dignidad, á mis principios, á las enseñanzas de mi Maestro, á las leyes de mi Creador ?

Reune tus fuerzas, me dice la razón ; no rompas las riendas que te guían si quieres salvarte. Aunque tu corazón palpite con violencia, aun cuando tu sangre hierva en tus venas, aun cuando

tu mente se oscurezca y el recuerdo de tus resoluciones se borre; aunque la esperanza de un próximo goce te embriague, no abandones el imperio de tu alma, no sea que, vuelto de tu letargo, te veas obligado á avergonzarte de tu debilidad y á deplorar tu desvío.

Pero hay un medio de quedar dueño de tus sentidos en la hora suprema, y es el de distraer tus pensamientos. Dirige tu atención á otros objetos y apártala de aquél que te seduce y te agita; huye del lugar que hubiera de presenciarse tu ignominia; gana tiempo y habrás ganado también la causa santa de tu alma y de la virtud.

No te engañes creyendo, desgraciado, que apenas tocarán tus labios el brevaje seductor que te presenta el vicio, porque cada gota es un veneno que te excita y te embriaga. Aleja de tí la pérfida copa; aparta las ilusiones y los sueños que te pintan las alegrías del vicio; mira cómo llora tu ángel de guarda, y cómo celebra su triunfo el infierno!....

Vive en constante actividad; aparta tu imaginación de esos cuadros que te ofrecen culpables placeres y concentra tus pensamientos en asuntos inocentes; entrégate á ocupaciones opuestas á las que puedan ser un motivo de peligro; piensa en Dios, cuya presencia te circunda portodas partes, en ese Dios que es testigo y juez de tus acciones. Si puedes, póstrate á los pies de ese Dios cuya santidad es pura y no tiene sombras; piensa en la tumba en donde tus pasiones serán reducidas al silencio, y en la eternidad á donde sólo te acompañarán tus buenas ó malas obras; piensa en ese momento en que vas á salvar los linderos de este mundo para comparecer ante el Juez soberano de los vivos y de los muertos; piensa en ese futuro eterno de que te burlas tan desapiadadamente al borde del profundo abismo.

Piensa en el orden inmutable que rige el mundo y según el cual no hay una mala acción que no tenga resultados funestos; piensa en que el mal de que te haces responsable es para tí una nueva fuente de miseria, un nuevo motivo de deshonor.

Piensa, en fin, en el remordimiento que te espera. En vano cubre la noche con su velo tus desvíos y tus crímenes; pues llegará el día en que han de descubrirse. Por un momento de placer compras siglos de angustia y de dolor, una eternidad de tormentos incalculables.

Si la tentación es poderosa, oponle un corazón aún más poderoso; piensa en esa alegría del alma que corona los triunfos de la virtud; piensa en ese sentimiento celestial que te hará expe-

rimentar la persuasión de haber resistido á tus pasiones y de haber conservado un corazón fiel á Dios y á las esperanzas de la eternidad.

Es mucho más difícil vencerse á sí mismo que subyugar un mundo por medio de las armas; pero los frutos de aquella victoria moral son también más preciosos. Los laureles del conquistador se marchitan sobre su sepulcro, sus estrellas y sus coronas se hunden con él en la tumba y no lleva á la eternidad sino su alma pobre y desamparada.

El cristiano, el verdadero discípulo de Cristo, fiel á su celestial vocación, que vive para la inmortalidad y no para sus afectos mundanos, ángel glorificado ya en la tierra y vencedor del pecado, entra radiante al imperio de la gloria eterna. El sepulcro no puede arrebatarse sus tesoros. Tampoco lleva á la eternidad sino su alma, pero una alma ennoblecida por la práctica del bien, en la cual se refleja la Divinidad, y que espera la palma brillante y gloriosa del sacrificio.

EAFIT

®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD

EAFIT



Sala de Patrimonio Documental

EL ENFERMO.

ENTRE la variedad infinita de males que aquejan á la humanidad uno de los más crueles es la pérdida de la salud. Son pocos los sufrimientos comparables con los de un enfermo. Proporcionadle todo cuanto queráis, pero si no aliviáis sus dolencias, la mayor parte de lo que le ofrezcais será inútil para él; colocadle suavemente sobre un lecho de plumas y de seda y no por eso dejará de sentir el aguijón del dolor, en tanto que el hombre sano, sumido en la indigencia y tendido sobre la dura tierra, disfruta de un sueño apacible y tranquilo. Cubrid su mesa de manjares exquisitos y de delicadas bebidas, y el enfermo lo rehusará todo, mientras que con ojos envidiosos mirará al pobre mendigo que come satisfecho un mendrugo de pan. Preparad su estancia con todo el lujo y la pompa de un rey, haced que su asiento sea como un trono que el bastón en que se apoye sea como un cetro: sus miradas vagarán en vano sobre el oro y las piedras preciosas y sobre la púrpura real; en su delirio se verá trasportado á la humilde cabaña del labrador sometido á la pobreza, pero pasando sus días satisfecho y lleno de salud.

El aspecto de un hombre en su lecho de dolor es por sí sólo un espectáculo penoso para todo el mundo; nadie ve sin compasión su frente pálida, sus ojos apagados y su cuerpo flaco y decaído; hasta el soldado feroz en el combate sale del estado de embriaguez en que se agita para compadecer al desgraciado que sufre.

Un enfermo debe ser y es realmente para el cristiano un objeto de respeto y de atención: el espíritu más frío y menos grave entra en sí mismo y medita en lo que tiene delante.

Alguna vez quizá la piedad cristiana ha velado sobre vuestro lecho de dolor. Recordad esos días de angustiosa prueba; acercaos conmigo, real ó imaginariamente, al sitio en donde padece uno de vuestros hermanos, y renovad las resoluciones que formábais cuando Dios os colocó en una situación semejante. Y si habeis tenido la fortuna de que vuestra salud no haya sufrido nunca un cambio notable, llegará, no lo dudeis, el día en que se debilita inopinadamente: preparaos para esta dolorosa experiencia; aprended á respetar al que padece de enfermedades y á prodigarle cuidados afectuosos para que á vuestro turno podais gozar de los mismos beneficios.

Las enfermedades no son inherentes á la constitución de vuestro cuerpo, ni una condición necesaria ó absoluta de la vida humana. El hombre fué creado perfecto en todas sus partes, y muchos pasan su vida sin experimentar el menor desarreglo en su organización física, y aun terminan su carrera mortal sin más enfermedad que la que los conduce al sepulcro: se extinguen como una lámpara cuyo aceite se ha consumido, y se aduermen en los brazos de la muerte, como el menestral después de su trabajo diario en medio de su esposa y de sus hijos.

Cuando no hemos heredado de nuestros padres el germen de alguna enfermedad, es la imprudencia lo que destruye nuestra salud así como nuestro cuerpo que es el instrumento por medio del cual nuestra alma despliega sobre la tierra una útil actividad.

En todo caso debe el hombre estudiar su constitución, su temperamento, conformar á ellos el género de vida que adopte, sujetar á un régimen conforme con las necesidades de su cuerpo su alimento, sus distracciones y sus trabajos y no olvidar que el fruto de su intemperancia puede traerle largos años de dolores, y que una sola imprudencia ó un desvío puede envenenar toda su vida.

El cuerpo no es propiedad del hombre: debe consagrarlo al uso para el cual se lo ha dado Dios en préstamo, y devolverlo en el mismo estado en que lo recibió, sin cuya condición el espíritu no podría llenar su destino sobre la tierra. Cuando el hombre peca contra su propio cuerpo es culpable porque además de infringir la ley de Dios, se arrebató á sí mismo la felicidad de la vida que consiste en hacer todo el bien para el cual le fué dada esa parte de su ser.

Pero no es esto todo. No solamente el poco cuidado que tenemos por nuestra salud nos quita las fuerzas necesarias para llenar nuestros deberes para con Dios, para con la patria, para con nuestros conciudadanos, nuestros amigos y nuestros hermanos, sino que los males, aunque en apariencia estén curados, apresuran el instante de nuestra muerte. El hombre intemperante, el insensato que por temeraria vanidad se expone inútilmente al peligro, el voluptuoso que enerva su cuerpo por el exceso del placer ó por el refinamiento del deleite, todos cometen un suicidio que por el hecho de ser involuntario no es menos criminal.

Hay más. El germen de nuestras enfermedades es trasmitido de padres á hijos; y su debilidad y sus males son la herencia funesta de las generaciones siguientes. Conservad, pues, vuestra salud con todos los cuidados que exige la prudencia, no sea que un día vuestros hijos, arrastrando en medio de los más crueles dolores una vida envenenada por el vicio, os acusen con sus gemidos de ser la fuente de sus sufrimientos.

Acercaos con frecuencia real ó imaginariamente al lecho del enfermo. Su habitación debe ser para vos una escuela de sabiduría; porque cuando el enfermo, con los ojos cerrados y con el tinte lívido os hace estremecer, es cuando pensais seriamente en evitar todo aquello que puede alterar y destruir vuestra salud.

Mas no penseis solamente en vos mismo: cuidad también de la salud de vuestros amigos; impedidles que se entreguen á excesos ó á placeres que son la impura fuente de todas las enfermedades.

Ah! Es frecuente el ver á hombres, buenos por otra parte, pecar á este respecto, no con premeditado designio, sino aturcidos por la embriaguez de la alegría. Su ejemplo, sus discursos ó conversaciones comprometen al hombre más débil que ellos á ejecutar lo que para él son verdaderos excesos, y su amistad, involuntariamente homicida, creyendo ofrecerle la copa del placer y de la vida, le propina el tósigo amargo de la muerte. Todavía es menos terrible la maldad de los hombres que su imprudente ligereza.

Conservad, pues, en vos mismo, y tratad de conservar en vuestros semejantes el divino é inapreciable tesoro de la salud, y llenad para con los enfermos los sagrados deberes que os impone la humanidad.

Sed, como Jesucristo, el amigo de los enfermos. Tened presente que él, el tipo de todas las perfecciones, se acerca amoroso

al lecho del moribundo como un mensajero de paz, y recibe con el corazón en la mano al ciego, al cojo, al leproso y al paralítico. ¿No es él acaso el refugio de todos los desgraciados? Vosotros que os honrais con el título de cristianos, sedlo en efecto; como discípulos de Jesús imitad á vuestro Maestro.

Vos no podeis hacer milagros, sin duda; pero sí podeis hacer beneficios. No podreis levantar de la cama al enfermo que agoniza; no podreis apartar de él los tiros de la muerte, pero sí podeis servir de apoyo al débil y alentar el corazón del hombre que tiene necesidad de afectos.

Una palabra escapada de vuestros labios no hará cesar los dolores del que sufre, pero sí puede consolarle y servirle de consejo, porque la voz humana reanima la esperanza en el fondo de un corazón que desespera. "Estuve enfermo y no me visitásteis," dirá Jesucristo á los que han abandonado á sus hermanos al dolor y á la desesperación sin prodigarles un consuelo ni un socorro.

Visitad especialmente á los enfermos extranjeros y pobres. Los hijos del país reciben socorros de su familia y de sus conciudadanos, y el rico tiene siempre quien le sirva, porque su oro le procura todo cuanto necesita. Pero, ¿quién cuidará del pobre? Tal vez algún mercenario sin compasión! ¿Quién cuidará del extranjero? Con frecuencia no tiene ni puede contar sino con el dolor y las lágrimas estériles de su familia y de sus amigos, de quienes lo separa una larga distancia.

Deseais ser benéfico, y creéis hacer demasiado cuando arrojais una limosna al indigente que os mueve á compasión. Pero decidme, ¿en qué consiste vuestro beneficio? ¿No os ha dado Dios algo, mucho más que esa limosna, cuando vinisteis al mundo débil y pobre? Además de dar vuestra limosna debeis ejercitar la caridad, acordándoos de aquellas palabras de Jesús: "Haciendo esto por cualquiera de estos infelices lo haceis por mí mismo."

Visitad la humilde choza del mendigo; mirad en medio de los hijos desolados al padre que carece de pan, á la madre que solloza sobre un duro jergón asaltada por el dolor y la miseria; no tienen ni un amigo, ni un consejo, ni un socorro. Ese es vuestro puesto de honor, ese el campo en que podeis sembrar para la eternidad, la senda que debeis seguir para alcanzar el premio que Dios os tiene prometido. Si teneis bienes de fortuna ó si sólo contais con lo que os es estrictamente necesario, pedid el nombre de las familias indigentes que os rodean; averiguad

sus necesidades, y si llegais á saber que el padre, la madre, ó el hermano, ó el hijo están enfermos, volad hacia ellos como un mensajero de caridad y de consuelo.

La limosna que dais al mendigo de profesión no es, las más de las veces, sino el medio de dar pábulo á la pereza y á los desórdenes. Pero si llegais á descubrir el interior de tantas familias pobres que gimen no lejos de vos, lloraríais lágrimas de sangre: os sorprenderíais al ver que en una ciudad cristiana se encuentran vuestros hermanos entregados á todos los horrores del hambre y mil otros males y envueltos en la oscuridad, en tanto que las riquezas, el lujo y los placeres rodean y atruenan con sus ruidos aquel hogar desgraciado. En nuestros días se ven muchos pobres cubiertos de úlceras y de harapos sentados á la puerta del rico esperando los pedazos de pan que caen de la mesa para alimentarse; pero entrad á la casa vecina y allí encontrareis otros tantos, solos con su miseria; nadie sino Dios oye sus suspiros y sus quejas, sólo Dios que siempre está cerca de nosotros.

Subvenid á las necesidades de los enfermos extranjeros y pobres por medio de fundaciones piadosas cuando vuestra situación os lo permita. Seguid una de las más nobles costumbres de los antiguos tiempos: entonces aquéllos cuya fortuna había bendecido el cielo consagraban una parte de sus riquezas á los establecimientos de beneficencia. Dios los había colmado de bienes y ellos se los devolvían á la hora de la muerte; llenos de amor y de adoración por el Padre común de los hombres, le probaban su reconocimiento en la persona de sus semejantes desgraciados.

En muchos pueblos ha caído en desuso esta loable costumbre, y en otros apenas si subsiste. Y gracias al espíritu de caridad que animaba á nuestros antepasados, millares de enfermos se ven hoy recogidos en los establecimientos públicos, cuidados con afecto cristiano, y que en la efusión de su gratitud ruegan todavía por los bienhechores desconocidos que duermen ha largo tiempo el sueño del sepulcro. ¿Se rogará lo mismo por nosotros? Oh, ricos del siglo! vuestros descendientes tienden sus miradas distraídas sobre los fastuosos monumentos que haceis levantar en honor suyo, y compadecen la estéril vanidad que ostentais en esos túmulos de mármol contra los cuales se estrellan todas las vanidades del mundo! Una sola lágrima de gratitud vertida por un enfermo á quien vuestra caridad hubiera aliviado, aun después de vuestra muerte, sería más preciosa para vo-

sotros que las lágrimas mentirosas esculpidas por el cincel del artista en esa estatua que parece llorar sobre vuestra tumba. Esa lágrima viva la tiene Dios en cuenta, en tanto que las lágrimas de mármol las borra el tiempo.

Volvamos á la cristiana costumbre de nuestros abuelos: la de acordarnos en nuestro lecho de dolor de los desgraciados á quienes hacen falta los cuidados que se nos prodigan; apresurémonos á derramar el bálsamo del consuelo en sus llagas cuando la mano de Dios venga á cerrar las nuestras.

Respetad en todo tiempo y en todo lugar los sufrimientos de vuestro prójimo enfermo. Si no sois su amigo, sedlo desde luego, y si habeis sido su enemigo convertíos en hermano suyo; si os ha hecho mal perdonadlo para que se separe de la vida sin amargura y sin tormento. Haced de modo que nadie lleve al sepulcro un sentimiento legítimo contra vos, que ninguna alma llegue á la inmortal existencia acusándoos ante el tribunal de la Eterna Justicia.

Tarde ó temprano vendrá para vos una enfermedad que os hará sufrir en una cama de donde haya huido el reposo. Entonces nada os hará tanto bien como el recuerdo de que á nadie dísteis motivo alguno de queja; este recuerdo, y la idea de que en vuestro viaje á la eternidad no os acompañarán sino las lágrimas y los sollozos del afecto, os servirán de grandísimo consuelo.

En la hora del sufrimiento y del dolor manifestad vuestros sentimientos cristianos en vuestra resignación, en vuestra sumisión á la voluntad de ese Dios misericordioso que os ha conducido por la mano hasta ese día en que os llevará más allá de los límites de la vida. Que vuestra fe en la divina Providencia se muestre en la confianza inalterable en sus miras, en la segura tranquilidad de vuestro valor. Si habeis sabido vivir con Jesucristo morid también con Él.

No llameis jamás á la muerte, pero tampoco temais la hora en que el sueño eterno cierre vuestros ojos, en que os durmais en los brazos de vuestro Salvador. Millares de hombres han muerto antes que vos, muchos millones morirán después, porque esa es la ley eterna que Dios ha establecido para la marcha del mundo. Si vuestra vida ha sido buena, si habeis cumplido los mandamientos de la ley santa de Dios, si habeis vivido según Dios al que debemos que la muerte no sea para nosotros sino un último sueño, entonces nada temais. Y suponiendo que vuestra enfermedad no sea mortal y que recobreis vuestra salud, ¿será

esto una felicidad? Habeis dado algunos pasos atrás ante la tumba que se abría para vos; pero algunos años, algunos días más tarde se abrirá de nuevo y entonces será por la última vez. El sueño de la vida se prolonga para vos y os separa por algún tiempo de la eternidad dichosa que os espera si habeis cumplido la ley, y desgraciada si la habeis infringido y morís impenitente.

No olvidéis nunca á vuestros hermanos desgraciados, no ceis de hacerles bien, perseverad en la caridad. Si en los días en que gozábais de salud habeis descuidado alguna buena obra reparad en lo posible esa omisión y tratad de que no pase un solo día de vuestra vida sin hacer alguna obra de caridad.

Enfermo ó lleno de salud, debeis estar pronto á cambiar los bienes temporales por los permanentes de la eternidad. Mas no creais que el pensamiento de la muerte deba ocupar exclusivamente vuestro espíritu, porque destruir todos los encantos con que la mano misericordiosa de Dios ha provisto á las necesidades de vuestro corazón sería demencia é ingratitude. Pero vivid de modo que podais despediros del mundo sin cuidado y de un momento á otro; purificad vuestro corazón á fin de que á cada instante pueda sentir sin estremecerse la mano de la muerte; arreglad vuestros negocios de tal manera que si una enfermedad peligrosa viniera á sorprenderos, hayais llenado vuestros deberes para con aquellos á quienes dejais en el mundo; disponedlos en todo tiempo con escrupulosa prudencia para que al perderos, vuestra familia no sufra una pérdida doblemente dolorosa. En los días de salud podeis proveer con tierna solícitud á las necesidades de vuestra familia; pero esto no basta: preguntaos á vos mismo cómo podría subsistir si hoy quedaran viuda vuestra esposa y huérfanos vuestros hijos. No esperéis arreglarlo todo en el tiempo que os dé una larga enfermedad. ¿No veis acaso cómo los hombres más robustos desaparecen de repente segados por la guadaña de la muerte? ¿No veis que la pérdida repentina de sus facultades intelectuales ó un dolor agudo los hacen incapaces de todo?

El verdadero cristiano muestra en su conducta la feliz influencia de la religión en todas las relaciones humanas, y vela constantemente por sus intereses como habitante de la tierra y como ciudadano del cielo: surca el mar de la vida con alegría y sin temor y cada día y cada hora lo encuentra pronto á arreglar su cuenta con el tiempo y con la eternidad, con el Juez Eterno á quien debe dar cuenta hasta de la más insignificante

de sus acciones y de quien debe recibir el premio ó el castigo que no tiene fin.

El verdadero cristiano es el más afortunado de los hombres, porque puede mirar tranquilamente su pasado y su porvenir. En tanto que disfruta reconocido de los bienes de la vida que Dios ha querido darle, su espíritu se cierce y se dilata en las regiones sublimes de la inmortalidad, triunfa en todo combate, sean cuales fueren sus condiciones, y preparado así para todo acontecimiento, ninguno podrá sorprenderlo y la confianza en Dios lo coloca por encima de todo temor. Ojalá que pensando en la muerte aprendamos á vivir y muramos pudiendo tener á la vista el cuadro de nuestra existencia para aprender á morir como vivió y murió el Salvador del mundo. El fué el sostén, el amigo y el consuelo de los enfermos y nosotros debemos imitarlo en tanto que la fragilidad de nuestra naturaleza nos lo permita.

Que nuestra fe y nuestro amor no se resfríen jamás, y que, sanos ó enfermos, podamos conservar en toda situación la alegría del espíritu y la paz del alma consolada y aliviada de sus males por la divina caridad.



Sala de Patrimonio Documental

RELIGIOSIDAD Y JUVENTUD

A LOS JOVENES DE AMBOS SEXOS.

LA PROVIDENCIA divina es la que va á llevar á vuestras manos estas páginas destinadas al afecto cristiano, á la santificación y al recogimiento. ¿Las recibireis con indiferencia, vosotros, los de noble y generoso corazón?....

Habéis llegado á la edad en que os falta poco tiempo para ser dueños de vosotros mismos, y cada día os alejais más y más de la presencia cariñosa de vuestros maestros. Vuestros padres envejecen á medida que vosotros entráis alegres en el camino de la vida; vuestros prójimos también se van y las alegrías de vuestra infancia huyen y os abandonan. Es probable que pronto os encontréis solos, y entonces sabreis lo que significan las palabras *estar solo en el mundo*, no tener sino su propio *yo*, no pertenecer á nadie. Desde el momento mismo en que vinísteis á la vida hasta hoy, siempre habéis tenido almas fieles, amantes y abnegadas que han cuidado de vosotros; y ahora, cuando decís adiós á los días tranquilos y felices de vuestra infancia, como cae del árbol el fruto ya en sazón, así os desprendeis del tronco querido que os sostuvo sobre sus ramas. Ahora os toca instruir á vosotros mismos y prepararos para poder bien pronto consagrar á otros vuestros cuidados.

Hace mucho tiempo que los seres que más os quieren han temido por vosotros este instante decisivo. Creednos: el corazón

de vuestros padres ha palpitado más de una vez de inquietud y de miedo pensando en este momento, y tal vez no sabeis por qué; pero algún día lo comprendereis. Vosotros mismos habeis esperado con impaciencia la época en que, libres de toda tutela, de toda traba pudiérais vivir independientes y libres; vosotros mismos ardíais en deseos de salir de la infancia, de dejar de ser niños, y ya veis que esa infancia que os impacientaba ha quedado ya atrás en vuestro camino; pero, tenedlo presente, llegará el día en que echeis de menos esa edad candorosa, como si hubiéseis perdido un paraíso. La serenidad y la alegría que hasta aquí os han acompañado os abandonarán muy pronto; tal vez os han abandonado ya. En todo ese tiempo no os faltó la solicitud cariñosa y desinteresada que os ponía á cubierto de todo pesar y de todo peligro, y ahora teneis que ser vuestros propios y únicos protectores. Pero cómo! Vosotros mismos vais á protegeros? Ah! no os engañeis, amigos míos, vosotros vais á ser la causa y el origen de vuestros propios padecimientos!

Perdonad si estas páginas os revelan una triste predicción. *Tendréis mucho que sufrir, sereis tal vez muy desgraciados.* Dejad esa sonrisa de incredulidad y tened presente que muy pronto quizás habreis de leer estas palabras con los ojos inundados de lágrimas.

¡Protegeros á vosotros mismos, vosotros cuyas fuerzas no están todavía ejercitadas, vosotros que teneis tan poca experiencia, vosotros cuyas miras son aun tan limitadas, y tan escasa vuestra prudencia! Protegeros á vosotros mismos, vosotros que habeis quedado sólos en mitad de la vida, sin apoyo, olvidados y traicionados quizás por aquéllos en quienes habíais puesto toda vuestra confianza!

En estas circunstancias, con tan tristes condiciones, ¿cómo podreis ser vuestros propios defensores? ¿Por qué medio adquirireis la fuerza y la paciencia que necesitáis para el día de la tormenta, la firmeza y el valor prudente para los días difíciles de vuestra vida? Os lo diremos, porque ese fin está á vuestro alcance, no por vuestros propios esfuerzos sino por la misericordia y el poder de Dios, de ese Ser superior que vela por vosotros.

Hombres más fuertes, más firmes, más valerosos han perecido por haber confiado en sí mismos, por haber abandonado á Dios. Sin Él vosotros también perecereis.

Sed vuestros propios protectores, sí, puesto que podeis serlo, no por vuestra prudencia sino con el auxilio de un Ser más prudente y más sabio que vosotros, que sufrió la muerte por

vuestras culpas ; con el auxilio del Hombre divino á quien hace cerca de dos siglos llaman su Salvador los hombres más sabios y poderosos del mundo ; con el auxilio, en fin, de la sabiduría de Jesús. Hombres más prudentes que vosotros han perecido por haber confiado en sí mismos, en su habilidad y en sus artificios y por haber prescindido de Dios, á quien desconocieron. En verdad os digo que sin ese Dios correréis la misma suerte

—Conoceis á Jesucristo? Recordais haber visto en vuestra infancia millares de seres humanos orando al pie de sus altares en los templos consagrados á Dios? ¿No habeis visto animados de su espíritu á los sabios y á los ignorantes, á los magistrados y á los ciudadanos, á los pobres y á los ricos, á los ancianos y á los niños, á todos pronunciando con amor, con respeto y veneración el dulce nombre de JESUS? Le conoceis? Le honrais? ¿Habeis puesto en él vuestra confianza? ¿O creéis por ventura que todo el mundo está en el error y que sólo vosotros estais en posesión de la verdad?

Vosotros habeis sido bautizados en su nombre y por lo mismo recibidos en la comunión innumerable de los que aspiran á ser virtuosos, santos y felices por Él, por su espíritu y por su palabra vivificante. Por esto es por lo que llevais el glorioso título de cristianos.—Pero, decidme, ¿conoceis á Jesucristo?

Si alguna vez os habeis acercado al altar y habeis recibido el pan celestial, decidme, ¿qué habeis sentido en vuestro corazón? ¿Os habeis sentido penetrar de sentimientos inefables en el momento de recibir á vuestro Salvador que viene á visitaros y á hacer un solo cuerpo y una sola alma con vosotros? Respondedme, ¿conoceis á Jesús?

Mirad: el que une vuestra alma inmortal al Dios vivo, al Padre y Creador del universo, que es también vuestro Creador y vuestro Padre; el que une los días de vuestro viaje por el mundo con los días de otra vida cuya entrada os abrió con su muerte, ese es Jesús, el hijo de Dios. La unión del alma con Dios y con la eternidad es la religión que El nos ha revelado, y el celo santo que fomenta y realiza esa unión es la *religiosidad*.

En la edad del vigor y de la juventud, en medio de las ruidosas diversiones parece que fuera demasiado exigir que el alma se consagrara á la práctica seria de la religión; eso es lo que parece, sin duda, pero no lo es sino aparentemente. ¿Cabe acaso precipitación en el anhelo por adquirir lo más pronto posible y para toda la vida la tranquilidad del espíritu, la serenidad del alma y la felicidad verdadera? Sin duda que no, porque no hay

edad en que la religión pueda preocupar demasiado al hombre : un anciano piadoso ofrece un aspecto venerable ; una madre que ora un espectáculo conmovedor ; pero un joven religioso, una joven piadosa no son menos dignos de veneración y por lo mismo menos dignos de afecto á los ojos de todo el mundo.

¿ Cómo ha de ser prematuro lo que la religión ofrece de más serio al par que dulce á vuestra edad ? Pensar en Dios y en la eternidad es verdaderamente muy grave, porque es el pensamiento más grande y más elevado que puede ocupar la mente humana ; pero ello es al mismo tiempo la fuente de la más pura serenidad, porque preserva del pecado y asegura la paz del corazón ; porque inspira confianza en un Dios de amor y aleja el temor natural á los sucesos de la vida. El hombre más religioso es también el más tranquilo, el más sereno, en tanto que el que no conoce los encantos de la fe y de la religión flota entre el exceso de la alegría y el exceso del dolor, y rara vez es semejante á sí mismo, porque es incapaz de moderación y porque es más bien desgraciado que dichoso en el fondo de su alma. Lejos de hacernos sombríos y taciturnos, la religión es, como si dijéramos, el verdadero sazón de nuestras alegrías, y en las horas y en los días del sufrimiento da á nuestro carácter una firmeza y una elevación cuya posesión es más dulce que cualquier otro goce.

No penseis que vuestros amigos y vuestras amigas no tienen religión porque no los oís hablar de cosas referentes á ella. No hay ser humano alguno que no la tenga, porque el corazón del hombre la necesita para sentir y para amar. Esos mismos á quienes creéis privados del sentimiento religioso porque son vanos y ligeros, porque se precian de ilustrados ó de espíritus fuertes ; esos que se ríen de vuestra piedad, de vuestra devoción, de los actos y ceremonias de la Iglesia, esos mismos, decimos, á pesar de sus burlas, no obstante sus sarcasmos y su fortaleza de espíritu, conservan en el fondo de su alma algún germen de religión ; y en los días de la desgracia, al acercarse á ellos la muerte, ellos oran, ellos son religiosos y confiesan todo lo que antes negaban ; se burlaban de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos eternos, y esperan con inquietud la eternidad, porque la convicción profunda y racional que de ella tienen no pueden borrarla de su pensamiento. El ateo mismo, si es verdad que existe alguno, cree en Dios ; el hombre más perverso cree también en El y le adora en el fondo de su alma ; y hasta los demonios, dice la Escritura, creen que hay un Dios, y se estremecen al pensarlo.

La religión es una necesidad inherente á la humana naturaleza: no es obra del hombre ni invención del hombre, como dicen algunos de nuestros modernos filósofos; es la respiración, es el pensamiento, es la vida misma del espíritu, y de consiguiente, todos los siglos y todas las generaciones han sido religiosos; la religión no existe solamente en medio de los pueblos civilizados: el salvaje que puebla los territorios hasta hoy desconocidos tiene también su religión. Sus ideas religiosas son sin duda confusas, pobres, erróneas é incompletas, porque su inteligencia ha sido mal dirigida y las facultades de su espíritu están poco ejercitadas y desarrolladas. Tales fueron también nuestras ideas religiosas en los primeros años de nuestra vida; y hoy que nuestra inteligencia se ha desarrollado y nuestra razón ha entrado en el camino de la verdad, aquellas ideas nos parecen pueriles y hasta ridículas. Pero el salvaje que adora á la criatura en vez de adorar al Creador y que en lugar de ofrecerle en sacrificio su corazón le ofrece una víctima, lo hace en virtud de un principio religioso, y el sentimiento que le anima es el de la religiosidad, es la unión de su espíritu con el Ser eterno, invisible y desconocido para él. Así, uno de los más grandes beneficios de la venida de Jesucristo al mundo es el haber conducido al alma humana de las tinieblas á la luz, de las cosas pasajeras á las cosas inmutables, del error á la verdad, á fin de librarla del imperio del pecado y de la muerte y de introducirla al santuario de la divina Sabiduría.

Sólo puede vivir sin religión el que está privado del uso de sus facultades intelectuales ó el que duda de todo, y en uno y otro caso padece una enfermedad del espíritu.

La inclinación á la duda se manifiesta ordinariamente en la época de la infancia á la adolescencia. En el niño se observa en lo general una fe y una devoción fervorosas. Luégo, á su entrada en el mundo, el joven arrojado al tumulto de la vida, en medio de otros jóvenes, reflexiona, escruta por sí mismo y se ve asaltado por esa enfermedad del alma, y cuando llega á su completo desarrollo, recobra sus anteriores convicciones y con ellas la serenidad del espíritu que había perdido.

Si la duda en materia religiosa se declara y toma creces en esa edad en que las facultades intelectuales alcanzan su vuelo, no es porque el joven haya llegado al completo desarrollo de su razón, puesto que apenas ha salido del regazo de su madre y las primeras nociones que ésta y la experiencia le han dado respecto del mundo, sobre la naturaleza, sobre su destino y so-

bre el Ser Supremo son muy limitadas y su juicio no está bien formado. El fundamento, ó mejor dicho, el principio de su duda está, pues, en la imperfección de sus conocimientos y en la prematura aplicación de sus facultades.

En esa edad en que la inteligencia empieza á vigorizarse, se deja por lo general que obre la imaginación, y muchas cosas que se oyen ó se aprenden en la juventud, vistas de cerca no sostienen el examen y parecen indignas de ser creídas y hasta contrarias al sentido común. Se las rechaza, pues, y desde entonces comienzan á pugnar entre sí las doctrinas: se pretende someterlas al examen y de aquí nacen las dudas. Se leen y se consultan libros sin saber qué grado de estimación merecen sus autores; los juicios ú opiniones no bien fundadas se tienen por decisivas, los rasgos del ingenio por argumentos y las apariencias por realidad. De aquí resulta una confusión espantosa, la duda se fortifica y al fin se niega todo y no se cree en nada, y así es como se cae en la irreligión, estado el más triste y deplorable de la vida humana; es deplorable y angustioso porque es contrario á la naturaleza, es decir, porque está en abierta oposición con la esencia de nuestro espíritu y rompe todos los vínculos que unen al alma á su autor y Creador y á su eterno destino; el hombre se encuentra solo en medio del universo, porque los que tienen creencias religiosas le parecen mentirosos ó víctimas á su vez de la mentira; el mundo, su propia existencia, son para él oscuros enigmas; no se comprende á sí mismo; no hay para él dulzura en los placeres de la vida ni consuelo en la desgracia; envidia y llora la fe pura de su infancia y lamenta no poder recobrarla; suspira por la luz y el reposo, y sin embargo no tiene ni la fuerza ni el valor que necesita para buscar la paz en el seno de una religión que disipa sus dudas, lo guía y lo consuela.

En situación tan difícil como penosa no puede el hombre menos que sostener una lucha incesante consigo mismo sin que nunca logre vencerse, porque anda de ilusión en ilusión y de mentira en mentira; porque aplica la medida del sentimiento á las cosas que solamente la razón pueden someter á reglas; y porque no pudiendo comprender, ó mejor dicho abarcar con la imaginación las cosas eternas, pretende, sin embargo, persuadirse de su existencia como se persuade de la de las cosas corporales y visibles. En este camino es, pues, imposible no encontrar á cada paso la contradicción y por consiguiente la duda, ni formarse una idea exacta de su propio ser moral sin que al mismo tiempo se atreva á negar lo admirable y sorprendente de sus

operaciones. Se duda, á pesar de esto de la existencia y de la acción maravillosa de Dios, porque no hay punto ni objeto de comparación para representárselo. Con todo, Dios nos revela diariamente su amor y su grandeza por medio de manifestaciones interiores y aún exteriores, de la misma manera que nuestro ser espiritual se revela á nosotros por medio del pensamiento y de la palabra, y la naturaleza y la vista de los objetos constituyen las palabras y los pensamientos con que Dios se dirige al espíritu humano.

El escéptico yerra cuando pretende ver lo que es invisible y que se le demuestre la existencia terrestre ó material de lo que por su propia naturaleza es extraño á la materia. El quiere que lo que ignora se le ponga á la vista y se le pruebe sin réplica. La existencia y el gobierno de Dios nos han sido revelados por la misma Divinidad en las leyes de nuestros pensamientos, que todos convergen necesaria é invariablemente á ella en virtud de la organización de nuestro ser moral. Desde que el mundo existe todos los pueblos han creído en Dios, aún sin conocerse ni comunicarse entre sí.

En todos los escritos de los filósofos no se encuentra, acerca de la existencia del Ser Supremo una expresión más sencilla ni más profunda que la que empleó David hace miles de años; palabras tremendas á la vez para el hombre ilustrado y para el niño: *¿Cómo el que ha formado el oído no ha de oír? ¿Cómo el que ha formado el ojo no ha de ver?*

La primera precaución que se debe tomar para curarse de la enfermedad del escepticismo y de la irreligión es la de apartarse en absoluto del objeto que da lugar á la duda. Es muy útil dominar y aun violentar el pensamiento en estos casos y evitar por largos intervalos de tiempo esas especulaciones sin fondo sobre los asuntos religiosos y sobre los objetos del mundo invisible. Sólo entonces puede el alma recobrar el vigor y la independencia que la ponen en capacidad de buscar la verdad; entonces, muchas veces sin buscarlo, el espíritu asombrado encuentra á su Dios, los consuelos en la presente vida, las esperanzas de la vida futura, y la confianza y la paz, delicias interiores del alma; entonces se comprende lo que parecía incomprendible, y el hombre se confunde de haber podido desconocer la sublime sencillez, la claridad y la verdad de la doctrina de Jesucristo. El Evangelio se convierte para el ser racional en una fuerza invencible y divina, y reconoce el hombre que nada es mortal sino lo que ahoga en él el sentimiento de la inmortalidad.

La religiosidad es la luz que ilumina el mundo de las almas; sin ella no se ve por todas partes sino tinieblas, confusión y ruinas; y así como el sentimiento religioso alienta y rejuvenece al anciano, da al alma del niño un temple fuerte y varonil y lo provee de la prudencia grave de la edad madura. El joven, la púdica doncella que están en relación con su Dios y su Padre y que no echan á un lado el pensamiento de la eternidad, se esfuerzan en pensar, en hablar y en obrar de una manera digna de su objeto. Su propia conciencia les rinde el dulce testimonio de que, aun sin saberlo y sin pensarlo siquiera, agradan á Dios conduciéndose en el mundo como que son responsables para con aquél á quien los más orgullosos poderes de la tierra tendrán también que responder de sus acciones, de sus palabras y de sus pensamientos.

A medida que avanzamos en el camino de la vida nuestras ideas religiosas se aclaran y desarrollan y comprendemos mejor el sentido de las palabras de que se valió Jesús para predicar su consoladora doctrina. Dios aparece á nuestros ojos más grande, más poderoso, más sabio y más misericordioso en las maravillas del cielo y de la tierra, y su providencia más previsora, si cabe, en la combinación de los destinos humanos.

Esforcémonos, pues, en conservar en nuestro corazón el fuego santo del sentimiento religioso; tratemos de que él se manifieste en nuestro respeto por las cosas santas, en el espíritu de caridad con que toleremos las flaquezas de nuestros prójimos, en el concepto benévolo que formemos de nuestro hermano, en el celo que nos anime á hacer el bien á nuestros amigos y conocidos, en la deferencia para con nuestros superiores, en la dulzura con que tratemos á nuestros inferiores, en la incontrastable firmeza con que cumplamos todos nuestros deberes, en la moderación con que hagamos uso de los bienes que la mano del buen Dios nos ha dispensado, en la cristiana resignación con que suframos los golpes de la desgracia por duros que ellos sean, en la consagración á la causa del bien tanto público como privado, y en fin, en el horror con que miremos el mal y el pecado, aun cuando se le cometa bajo el velo del secreto.

El hombre es débil, es verdad; los nobles sentimientos se embotan, los buenos principios se olvidan; la vida de la carne con sus trabajos, sus dolores y sus placeres nos subyuga y nos retiene en las regiones inferiores y vulgares en donde encontramos siempre los cómplices del mal, y es preciso que nos esforcemos en salir de allí para no rebajarnos al nivel de los brutos.

¿ Quereis conservar en vuestro corazón toda la fuerza del sentimiento religioso? Alimentadlo en esas horas que dedicais al descanso y al recogimiento, por medio de lecturas sanas y piadosas, de la práctica de la virtud, y sobre todo frecuentando en lo posible los sacramentos que son las fuentes por donde manan en abundancia las gracias del Señor.

Si vuestros sentimientos religiosos están dormidos, muertos tal vez, la lectura de estas breves páginas pueden despertarlos y darles vida. Reconoced en los consejos que en ellos encontréis la voz de vuestro padre y de vuestra madre, la voz de los hombres de bien y la de los verdaderos cristianos que os aman de veras y que desean vuestro perfeccionamiento moral y vuestra verdadera felicidad; ellas son el eco de las pasadas generaciones que desde el fondo de los sepulcros se repercute en vuestro corazón; la voz de los elegidos que desde la mansión de la eterna alegría os llaman á conquistar la corona inmortal que ciñe sus sienes y un lugar entre ellos.

Pero lo que puede influir sobre vuestro corazón más poderosamente que la lectura y los discursos piadosos, es la íntima comunicación con Dios, es la oración. Tratad de que no pase un solo día de vuestra vida sin que consagreis siquiera algunos momentos á hablar con vuestro Padre celestial, con vuestro amigo, con vuestro bienhechor. Por la mañana, cuando ya el sueño ha reparado vuestras fuerzas, por la noche al entregaros al reposo, unid vuestra alma al Espíritu divino que anima el universo; orad, pedid, haced actos de amor y de reconocimiento por todos los beneficios que recibís diariamente y prometed una vida más santa, siquiera más arreglada. Decid, como dijo Jesús mismo á su Eterno Padre, con amor, con confianza y con entero abandono: "Padre mío, hágase en todas las cosas tu voluntad y no la mía." Orad con fe viva, para que se os den, no los bienes temporales y perecederos, sino la prudencia, la sabiduría y el valor suficientes para vencer vuestras inclinaciones, para venceros á vosotros mismos; la fuerza y la ocasión de hacer el mayor bien posible y de acercaros más y más al modelo de toda perfección, al amigo inmortal de los hombres, á Jesucristo.

La religiosidad cristiana consiste en ese celo por el bien que hace crecer en gracia delante de Dios y de los hombres; porque la sabiduría no puede existir en una alma viciosa ni habitar en un cuerpo entregado á los placeres ilícitos. Mas las almas de los justos están en las manos de Dios y no se dejan arrastrar por sus inclinaciones. La justicia es eterna, y no muere jamás.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

LAS MENTIRAS OBLIGADAS.

CUANDO Pedro, el discípulo de Jesús, se hallaba sentado cerca de la hoguera en casa del Príncipe de los sacerdotes, mientras que el Maestro esperaba la sentencia de muerte que sin duda alcanzaba á todos sus discípulos, una criada que estaba por ahí dijo al ver al apóstol: "Este también andaba con aquél hombre." Pedro, lleno de espanto, negó á Jesús y dijo: "Mujer, no le conozco."

Expuesto Pedro á un peligro tan inminente; ¿hizo bien en negar á su Maestro diciendo que no le conocía? Nadie habrá que al oír esta pregunta no exclame: "Lejos de mí semejante pensamiento; en su lugar yo no habría negado al Salvador." Pero muchos pensarán para sí que Pedro no podía hacer otra cosa, que al decir la verdad habría corrido la misma suerte que su Maestro, porque él leía ya la sentencia de condenación en los labios de testigos y de jueces; porque confesando á Jesús no habría podido librarlo del furor de sus enemigos; porque al menos, negándolo, podía salvar su propia vida, y por último, porque una mentira como esa era hasta cierto punto un deber ó que por lo menos la prudencia la justificaba.

Así pensará más de una persona poniéndose en el lugar del discípulo, aun cuando no se atreva á aprobar sus sentimientos. Más Pedro, una vez vuelto de su espanto y dueño de sí mismo, halla su conducta injusta é imprudente, y penetrado de un sincero y doloroso arrepentimiento, llora con amargura el no haber correspondido al amor inmenso de Jesús. ¿Qué padre que ame á su hijo, podría negarlo en el momento del peligro?

madre movida por el cariño materno no expondrá su vida para salvar la de su hijo, ó se alejará de él viéndolo en peligro? El verdadero afecto olvida todo para no pensar sino en el objeto amado. Pedro sintió que no había pagado á Jesús amor con amor; reconoció que no solamente le había negado el afecto sino también la justicia; porque no se trataba entonces de salvar su vida ó la del Maestro sino de rendir homenaje á la verdad que Jesús había confesado con tanto valor é intrepidez ante un Juez irritado. Se trataba de oponer á los falsos testigos la franqueza de los testigos veraces que se atrevieran á declarar que ese Jesús era el Mesías, el Cristo, el Salvador del mundo; se trataba de alentar á los que en él creían y de manifestar públicamente que los discípulos estaban animados de su mismo espíritu y dispuestos á sacrificar sus bienes y su vida en defensa de la verdad de la doctrina del Maestro. Pero Pedro, si bien estaba persuadido de la verdad de esa doctrina y de la eficacia de su virtud para salvar á los hombres, no tuvo el valor suficiente para ser el primer mártir de su religión. ¿No era natural que Jesús perdiese mucho de su autoridad y de su prestigio á los ojos de sus enemigos, quienes veían que ninguno de sus discípulos era capaz de confesarlo en el momento solemne y decisivo? ¿Cómo habría podido inflamar con el fuego de su divina palabra al pueblo judío, á la humanidad entera, Él, que se veía abandonado de sus amigos y hasta de sus mismos discípulos? Pedro sin duda no pensó en nada de esto en el momento de su cobardía, pero las lágrimas de la vergüenza y del arrepentimiento corrieron más tarde.

Y si Pedro negó á Jesús en un momento de miedo tal vez invencible, ¿cuántos discípulos del divino Maestro le niegan hoy ante los hombres á sangre fría y en el pleno ejercicio de sus facultades!

Jesús no vive en persona en medio de nosotros; pero su espíritu vive en su doctrina que nadie puede desconocer; y quien abjura de la fe y quien niega la verdad de esa doctrina le desconoce y le niega á Él. La tibieza, la indiferencia con que en nuestros días se practica la religión hace que los principios cedan á las circunstancias y al tiempo, que no se conformen las costumbres con el sentimiento religioso sino que éste se someta á aquellas; que se deje á un lado la virtud eterna é inmutable y que cada cual se forje una virtud cómoda que le deje en libertad de hacer lo que más de acuerdo esté con sus inclinaciones; que en lugar del amor y del temor de Dios no se posea sino un egois-

mo animal y una astucia disimulada que se decora con el nombre de prudencia.

De aquí el uso frecuente de esas frases que se han convertido en proverbios y que denuncian la degeneración moral de los individuos y de las sociedades. *La necesidad carece de leyes, y es preciso hacer de la necesidad virtud*, quiere decir que en determinadas circunstancias se puede hacer pasar el crimen por virtud y llamar luz á las tinieblas. Y ese engaño, esa falsedad que se pretende justificar se considera como una *mentira obligada*.

Cuando alguna persona sin mérito eminente y real trata de hacerse valer por lo bombástico de sus discursos ó por el ruido de ciertos actos, y de usurpar así la consideración pública, dice llena de vanidad y de hipocresía: "Así lo exige la prudencia; es preciso engañar al mundo puesto que él quiere que se le engañe: esta es una *mentira obligada*, y puesto que es útil es también necesaria.

Otro más novicio, un tanto extraño á la corrupción del siglo, ó al menos susceptible todavía de principios religiosos, se encuentra por acaso en medio de gentes despreocupadas y poco caritativas entre las cuales se ataca con violencia el honor de personas conocidas y se les atribuyen sin pruebas y por simples apariencias las acciones más vergonzosas que se repiten con suma complacencia todas las veces que se presenta la ocasión. Si por política toma parte en esas malignas conversaciones, si sonríe á los equívocos libres é indecentes que hacen sonrojar; si estando con los libertinos, con los jugadores, con los maldicientes toma parte en sus conversaciones ó en sus placeres por un falso punto de honor y para ponerse á cubierto de sus burlas como mártir de la virtud; ese dirá también para excusar su debilidad de carácter que *la prudencia lo exige así*, que es preciso *bailar al són que se toca*, que él detesta esa conducta, pero que ella es necesaria y aún conveniente en ciertos casos.

Cuando alguno de conciencia por lo demás muy delicada llega á juzgar la conducta reprensible de otro y se perdona fácilmente las mentiras por las cuales engaña á sus semejantes en el comercio y en los negocios que hace, y les vende como buenas las malas mercancías, y pretexta falsas necesidades para imponer condiciones onerosas, ese dice también que *la necesidad carece de leyes*, que *el verdadero interés debe comenzar por él mismo*, que *la caridad debe entrar por casa* y que esas son inocentes vivezas comerciales.

Finalmente, cuando otro redobla sus lisonjas para con aquél á quien detesta, hasta tenerlo cogido en sus redes; cuando elogia las injusticias de los grandes que abusan de su poder, y los alienta así en el mal, y teme dar testimonio de la verdad en presencia de sus amigos y de sus enemigos, dice á su vez: *Los poderosos tienen los brazos muy largos, y yo no tengo vocación de mártir: ¿para qué crearme enemigos? La necesidad, las circunstancias hacen decir cosas que ni siquiera se han pensado.*

Así pretenden excusar sus flaquezas y sus errores los hombres vulgares de nuestros días; así niegan muchos cristianos á Jesucristo, y de él esperan, sin embargo, su salvación. Y luego frecuentan las iglesias y los sacramentos y cuentan ser salvos por virtud de aquél á quien sus pasiones y sus pecados crucifican diariamente; y luego se engañan á sí mismos pretextando deberes impuestos por una pretendida prudencia y creándose una religión sensual y acomodaticia, según la cual los méritos del Redentor son bastantes para salvar al hombre sin que éste tenga que hacer nada de su parte. . . . Pero no! no os engañéis! Dios no puede ser burlado. Jesucristo condenó vuestros errores y vuestra pretendida religión que consiste en creer lo que se quiere y en no hacer nada que contrarie vuestros apetitos y vuestros malos hábitos, cuando dijo: "No todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en la bienaventuranza, sino sólo los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos." "Por sus frutos los conoceréis."

No puede negarse que aun para las almas leales y religiosas se presentan diferentes casos en los cuales vacilan sobre el partido que conviene adoptar en cada uno. No solamente la prudencia prohíbe á las veces cumplir rigurosamente los preceptos ordinarios sino que puede suceder que la demasiada franqueza en las palabras y en las acciones esté en completa oposición con los deberes de un orden superior.

Hay ciertamente circunstancias en que sería más injustificable decir que callar la verdad. Un padre de familia, por ejemplo, se halla en un lecho de dolor, próximo á abandonar para siempre á los seres que le son queridos y á los cuales faltará su apoyo; pues bien: ¿quién no tratará de conservar tan preciosa existencia por medio de noticias consoladoras, más bien que refiriéndole sin rodeos la muerte ó la deshonra de un hijo, con lo cual acabaría su vida más pronto y atormentado por el más intenso dolor? En todos los casos es, pues, preciso usar de circunspección, porque hay deberes de *orden superior* á los cuales

deben subordinarse los de *orden inferior*. Lo que importa es saber distinguir en la práctica estas dos clases de deberes.

No se necesita un profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, ni de una exquisita prudencia ni de una extraordinaria instrucción para no engañarse en la relación que tienen entre sí los deberes; el cristianismo no es una ciencia de difícil y laborioso estudio. Jesús predicó su doctrina á las clases inferiores del pueblo y por todas fué comprendida; no escogió sus discípulos entre los sabios sino entre los hombres mediocres y poco educados, y sin embargo éstos fueron grandes y sabios por su palabra, por esa misma palabra que vive entre nosotros y que nos prepara y nos abre el camino de la salud.

Para distinguir los deberes de carácter sagrado de los que no tienen, rigurosamente hablando este carácter, no se necesita de largas y profundas meditaciones; ni es preciso aguzar la inteligencia para saber, en ciertos casos, si es mejor decir la verdad que callarla. Cierto es que en el curso ordinario de la vida, cuando se necesita obrar sin pérdida de tiempo, no es posible reflexionar sobre si se tomará éste ó el otro partido, ni tampoco se pueden prever los resultados del que se adopte en último caso; pero á nadie se oculta que la utilidad no es la norma de la bondad ó justicia de las acciones, y que, aun cuando á las veces puede el resultado ser bueno y útil al mismo tiempo, también hay ocasiones en que el sagrado deber que tenemos que cumplir nos proporciona más bien que utilidad pesares acerbos; porque hay deberes de carácter tan elevado y tan premioso, y por otra parte tan claros y tan al alcance de las más limitadas inteligencias que ningún ser racional podría eludir su cumplimiento escudándose en su propia ignorancia. En el número de esos deberes hay algunos que exigen para su fiel cumplimiento el sacrificio de nuestros bienes, de nuestras comodidades, de nuestros gustos y aun de nuestra propia vida; pero la recompensa del sacrificio es también proporcionada á los esfuerzos que hacemos para practicar la virtud y á los triunfos que nos procura sobre nosotros mismos.

¿Cómo podremos, pues, hallar la diferencia entre los deberes más sagrados é imperiosos y los que lo son menos? ¿Cómo sabremos cuándo hemos de decir la verdad y cuándo debemos callarla ú ocultarla? La cuestión es sumamente importante si se atiende á que hay veces que se presentan casos inciertos y dudosos.

Jesucristo, cuyos preceptos se aplican á los hombres más

sabios como á los más ignorantes, no exige para su cumplimiento, ni sagacidad, ni ciencia, ni profundo conocimiento del mundo: sólo exige una cosa—*la caridad, el amor.*—*Ama á Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y á tu prójimo como á tí mismo*, es el resumen de toda la ley. Todo hombre es capaz de amor, hasta el niño suspendido al pecho de su madre. La caridad es la luz que con más seguridad nos encamina hacia la verdad, hacia la justicia igualmente agradables á Dios. Quien obra caritativamente, no obra sin justicia.

Ama á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu pensamiento y pronto reconocerás el límite de tus deberes para con tus semejantes. Quien de veras ama á Dios no hace por respeto humano lo que su conciencia imprueba; quien ama á Dios oye la voz de Dios y la de su conciencia, juez infalible y recto de lo que es bueno y de lo que es malo; quien ama á Dios no tiene para que ocurrir nunca á la mentira, porque su corazón le ordena obedecer más bien á Dios que á los hombres y honrar al Padre de la verdad con la verdad misma; y si llega el momento solemne en que para confesar la verdad sea necesario sacrificarlo todo antes que negar á Jesucristo que murió por la verdad que para bien de los hombres trajo del cielo, hará lo que hizo el Maestro; los discípulos murieron también por la verdad y millares de mártires generosos pensaron, obraron y murieron como ellos, por la verdad, en medio de espantosos tormentos.

Ama á tu prójimo como á tí mismo.—¿Y quién es mi prójimo? preguntareis.—Todo hombre, todo ser racional sobre cuya situación, sobre cuyo ánimo puedan influir tu palabra ó tus acciones; y si tú amas á ese prójimo como debes, está seguro de que amándolo á él te amas á tí mismo. ¿Querías que se te engañase aun cuando fuera chanceando? No, por supuesto. Pero sí bendecirías á quien para alejar de ti un mal mayor te haya ocultado una verdad peligrosa.

Sí; ¿y para qué negarlo? Hay verdades que enunciadas fuera de lugar ó indiscretamente pueden causar muchos males. Examina, pues, con sumo cuidado, no si la confesión valerosa de la verdad compromete tus propios intereses sino únicamente si ella compromete el bienestar y el reposo de un tercero: la caridad te enseña á hablar ó á callar la verdad cuando es preciso que hagas una de las dos cosas.

Dí la verdad siempre que el ocultarla sea más perjudicial á otro, que á tí mismo, ó siempre que de ello resulten ventajas

para unos pocos y perjuicio para los más. La caridad te descubrirá lo que es justo, y ella es la que debe abrir tus labios. Decir la verdad tan sólo por satisfacer una venganza es un acto tan vil y tan reprobable como ocultarla por interés.

Dí siempre la verdad, aun cuando de decirla te resulte perjuicio, y ocúltala caritativamente cuando haya de turbar la tranquilidad de personas virtuosas; guárdala, cuando sin dañar á otro hayas prometido guardarla; véjala si lo que crees que es cierto no está fuera de duda sino que más bien podría despertar sospechas é inquietudes sin llevar á los ánimos la convicción; guárdala cuando creas que aun no es tiempo de descubrirla para el bien. Cada cosa tiene su tiempo, y la caridad te enseñará á conocer cuál es el momento propicio; porque sólo el espíritu de la caridad, que es el mismo espíritu de Dios, puede resolver nuestras dudas á este respecto.

No mientas nunca: entre callar la verdad cuando es preciso y falsearla ó negarla, hay una diferencia muy notable. Penéstrate bien del sentido profundo que tienen estas palabras: "Amar á Dios y vivir según su ley vale más que toda la ciencia y la sabiduría del mundo."

LA INGRATITUD.

QUEREIS conocer los grados más altos de la corrupción humana? Mirad la indolencia del egoista, harto prudente para evitar los vicios vergonzosos ó nocivos á la salud, pero demasiado perezoso también para buscar las ocasiones de hacer el bien á sus semejantes. Se cree muy buen cristiano sólo porque no hace mal con propósito deliberado y porque no comete pecado alguno gravísimo; y hasta llega á ofrecer su concurso para las empresas útiles cuando no exigen de él ni esfuerzo, ni trabajo, ni dinero. La compasión natural en todo ser humano le obliga á las veces á socorrer á un necesitado; pero dentro de sí mismo pide al cielo que le ponga en cuenta el beneficio que acaba de hacer dando una parte mínima de su superfluo á los pobres en vez de gastarla satisfaciendo su gula ó su vanidad. Devuelve á sus amigos y conocidos las muestras de cortesanía que le dan, evita toda discusión y no se disgusta con nadie. Es posible que frecuente también los templos y practique algunos ejercicios piadosos de costumbre, pero es persuadido de que su conducta es arreglada al espíritu del cristianismo y de que con eso hace todo lo que puede exigírsele en materia de piedad religiosa.

Hé aquí, pues, el primer grado de la corrupción humana. El hombre que acabamos de pintar no tiene vicios ni virtudes: todo lo espera de los méritos del Salvador y de no sabemos qué eficacia de la religión. Si además hace alguna buena obra, si toma parte en los proyectos de utilidad pública, es con la convicción íntima de que con el superfluo de sus virtudes está forman-

do un capital de buenas obras que le rendirán para la otra vida intereses considerables. Muchos cristianos de nuestro tiempo están colocados en la misma línea; se conducen con cierta decencia en la sociedad y eso lo llaman religión, sus debilidades se califican de benevolencia, y á su honradez se le da el nombre de virtud: ellos tratan de conservar eso que llaman *su reputación*, y por temor de mancharla con los vicios viven satisfechos de sí mismos y se creen acreedores á las eternas recompensas.

El segundo grado de la corrupción humana es el de los hombres que, arrastrados por el furor de sus pasiones, caen con frecuencia en faltas graves, y para satisfacer la que más los domina olvidan todo, decencia, estimación, virtud y religión. En esta clase se encuentran el intemperante y el disipador, el trapacero y el avaro, el seductor y el adúltero, el ambicioso y el jugador, y en fin todo aquél que es esclavo de alguna inclinación viciosa é invencible. Esos hombres pueden sentirse animados de sentimientos honrados por todo lo que no contrarie su habitual debilidad, puesto que una vez que ella está satisfecha no es raro encontrar en ellos algunas cualidades recomendables, como no es raro que hombres avezados al crimen se manifiesten á las veces generosos y humanos, y los adoradores del placer se expongan á la muerte por salvar la inocencia. Pero impotentes para sobreponerse á su pasión dominante y como si se sintieran arrastrados por un genio infernal, esos desgraciados van descendiendo poco á poco y quizás hasta insensiblemente al abismo del vicio y del crimen; recorren el círculo íntegro de su pecado favorito hasta que degenerados, perdidas ya en ellos las condiciones que los distinguen del ser privado de razón, y convertidos en un objeto de horror para la humanidad, se hunden en el fondo de ese mar profundo de donde sólo puede sacarlos la mano misericordiosa de Dios; porque, apesar de todo, el más degradado de esos infelices conserva en el fondo de su corazón siquiera sea una chispa, un rayo, un átomo de virtud; el más corrompido de todos no es todavía un demonio, porque si se venga es de sus enemigos, si hace mal es á los que á él se lo hacen y sólo aborrece á los que se oponen á la satisfacción de sus apetitos.

En el último grado de la corrupción humana se halla sólo un hombre, *uno solo*; y los que le conocen apartan de él la vista. La última chispa de la virtud se ha extinguido en su alma; vive solamente para sí; no se contenta con hacer mal á los que se lo hacen, á pagar el mal con el mal sino que paga el bien con el mal, los beneficios con la maldad, el amor con el odio.

¿Quién es ese hombre? El *ingrato*.

El ingrato se ríe de los más santos deberes de la humanidad; permanece frío é insensible ante el animal que agradecido de los beneficios y del afecto de su señor le paga con su adhesión y fidelidad; es capaz de hacer traición á la sociedad en cuyo seno vive, al pedazo de tierra en donde nació, á su propia patria. Como Judas, va á vender á su amigo con un beso; abre el abismo á los pies de su bienhechor para apoderarse de su fortuna, aun cuando esa fortuna le haya socorrido en la necesidad y lo haya sacado de la miseria; mira con altivez y desprecio al maestro cuyas instrucciones y enseñanzas hubieran hecho de él un hombre feliz y arroja al fuego el árbol cuyos frutos han hecho sus delicias. Sólo el ingrato colma de amargura el corazón de sus padres, hace blanquear la cabeza del que le dió vida y nombre y desgarrar las entrañas de la santa mujer cuyo amor no tiene límites y que lo alimentó con su propia sangre.

En todos los pueblos de la tierra hay una maldición particular para la ingratitud: los hombres todos tienen lágrimas para llorar las desgracias de sus semejantes; pero para el ingrato parece como que se hubieran secado esas lágrimas, porque este monstruo podría decirse que no pertenece sino en apariencia á la raza humana.

El que es capaz de ingratitud es también capaz de todo crimen, porque en su corazón, si es que lo tiene, está agotada, seca la fuente de toda virtud — la caridad: los hombres de bien huyen de él como de un leproso, y hasta los malos, si á él se acercan, lo hacen con temor y con desconfianza.

El reconocimiento no es una virtud porque no exige ni fuerza de alma ni sacrificio. Y en efecto, si vos no amais sino á los que os aman, ¿qué recompensa obtendreis? Pero como el amor de los enemigos es el colmo de la magnanimidad cristiana que nos acerca á nuestro Padre celestial, la infidelidad para con los amigos, la ingratitud para con los bienhechores es el último grado de la bajeza y del vicio. Sólo la ingratitud pudo entregar á Jesús en manos de sus verdugos, y llevarlo al sacrificio.

Esa depravación de la naturaleza humana tiene también sus grados. Efecto de una insensibilidad deshonrosa para el corazón humano, el primer grado de la ingratitud es el olvido de los beneficios recibidos, la falta de atención á los benévolos cuidados de que somos objeto, la indiferencia para con los amigos que nos guían con sus consejos, para con los maestros que nos instruyen, para con la familia que nos rodea y nos colma de afecto y para

con los padres que velan con tierna é invariable solicitud por nuestra felicidad.

¡Cuántos hombres que se dan el glōrioso título de cristianos se hallan manchados con este vicio! ¡Cuántos celosos de una reputación de probidad y de nobleza de alma manifiestan por su insensibilidad que no son del número de los imitadores de Jesús! *Amad á vuestros enemigos*, dijo el Maestro; y vosotros olvidais á vuestros amigos y bienhechores, no pensais ya en el bien que de ellos habeis recibido y creeis que sois cristianos!

Benedicid á los que os maldicen, dijo el Señor; y vosotros no os acordais de los que os han bendecido, de los que han orado por vosotros, y no pensais en las lecciones y consejos piadosos que os dieron aquellos que no vivían sino para vosotros.

Haced bien á los que os aborrecen, dijo también Jesucristo; y vosotros no haceis bien ni siquiera á los que os han sostenido en vuestra indigencia, os alimentaron cuando teniais hambre, os prestaron su ayuda cuando expuestos sin apoyo á mil dificultades y peligros, os tendieron una mano socorrida. Creéis haber pagado vuestra deuda si devolveis el dinero á los que os han ayudado en la necesidad, privándose tal vez de sus comodidades para atender á vuestros afanes. Y, sin embargo, os llamais cristianos, y orais, y frecuentais la iglesia y recibís los sacramentos....

La ingratitud en su más alto grado no solamente no paga el bien con el bien sino que devuelve el bien con el mal, y este es el último término de la degradación humana. Pero en éste como en todos los vicios no hay más que un paso de lo malo á lo peor. Si olvidais la mano que os bendice, pronto la maldecireis, y si perdeis el recuerdo del corazón que os dió su afecto sin reserva, mañana podreis atravesarlo á sangre fría con el puñal del dolor; así como el camino del vicio se precipita por una pendiente rápida, el pecado nos empuja con su propio peso en el abismo del mal.

Mirad al malvado que ha hecho traición á su patria, al calumniador encarnizado en la tarea de arruinar la reputación del hombre que lo ha elevado á la prosperidad y á los honores, al trapacero cuyos fraudes minan la fortuna del que lo ha enriquecido, al libertino que deshonra la familia de su bienhechor, y al hijo desnaturalizado que se avergüenza de su madre y que levanta contra su padre una mano sacrílega. Os estremeceis sin duda en presencia de estos cuadros, al aspecto de estos crímenes, tan espantosos que muchas naciones de la antigüedad no hi-

cieron leyes para prevenirlos ni para castigarlos á fin de no llevar á la mente humana ni siquiera la idea de cometerlos. Retrocedéis espantados al ver que haya seres tan profundamente malos, tan duramente insensibles, y vuestro corazón se tranquiliza y aun se alegra de no ser culpable de semejantes excesos.

Pero examinaos bien, penetrad en el fondo de vuestra conciencia para ver si realmente estais exento de toda ingratitud. Es posible que no hayais retribuido el bien con el mal; quizás no habeis olvidado los beneficios que se os han hecho. Pero si no habeis pecado á la vista de las personas con quienes vivís y que á las primeras señales de vuestra ingratitud hubieran correspondido con su desprecio, ¿vuestro corazón ha sido agradecido para con el bienhechor invisible sin cuya protección seríais el más miserable de los hombres? ¿No habeis echado jamás al olvido los beneficios que habeis recibido de vuestro Dios, ni su misericordia que se renueva diariamente para con vos? Vuestra memoria y vuestro corazón han sido fieles, es cierto, á vuestros padres y maestros, á vuestros amigos que duermen ya el eterno sueño; ¿pero recordais también la salud que debeis á vuestro Salvador, cuando pendiente de la cruz y próximo á morir por vos realizó la reconciliación de la tierra con el cielo? Este Mediador augusto que con su ejemplo, con su palabra, con su sangre y con su muerte os señaló el camino del cielo, ¿no ha sido acaso el primero de vuestros bienhechores? Os acercáis con gratitud y respeto, con amor y con fe al Sacramento del altar para celebrar el recuerdo de los sufrimientos de vuestro Salvador; ¿pero cumplís su última voluntad? ¿permaneceis siempre en Él y Él en vos? ¿le manifestais todo vuestro amor guardando sus mandamientos? ¿O vuestra gratitud no es más que la exaltación del sentimiento, ó un efecto del hábito ó una concesión que haceis á la decencia? Ah! “no amemos solamente con palabras, nos dice San Juan; amemos en espíritu y en verdad.”

La ingratitud tiene ordinariamente por origen la dureza del carácter y la falta de esos sentimientos delicados que adornan á las almas grandes, á los verdaderos cristianos, y la ausencia, en fin de esa modestia que nos hace confesar sin trabajo que somos muy poca cosa por nosotros mismos y que todo lo debemos á la benevolencia de los demás y sobre todo á la gracia de Dios. El principio de la ingratitud es siempre un afecto vicioso que domina nuestro corazón, el cual degenera definitivamente en este último grado de corrupción.

Pero lo que con más frecuencia conduce al total olvido del

beneficio recibido es la ligereza de carácter, y estamos en la obligación de combatir con todas nuestras fuerzas este defecto tan común, que aleja de nosotros á los hombres de bien y nos aparta á nosotros de toda comunicación con Dios. Mientras más dispuesta esté nuestra memoria á olvidar las muestras del afecto de que hemos sido y somos objeto, más debemos esforzarnos por grabarlos en ella con caracteres indelebles; y hagamos la firme resolución de no aceptar ningún servicio, ningún socorro que no estemos dispuestos desde luego á recordar, á agradecer y á retribuir del modo como nos sea posible y aprovechando para ello toda ocasión que se nos presente.

Nada une tanto á los hombres entre sí como ese sentimiento de delicadeza que da gran precio á la amistad y á la manera como se manifiesta ó se deja descubrir el afecto. Todos los corazones se inclinan espontánea é insensiblemente á un corazón afectuoso, al paso que, no obstante las cualidades que puedan adornarlo, la ligereza de carácter no obtiene sino el desprecio y no inspira sino desconfianza.

También nace la ingratitud del *orgullo* más ó menos disimulado, del *vil egoísmo*, de la *vanidad* que se recrea en sí misma, de la *falsa vergüenza*, hija de la vanidad, del *deseo desordenado de independenciam*, fundado en la idea errónea que de la independenciam se tiene. El orgullo no quiere deber nada á los demás; la vanidad recibe los beneficios como un homenaje á que tiene derecho; la falsa vergüenza cree deshonorarse al descubrir el bien que se le ha hecho, y el deseo de la independenciam, sin regla ni medida, pretende romper los vínculos de la gratitud y no reconoce en los demás sino deberes, en tanto que él solo tiene derechos.

El hombre en quien la naturaleza humana se halla ennoblecida, proscribde de su corazón todo orgullo, y como tal no pretende surtraerse á las condiciones impuestas á la humanidad, porque conoce la corta duración de los bienes de la tierra de que tanto se enorgullecen los hombres, porque sabe que la hermosura desaparece después de un corto número de años, de meses, y aun de días; que las riquezas del mundo pertenecen á la tierra y que no han de seguirnos á la eternidad; que los talentos, la habilidad y la ciencia colman á los hombres de una gloria vana y ligera de que los más afortunados disfrutan apenas por algún tiempo; y que esa gloria, esa ciencia, esos talentos no son por sí solos los más bellos títulos de honor del género humano. La virtud, sólo la virtud nos distingue á los ojos de Dios, como á los

ojos de los hombres : ella impone el respeto, triunfa de la desgracia, nos hace partícipes de la naturaleza divina y acompaña, en fin, nuestras almas hasta más allá de la tumba y salva con ellas las puertas de la eternidad.

Penetrado el corazón cristiano de que todo lo bueno lo hace la caridad, jamás es insensible á ninguno de los dones de la amistad ó de la beneficencia, por insignificantes que ellos puedan ser ; olvida lo que da y sólo se acuerda de lo que recibe, y acepta como un testimonio del afecto el beneficio que se le hace y que sabe retribuir con su afecto y con su gratitud.

¿Se puede mirar con indiferencia un corazón siempre bueno y agradecido ? ¿se le puede rehusar el cariño ? ¿quién no estima esa noble modestia ? ¿quién no se inclina ante esa humildad verdaderamente cristiana ? Si todos los hombres estuvieran adornados de esas virtudes de que nos dió el ejemplo Jesucristo, el reino de Dios estaría verdaderamente establecido sobre la tierra. Pero, por desgracia, el mundo ofrece un espectáculo muy diferente. En los corazones entregados al mundo, la prudencia reemplaza á la virtud, el egoismo á la caridad y la ingratitud al reconocimiento, y de aquí nacen todas las miserias de la humanidad que nos asaltan y rodean por todas partes y bajo mil odiosas formas.

En medio de todos esos espectros del vicio descuella la ingratitud como el más horrible de todos ; cada uno de los otros nos hace ver en la frente del ingrato el signo infamante con que la humanidad lo ha marcado, y los malos y los buenos, todos desconfían y huyen de él.

El mal inmediato que ocasiona la ingratitud es de poca consideración, pero con el tiempo sus consecuencias son terribles, porque la ingratitud mata la confianza que los hombres quisieran depositar recíprocamente entre ellos ; despierta sospechas invencibles contra toda la especie humana ; detiene el vuelo desinteresado de la amistad y del cariño tan dolorosamente engañados y ahoga en germen muchas acciones generosas y benéficas.

Esos son los frutos de la ingratitud ; esa es vuestra obra, vosotros los que habeis violado los juramentos de la amistad y que habeis ultrajado á vuestro bienhechor ; y es la vuestra también, hijos desnaturalizados que costais tantas lágrimas á la vez de vuestros padres. A más de un corazón habeis arrancado la fe en la virtud humana, habeis secado más de una fuente benéfica, habeis, en fin, arrojado en más de una alma sensible el

fuego del infierno; porque ¿qué herida, puede ser, en efecto, más dolorosa que la que se recibe de una mano querida?

¡Desgraciado, á quien tal vez en este momento remuerde la conciencia por una ingratitud que habíais olvidado junto con el beneficio recibido, decidme, ¿cuál es el fruto que habeis recogido de vuestro negro proceder? No otro que el desprecio de los que os conocen y la pérdida de vuestra propia estimación!

Pero no es éste el único castigo señalado para tan enorme crimen, garante de vuestra secreta desmoralización, porque también habeis perdido el derecho para quejaros si llegais á ver traicionado vuestro afecto y vuestros beneficios pagados con la ingratitud; no podreis tampoco gozar de la satisfacción que procura una acción noble y generosa, porque el reconocimiento que producirá el bien que hagais os traerá, cruel, á la memoria el olvido y la indiferencia de que vos mismo os habeis hecho culpable; y el último tormento que asaltará á vuestra alma en la hora terrible de la muerte será el amargo y doloroso recuerdo de vuestra negra ingratitud.

Hay un Dios que juzgará á cada uno según sus obras; y hay en el encadenamiento de los destinos humanos una remuneración misteriosa de nuestras acciones. Hijo ingrato! Tú que teemes confesar á los autores de tu ser, que los tratas mal y que los dejas perecer en la miseria, tiembla! tus cabellos blanquearán también y una mano ingrata te despedazará el corazón! Ingrato amigo! tú que has vendido á tu amigo encontrarás también quien te venda; lo que hayas hecho sufrir á los demás con tu ingratitud, eso mismo sufrirás á su debido tiempo!

Si os es posible, pagad pronto, muy pronto vuestra deuda de gratitud, reparad el mal que habeis hecho. Nunca es tarde para arrepentirse, y recobrando sus derechos, la virtud puede devolver la paz á una alma de donde ambos, la virtud y el arrepentimiento, estuvieron desterrados. Volved, volved atrás en el camino de la perdición; ser ingrato para con los hombres, es ser ingrato para con Dios.

Tened presente, por último, que quien desconoce y niega á Dios delante de los hombres, será negado y desconocido por Él en el tremendo día de la resurrección de toda carne.

DE LA INCLINACION

Á DEPRIMIR Á NUESTROS SEMEJANTES

CUANDO los hombres se ocupan unos de otros, al oírlos hablar podría creerse que el que lleva la palabra es el más feliz, el más hábil y el más sabio de todos. Es verdad que son pocos los que se atreven á ponderar sin reserva su mérito y su suerte, porque aun para el más vano y más necio esas ponderaciones tienen algo de chocante; pero esto no impide que ellas se descubran al traves de las censuras que tienen por objeto el talento, la fortuna y la situación de un tercero, así como las empresas en las cuales el crítico no tiene parte alguna. Cada uno de esos jueces severos de la conducta del prójimo y de sus ventajas particulares parece decir: *Mis ideas son más sanas; mi fortuna está uejor asegurada, mi posición es mucho más ventajosa.*

No es raro que esos hombres, dispuestos siempre á deprimir á los demás, y que no encuentran bueno sino lo que ellos saben, lo que ellos piensan, lo que ellos hacen y lo que ellos poseen, observados de cerca, resultan ser los más descontentos de sí mismos y de su suerte: sus discursos no están de acuerdo con su pensamiento, y se asemejan á esos cómicos encargados de representar á un personaje que está á una altura muy superior á la suya.

Esa inclinación á deprimir á las personas que nos rodean

sin que, por otra parte, estemos contentos con la suerte que nos ha tocado, es un rasgo característico y muy notable del corazón humano. Si reconocemos que otros son más instruidos que nosotros, ¿por qué no hemos de reconocerles ese mérito? Si presumimos que su suerte es preferible á la nuestra, ¿por qué no convenimos en ello? ¿Cuál es la causa secreta que nos mueve más bien á la crítica y á la censura que á la aprobación y á la alabanza?

No creamos que esa inclinación tenga siempre por origen el odio ó el resentimiento, puesto que personas que apenas se conocen y que no tienen por qué aborrecerse, sino que al contrario quieren parecer unidas por una leal amistad, no resisten al deseo ó á la necesidad de restringir por medio de observaciones malignas los elogios que se hacen las unas de las otras.

La envidia no es tampoco el móvil frecuente de esa manía de deprimir, porque nada es menos raro que el oír censurar ó criticar á personas que no tienen nada que pueda envidiárseles ni complacerse en contradecir los elogios que se les hacen.

Comunmente proviene este defecto de una especie de orgullo ó de un humor caprichoso sin mala intención; otras veces es el fruto del hastío ó del deseo de divertir á la sociedad divirtiéndose también á sí mismo; otras de una simple condescendencia para con las personas entre las cuales se trata dedarse importancia y de hacerse interesante por la sal de sus chistes. No sería tal vez justo acusar de maldad ó de pérfidas intenciones á todos los que juzgan á los otros más ó menos desfavorablemente, siendo así que este defecto se nota aun entre personas respetables por su piedad y por sus sentimientos humanitarios y caballerosos.

Si nos proponemos buscar la fuente principal de este vicio tan común y que mancha tantas almas generosas, nos parece hallarla en ese deseo de perfección innato en el hombre. Pero ese deseo, tan noble en sí mismo, toma con frecuencia una falsa dirección y precipita al alma en los más extraños desvíos. Sin duda que la buena opinión que de nosotros mismos tenemos sustituye en nuestro espíritu la loable ambición de poseer cualidades eminentes, y en vez de aspirar á la perfección moral nos esforzamos en persuadir á los otros de que ya la hemos alcanzado. Si no hallamos en nuestras cualidades personales ni en nuestra posición social motivos suficientes para formarnos una alta opinión de nosotros mismos, tratamos de buscar lo que nos falta en el concepto que los demás formen de nosotros.

Y como nosotros no tenemos siempre la fuerza necesaria para llegar á ese grado de perfección que ambicionamos, y como á pesar de eso queremos no perder nada en la opinión de los hombres, nos inclinamos á deprimir á los demás y á disminuir los elogios de que son objeto para hacer sobresalir las ventajas ó cualidades que muchas veces equivocadamente creemos poseer. Si no podemos elevarnos, nos creemos con poder y derecho suficientes para rebajar á nuestro nivel á las personas que nos rodean, al menos en concepto de los hombres vulgares y sin mérito alguno. Hay gentes que experimentan una sensación agradable cuando encuentran en las cualidades ó en las condiciones ventajosas de los demás algo que motejar; las imperfecciones reales ó imaginarias les parece que las acercan en todo sentido á los hombres superiores y á las profesiones elevadas, y se esfuerzan en debilitar, por medio de mil pequeñas observaciones, la buena opinión que se tiene de un vecino acomodado á fin de poderse decir á sí mismos; *mi posición no es tan ventajosa, pero sí está mucho mejor asegurada.* Se desacredita una empresa laudable poniendo en duda las intenciones de quien la acomete, y si no se dice, por lo menos se piensa así: *Ah! en su lugar yo haría otro tanto, ó bien, en mi posición no podría hacer menos si tuviera la misma vanidad, la misma ambición.* Se desprecian el talento, la habilidad y el buen sentido de una persona á quien estas cualidades han grangeado el público favor, y se traen á cuenta, así, como de paso, las faltas que ha cometido y cuyas consecuencias no han dado lugar para que se conozcan, con lo cual parece que se quisiera hacer presente á los demás que para descubrir con tanta sagacidad los defectos ocultos se necesita una inteligencia muy poco común.

Pero en tanto que nosotros nos engañamos así por una ilusión voluntaria para obtener la satisfacción de nuestro mal entendido amor propio, somos víctimas voluntarias también de nuestra propia traición. Esas especies denigrantes ó depresivas que deseamos hacer valer, esa inclinación á la censura que desde luego se deja ver en nuestro carácter, inspiran á cualquiera que observe y conozca el corazón humano la justa sospecha de que estamos acometidos de los mismos defectos que tratamos de descubrir en nuestros semejantes. Con esas dudas, con esas crueles censuras no hacemos otra cosa sino reconocer secretamente la superioridad que en alta voz negamos, y declarar que á pesar de todos nuestros esfuerzos nos es imposible alcanzar el mérito que nos ofusca, y que por la misma razón es que nos empeñamos

en rebajarlo. Cierto es, y cada cual puede convencerse leyendo la historia de sus propios sentimientos, que cuando uno está verdaderamente satisfecho de su situación, no se toma el trabajo de apocar la ajena. El que goza de buena salud no tiene por qué revocar á duda la salud de su vecino, al paso que el valetudinario encuentra una especie de consuelo y de satisfacción en descubrir ó en suponer en él alguna enfermedad secreta. Un príncipe opulento no piensa en hacer dudar de las grandes riquezas que posee uno de sus súbditos, porque de ello no reportaría ninguna ventaja; pero con dificultad convendrá en que un rival suyo es quien las posee.

Esta manía de deprimir á los demás, tan común entre los hombres, aun cuando ella no tenga por móvil la mala intención, es por lo menos una verdadera y peligrosa imprudencia. En vez de descubrir el lado débil de los otros, es el nuestro el que descubrimos á las miradas penetrantes del observador. Guardaos de creer que el hombre esté tan pronto á asentir en lo que le decimos como curioso de averiguar los motivos ocultos. Sondead vuestro propio corazón y persuadíos de que los demás piensan de vuestros juicios lo que vosotros pensáis de los que oís emitir. ¿Quereis conocer los defectos secretos de alguna persona? Estad atento á lo que dice y observad cuáles son los que más le gusta descubrir en los demás, así como el cojo descubre al cojo entre mil individuos: seguidle con la vista y os convencereis de que es el primero que lo ve y el último que deja de mirarlo.

La inclinación á deprimir á los demás no es tan sólo una imprudencia sino que tiene consecuencias muy funestas además de la de poner en toda evidencia nuestras propias debilidades. En primer lugar conduce á la *jactancia de sí mismo*, ó mejor dicho es ya una exaltación del propio mérito, sea real ó imaginario, con detrimento de todo mérito extraño. El que no hace voluntariamente justicia á una persona de quien se hacen elogios, ó el que mezcla la sospecha con el elogio que no puede rehusarse y quita así con una mano lo que da con la otra, pudiera decir de una vez: *La persona que es objeto de esos elogios no tiene mucho mérito, que digamos; en esa misma posición otro valdría más que ella y haría mucho más. Yo, por ejemplo, poseo cualidades que ella no tiene, ni soy menos digno de los elogios que le prodigais.*

El que es inclinado á la detracción recurre en vano á la astucia y á la ficción cuando ese vicio comienza á desarrollarse, porque muy pronto dirán sus facciones y su mirada lo que sus

labios no se atreven todavía á decir ; ellos hablarán de su mérito y revelarán al propio tiempo la duda de que ese mérito exista ; su boca misma se explicará francamente cuando vea elevarse en la estimación pública á aquél á quien con tanto empeño se ha complacido en deprimir, el cual se convierte en émulo suyo por lo mismo que es digno de aprecio y de alabanza ; pronto el pesar que le causa su mérito se convertirá en envidia, y á fuerza de deprimir se tornará en un calumniador.

Pocos son los vicios que, como la calumnia y la envidia, exciten un horror y un desprecio tan generales, porque ellos hacen al hombre capaz de las acciones más viles ; su sola enunciación basta para inspirar aversión á las almas nobles y aún á las que no lo son ; y éste es el término á donde llega la inclinación á deprimir el mérito de los demás. Quien quiera que se complazca en rebajar á las personas de quienes se habla favorablemente lleva en su corazón el germen de la calumnia, aun cuando no se sienta él mismo inclinado á tan odioso vicio, y aun cuando por lo demás sea bueno, complaciente y tolerante por carácter. Las relaciones de los hombres cambian, así como las circunstancias y situaciones de la vida, y los hombres cambian también con ellas. No os glorieis, pues, de hallaros ahora exento de estos odiosos vicios y dedicaos á observar si siempre habeis estado libre de la necesidad de deprimir el mérito de vuestros semejantes ; y si alguna vez os habeis dejado llevar de esa necesidad examinad también si la envidia no ha tomado parte en su satisfacción, si no os habeis sentido inclinado á exagerar los defectos y las debilidades de alguno de vuestros prójimos.

Un vicio de género diferente se alía también con la manía más ó menos disimulada de alabarse á sí mismo, vicio menos ridículo sin duda, pero tan terrible en sus consecuencias como la calumnia pérfida : ese vicio es el *orgullo*, sentimiento exagerado que el hombre tiene de su propio mérito y que se manifiesta mucho menos ostensiblemente por medio de la palabra que por medio del porte y de las acciones.

No hay menos diversidad de especies en el orgullo que en los caracteres ; y en él se puede observar la misma gradación que en los otros vicios. La inclinación á deprimir las cualidades estimables de los demás hombres lleva en sí mismo el germen de una opinión exagerada de sí mismo, y la mala educación y las circunstancias hacen lo que falta, determinando en cada individuo la especie de orgullo que ha de dominarlo así como el grado de ese mismo orgullo.

Los jóvenes, por ejemplo, llenos de fuerza y de salud, son por lo general orgullosos de su hermosura y de su destreza, y es raro que hagan plena justicia á las cualidades de los otros individuos de su mismo sexo, porque su primer esfuerzo se dirige á realzar sus defectos, con lo cual se satisfacen de tal manera que no piensan en admirar lo que en sus rivales es realmente digno de admiración. Este es el principio de la inclinación á denigrar, si bien puede esa inclinación estar todavía guardada en el secreto del pensamiento; pero sea cual fuere la forma bajo la cual se presente, siempre será la *vanidad* la que se adueña del alma. Se trata de reemplazar con el arte lo que niega la naturaleza y en hacer sobresalir por medios estudiados los atractivos que se cree poseer.

Pero los años de la juventud son fugitivos; los pesares apagan bien pronto el fuego de la mirada, y las lágrimas dejan en el rostro profunda huella; otras pasiones se apoderan del alma, y cuando ya no sea posible llamar la atención por la hermosura se ambiciona la reputación del talento, el brillo de la posición social ó la superioridad de la riqueza; pero el vicio no cambia, el vicio es el mismo, sólo que ha variado de forma. La vanidad que tenía su principio en los atractivos de la juventud, y que ya es ridícula en edad más avanzada, se cambia en mordacidad, en orgullo y en miras ambiciosas de gloria ó de fortuna.

Así como cada una de las virtudes acerca al hombre á la Divinidad, de la misma manera cada uno de los vicios lo asimila al bruto. Este no levanta jamás sus ojos al cielo sino que los tiene inclinados hacia la tierra, y lo propio sucede con el orgulloso: él no piensa ni se fija nunca en los hombres superiores, sino en los que se hallan en una escala inferior ó á quienes juzga privados de las ventajas que él cree tener. ¿Qué es el campesino acomodado respecto del rico cortesano, y éste con relación al príncipe opulento? ¿Qué es el aldeano de honrada familia, orgulloso de su nombre, comparado con el caballero inflado con la gloria de sus antepasados y que desdeña á la clase media aun cuando él mismo se sienta en una escala muy inferior á la del que ciñe una corona y empuña un cetro?

Es costumbre el considerar el orgullo como una locura, y lo es en efecto. ¿Habrá mayor insensatez que la de hacer mérito de cosas enteramente extrañas á la persona y que deben perderse en el momento próximo tal vez de la muerte? ¿Habrá mayor necesidad que la de buscar y fundar la propia gloria en un punto inferior al que ocupan miles y miles de personas? Pero el orgu-

llo es todavía más que locura, es un verdadero veneno del alma tan peligroso como cualquiera otro vicio. Sus efectos no son siempre visibles, porque obra más sobre la imaginación, y porque se adhiere sobre todo á la opinión que el hombre tiene de sus pretendidas prerogativas. Mientras más se exalta la imaginación más se desmide el orgullo.

Además, toda opinión exagerada del propio mérito ó de los defectos ajenos es una especie de demencia, sobre todo cuando es fija y cuando llega á convertirse en una regla de conducta. Todo individuo que se siente como estrechado por la necesidad de opinar exageradamente tiene, pues, y usa de una medida inconveniente para apreciar lo que afecta su orgullo; obra como un demente ó como un ebrio á quien se le presentan los objetos enteramente distintos de como son. Y como la pasión del orgullo corrompe principalmente la imaginación de los hombres, no debemos sorprendernos de que con el tiempo los desvíe ó los enferme. Por esto es por lo que las personas orgullosas son las más propensas á perder la razón y á llenar las casas de locos en proporción espantosa.

Pero apartemos la vista de estos deplorables errores de la humanidad, término último y fatal á donde arrastra con harta frecuencia la inclinación á deprimir á los demás hombres.

El que tiene un corazón noble y generoso, el verdadero cristiano, lejos de negar las prerogativas de sus semejantes se alegra al descubrir que son evidentes y se complace en reconocerlas; conviene sin dificultad y voluntariamente en que otros poseen más conocimientos, más habilidad, más experiencia y miras más elevadas, porque es la voluntad de Dios que sus dones estén desigualmente repartidos á fin de unir á los hombres entre sí por medio de la mutua dependencia. Cualquiera que sea la parte que toque á cada uno, no por eso es ni más grande ni más pequeño á los ojos de Dios que es el padre de todos los hombres.

Formemos, pues, la resolución invariable de no desconocer la hermosura de una persona, porque ella es la obra de Dios. Congratulémonos más bien con ella sin concebir el más leve sentimiento de envidia; pensemos en que esas rosas han de marchitarse muy pronto, y que bastan unos pocos días para que esos cabellos blanqueen, para que esos colores desaparezcan, y ese talle se incline bajo el peso de los años!

Reconozcamos sin dificultad ni restricción las mayores ventajas del rico, y pidamos á Dios que se las conserve. ¿No las encontramos también nosotros en el seno de una medianía? Si

la felicidad no depende de los bienes exteriores sino de los bienes del alma, ¿por qué hemos de envidiar á nuestro prójimo lo que no le pertenece? De todos esos bienes que tiene recibidos á prestamo no ha de quedarle al fin sino una triste mortaja.

No disputemos el mérito del que promueve empresas útiles á su país ó á la humanidad. ¿Por qué razón hemos de sospechar de sus intenciones, puesto que no podemos descubrir su pensamiento íntimo ni las relaciones de su alma con Dios? ¿con qué derecho arrebatáramos la estimación de los hombres á aquél cuyas empresas pueden ser beneficiosas hasta para nosotros mismos, para nuestros hijos y para nuestros nietos?

Dejemos también en paz á quien por el lustre de su familia se cree superior á nosotros; dejémosle disfrutar de la débil satisfacción que encuentra en un título ilusorio. ¿Cuál es el mortal que á los ojos de Dios nace noble ó plebeyo? Y si para el mantenimiento del orden público son necesarias ciertas distinciones sociales, ¿porqué hemos de tratar de destruir por medio del descrédito esas leyes saludables para la sociedad?

Por ultimo, sólo una cosa hay en el mundo que sea verdaderamente respetable y que reclame la verdadera estimación,—la virtud, es decir, el conocimiento ilustrado de la Divinidad tomado como regla de conducta. En este sentido es en el que nos habla la Sagrada Escritura cuando dice: "Así dice el Eterno: Que el sabio no se gloríe de su sabiduría, ni el fuerte de su fuerza, ni el rico de sus riquezas, sino de su inteligencia para conocerme y saber que yo soy el Eterno y que ejerzo la misericordia y la justicia sobre la tierra."



RUPTURA DE LA AMISTAD.

NADA presenta en la sociedad un espectáculo tan triste como una familia dividida por desagradados y animosidades. Por desgracia este espectáculo no es raro. Con frecuencia vemos hasta á los hermanos tan indiferentes los unos para los otros, tan pobres de afecto y aun tan hostiles entre sí, que parecen no haber sido calentados en el mismo seno y alimentados con la leche de la misma madre sino para estar siempre divididos por sus gustos y por su manera de pensar. También vemos con frecuencia á las hermanas usar en sus relaciones íntimas de tanta dureza, de tanto resentimiento y vivir en una irritación de ánimo tan secreta y tan continua, que el testigo más extraño á la familia no puede menos que sentirse sorprendido. Es muy común el ver que personas unidas por los lazos de la sangre vivan entre sí como si apenas se conociesen, al paso que con los extraños se manifiestan más serviciales, más complacientes y más dulces en su trato.

Al inquirir la causa de esa indiferencia ó de ese odio, es raro que la que se descubra sea de carácter grave. Puede suceder que se dispute por frioleras que apenas valdrían la pena de mencionarse, algunas veces con vergüenza, porque se ve que ellas no son bastante serias para explicar una irritación tan profunda y tan inexorable, y entonces se limita el hombre á inculpar de una manera general el carácter trabajoso de una persona, su falta de afecto, su falsía, su ingratitude, su mal corazón, &c.

Este aborrecimiento mutuo se nota aun entre personas unidas antes por la más íntima amistad. En otro tiempo vivian

constantemente juntas, se hacían mutuamente partícipes de sus grandes como de sus pequeños intereses, de sus proyectos, de sus esperanzas y de sus deseos y parecía que la felicidad no pudiera gustarse por una sola de las dos. Más tarde, desde que por un motivo insignificante se rompieron sus relaciones, se juzgan una á otra con crueldad extraordinaria; se las nota injustas, severas, frías y llenas de amargo desprecio; en vano se les hablaría de reconciliación; no, ellas no quieren ni que se les hable de sus antiguas relaciones, se evitan, se huyen mutuamente, tanto cuidan de no encontrarse, de no oirse nombrar, como en otro tiempo cuidaban de buscarse, de encontrarse, de entregarse ó de ocuparse la una de la otra cuando no les era posible estar juntas. Así como fué ardiente su amistad y frenético su cariño, así es de violento y de inextinguible el odio que lo ha reemplazado. Salomón, que poseía gran caudal de experiencia y de conocimiento del corazón humano, dijo con razón que "es menos fácil recobrar el afecto de un hermano ofendido que tomar una fortaleza."

Pero, ¿cómo se puede explicar tan lamentable fenómeno? Sin duda hay más de una causa que lo motive en el corazón del hombre.

La falta de afecto y la desunión entre los miembros de una misma familia, provienen en gran número de casos de un mal sistema de educación seguido por los padres; el padre tiene predilección por uno de los hijos, la madre por otro, y de aquí la envidia y las recíprocas provocaciones. La gran diferencia en la edad puede causar males aun más grandes, cuando los hermanos mayores se arrogan derechos y autoridad sobre los menores y se prevalen de una manera imperiosa ó poco delicada de la preeminencia que les dan los años, los conocimientos, la libertad de que gozan y su posición en la sociedad. Los más jóvenes resisten y se rebelan contra esa autoridad y no ven en los mayores ni superioridad, ni condición alguna digna de su respeto, sino sólo personas iguales en derechos. La imprudencia de los hermanos mayores es por lo común la causa primordial de la ruptura de la paz doméstica; pero son los menores los primeros que rompen esa paz por la impetuosidad de su genio, porque privados del afecto de los otros no han aprendido á sentirlo. Estas circunstancias pueden complicarse con otras causas de enemistad que obran sobre otras personas llamadas por sus condiciones ó por su situación á vivir en estrechas relaciones.

Todas las de este género, todo comercio habitual, aunque no esté fundado en la amistad, tiende, sin embargo, á acercar

los corazones. Es menos fácil ocultar sus opiniones y las particularidades del propio carácter á los ojos de aquéllos con quienes se vive en familia que á los de los que nos son extraños, y con los primeros no es posible evitar la mutua comunicación de los deseos, de los pensamientos y de los intereses. Por otra parte, el hábito de vivir siempre juntos se convierte naturalmente en una necesidad, de la que resultan cada día nuevos puntos de contacto que al fin vienen á estrechar los vínculos de la intimidad, al mismo tiempo que son otros tantos lados vulnerables del corazón, que nunca se descubren á los ojos de un extraño, y cuyas heridas son las más dolorosas. Por esto es por lo que un extraño no puede nunca ofendernos tan viva y profundamente como un amigo ó una amiga, ni puede hacerlo con tanta facilidad porque no siempre se le presenta una ocasión oportuna. Una vez hecha la ofensa, la mutua aversión es cada día tanto más fuerte cuanto más numerosos han sido los puntos de contacto entre las personas enemistadas: mientras más franqueza y afectuosa confianza haya existido entre ellas más inexcusable parece el agravio. Una sola de ellas se cree á sí misma engañada, y en todas las acciones de quien ha herido su amor propio no ve sino hipocresía, una conducta inexplicable, y horribles artificios, y al fin acaba por desconfiar de todos cuantos le rodean.

La memoria es muy raras veces fiel á los beneficios recibidos, pero nunca olvida los que se han hecho á los demás. Las pruebas de afecto que otros nos dan nos parecen insignificantes en comparación de las que nosotros les damos á ellos; no conocemos los sentimientos que los han animado, pero sí los que nos han movido á nosotros para con ellos, los cuales no hemos manifestado con la cordialidad que hubiéramos querido. De modo, pues, que cuando se rompen los vínculos de la amistad, los amigos separados de lo que más amargamente se quejan es de la ingratitud con que se paga su afecto; y dicho se está que las heridas causadas por la ingratitud son las más profundas y dolorosas de todas.

La multitud de recuerdos de esos días de felicidad trascurridos en el seno de las más dulces relaciones hace más amarga la idea de un afecto que ya no existe. Aquello que tanto se amaba aparece entonces como una ilusión monstruosa ó como el despertar del sueño más seductor y delicioso que pueda embellecer la existencia. Pero esos recuerdos, despojos inanimados y ya corrompidos de nuestras falsas y fugitivas alegrías, ya no nos inspiran sino disgusto, y querríamos borrar de nuestra memoria todo

ese pasado que nos recuerda al mismo tiempo la perfidia, la hipocresía la infidelidad y la ingratitud que trae consigo.

Todo esto es más que suficiente para hacer que al rompimiento de la amistad se siga inmediatamente el más implacable resentimiento. Deplóranse la credulidad, la excesiva confianza, las confidencias íntimas, los secretos revelados y el dulce abandono que procuraba tanta delicia á la unión de esos corazones; y ¡ojalá que esto sólo fuera el resultado de su separación! pero los propios y más caros intereses, las intenciones, la opinión sobre éste ó el otro asunto delicado y tal vez hasta el honor y la felicidad de toda la vida parece como si estuvieran en poder de la persona que se cree menos digna de aprecio y á la cual se considera ya como la más peligrosa. ¿Y en semejante estado de cosas podrá verificarse la conciliación? ¿Será fácil recobrar la confianza perdida? Ah! Sí; *es mucho más difícil recobrar el afecto de una persona ofendida que tomar una plaza fuerte.* Así como era tierno y sincero el afecto que se la tenía, de la misma manera es dolorosa é incurable la llaga del corazón que se cree engañado, tal vez vendido.

Las almas benévolas, sensibles y verdaderamente cristianas, deben más bien prevenir y evitar el rompimiento de la amistad que pensar en remediarlo: sobre todo se debe fijar mucho la atención y cuidar en lo posible de conservar sin perturbación el bienestar de que se disfrute cuando se vive en íntimas relaciones con una persona querida, el cual se convertiría en continuo tormento si esas relaciones llegaran á romperse.

Cada cual mira ese rompimiento como inverosímil, porque el amor es crédulo y confiado, sin lo cual no sería amor; pero sin embargo, ¡cuántos mortales no han experimentado esa desgracia, sólo por haber supuesto que su amistad sería eterna, por creer que conocían á fondo el corazón del amigo ó de la amiga, cuyo afecto les parecía tan sólidamente fundado, que la frialdad y sobre todo el odio implacable les parecían imposibles!

En todas las cosas es útil la prudencia, en éste como en los demás casos de la vida. El tiempo, las ocasiones, la experiencia, las circunstancias imprevistas han cambiado los sentimientos de muchas gentes; y cuando las relaciones amistosas se rompen, es indudable que una y otra parte han contribuido á ello. La prudencia aconseja que la consultemos en todas las cosas y tratemos de que ella presida en todas nuestras acciones, no tanto para prevenir los rasgos del carácter de nuestros amigos cuanto para evitar los arranques del nuestro. Y es la verdad: es preciso des-

confiar más bien de nosotros mismos que de aquéllos á quienes conocemos y cuya adhesión hemos sometido á duras pruebas; porque en muchas ocasiones el hombre conoce mejor á los demás, que se conoce á sí mismo.

Quereis la seguridad de conservar intacto el afecto de un amigo? La conseguireis no tanto por medio del íntimo abandono ó de la ternura apasionada como *inspirándole una estimación y un afecto crecientes por vuestra conducta para con él y para con los demás, por la práctica constante de la virtud y por el progresivo engrandecimiento de vuestra alma*. La pasión en la amistad puede ser importuna y penosa, en tanto que los sentimientos virtuosos y un noble proceder obtienen una aprobación que va en aumento. Mientras más estimable os hagais por vuestra conducta, más orgulloso estará vuestro amigo de vuestra amistad y más duradero será entre vosotros ese dulce vínculo. Reprimid, pues, vuestros defectos; proscribid de vuestro trato con los demás toda apariencia de desconfianza; en la soledad así como en medio de ellos, en vuestras palabras y en vuestras acciones mostraos siempre más digno de afecto y sereis amado con sinceridad y fielmente; pero que esa conducta no sea en vos la máscara con que cubren sus faltas los hipócritas, sino una realidad. Estad seguro de que la mirada de vuestro amigo penetra en vuestro corazón sin que vos penseis en ello y que la hipocresía es la muerte de la amistad. Por afecto á vuestro amigo y alentado por él no os permitais nunca una debilidad, ni un paso falso aun cuando vuestro corazón se sienta inclinado á darlo; porque presentándoos á sus ojos indigno de vuestra propia estimación, una vez que os hayais degradado por ceder á sus deseos habeis renunciado á su aprobación y pronto se verá obligado á amaros ménos porque ya no puede estimaros ni honraros como antes por haberos despojado del único mérito que pudo conciliaros su afecto.

Jamás os perdoneis una falta, pero estad siempre dispuesto á perdonar la de vuestro hermano, la de vuestro amigo. Vuestro buen ejemplo lo corregirá, porque admirando vuestra conducta y estimando vuestro buen carácter no podrá soportar la idea de permanecer indigno de vuestra amistad. Perdonad sus errores y sus debilidades pero sin alentarlos con una sonrisa ni con un gesto de satisfacción: esto sería afirmarlos en el mal y envileceros á vuestros propios ojos, y obrar como si vuestra alma estuviera atacada de la misma dolencia, del mismo vicio. Perdonadle sus faltas pero no á título de reciprocidad, para que á él á su vez os

perdone las vuestras. Todo aquél que es complaciente y tolerante con sus propias debilidades condena las de los demás y siempre está dispuesto á censurar en ellos lo que tan fácilmente excusa en sí mismo, gracias á las pérfidas insinuaciones del amor propio.

No es bastante evitar los defectos ofensivos y los vicios groseros que puedan privarnos de la estimación de los hombres, sino que debemos por honradez y delicadeza conservar el respeto y la amistad de los seres que nos son queridos. Una ligera falta contra la decencia, una descortesía ó un descuido, las negligencias, en fin, poco importantes en sí mismas, y en las que incurrimos para con las personas que merecen nuestro cariño, y esas libertades poco convenientes de que usamos para con ellas, son con mucha frecuencia el origen del rompimiento más bien que las faltas más ó menos graves pero verdaderas. Por lo común cuidamos de evitar las faltas de alguna importancia al paso que creemos no deber preocuparnos por ellas en nuestras relaciones familiares; porque no pensamos en que esas mil pequeñas atenciones, una conducta amable y las finezas habituales no son menos agradables á un amigo que á un desconocido, ni en que tal vez esos medios son los que nos han grangeado su amistad cuando para él éramos extraños: descuidar, pues, esos medios, es descuidar la amistad. Tratad á vuestro amigo como á otro *yo*, con toda la confianza del corazón y del sentimiento; pero en vuestras relaciones exteriores, si así puede decirse, tratadlo como á un *extraño* amable de cuya benevolencia quereis ser partícipe. Si son tantos los matrimonios desgraciados y tantas las amistades destruídas, es porque después de cumplidos los primeros votos, los primeros desos, los hombres olvidan que la felicidad no puede conservarse sino por el constante uso de los medios por los cuales se ha adquirido. Decidme si no ois á cada paso quejas como éstas: *Ah! estaba completamente engañado; su amabilidad era fingida, visto de cerca es otra persona.* Y estas quejas son en parte fundadas cuando el que se ha esforzado largo tiempo en hacerse agradable se cansa y deja de serlo para la persona querida.

También es muy frecuente que una mala interpretación, una mala inteligencia causen el rompimiento de la amistad. Puede suceder que dos personas igualmente buenas, igualmente amables y que por sus condiciones parezcan nacidas la una para la otra, destruyan para siempre la felicidad que les procura el mutuo y constante afecto por no explicar con franqueza una

falta cometida, ya sea por un sentimiento exagerado de delicadeza, ya por un orgullo desmedido, ó por una ciega tenacidad. No exijamos que nuestro amigo tenga todas las cualidades apetecibles, ni tengamos tampoco la presunción de interpretar siempre con certidumbre las palabras y las acciones de los demás, porque la reunión de ciertas circunstancias puede hacer que las apariencias condenen á nuestro amigo ó nos condenen á nosotros, y entónces, adiós felicidad, si conservamos esta sospecha por un solo instante. Examinemos de cerca lo que nos aflige y no nos atengamos al *yo lo he visto* ni al *dicen* de otras personas, ni aun en aquello que nosotros mismos hayamos visto ú oído decir: expongamos francamente á nuestro amigo la causa de nuestra inquietud y esperemos de parte suya una explicación franca y sincera de su conducta. Si descuidamos estas precauciones nuestra amistad no es ni tan sólida ni tan dura como debiera serlo. Puede la sospecha insinuarse superficialmente en nuestra alma, mas no por eso podremos desvanecerla; y ella nos muestra todos los objetos desde un punto de vista engañoso, da á las palabras y á las acciones un sentido ambiguo y nos hace concebir desconfianza é indiferencia por el corazón tal vez más fiel y más noble.

Destruir la amistad es destruir la felicidad de la vida. Así pues, quien quiera que haya encontrado un buen amigo, que lo conserve con tierna solicitud, porque es difícil encontrar dos igualmente dignos de nuestro afecto, de nuestra confianza y ternura. Y vos que habeis perdido al que amabais y suspirais por el corazón que os habeis enajenado, ceded á esa inclinación que os lleva hácia él; no se olvida tan pronto ni tan fácilmente lo que se ha amado de veras. Ese amigo de otro tiempo sufre quizás y oculta también el mismo dolor que á vos os atormenta; pero el orgullo que retiene la expresión de vuestros sentimientos excita en él también el orgullo: ninguno de los dos consiente en humillarse, allí mismo en donde se espera y se pretende obtener estimación; ninguno quiere fallar, cediendo, contra una causa que cree justa, ni sacrificar su energía en caras de la inocencia; y así permanecereis divididos, separados uno de otro. Algún día se aclarará el enigma, obra de la desconfianza, y la mala inteligencia que ha separado dos corazones amantes será descubierta.

Aun en ese estado de separación no dejeis de amar al amigo que os ha sido caro, y aunque ausente guardadle la espalda. Al hablar de él recordad ese entusiasmo fervoroso que animaba vuestra conversación cuando se trataba de sus virtudes y de su amabilidad: defendedlo de sus adversarios aun cuando re-

cordeis que él fué injusto para con vos; excusadlo si comete alguna falta y haced ver sus buenas cualidades á los que no le conocen; entónces, que pasen los días, los meses, los años; no importa, algún día le vereis volver á vuestros brazos bañado en lágrimas, amante y reconciliado. Vuestra fiel amistad le convencerá de la sinceridad y de la nobleza de ese sentimiento, y en vista de vuestra virtud su afecto se renovará y el recuerdo de vuestro rompimiento aumentará cada vez más su ternura.

Id, pues, á su encuentro, y con verdadero afecto, vivo recuerdo de los días felices de otro tiempo, abrid vuestro corazón, confesad vuestras faltas y pedidle una confesión semejante; que toda sospecha desaparezca y que todo error se explique, y en tónces podreis decir lleno de alegría y de satisfacción: *Todavía tengo un amigo, he vuelto á encontrar un hermano, cuento con el afecto de una hermana.*

Nadie que ame y que ame verdaderamente es un hombre corrompido; puede llegar á ser el modelo de grandes virtudes porque sigue el camino que á ellas conduce. Mas el que se hace amar, el que sabe hacerse siempre querido de sus amigos da la prueba menos dudosa de tener un excelente carácter. Preguntaos, pues: *A quién amo? ¿Cómo amo?* Examinaid de cuántas personas habeis obtenido la estimación, de quiénes sois amado y qué tan grande es su fidelidad, y el resultado de estas observaciones os dará la medida de lo que valeis moralmente. Imposible es que tengais con todos los hombres relaciones estrechas, pero no lo es el inspirar á todos los hombres de bien el deseo de mantener con vos relaciones semejantes. El malvado se complace en sí mismo, no agrada á nadie; él es su único amigo, porque en los que lo tratan no ve sino instrumentos de sus designios y de sus vanos y transitorios deseos.

NUESTRAS PROPIAS VENTAJAS

Y LAS DE LOS DEMÁS HOMBRES.

UN SABIO de la antigüedad dijo que el enigma más indescifrable para el hombre es el hombre mismo; y ésa es la verdad. ¿Cuál es el mortal que al observar siquiera sea rápidamente sus inclinaciones y su vida no haya encontrado en ellas las más extravagantes contradicciones? Se ha dicho también que de la boca del hombre salen el frío y el calor; pero lo más sorprendente es que de un momento á otro, como verdadero Proteo, parece metamorfosear todo su ser; que con cualidades que lo acercan al ángel se haga un infierno de la tierra; que tan débil como es, hasta el extremo de asemejarse al gusanillo que apenas se distingue, recorra con los ojos del alma la inmensidad del espacio y por la fuerza de su espíritu triunfe de los más rudos golpes de la suerte.

A tantas extrañas contradicciones de que es víctima el hombre debemos añadir la de que sin estar satisfecho de su situación, con frecuencia se lisonjea delante de los demás y aun se complace y se gloria de ella, en tanto que cuando tiene más motivos para estar contento, se desespera si á alguno de sus hermanos le toca aunque aparentemente una suerte más ventajosa.

En uno y otro caso se descubre una gran debilidad de carácter. Sin duda que nada es más natural que complacerse en

las propias perfecciones, alegrarse del feliz resultado de los trabajos que se emprenden, y sentir gran satisfacción en la tranquilidad completa de la vida doméstica ó social, porque esos son los elementos que constituyen nuestra felicidad temporal y el fin inmediato de nuestra asidua labor. Pero el sentimiento agradable que nos inspira la conciencia de esas ventajas, raras veces se hace sentir con violencia, porque la embriaguez de la alegría en vista de una felicidad inesperada nunca es de larga duración. El placer y la satisfacción interior se manifiestan en esa serenidad del espíritu que no nos abandona en la soledad, y en nuestras relaciones habituales se deja ver en la benevolencia con que tratamos á los demás, en el interés que nos inspira su felicidad y en los consuelos que les ofrecemos cuando la desgracia llega á su hogar. Sólo el hombre que está verdaderamente contento siente la necesidad de difundir la alegría entre los que le rodean.

En cambio puede asegurarse con entera certidumbre que el hombre vano que alardea en presencia de los demás de sus ventajas personales y de su fortuna, lejos de estar satisfecho lleva en su seno el germen del hastío. Si alguno trata de hacer creer que no tiene nada que desear, si habla con orgullo y suficiencia de lo que posee, estad seguro de que ese siente interiormente grandes necesidades; si sostiene y se empeña en hacer comprender que lo que tiene, cualquiera cosa que sea, es mejor y vale mucho más que lo que tiene otro individuo, podeis asegurar que no está contento con lo que posee; y en esa conducta se revelan el despecho que trata de engañarse á sí mismo, el orgullo que no quiere ser menos que nadie y la vanidad que aspira á despertar la envidia.

Todo carácter débil se alía con un espíritu débil también. Alardear de la posición que se ocupa y de las ventajas que de ella se derivan es el medio mejor de que el hombre no llene el objeto que se propone, y confesar que no se conoce el secreto de la verdadera felicidad. ¿Se puede llamar feliz y puede estar satisfecho de su suerte el que vive hambriento de gloria y de fama y atormentado por la vanidad?

Por otra parte, el mismo vicio del carácter y de la inteligencia se manifiesta también cuando un hombre que tiene mil motivos para estar contento con su suerte se consume de hastío y de tristeza á la vista de las cualidades personales ó de la fortuna de uno de sus semejantes. Ese hastío, ese profundo pesar no es siempre el fruto de una insaciable codicia; y sucede á las veces

que no es para sí que se envidian las ventajas de que se ve disfrutar á otra persona. Es la falta de benevolencia lo que hace que el hombre se entristezca cuando los dones de la naturaleza ó los bienes de fortuna favorecen á alguno de sus semejantes; y esta especie de envidia es el principio, el síntoma seguro del desprecio por el prójimo ó de una secreta enemistad, ó simplemente de una vana presunción. En efecto, ¡cuántas personas hay que ven con dolor y á las veces con un sentimiento de odio á los que poseen cualidades y fortuna de que ellas mismas no están desprovistas! Es que ellas quisieran poseerlas todas con el fin de gozar de mayor crédito, de más consideración, porque todo lo que no sea propiedad exclusiva suya deja de ser para ellas una ventaja personal: á sus ojos los más preciosos bienes pierden su valor y su mérito cuando están repartidos.

Oh! ¡Cuán triste y estéril bienestar aquél cuyo valor es imaginario! ¡Y qué alma tan pequeña dejan ver esas ilusiones voluntarias tan pueriles! ¡Para qué ser dichoso si la dicha fuera como esas bombas de jabón con que se divierten los niños y que el más leve soplo del viento hace desaparecer!

A pesar de todo esto son innumerables las personas que pierden de vista las verdaderas ventajas de su posición, para atender á lo que para ellas no es más que un efecto de su vanidad: un capricho tenaz las ciega hasta el extremo de no ver sus ventajas positivas, ni su propio mérito, ni su fortuna. Poseedoras de todos los elementos de bienestar que razonablemente han de satisfacerlas, no pueden menos que ver con pesar que las fuentes de la felicidad corran para otros, aun cuando ellas también pueden apagar allí su sed.

Con todo, esas personas no merecen, rigurosamente hablando, el calificativo de *envidiosas*: su defecto no es más que locura; la envidia propiamente dicha no cabe sino en un corazón corrompido, y nace de la reunión de otros vicios como la codicia, el orgullo y la misantropía. La envidia no sólo destruye la paz del corazón sino que trata de destruir la felicidad ajena; la envidia se satisface á la vista de la desgracia, y sus frutos son la calumnia, la injusticia, la hipocresía y el odio; la envidia es un gusano que roe el alma, alimentado por el aborrecimiento y por la tristeza que causa el ver en otros las ventajas que no se poseen y que se arrebatarián á aquél á quien Dios quiso darlas, ó se destruirían con placer aun cuando el envidioso no pudiera disfrutarlas.

La envidia es un vicio brutal, porque el bruto dirige tam-

bién una mirada envidiosa sobre el alimento de su compañero y trata de arrebatarlo. Por esto es por lo que sentimos tanta y tan natural aversión por aquél que se ha dejado dominar de ese vicio: sentimos al punto su bajeza así como todo el mal que el desgraciado se hace á sí mismo, porque él es uno de los seres más desventurados por lo mismo que siendo ese vicio el pesar que causa el bien ajeno es uno de los más difíciles de satisfacer.

El deseo de procurarse y poseer las mismas ventajas que los demás poseen puede caber también en corazones virtuosos; pero en este caso su actividad toma una dirección digna de la piedad noble del cristiano. Ese deseo no tiende á despojar al prójimo sino á rivalizar con él por medios legítimos, y se convierte en laudable emulación, fuente de las más bellas acciones.

Mas por despreciable que á todos parezca la envidia, cuando se oyen las palabras y se ven los gestos y los actos que llevan su sello, no hay ciertamente muchos corazones en los que esa pasión no se deslice para turbar su reposo. ¿No oímos, pues, todos los días repetidas quejas sobre los estragos que ocasiona la envidia? ¿Nuestros oídos y nuestros ojos no están cansados de ver y de oír los esfuerzos del vicio entre los individuos que ejercen una misma profesión para rebajar á los que de ella derivan más comodidades, más crédito y más consideración? ¿No oímos todos los días las quejas de esos *rivales de la gloria* que rebajan el elogio que se hace al mérito ajeno? ¿No somos también testigos de la vanidad que se complace en apocar los dones naturales y las ventajas que es incapaz de adquirir, en hacer notar el lado débil de los hombres, transformando sus menores defectos en vicios enormes, en hacer sospechosa en fin la virtud que se ama y que se admira en los demás? ¿La mayor parte de las críticas odiosas que alimentan las conversaciones de los hombres de mundo no se derivan acaso de la amarga y venenosa fuente de la envidia?

El envidioso mismo comprende y estima la bajeza de su conducta y por eso trata de paliarla, tan pronto usando el lenguaje de una noble prudencia ilustrada por el conocimiento del mundo, como dando buenos consejos; ya despreciando con firmeza las ventajas de que no podría gozar, ya ocultando su maldad tras el velo de la hipocresía; porque, ¿quién se atrevería á descubrir en presencia de los hombres toda su torpeza?

Evidentemente la envidia es en todos los casos la falta de generosidad, una injusticia para con la Providencia, el olvido del propio bienestar por odio al de los demás, una demencia direc-

tamente contraria al espíritu del cristianismo que es la sabiduría por excelencia. El corazón humano no es nunca tan extraño á la verdadera sabiduría como cuando abre sus puertas á la envidia; y dejar el camino de la sabiduría es alejarse de la fuente de la verdadera felicidad.

“¿ Hay entre vosotros, dice la Escritura, algún hombre sabio é inteligente? que se muestre tal por su inteligencia y sabiduría dulce y cristiana. Pero si lleváis en el corazón un amargo pesar y la pasión de disputar, no os engañéis ni combatais la verdad con la mentira: esa no es la sabiduría que viene de lo alto, sino una sabiduría mundana, sensual y diabólica que para nada sirve, porque donde quiera que haya pesar amargo y espíritu de disputa allí hay desorden y toda clase de males.”

Vos, cuyo corazón está manchado por la envidia, creedme: *si sois envidioso no es porque seais desgraciado; y si sois desgraciado es porque teneis la debilidad de ser envidioso.* Si por algunos momentos ejercéis algún imperio sobre vos mismo para olvidar á aquél cuyas comodidades, reputación, saber y amabilidad os ofuscan y para fijar vuestras miradas en vuestra propia suerte, sobre vuestras cualidades personales, decidme, ¿no encontrareis razones suficientes, más que suficientes para vivir contento? Todo hombre tiene condiciones por las cuales puede distinguirse si sabe desarrollarlas convenientemente; cada cual ha recibido de Dios dones análogos á su situación: el secreto consiste en sacar de ellos el mejor partido posible. No es que nos falten elementos para ser felices; lo que nos falta es la justa apreciación de nuestro estado, ó esa fuerza del corazón, esa templanza y esa moderación sin las cuales, aun siendo dueños del mundo entero siempre seríamos desgraciados.

Creedme: *ser feliz por lo que á nosotros toca propiamente no es difícil; ¿pero es acaso más difícil ser más feliz de lo que lo son aquéllos con cuya suerte comparamos la nuestra?* El mal esta en que los hombres toman una regla falsa para medir su propia felicidad: en que no les basta ser felices según sus facultades y su posición en le mundo, sino que quieren rivalizar á los que creen más felices que ellos.

¿ Pero eso que desean esos hombres, eso á que aspiran es realizable? Dios señala á cada cual su esfera de acción que limita sus esfuerzos, sus relaciones y sus destinos; y la felicidad no puede existir sino allí, dentro de esa esfera; en vano querría el hombre buscarla en otra. Diréis que tal persona es más dichosa que vos. Muy bien; ¿pero estais en tales condiciones que podais calcular

el grado de felicidad que le es propio? Sin duda descubrís en ella ciertas ventajas, ciertos dones que os faltan, y en sus relaciones observais pormenores que á vos no os favorecen é imaginais que poseyendo esas condiciones seríais completamente feliz. Con todo, esos no serían sino simples medios de gozar de la vida. Pero, decidme, habeis usado de los que la Providencia ha puesto en vuestras manos? Suponed que todo lo que envidiais á los demás viniera á ser vuestro; ¿podríais asegurar desde luego que ello sería para vos un elemento de felicidad más bien que un elemento de perdición? ¿No habeis experimentado que el más ligero cambio en vuestras relaciones cambia vuestros sentimientos, vuestra manera de ver las cosas y hace de vos en cierto modo un hombre nuevo? Mirad el ardor con que el niño desea crecer rápidamente para gozar de los placeres y de los privilegios del hombre ya formado: ese deseo se cumple al fin; ¿pero de qué proviene, sin embargo, que ese hombre ya formado deplora la pérdida de los placeres apacibles, inocentes y tranquilos de la infancia?

No es difícil *vivir feliz* cuando se arrojan del corazón las pasiones insensatas que turban los goces de la vida, cuando se vive contento con los dones recibidos del cielo, cuando se hacen esfuerzos para mejorar con el trabajo y la honradez lo que se tiene, cuando, por último, se consigue merecer la benevolencia de los hombres por el afecto y el aprecio que se les manifieste en toda ocasión. *Querer ser más feliz que otros ó tan feliz como ellos lo parecen es una locura.* Tal vez lo que envidiais á otra persona es la causa principal de su presente y futuro pesar: envidiais sus gracias exteriores, y tal vez son ellas las que le han hecho olvidar el corazón; envidiais su fortuna y ella es quizás la que causa la ruina moral de sus hijos; envidiais el honor y la consideración de que goza y eso puede ser lo que atrae sobre ella los odios, las persecuciones y tantas contrariedades; ¿vuestra misma envidia no es otra desgracia para esa persona?

¿Estais seguro de que en vuestra situación, según vuestra manera de ver las cosas y vuestras diferentes disposiciones, los bienes que envidiais contribuirán realmente á vuestra felicidad? Si después de madura reflexión no adquirís esa certidumbre, ¿para qué manchais vuestra alma con viles y vergonzosos deseos? Si por el contrario, estais convencido de que esos dones deseados serían para vos un verdadero bien, ¿por qué no os esforzais en adquirirlos? Una envidia impotente expone á la risa y al desprecio y amarga los goces de que podeis disfrutar en vuestro estado actual.

Dejad, pues, á cada cual las ventajas que debe á Dios y á su actividad. Ningún don temporal es bueno ni malo en sí mismo; puede serlo por el uso que de él hagan los hombres: para éste puede ser una fuente de bendiciones, para aquél un manantial de desgracias.

Vos podeis por vuestros propios esfuerzos alcanzar lo que deseais; ¿porqué permanecéis en la inacción? La envidia, estéril para el bien, no os presenta sino las espinas cuando vuestra mano ansiosa quiere cojer las rosas. ¿Pedis nuevos dones que sólo á Dios corresponde conceder? Pues entonces comenzad por serviros para vuestra felicidad y la de vuestros semejantes de los que ya habeis recibido. Aprended á aprovechar el talento que el Señor os confió; tal vez quiera haceros depositario de más grandes bienes, haceos digno de ese nuevo depósito.

UNIVERSIDAD

EAFIT

®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT

Sala de Patrimonio Documental

LA VEJEZ.

Haced, Dios mio, que al acercarme la término de mi carrera, anciano ya, desde lo alto de la montaña pueda tender una mirada tranquila sobre el valle de la vida y sobre la tumba que se abre á mis piés!

LA DIVINA Providencia señala á cada estado y á cada edad su porción de bienes y de males, de placeres y de sufrimientos. Sana y saludable dispensación! Las vicisitudes de la tierra nos hacen dirigir la mirada hacia lo que es inmutable y eterno, y los dolores así como las alegrías contribuyen á nuestro perfeccionamiento, porque la escuela de la vida no se cierra sino cuando ya están abiertas las de la eternidad.

La mayor parte de los hombres desea llegar á los últimos límites de una vejez dichosa y honorable: este es el deseo ardiente de los padres y madres de familia quienes ansían gozar en paz de los frutos de una vida activa coronada por las bendiciones del cielo, ver á sus hijos y á sus nietos grandes y ya establecidos y no dejar este mundo sino después de haberles asegurado una próspera suerte.

Con razón miramos una vejez honrada y tranquila como la recompensa de nuestros trabajos y de nuestros pesares; y tanto el adolescente como el hombre formado ya, desean llegar á ese término remoto de la vida humana.

Nuestros cuidados, nuestros esfuerzos, nuestras economías tienen por objeto los goces de que queremos rodear nuestra vejez. El anciano exento de cuidados está en posesión de una felicidad que le envidiamos: millares de hombres son menos felices que él, y otros tantos han naufragado en el puerto y han visto desaparecer todas sus esperanzas.

La vejez es la hora del reposo; como fatigado segador, el hombre descansa en la tarde de la vida sobre las amontonadas gavillas, y contempla con placer el campo que ha cultivado con sus propias manos; sus fuerzas han disminuido, pero él trata de que la sociedad aproveche su larga experiencia y los tesoros de sabiduría que ha acumulado en tantos años. Si otros no pueden recibir de él buenos consejos, sus hijos y sus hijas recogen religiosamente sus últimas voluntades.

Sus hijos y sus nietos le rodean llenos de reconocimiento porque cuando jóvenes y débiles tuvo cuidado de ellos y fué su apoyo. Ahora rivalizan todos en amor y consideraciones para evitarle las fatigas del trabajo pagando su ternura.

El adolescente lleno de vigor, la doncella adornada con toda clase de encantos pueden inspirar una admiración particular, pero la vejez es el objeto del respeto universal. A la vista de una cabeza blanca los hombres todos se detienen y se inclinan con religiosa veneración, y los más poderosos monarcas de la tierra manifiestan sentimientos de respeto filial por la edad avanzada del más humilde de sus súbditos. En todas partes se cede al anciano el puesto de honor, y la juventud se descubre respetuosamente en presencia de la plateada caballera del padre de familia vistuoso.

El anciano dirige sus miradas tranquilas sobre la sucesión de sus años como se recuerdan las imágenes variadas de un largo y profundo sueño; sus recuerdos alegran frecuentemente su soledad; recorre rápidamente el período tempestuoso de la edad viril y detiene su pensamiento en las horas felices de la infancia que están, ay! tan léjos de él! Ha olvidado un gran número de acontecimientos de su vida tumultuosa, pero su memoria conserva con fidelidad los recuerdos de su juventud; recuerda con placer á sus primeros amigos, de los cuales muchos duermen ya bajo la sombra de la cruz, y hay veces en que un melancólico deseo lo dirige hácia ellos. El tiempo y la eternidad se enlazan en su pensamiento; y en la aurora de su vida le parecía ver con alborozo que el universo se embellecía con los encantos de su inocencia; ahora va á descender el sol hacia el ocaso y ve con

ternura el velo del crepúsculo que se extiende sobre todos los objetos que se oscurecen y se confunden: las alegrías de su infancia que reviven en él con nuevo esplendor parece como si lo hicieran renacer. De esta suerte suspira por ese porvenir á que Dios lo llama más allá del sepulcro donde se cumplirá su destino: allí debe levantarse para él la aurora de la eternidad, allí gozará siempre de nueva y dulce juventud.

Todas las edades de la vida tienen sus placeres, porque la divina bondad ha dado á cada una su parte de ventura. Se dice, y es verdad, que el peso de los años se hace algunas veces insupportable y que la vejez es amarga y penosa; pero todas las épocas de la vida son lo mismo si no se vive cristianamente, al paso que el servidor de Dios, el amigo de Jesús puede hallar la felicidad y la alegría en todos los puntos de su carrera mortal. ¿No habeis sido testigos de la felicidad de un anciano que gusta del reposo en medio de sus hijos y de sus nietos? ¿No habeis visto también niñas desoladas y abatidas y jóvenes entregados á la desesperación? ¿No ha sucedido acaso que en la flor de la edad un hombre cansado de vivir haya roto el hilo de su existencia con mano criminal?

Se dice también que la vejez es débil y casi inútil para la sociedad. Pero no es así, porque la vejez descansa de las fatigas del trabajo y de los años, y bien merece ese descanso; pero ella se hace útil por la madurez y la experiencia, por el conocimiento de un mundo que ha visto por tanto tiempo, y por las lecciones que da á cuantos le rodean. La edad proveya no debilita el alma como lo hace la juventud, cuyas pasiones é inclinaciones impetuosas oscurecen el entendimiento y desvían el corazón; y la vejez por otra parte está más al abrigo de las pasiones y es más tranquila, más reflexiva y más dueña de sí misma.

Decís también que la vejez es naturalmente temerosa y aun temeraria; pero yo os diré que la juventud es naturalmente frívola é injusta. Mas en ambos casos habría exageración, porque ni todos los jóvenes ni todos los viejos son como acabamos de pintarlos; los defectos que les hemos supuesto son más bien obra del carácter que de la edad. Muchos jóvenes hay cuyo genio es tímido y trabajoso y muchos los ancianos temerarios y ligeros.

Se agrega que la vejez es sombría, desconfiada y avara. Es cierto, pero sólo cuando el anciano ha contraído estos vicios en sus años precedentes y cuando su germen existía desde mucho antes en su corazón. Si el hombre no reforma por sí mismo sus costumbres y sus inclinaciones, lejos de corregirlas, la vejez las

endurece y hace sus defectos más notables y más difíciles de desarraigar.

Los hombres que desde sus primeros años están descontentos de la suerte que les ha tocado, y los que desde su juventud se han sentido dominados por la vanidad y el orgullo, al llegar á la ancianidad son por lo común intolerantes; los que cuando eran jóvenes no tuvieron respeto por la vejez ni interés alguno por la felicidad de sus semejantes arrastran sus últimos días entre los sinsabores que procuran la desconfianza y la sospecha. El anciano virtuoso es, al contrario, benévolo, franco y tal como fué en los días de su infancia; él exhorta á la paz, á la buena inteligencia, á la concordia, y dice como San Juan: "Hijos míos, amaos unos á otros."

Muchos hombres, en fin, tienen la insensata preocupación de que la vejez, por virtuosa y honrada que se la suponga, es más desgraciada que cualquiera otro período de la vida, por lo mismo que, próxima ya al trance de la muerte, ve disminuirse de día en día las probabilidades de permanecer por más tiempo entre los hombres. Pero vos, joven, pero vos, hombre ya formado, que os hallais llenos de vigor y de salud, ¿cómo os atreveis, en vuestra limitada sabiduría, á censurar tan duramente á la Providencia? ¿Cuán pocos son los hombres que llegan á una edad avanzada! ¿Cuántos hay que expiran apenas entrados á la vida, y cuántos en mitad de su carrera! ¿Y vosotros estais seguros de sobrevivir siquiera un día al anciano cuyos largos años os causan lástima? ¿La muerte no está acaso, igualmente lejos de todas las edades de la vida? Vosotros creéis que la esperanza de una larga sucesión de años prolonga los de la juventud y aumenta sus encantos. Sí, es cierto: la Providencia lo ha dispuesto así en su infinita sabiduría; pero ella no ha olvidado al anciano, porque ha infundido en su alma la serenidad que le hace dirigir la vista más bien hacia la vida que comienza más allá de la tumba que hacia la tumba misma. Su imaginación está más lejos de los placeres sensuales, y por consiguiente al abandonar el mundo, pierde mucho menos que vosotros; goza tranquilamente de la tarde de la vida y de los últimos rayos del sol que se hunde en el horizonte; sus sentimientos son cada día menos vivos y sus fuerzas le abandonan poco á poco. Así la antorcha de la vida del cuerpo se extingue suavemente como una lámpara cuyo aceite se consume por grados: él no ve la muerte, porque á medida que la luz de la tierra se oscurece, la aurora de la eternidad se presenta más resplandeciente á sus ojos; él no conoce ya los

penosos esfuerzos ni los violentos deseos del joven ó del hombre formado, quienes en el más avanzado período de su fuerza ven romperse súbitamente el hilo de su vida y sienten como que los arrancan del seno de todos los objetos que tanto aman.

Léjos, pues, de que la certidumbre de una próxima muerte haya de inspirarnos lástima por la vejez, debe hacernos ver su suerte como la más dichosa. Con los ojos fijos en el sepulcro donde duermen los seres para él queridos, el anciano virtuoso y lleno de santa confianza, extiende hacia el cielo sus manos temblorosas y exclama bendiciendo á Dios: "Señor, tu dejas ahora ir en paz á tu servidor; mis ojos desean ver al que es mi Salvador."

Respetemos en todo caso la ancianidad y rodeémosla de consideración y de afecto cuando nos veamos en la necesidad de partir con ella nuestro techo y el pan de nuestra mesa. "Levántate ante una cabeza blanca, dice el Señor, honra á los ancianos." Sí; porque ellos han sobrellevado los trabajos y sentido las espinas de la vida; merecen, pues, el reposo, puesto que han hecho más bien que vos en la esfera de su vida activa, y han vertido más lágrimas que vos.

Mostrad indulgencia y tolerancia para sus debilidades, las que, mientras más os desagraden son para vos más instructivas. Tal vez son ellas el resultado de una mala educación, lo cual os enseñará que los defectos de los primeros años se hacen sentir hasta en la edad más avanzada. Combatid vuestras viciosas inclinaciones; tened cuidado en educar á vuestros hijos más sabia y religiosamente de lo que vos lo habeis sido y no dilateis ni un sólo día vuestra regeneración.

El anciano es un viajero próximo á alejarse para siempre del centro del gran mundo: ya no tiene sino un contado número de días sobre la tierra; y ¿quien será tan cruel que quiera afligirlo en el momento de su partida hasta el extremo de hacerlo abandonar la vida con el corazón despedazado, y aparecer en el supremo tribunal de Dios con los ojos todavía humedecidos con el llanto que se le ha hecho derramar? ¿Quién será tan insensible que no quiera dulcificar en lo posible los últimos instantes de la vida laboriosa del anciano ni sostenerlo en los últimos pasos que da hacia el término de su larga peregrinación?

Los cuidados que de la amistad reclama la vejez se convierten en un deber todavía más sagrado cuando los que han de ser objeto de esos cuidados son nuestros allegados, nuestros padres, nuestros hermanos, tal vez también los suyos, ó al menos personas

unidas á él por los vínculos de la sangre. El fiel homenaje de nuestra adhesión es el pago de una deuda sagrada que pesa sobre nosotros; nuestro respeto y nuestros cuidados pagan en parte esa deuda, puesto que esos ancianos han tributado los suyos á nosotros y á nuestras familias. ¡Ay de aquél que rehusa el homenaje de su respeto á sus padres agobiados bajo el peso de los años, y desconoce sus beneficios cuando el hielo de la edad detiene su curso! Ese no merece el título de hombre; es un monstruo que causa horror y que atrae sobre su cabeza las maldiciones que descienden sobre los hijos ingratos y desnaturalizados!

“No menospreciéis al hombre en su vejez, porque los que han envejecido han sido como vosotros,” dice el sabio. Vosotros también sentireis un día declinar vuestras fuerzas; vuestros cabellos blanquearán y vuestra mano trémula se apoyará en el bastón de la ancianidad. Vuestro corazón, frío ya y sin emociones gozará de los honores que cuando érais joven rendíais á los ancianos; gozareis de un intenso placer cuando vuestros hijos ó los otros miembros de vuestra familia os rodeen de esos cuidados afectuosos que vos hayais tributado á los autores de vuestros días ó á los parientes de mayor edad que ellos. El ejemplo que deis en vuestra juventud será como una bendición que desciende sobre vuestra plateada cabeza; y por último lo que hagais con los ancianos, estad seguro de ello, y pensadlo bien, lo haceis con vos mismo.

Y vosotros, cristianos, que habeis llegado á la tarde de vuestra vida, que por una larga experiencia de las cosas humanas y en virtud de reiteradas y duras pruebas habeis podido adquirir más sabiduría, más piedad, más perfección, dad á la juventud el ejemplo de la dulzura cristiana, y de la resignación á los designios de la Providencia.

Vuestra avanzada edad os llama á ser los institutores de la juventud; sed también sus más fieles amigos, pero no imiteis sus locuras. El que olvida el respeto que debe á su propia edad renuncia voluntariamente á todos los miramientos que ella demanda. Los medios que la naturaleza ofrece al anciano para hacerse agradable no son los encantos de la fisonomía, ni la fuerza, ni la gracia, ni la ligereza; él debe conmover á las almas por medio de la dignidad en su conducta, cautivarlos con su sabiduría y seducirlos con su benevolencia.

Ancianos! sed los guías de los jóvenes, vuestros hermanos en Jesucristo, pero no turbeis con vuestras quejas incesantes las alegrías que á su edad son permitidas! No fatigéis sus oídos

hablando siempre de la decadencia de las costumbres y elogiando los tiempos pasados; acordaos, además, de que en otro tiempo gustábais de esas mismas alegrías á las cuales sois al presente indiferentes por virtud del frío de los años.

Instruidos por la propia experiencia de la corta duración de los placeres de esta vida, enseñad á los jóvenes á hacer de ellos un uso sano y prudente.

Tolerad con dulzura los errores de la juventud: no la juzgueis con demasiada severidad acordándoos de que vosotros también fuísteis jóvenes; difundid la alegría en torno vuestro hasta en los últimos momentos de vuestra vida y proscibid de vuestro corazón la desconfianza; amad á vuestros conciudadanos, é interesaos por la patria y por la sociedad con la misma benevolencia de que usábais en vuestros primeros años y sed los ángeles de paz y de concordia en el seno de las familias.

Por este medio obtendreis el afecto y la confianza de todos los que os rodeen; la tarde de vuestra existencia se distinguirá por una conducta verdaderamente religiosa; vuestros últimos días brillarán con la luz celestial, con esa luz que derrama la religión sublime y santa del Hombre Dios, la cual no consiste solamente en la oración sino en el cumplimiento de la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos.

Así, en la hora postrera, cuando ya os acerqueis á la felicidad que os prepara Dios en el Cielo si habeis guardado su ley, vuestros hijos, vuestros parientes, vuestros amigos os darán su último adiós con los ojos inundados de lágrimas, y sus ruegos y bendiciones os acompañarán hasta el pié del trono de la eterna Majestad. Al llegar ellos al mismo punto á donde vosotros habeis llegado, tomarán por modelo el recuerdo de vuestra vejez, y en el momento de salvar el límite del tiempo para llegar á la vida que no tiene fin, pensarán en vos y morirán seguros de encontraros en el cielo.



UNIVERSIDAD

EAFIT

Sala de Patrimonio Documental

DEL ARTE

DE VIVIR CONTENTO CON SU SUERTE.

NADA tiene de raro que diariamente oigamos á los hombres quejarse de su suerte y del estado que ellos mismos han abrazado. Ese descontento es la causa y la fuente de muchos de los males que atormentan á la sociedad y afligen á la familia. Hay quienes afectan en público la más viva satisfacción para no descubrir su secreta debilidad ni ver humillado su orgullo; pero el corazón desmiente lo que dicen los labios; maldicen en la intimidad de sus relaciones lo mismo que el disimulo les hace bendecir en medio de los extraños, y cansados de la posición que les ha cabido en suerte no piensan en otra cosa que en cambiarla.

Hay otros que no han sido felices en ninguna de las situaciones en que la Providencia los ha colocado, porque en todas han descubierto contrariedades inesperadas, obstáculos para ellos invencibles que les han inspirado disgustos y desengaños. Esta aversión depende unas veces del género mismo de las ocupaciones á las cuales se dedican y otras de la clase de personas con quienes están obligados á vivir en relaciones. Jamás han encontrado lo que buscaban, porque buscaban lo que no es posible encontrar, la paz del alma como resultado de los usos y conveniencias sociales. Esos hombres se quejan siempre, porque la sóla idea de su posición altera su ánimo, los hace aspirar á la adqui-

sición de ventajas que no tienen, y cambian de estado tan pronto como pueden, los ensayan todos, se cansan de todo y no consiguen nada.

Viven, pues, inquietos, disgustados de sí mismos y corriendo en pos de una felicidad que no alcanzan en ninguna parte y que sólo existe en el fondo de un corazón sujeto á la ley de Dios. Ellos querrían reformarlo todo en el mundo para satisfacer sus insensatos deseos; pero, ¿por qué no empiezan por reformarse á sí mismos? ¿por qué dejan en la inacción sus facultades y sueñan lo que sin ellas no pueden obtener?

El hombre que vive descontento con su suerte y con la posición que él mismo se ha formado destruye su propia felicidad, porque olvida el bien presente para correr tras otro que no puede alcanzar. Una sed ardiente le atormenta sin cesar porque desdén la fuente que corre á sus piés; y en su ceguedad, y en su demencia destruye ¡insensato! el edificio de su propio bienestar, se crea un continuo suplicio y acaba por convertirse en un objeto de risa para los demás.

La piedad unida al espíritu satisfecho de lo que se posee es un tesoro inapreciable y fecundo en alegrías.

En el mundo no puede haber felicidad sin contento; ó mejor dicho, el contento del corazón es lo que constituye la felicidad. ¿Quereis, pues, vivir feliz? Aprended á estar contento con lo que sois y con lo que teneis y en la posición en que vos mismo os habéis colocado.

Conformaos con las ventajas que os procura esa misma posición, y pensad constantemente en que vuestra actividad y vuestra economía os asegurarán siempre una existencia honrada; en que ni la mayor ostentación, ni el aumento del caudal, ni el mayor brillo de los honores añadirán nada al tributo de estimación que os rinden los hombres de bien acostumbrados á no apreciar á los hombres sino según su fidelidad al cumplimiento de sus deberes. Ya hemos dicho en otra parte que cada estado tiene sus penas y sinsabores, pero que la prudencia, la tolerancia y la dulzura para con el prójimo son los únicos medios de disminuirlos ó por lo menos de hacerlos soportables.

Pero se caería en el extremo contrario si el hombre se prohibiera á sí mismo mejorar honradamente su suerte. Rehusar, pues, los empleos, los honores y las ventajas que pueden aceptarse sin herir la delicadeza; temer que se aumenten el propio bienestar, las consideraciones de que se goza y que se ensanche la esfera de actividad en que el hombre está colocado, sería

echar á un lado los medios de ser más y más útil á la sociedad. Mas descuidar las ventajas reales que Dios ha puesto en nuestras manos para buscar las mayores que nos niega, porque así será de su agrado, sería una verdadera demencia.

¿ De qué proviene que muchos hombres murmuran de la suerte que les ha señalado la divina bondad ? ¿ De qué proviene, sobre todo que al presente se vea un número tan considerable de personas descontentas de su posición social y de su estado doméstico ?

Es preciso buscar la primera causa de este descontento en las preocupaciones ó en la obstinación de los padres ó de los que, abusando de su autoridad, obligan á los jóvenes á abrazar una carrera para la cual no tienen ni talento ni vocación. Los padres y los institutores son para la juventud los representantes de la Divinidad, y es deber suyo procurar á los jóvenes confiados á su cariñoso cuidado una posición que los haga independientes de todo auxilio extraño. Pero por lo mismo es indispensable estudiar escrupulosamente los talentos, las disposiciones y las cualidades de un niño antes de fijarse en un partido que puede decidir de su suerte. La juventud se halla muy raras veces en estado de hacer por sí misma una elección acertada, porque no tiene la suficiente experiencia ni juzga con exactitud la medida de sus fuerzas. Verdad es que á las veces el padre mejor intencionado tampoco posee las facultades necesarias para poder dar á sus hijos el estado ó la posición para la cual parecen tener aptitudes é inclinación ; pero en todo caso es bastante que no se obligue á los jóvenes á abrazar una profesión ó una carrera opuesta á sus gustos é inclinaciones y por consiguiente á su felicidad.

Sin embargo, es muy común el encontrar jóvenes víctimas de la tenacidad orgullosa ó interesada de los padres ó de los que hacen sus veces. ¿ Qué partido pueden tomar entonces esos desgraciados ? Bien que su suerte, echada ya, no esté conforme con sus esperanzas y sus deseos, deben sobrellevarla como cristianos, con resignación y con valor y sacar de ella todas las ventajas posibles. El hábito nos reconcilia con aquello que aparentemente nos parece menos soportable ; y además cada estado, cada situación tiene sus prerogativas inherentes y aun sus encantos que le son peculiares. Aquello mismo que pudiera no ser el objeto principal de nuestros trabajos, puede tal vez embellecer nuestras horas de reposo. Nuestro mérito á los ojos de Dios y de los hombres es proporcionado al triunfo que alcancemos so-

bre nosotros mismos, al bien que hagamos, al ejemplo que demos en un estado contrario á nuestras inclinaciones. Hay un Dios justo y soberano reparador, y los que son fieles en lo poco que el Señor les ha confiado y saben sacar partido de lo desventajoso de su suerte pueden regocijarse, porque Dios les confiará lo mucho y se abrirá á sus esfuerzos una esfera más grande de actividad.

La causa más general del descontento en muchos hombres es *un orgullo secreto, una ambición que nada puede satisfacer*. No es, pues, su estado sino su debilidad moral lo que los hace desgraciados. ¡Ciegos, que piensan en cambiar su posición en vez de tratar de regenerar su corazón! Si pudieran sentarse en un trono, la vanidad se sentaría allí con ellos para atormentarlos. ¿Qué haceis, decidme, al mezclar vuestras fervorosas oraciones con los deseos insensatos de vuestro orgullo? Dios, el Señor del Universo ha de ser el instrumento de vuestras ruines pasiones y cambiar á vuestro antojo las leyes que lo rigen? Tal vez sufrís el dolor de veros despreciado, desconocido; quizás al medir vuestras fuerzas os sentís con más talentos, con más instrucción, con más experiencia de la que tienen otros hombres más favorecidos por la suerte. Demos por cierto que esto sea así: ¿Sois vos, por ventura, el único cuya posición sea inferior á sus méritos? ¿Habeis empleado siempre los medios más adecuados para mejorarla? ¿Sois el más distinguido en vuestra profesión, el más honrado de todos? ¿Vuestra ambición está fundada en motivos sanos y honorables?

Si no podeis lograr el mejoramiento que deseais, ¿será justo que murmureis del bien que os ha tocado en suerte? Si vuestra ambición es noble felicitaos por ser el primero en vuestra profesión más bien que el último en otra cualquiera. Si el sentimiento de vuestras propias fuerzas no es una ilusión del amor propio, consideraos dichoso con valer más que el puesto que ocupais y no envidieis al que es indigno de la alta posición que ha alcanzado. Más de un corazón generoso suele palpitar bajo el humilde vestido del pobre, así como la púrpura real puede dar abrigo y calor á un corazón cobarde y envilecido. A los ojos de los sabios y de los hombres de bien como á las miradas penetrantes de la Divinidad, el hombre no es estimado sino por sus virtudes y sus méritos, no por la dignidad ni por la elevación del puesto que ocupa. Amad el estado en que estais colocado, por modesto y aun humilde que sea, exaltadlo y honradlo con vuestra actividad y con vuestros talentos, porque no es el estado el que debe honraros á vos.

Personas hay también descontentas de su posición porque *ella no les ofrece en perspectiva una fortuna considerable*; desean las riquezas á fin de pasar los días de su vida en medio de las comodidades, y de ofuscar con su brillo las miradas de la multitud. Vuestro corazón es, pues, insaciable? ¿Habeis carecido hasta ahora de lo necesario? ¿No os basta que vuestro trabajo os proporcione lo que es preciso para vos y para vuestra familia? Dios nos llama á todos á la felicidad, pero por caminos diferentes: ha creado á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los señores y á los sirvientes. Otros son más ricos que vos; pero son más felices? ¿Y vos mismo no sois más rico que otros desgraciados que gimen bajo el peso de la miseria? ¿Podeis desear razonablemente que todos los hombres tengan la misma suma de bienes? ¿Para qué pedir las ventajas de la fortuna para vos solo y no para los que tienen menos que vos? ¿Sois acaso más digno que ellos de obtener esa prerogativa?

Puede suceder, y eso no es difícil, que vuestras ganancias disminuyan á pesar de vuestra actividad; vuestros sufrimientos pueden duplicarse y aun triplicarse por la guerra, por la carestía de los víveres, ó por otras razones; pero el hombre prudente y laborioso no desfallece por eso. Si en los días aciagos no alcanzais á satisfacer vuestras necesidades, vuestra es la culpa, porque en los días prósperos no quisisteis, como la hormiga, proveer á las necesidades del porvenir por medio de prudentes economías. Ahora sufrís los efectos de vuestra imprevisión.

Pero mirad: vuestro lujo es tal vez la causa de vuestras necesidades. Vos habeis querido rivalizar y aun superar á otros en esos gastos extraordinarios insinuados por el orgullo y la vanidad; ya veis, pues, que no es vuestro estado lo que ha destruído vuestra comodidad sino la falta de orden y de economía. Los buenos así como los malos días vienen de Dios, nuestro común Padre: aprovechemos unos y otros, amemos al Señor y con la piedad cristiana conseguiremos la alegría del espíritu, porque si no nos colma de bienes llena nuestra alma de un contento de que sin Él no podríamos disfrutar. Aprendamos á conformarnos y aun á vivir satisfechos con lo poco que tengamos, y entonces nada tendremos que envidiar á los ricos, y nuestras necesidades no absorberán todo el fruto de nuestro trabajo.

Muchas personas viven renegando de su posición en el mundo porque ella los pone en relación y *en contacto con otras cuyas opiniones ó cuyo carácter las contraría ó las mortifica*. Sus caprichos, su poca caridad, su orgullo, su odio, hacen ciertamente

muy penoso el comercio con ellas, esto no admite contradicción. Pero vosotros, que teneis que sufrir esas relaciones, sed justos y reconoced las ventajas que derivais de vuestra posición; si ella os acerca á esas personas con las cuales no quereis tener relaciones, también os proporcionan el trato con otras cuya amistad os honra, y os grangeais el afecto de amigos que en otras circunstancias ni os conocerían tal vez. En esto como en todas las cosas, el bien se halla al lado del mal.

Por último, sed imparcial para con vos mismo en lo que toca á las personas cuyo trato os es penoso: ¿habeis hecho lo que de vos dependía para apaciguar su odio? ¿habeis tratado de desarmarlas con vuestra generosidad? ¿vuestra conducta para con ellas no será la causa de su enemistad? Si esto es así, entonces ¿por qué atribuirlo á vuestra posición más bien que á vuestra debilidad, á vuestros defectos, en fin á vuestro propio corazón? De vos depende el dulcificarlas, el recoger en vuestro camino las flores que lo adornan y evitar las espinas de que está sembrado. Si en vuestra situación presente sois incapaz de estos esfuerzos, no lo sereis tampoco en ninguna circunstancia de vuestra vida.

Los hombres en lo general cometen un grave error cuando no se persuaden de que el bien y el mal se balancean en todas las condiciones, en todas las relaciones y en todos los estados. Si deseamos una cosa, cualquiera que sea, la vemos al través de un prisma seductor, pero no tenemos ojos para notar sus defectos. Extraviados por el mismo error é ignorando nuestras penas secretas, otros hombres desean hallarse en nuestro lugar; y cualquiera que sea nuestra posición somos al mismo tiempo objeto de la envidia y esclavos de ella.

Nuestro descontento es, pues, tan insensato como inútil, porque prueba que no conocemos el mundo y que debiéramos cambiar nuestro corazón más bien que la carrera que hemos abrazado; y prueba también la poca confianza que tenemos en Dios que dirige nuestros destinos, y que no sabemos ó no acertamos á seguir los pasos de un Maestro que fué tan grande por su humildad como por su virtud.

Para el hombre no hay enemigo tan encarnizado como el hombre mismo. El enemigo más acérrimo é implacable que tenemos es nuestro propio corazón, porque los deseos desordenados, los vicios ocultos ó los defectos que estimulan nuestra vanidad son la fuente de todos nuestros sufrimientos.

Fijad vuestras miradas en un hombre descontento de su

suerte y de su estado y descubriréis que en secreto se crea infinidad de tormentos, maldice su destino y no obtiene en último resultado ni siquiera la compasión de los demás; es desgraciado porque no puede dominar sus deseos; su descontento se asemeja á la agitación de la demencia. Su mal humor y su aire sombrío alejan de él á las personas apacibles y ofenden á las que se ven obligadas á vivir con él. Nada más fastidioso que sus continuas quejas y sus reconvenciones á cada paso renovadas: su ambiciosa vanidad y su orgullo disimulado descubren á pesar suyo todo su pensamiento, y el mundo, que con estas condiciones no puede estimarlo, lo desprecia; y por último, él, que pudiera obtener el afecto y el aprecio de los hombres por su modestia, se convierte en un objeto de risa para las personas razonables. El deseo de desempeñar algún papel en la sociedad le inspira aversión por su estado, y echando por tierra las ventajas que le ofrece su posición, disipa lo que tiene por buscar un falso brillo y trabaja en su propia ruina, mientras que, satisfecho de su humilde suerte podría gozar de las más dulces alegrías de la vida.

Sus deseos y sus inclinaciones lo empujan más allá de los límites de su esfera, descuida las obligaciones de su estado porque no ha aprendido á amarlas, é incapaz de llenar la tarea que ellas le imponen, se puede asegurar que jamás llenará ninguna; y si para cumplir los más sencillos deberes no tiene ni siquiera voluntad, ¿cumplirá acaso los más difíciles é importantes?

Pensemos, pues, en que al mundo vinimos pobres y destituidos de todo bien y que de la misma manera saldremos de él, y en que por toda riqueza no hemos de llevar otra cosa que el testimonio de una buena conciencia y el recuerdo de haber hecho el bien en todas las circunstancias en que nos hemos encontrado.



LAS INQUIETUDES DOMÉSTICAS.

POR GRANDE que sea la desgracia que nos amenaza, el temor que ella nos inspira es más grande que la desgracia misma. De esta verdad debe tener cada uno la prueba por experiencia, pero se necesita mucho valor moral para recordarla y aplicar su ejemplo en oportunidad. A cada nueva amenaza de la suerte, el hombre se deja llevar por un nuevo temor. ¡Es tan débil y pusilánime, tan cobarde en el peligro, tan indócil á las lecciones de su propia experiencia y tan incapaz de apartar sus ojos de la tierra y de volverlos hacia el cielo con la confianza filial que inspira la divina misericordia!

Los pesares son sin duda un gran tormento, mas no porque en sí mismos sean un mal, sino por la cobardía y la debilidad humanas. Nuestra previsión, nuestros esfuerzos para prevenir las desgracias son sin duda obligaciones naturales nuestras; pero no pensar en el porvenir sino con siempre creciente ansiedad y aun con horror, es desconocer el espíritu del cristianismo, es no tener fe ni confianza en Dios que ha impreso en nuestro corazón la doctrina consoladora de Jesús.

Todo hombre, por dichoso que sea, tiene sus inquietudes; ninguno puede contar con que no las tendrá, porque no hay nadie que no extienda su vista y su pensamiento en el porvenir, sin poder penetrar, sin embargo, sus secretos. El ser más feliz el día de hoy no sabe si lo será mañana también.

Los sufrimientos aumentan á medida que el hombre aprende á conocer la inestabilidad y la inconstancia de la fortuna. La infancia es la única edad de la vida que no padece por esto, por-

que ignora las vicisitudes á que están sujetas todas las cosas humanas ; cree poder contar siempre con lo que posee y no preve los funestos accidentes colocados fuera del círculo estrecho de su experiencia.

También crecen las inquietudes en proporción al afecto con que el hombre mira los bienes de fortuna. El que alimenta en su corazón mayor número de pasiones ardientes está más sujeto que otro alguno á los más grandes pesares ; el ambicioso, por ejemplo, que vive pensando sólo en el favor popular tiembla á cada paso á la idea de que un suceso inesperado venga á arrebatárle en una hora la consideración y el prestigio que ha adquirido en un largo espacio de tiempo y después de penosos y constantes esfuerzos ; y el que tiene su corazón pegado á las riquezas se aterra á la más ligera apariencia de un revés. Para evitar estas inquietudes debéis combatir vuestras más tiránicas inclinaciones, domeñar vuestra pasión dominante, aprended á estimar en su justo valor los objetos á que hasta hoy habeis asignado un precio excesivo y á no fundar vuestra felicidad sobre bases que el capricho puede destruir á cada momento. La felicidad y el contento de los niños proviene en parte de que su corazón no se siente dominado exclusivamente por ningún afecto. Perder una cosa, llorarla y olvidarla para buscar otra que les proporcione los mismos goces, es para los niños obra de un instante : todo es para ellos un juego, hasta las vicisitudes humanas, y la inconstancia de las cosas de la tierra es una diversión para su espíritu variable é inquieto. El hombre prudente debe, pues, ser por principios lo que es el niño por naturaleza, porque, como dice la Escritura, el reino de Dios es para los que se les parecen.

Las inquietudes crecen también á medida que las relaciones del hombre con el mundo y con la sociedad se extienden y se multiplican. Mientras más se estrecha el círculo de esas relaciones más se disminuyen las necesidades y menos pesada es la carga de la vida. Los acontecimientos son menos graves para el hombre que tiene menos puntos de contacto con el mundo ; pero á pesar de todo, si es débil y pusilánime los tormentos que le cercan son también mayores. Todo el cortejo de la zozobra asalta á un mismo tiempo al ser débil que se retira á la soledad llevando en su seno el temor y la desconfianza, aun cuando allí, solo consigo mismo, no se halle expuesto á las mismas vicisitudes que tendría que temer en el seno de la sociedad ; pero el sentimiento del temor se concentra con tanto mayor energía cuanto es mayor el número de desgracias que pueden sobreve-

nirle. Los males de la vida no son con frecuencia sino lo que nuestra imaginación y nuestra sensibilidad quieren que sean: la intensidad del mal depende casi únicamente de nuestra manera de ver y de sentir; lo que se considera como una calamidad puede no ser ni siquiera una desgracia, y de aquí resulta que el mismo acontecimiento es para unos indiferente al paso que para otros es bastante á hundirlos en todos los horrores de la desesperación.

Las inquietudes domésticas se consideran generalmente como las más graves de todas, porque nos obligan á pensar no tan sólo en nosotros mismos sino también en la esposa, en los hijos, en los padres, en los criados y en los obreros que nos están subordinados. Su subsistencia, su porvenir, su honor, su salud, todo debe ser á la vez y constantemente el objeto de nuestros cuidados. Si yo fuera libre, dice con harta frecuencia el padre de familia al aspecto de un revés, no me inquietaría, sabría evitarlo ó hacerlo menos duro, ó en último caso lo sufriría resignado; pero la suerte de los míos es lo que me atormenta; por esta razón es por lo que en nuestros días, y sobre todo en las grandes poblaciones en donde reina el lujo, muchos hombres se ven obligados á permanecer solteros.

Pero estas ideas nacen de la manera de considerar la vida y de la falta de principios religiosos; son frecuentemente el fruto de pasiones que se ocultan en el fondo del corazón, pasiones aun más poderosas que los afectos naturales y que destruyen la confianza en Dios. Las palabras que leemos en la sagrada Escritura y que nos enseñan que "todas las cosas concurren al bien de los que aman á Dios," no han sido meditadas jamás por los hombres cuyas quejas acabamos de apuntar.

Es cierto que la vida doméstica aumenta el número de nuestros sufrimientos; pero también los dulcifica más bien que hacerlos amargos. El tener que pensar en muchas cosas no es una desgracia; lo malo es pensar en algo con siempre nueva y mayor ansiedad, lo cual sucede igualmente al hombre casado y al soltero en virtud de la disposición de su ánimo.

Si tratamos de evitar las contrariedades de la vida conyugal nos exponemos á los pesares inherentes é inseparables del estado contrario, es decir, del celibato. ¡Y cuántos tristes pensamientos asaltan de continuo al célibe! Nadie lo cuida con amor en sus enfermedades, nadie participa de sus placeres ni de sus penas; vive siempre extraño en el mundo y tiene que renunciar á la felicidad de ser amado verdadera y desinteresadamente.

Cuando su edad y el estado de su salud exijan particulares cuidados tiene que comprarlos á manos extrañas; y en su vejez se verá abandonado, la ternura filial no velará por él en sus últimos días ni llorará cerca de su lecho de muerte ni sobre su sepulcro.

Las inquietudes domésticas producen desde su verdadero punto de vista la felicidad de la familia, pero por supuesto que esto no se entiende con todos los hombres, sino sólo con los que consideran la vida como un precioso dón de Dios y viven persuadidos de que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios; porque el amor de Dios nos conduce al cumplimiento riguroso de todos nuestros deberes, y el que es fiel á esos deberes no tiene nada que temer, puesto que ese contratiempo viene á convertirse en un beneficio para él y para su familia. Y entónces, ¿con qué fin dejarse llevar del dolor? ¿Para qué desesperar si sabe que la desgracia que le ha sobrevenido debe ser compensada con un bien real? ¿Por qué temer si sabe que nada sucede en el mundo sin la voluntad de Dios; que la divina Sabiduría es infinitamente superior á la razón humana y que nada es comparable con esa sabiduría si exceptuamos el amor que Dios tiene á los hombres?

Sin Dios no existiría el mundo, y sin una fe viva y confiada no habría felicidad posible en la tierra. Por consiguiente la piedad cristiana es la sabiduría más profunda que puede poseer el mortal, porque es la llave de todos los enigmas de la vida y nos hace comprender que sobre la tierra no hay otro mal positivo que el pecado, la violación de las leyes eternas de la moral y el amor exagerado á los bienes perecederos.

La vida doméstica y conyugal dispone mejor á la piedad y al cumplimiento de todos los deberes que una existencia solitaria y aislada; y en proporción á los pesares que se sufren se aumentan y se fortifican las ideas religiosas. Mientras más numerosos y estrechos son los vínculos de familia que unen á los hombres entre sí, más inclinados se sienten á juzgar á los demás con indulgencia y á tratarlos con dulzura, y más dispuesto está su corazón á todo lo que es sentimiento, afecto y ternura. El amor y las atenciones domésticas conducen suave é insensiblemente á la virtud; la vista de una esposa, de un hijo, ha impedido más de una vez que el esposo cometa un crimen que el célibe hubiera cometido sin ninguna consideración. El amor y la caridad, por medio de una fuerza suave pero insensible, llevan hasta el cielo los deseos y las esperanzas de los mortales. El hombre que cree

en Dios y en la inmortalidad y que trata de hacerse digno de su Creador y de sus destinos, siguiendo las huellas de su Maestro y de su benéfico guía, no puede ser jamás desgraciado. ¿Qué temor será capaz de atormentarlo si tiene la conciencia de que todas las cosas concurren á su bienestar?

Ya hemos dicho que las inquietudes domésticas producen la infelicidad de la familia. ¿Cuál es el hombre que quisiera gozar de la vida sin ninguno de los cuidados que le son inherentes? Quien no siente no desea tampoco, y la experiencia demuestra que nuestros deseos hacen parte de nuestra felicidad y por otra parte nos preservan de la languidez moral, de la inacción que es lo mismo que la muerte prematura, y ponen en juego nuestras fuerzas para que alcancemos el mejoramiento relativo que buscamos, el cual se encuentra en las relaciones de fuera por medio de la prudencia, así como el bien absoluto, que es la tranquilidad del espíritu, no se encuentra sino en el hombre mismo, á fuerza de virtud.

En el santuario doméstico, el sufrimiento acrecienta nuestra felicidad despertando nuestra previsión por lo mismo que donde quiera que no hay inquietud por el porvenir se desmorona el edificio de la dicha doméstica. No pensar sino en la hora presente sin calcular los resultados de las acciones, y olvidar todo lo demás por una impresión momentánea es correr á su pérdida con el corazón rebosando de placer. ¿Qué es, pues, lo que procura al hombre alguna alegría sobre la tierra si no son los esfuerzos que hace para mejorar su suerte y para premunirse contra los males que teme? Una felicidad, una ventaja, una alegría que no hayamos comprado con el sudor de nuestra frente nos causa mucho menos placer que la que adquirimos en virtud de nuestra reflexión y de nuestros esfuerzos, porque en ésta reconocemos nuestro vigor y sentimos nuestra propia estimación. Nos complacemos en contemplar nuestra obra y el fruto de nuestro trabajo, porque es de nosotros de quien ha recibido la existencia, porque ha salido, por decirlo así, de nosotros y hace parte de nuestro propio ser. Así es como Dios ama á sus criaturas.

Así, pues, á medida que las inquietudes domésticas se multiplican, á medida que son más frecuentes los peligros que deben evitarse no tan sólo para sí mismo sino para los seres queridos, y mayores son los obstáculos que es preciso vencer para procurar á la familia la felicidad y el bienestar, más cuidado debe ponerse en todas las cosas, más asiduo debe ser el trabajo,

más seguro debe ser su resultado y más ciertas y frecuentes las alegrías de la vida. Doblemente dichosos somos cuando vemos el resultado de nuestros trabajos, la obra de nuestra industria, de nuestra actividad y de nuestros esfuerzos, y por ellos encontramos en nuestra casa mil fuentes de felicidad invisibles para el extraño y desconocidas para el que vive en el celibato.

En el precepto que nos manda no inquietarnos por el día de mañana, no pretendió Jesucristo condenar la actividad ni recomendar la imprevisión, puesto que él mismo, en su corta carrera humana se mostró en todas ocasiones activo y previsor. Ocupábase de la suerte de sus discípulos y todos sus pensamientos fueron otros tantos cuidados por la felicidad de los hombres: censuró la ligereza, la molicie, la ociosidad y prescribió el amor al trabajo, diciendo á sus discípulos: "*Trabajad y orad*, con lo cual confirmó esta otra ley divina tan antigua como la humanidad: *Comerás el pan amasado con el sudor de tu frente*. Condenó, eso sí, esas quejas injuriosas á la Providencia y enemigas de la fe, esa constante solicitud por las cosas de la tierra esos excesivos cuidados que degradan las más nobles facultades del alma, disminuyen las fuerzas del cuerpo, absorben todos los pensamientos y someten el espíritu á la materia.

La previsión es útil, porque fortifica el espíritu y alienta el valor; pero la inquietud temerosa y desconfiada es perjudicial, porque produce la cobardía, paraliza las fuerzas y hace al hombre incapaz de evitar los males, ó al menos, cuando son inevitables, impide dulcificar sus efectos. El valor es la mitad de la victoria; afrontar con firmeza el peligro es casi evitarlo ó triunfar de él.

Aprended á venceros á vos mismo y habreis vencido al mundo; sed moderado en vuestros deseos y sereis aliviado en vuestros trabajos; no tengais afecto exagerado sino por la virtud y sereis menos sensible á la pérdida de los bienes de este mundo, de esos bienes que algún día no serán vuestros. ¿Cuáles son los objetos cuya pérdida os costaría más lágrimas? Vuestros hijos? vuestra esposa? vuestro esposo? vuestros amigos? vuestros bienes? vuestra reputación? vuestra patria? Pues bien! Decís que los decretos de la Providencia pueden arrebatáros el más querido de esos bienes ó todos ellos á la vez; familiarizaos con ese pensamiento. Verosímilmente estais condenado á perder el objeto más querido á vuestro corazón, porque ese apasionamiento aleja vuestra mente de Dios y de la eternidad y os impide fundar vuestra felicidad sobre la base incommovible de la

virtud. La bondad y la sabiduría de Dios deben desprender vuestra alma de las cosas perecederas para elevarla á lo que es inmortal. Preparaos, pues, para los golpes más dolorosos, á fin de que en la hora de la prueba no perdais á un mismo tiempo toda vuestra felicidad. Si amais á Dios sentireis, aun en el seno de la desgracia, que todas las cosas concurren á vuestro bien.

Vosotros, padres y madres de familia, sondead vuestro corazón. Si de repente perdiérais hasta el último de vuestros hijos, ¿seríais absolutamente desgraciados, ó conservaríais esa resignación celestial que os hiciera levantar los ojos hacia una vida mejor y acabar con calma vuestra solitaria peregrinación en este valle de lágrimas? Examinad vuestro corazón. Si de repente perdiérais todo vuestro apoyo; si sorprendidos por la miseria os viéseis en el caso de ganar trabajosamente vuestro pan en una nueva industria, ó de ir á buscarlo en un país extraño, ¿seríais completamente desgraciados, ó conservaríais un valor inalterable? El hombre bueno, el cristiano de corazón lleva dentro de sí mismo un espíritu que le hace independiente de los caprichos de la suerte y de los juicios de la opinión. Ayudado por Dios es incontrastable como la roca en medio de la tempestad, es más poderoso que la desgracia misma, porque cree en Dios, espera la inmortalidad y ama la virtud. Su alma no está exenta de inquietudes, pero no conoce el suplicio de las almas débiles é inquietas que tiemblan porque ven engañadas sus esperanzas. El testimonio de su conciencia lo absuelve si la opinión lo condena; y pone su suerte en manos de un Dios que vela incesantemente por su verdadera felicidad, porque sabe que todas las cosas concurren al bien de los que aman á Dios.

Pero es sólo á los hombres animados del espíritu del cristianismo que las inquietudes domésticas procuran la felicidad. A los ojos del sabio, los pesares forman en los diversos cuadros de la vida esas sombras que alternativamente, suavizan la luz y realzan su brillo. Los objetos que la rodean adquieren por este medio un precio mayor, y los que le causan una pena ligera quedan compensados en breve con un placer más vivo. Nadie aprecia tanto la salud ni goza de ella con más satisfacción que el que sale de una enfermedad que amenazaba su vida. ¡Cuántas cosas nos serían indiferentes si no nos inspiraran nuevo interés por la inquietud que nos han causado! A nuestros piés y en torno nuestro crecen multitud de plantas, pero las que hemos cultivado con esmero, y aquellas á las cuales hemos dedicado particular atención son las que nos procuran mayor placer.

Las inquietudes domésticas son fuente de ventura en el seno de la familia. ¡Cuán dulce es cuidar de los seres queridos que el Señor nos ha confiado! ¿Preferiría una madre perder á su hijo más bien que sufrir por él tantas inquietudes? ¿Querría el esposo librarse de los cuidados que le ocasiona su esposa, y un hijo de los que le ocasionan sus padres? ¿No es verdad que el cuidado que tenemos por lo que nos pertenece da mayor precio y lustre á nuestra existencia? Y suponiendo que nada satisficiera nuestros deseos, ¿el amor no podría reparar nuestras pérdidas ni dulcificar nuestras amarguras? Sí; porque es fácil sobrellevarlas cuando hay álguien que nos ayude á sufrirlas; porque una palabra ó una mirada cariñosa bastan muchas veces para consolar un gran dolor, y porque después de la tempestad se goza de la calma que la sigue. Nunca es el hombre tan grande como cuando permanece en pié, sin conmoverse, en medio de la ruina de los bienes inconstantes de este mundo.

Las atenciones domésticas son fuentes de felicidad para la familia. Nuestro propio bienestar las exige, y lo que ellas no pueden prevenir no es una desgracia sino un acontecimiento ordenado y determinado por Dios para un fin inesperado pero siempre benéfico, porque Dios quiere que él contribuya á nuestro bien: ¿para qué han de servir, pues, nuestros temores y nuestras angustias? En el mundo no hay más que una desgracia verdaderamente dicha y es la que resulta del pecado, y un sólo temor realmente justificable,—el de una funesta y desgraciada inmortalidad. Del pecado podemos librarnos, pero una vez cometido es imposible evitar sus consecuencias. Entonces hasta los consuelos son tan vanos é inútiles como la prudencia; ¿y de qué nos serviría la absolución de los hombres si nuestra conciencia nos condenara?

Si alguna vez nos es dado temer razonablemente la pérdida de nuestra felicidad doméstica ó de algunos de los elementos que la constituyen es cuando nuestras pasiones imprudentes y nuestros vicios trabajan en su destrucción ofendiendo la justicia y la misericordia de Dios y provocando la justicia de los hombres.

LOS RECIÉN CASADOS.

NUNCA se leen sin un placer mezclado de admiración las primeras páginas de la Sagrada Escritura, en las cuales se nos han transmitido los más antiguos documentos para la historia del género humano. ¡Qué acuerdo tan maravilloso entre el orden de las formaciones sucesivas y las leyes eternas de la naturaleza! El primer hombre, el tronco de nuestra raza mortal es formado del polvo de la tierra á cuyo seno debe volver algún día, y su alma inmortal nace del soplo de la Divinidad como una parte emanada de Dios mismo. Eva, la madre de todos los hombres, es sacada del cuerpo de su esposo y llamada *carne de su carne y hueso de sus huesos*, para recordarnos siempre que el hombre y la mujer no son, desde su origen sino un solo y mismo ser y que deben amarse con ese amor que los une á ambos en el mismo principio por el vínculo común de su origen que es Dios.

El Eterno dijo: "No es bueno que el hombre esté sólo." Y en efecto, el aislamiento es la muerte de toda alegría, por lo mismo que todo placer que no podamos dividir deja de ser un placer; porque el dolor que no se comunica á una alma cariñosa no se alivia fácilmente, y porque el hombre que vive solo no tiene nada que lo impulse á mejorarse ni á ser perfecto.

La unión de los dos sexos en el matrimonio para su asistencia recíproca y para la propagación de la especie humana es obra de la sabiduría del Creador; por cuya razón, si no hubiera

otras, se considera el matrimonio como una institución divina. Y lo es en efecto, puesto que es un precepto de la naturaleza; y es sagrado en todos los pueblos de la tierra, aun entre los salvajes para los cuales no ha brillado todavía la luz de la revelación.

El matrimonio es el vínculo más estrecho que puede unir entre sí á dos seres humanos y el que llena la vida de inefables dulzuras. Está embellecido por la más íntima confianza y por el amor más duradero de todos los amores, sentimientos que nacen de una ternura recíproca, ó del hábito de verse siempre unidos, lo cual es un encanto más. Los otros vínculos se rompen fácilmente, pero el matrimonio es tan poderoso, como que ha sido formado por la naturaleza, estrechado por los hijos comunes á los dos esposos y sancionado por las leyes civiles.

Un antiguo proverbio dice que la desgracia tiene pocos amigos; pero en los días de la prueba como en los de la prosperidad los dos esposos no forman sino un solo ser que así afronta y recibe los golpes de la adversidad como goza de todas las fruiciones de la alegría. Puede el hombre ver que delante de él huyen la amistad y hasta la compasión del hombre, pero en el santuario de su hogar, en el corazón de su esposo ó de su esposa está seguro de encontrar una asistencia y un afecto duraderos; porque los sufrimientos del uno son también los del otro y estrechan más y más el vínculo que los une más bien que relajarlo ó romperlo.

Tales son, pues, las primeras ventajas de la unión conyugal: asistencia y auxilio recíproco en todas las situaciones de la vida, consuelos en la desgracia, consejos dictados por el más puro afecto, asiduos cuidados en las enfermedades, y lágrimas de sincero dolor cerca del lecho de muerte y después de la muerte. Ah! cuán digno de lástima es el ser que aislado, en completo abandono, no ve á su lado otro ser á quien el afecto interese por su suerte, á quien pueda abrirle con absoluta confianza las puertas de su dolorido corazón! ¿Quién aliviará su pena con la ternura profunda del amor conyugal? ¿Quién podrá apreciar su penosa situación cuando todo el mundo le desconoce y le mira con indiferencia? ¿Quién tratará de devolver á su espíritu la serenidad cuando todos los hombres se conjuran contra él? ¿Quién velará con desinterés y cuidado por él cuando nadie le ama y cuando no puede esperar de los demás sino atenciones frías é interesadas y una vulgar y estéril compasión? ¿Quién llorará sobre su lecho de muerte y sobre su sepulcro? Como un

extranjero entre los hombres, vive en medio de ellos como un ser solitario y abandonado!....

La vida es un tejido de pesares, pero el amor conyugal aligera su peso y dulcifica su amargura. El hombre casado trabaja porque sabe para quién trabaja; el sudor que corre por su frente en los días de afán y de fatiga bajo los rayos ardientes del sol regocija su alma, y corre para la conservación y el bienestar de una persona querida. Vive al mismo tiempo en sí mismo y en el alma de otro ser que le comprende y le ama; y de esta suerte la vida se duplica, el dolor se calma, el espíritu se tranquiliza y el placer es más puro y más constante.

El matrimonio da un precio mayor á la existencia, nos liga más estrechamente á la humanidad, nos une á la patria por vínculos indisolubles y nos interesa en el bien de la una y en la prosperidad de la otra. Todo es para nosotros más serio, más importante y participa de nuestro afecto, y nuestra vida se enriquece con nuevas y ventajosas relaciones, en tanto que el célibe no ama la vida sino por el temor natural de la muerte, aunque no tarda en sentirse agobiado bajo el peso de una existencia triste y extraña á todo goce íntimo y duradero: todos sus placeres son fríos como su corazón; ese secreto y poderoso encanto que llena el fin de la naturaleza no lo inclina á los hombres ni á la patria; su patria es el mundo, ó más bien no tiene patria, porque en todas partes está solo, porque no halla afecto que corresponda á su afecto.

La felicidad del matrimonio se aumenta, y se multiplica la existencia cuando los esposos comienzan una nueva vida con sus hijos. Un mundo nuevo se abre para ellos; el cielo y la tierra, todo lo que la humanidad tiene de santo, de bello y de conmovedor se une y forma como un círculo esplendoroso en torno de los nuevos padres. Entonces nacen todos esos trasportes del corazón paterno, todos esos arrebatos del corazón de madre, todas esas delicias que el célibe no puede siquiera imaginar porque jamás las ha sentido. ¿Quién podría describir sus propias emociones, ni expresar lo que siente su alma cuando el delirio de la felicidad llena por la primera vez de lágrimas sus ojos y una profunda alegría semejante á lo que debe sentirse en el cielo penetran hasta los senos más íntimos de su alma?

Mas estos goces especiales no son la única prerrogativa del matrimonio, el cual añade á las dulzuras de la vida la obligación que impone al hombre de mejorar sus condiciones y de ser más piadoso y más fiel al cumplimiento de todos sus deberes, porque

las faltas de un esposo no recaen jamás sobre él sólo sino que desgarran también el corazón del ser que vive su propia vida: si el criminal es soltero se le detesta; si es casado es un monstruo y arrastra consigo al abismo de la desgracia á su esposa y á sus hijos. El célibe egoísta no se inquieta por la suerte de los demás en los días de la calamidad y muchas veces permanece indiferente á su propia suerte; los esposos tiemblan el uno por el otro y su plegaria se alza más ferviente hacia el autor soberano de su salud. El célibe se deja llevar de sus inclinaciones y cree no tener que dar cuenta á nadie ni de lo que piensa ni de lo que hace; los esposos se observan de cerca y recíprocamente, de tal manera que es difícil que uno de ellos obre mal en secreto y sin que el otro lo advierta. Esta mutua inspección, esta solícita vigilancia en la intimidad de la vida doméstica previene con frecuencia la corrupción ó la relajación de las costumbres, y es así como el estado del matrimonio, á tiempo que calma y reprime las pasiones ardientes, allana el camino de la virtud y hace de la tierra un paraíso.

Pero ah! No siempre sucede lo mismo, porque ¡cuántas veces la unión conyugal ha hundido en el infortunio, en la miseria y en la corrupción á los seres que se han unido sólo por *ligereza*, ó por *interés*, ó por *necesidad* ó por una *pasión ciega* que no les dejó ver los defectos de la persona amada, ó por último por ese *orgullo* que calcula friamente las ventajas que puede derivar del matrimonio!

Sea que este vínculo se contraiga con amor ó con repugnancia, no por eso deja de ser indisoluble y eterno; pero depende de los que lo contraen el hacer de su vida un paraíso ó un infierno. Dado el primer paso, de él dependen el reposo y la tranquilidad de la existencia ó el tormento y el odio recíproco de dos seres que separados habrían podido ser dichosos.

Comunmente el tono que los esposos emplean en el primer año de su unión para entenderse entre sí, tiene consecuencias tan importantes y decisivas como inevitables. La dicha, el contento y la paz de un matrimonio dependen naturalmente de la conducta recíproca de los cónyuges; y tal sea esa conducta durante los primeros meses del matrimonio, tal será siempre, porque poco á poco adquiere la fuerza y la autoridad de una ley y de un hábito indestructible é invariable. Las reglas más comunes de la prudencia imponen á los esposos el sagrado deber de fijar la más severa atención en sus mutuas relaciones, sobre todo en los primeros días de su vida íntima. Si ellos descuidan este deber ten-

drán que echarse en cara por mucho tiempo, tal vez durante toda su vida, su ligereza y su culpable indiferencia por uno de los más grandes intereses de su existencia social. Sea cual fuere la manera como los esposos hayan formado y contraído el vínculo que los une, aun cuando se hayan conocido y tratado de mucho tiempo atrás, la verdad es que ellos *no se conocen, ni han podido verse tales como son ni como aparecerán uno á otro en las relaciones estrechas, íntimas y habituales de la vida diaria y familiar*. Es entonces cuando se revela sencilla é involuntariamente su carácter; es entonces cuando aprenden á conocer, á cada paso, y en las mil frioleras que les conciernen, el acuerdo ó la diferencia de sus opiniones, de sus pensamientos, de sus gustos y de su manera de sentir; entonces es, en fin, cuando se nota la oposición de caracteres y los contrastes inesperados, de donde nacen las quejas frecuentes y recíprocas y las reconvenciones que se hacen entre sí por el funesto disimulo que emplearon antes del matrimonio. Dejando á un lado toda idea de artificio es natural que esos dos seres no tuvieran uno de otro sino ideas vagas y confusas, hermosas y brillantes ilusiones que se desvanecen en la intimidad habitual.

Hé aquí cómo se explica el por qué dos esposos, que por otra parte tienen buen carácter y cuya unión ha sido determinada por el afecto, no gozan de una felicidad tan pura en los primeros años como en los siguientes, y sus caracteres no se avienen sino poco á poco, que es lo que se llama ordinariamente aprender á conocerse mejor.

Cualquiera que sea la contradicción ó la diferencia que surja entre los esposos, el peligro que ella apareja puede prevenirse usando de prudentes precauciones. En primer lugar es preciso que desde luego se hagan la mutua y sagrada promesa de no guardar jamás resentimiento alguno, de *no fingirlo ni disimularlo siquiera*. Vale más sufrir una injusticia que cometerla; es mejor tolerar un agravio que darle más importancia de la que merece. Las pequeñas diferencias, las contradicciones insignificantes, las palabras de doble sentido acaban siempre por disminuir la confianza recíproca, enfrían insensiblemente la amistad y dan por resultado final más graves disenciones. Las reconvenciones importunas y aun las quejas repetidas con motivo de un ligero agravio ó de una falta ligera derraman á la larga en el corazón de los esposos una amargura difícil de disipar.

Dos personas unidas por toda la vida deben desterrar para siempre de su comercio íntimo la terquedad, el orgullo y el es-

píritu de dominación; es preciso que haya entre ellos *unidad de voluntad y deferencia de una y otra parte*. El hombre domina por medio de la persuasión y por la superioridad de su razón; su imperio no consiste en mandar con altanería sino en dirigir de una manera discreta hacia todo lo que le parece bueno, justo y ventajoso á un ser más débil que él, á la compañera de su vida; y ésta reina por el amor y la estimación que inspira á su esposo. Ella no ejerce ese imperio por satisfacer un capricho ó una pasión sino para moderar á su esposo cuando las pasiones lo dominan y extravían y para ilustrar su espíritu cuando éstas lo ciegan.

Para que la armonía se conserve inalterable entre los dos es preciso que ambos se impongan el precepto inviolable de *no tener jamás secretos el uno para el otro*; que la mujer sepa lo que pasa en el corazón de su marido; que el marido lea los pensamientos y sentimientos de su mujer en su propia mente y en su propio corazón; y de esta suerte el matrimonio se convertirá en el vínculo sagrado de los espíritus; vínculo que ninguna desgracia, que la muerte misma no podrá romper porque subsistirá hasta en la eternidad. ¡Desgraciados los esposos que se ocultan algo, por más que á ello los mueva el afecto, ó la delicadeza, ó la reserva; porque esta reserva viene á ser el germen de las más funestas disenciones! Nada de misterio entre los esposos; que lleguen más bien á una franca y sincera explicación, aun con peligro de desagravar ó de afligir, porque esta confianza previene grandes males, disipa la acritud, dulcifica los agravios é impide lo más funesto que hay en la vida de los casados, la intervención de los extraños en sus pequeñas ó grandes diferencias. Sus secretos y sus relaciones mutuas no deben ser jamás conocidos de un tercero; y en este particular ni el padre ni la madre tienen siempre el derecho de penetrar en el santuario de la unión conyugal. El reposo y la paz desaparecen para siempre de una casa en donde los esposos no son todo el uno para el otro y permiten ó dan lugar para que otro cualquiera se interponga entre los dos.

Que no haya, pues, secreto entre los esposos, porque tal vez la reserva del uno puede inspirar al otro el disimulo. Desde el momento en que la franqueza desaparece no existe la unidad, los corazones se apartan y los esposos vienen á ser extraños el uno para el otro. Nada de misterios, repetimos, aun cuando sea chanceando, porque eso equivaldría á jugar al borde de un abismo cuya profundidad no puede calcularse.

Gracias á esa franqueza y á esa intimidad, el amor se acrecienta de año en año y los esposos aspiran cada vez más á la

perfecta pureza de su alma; esa pureza redobla el respeto mutuo, y ese respeto aumenta la recíproca ternura.

En fin, la primera condición para alcanzar la felicidad doméstica, la única y más sagrada condición, la más importante es la piedad religiosa. Un esposo sin religión, para quien Dios y el alma son palabras vacías de sentido es capaz de todos los crímenes, de todas las perfidias: la infidelidad y el adulterio serán para él un juego y no temerá abandonar á su mujer y á sus hijos y entregarlos á la miseria. Y una mujer sin religión es un monstruo humano, un apoyo peligroso en el cual no se atreve á confiar su propio marido, porque su fidelidad es sospechosa aun al pie del altar en donde empeñó su fe. La infeliz que ha desterrado de su corazón la idea de Dios no es capaz de amar á su esposo: ella no ama sino los placeres de un momento, y hasta en ellos es desordenada, así como en el dolor no tiene alivio ni consuelo.

¡Esposos que acabis de juraros amor y asistencia recíprocos y eternos, si quereis ser felices, fijad sériamente vuestra atención en esto! Si uno de vosotros no tuviere bastante bondad de corazón para reconocer y amar á Dios, si no tuviere fe ni esperanza en los premios y castigos de la otra vida, ¿qué sería del lazo que pudiera uniros? ¿qué temor sería capaz de detenerlo en la pendiente del vicio? ¿qué entusiasmo podría alentarle en la carrera de la vida?—Si la llama de la religión estuviere extinguida y amortiguada en el alma de uno de los esposos, que el otro la reanime con sus exhortaciones, con su ejemplo, con su conducta. ¿Quién no conoce el ascendiente que ejerce el hábito de vivir unidos? Es muy fácil adoptar insensiblemente las opiniones, los principios y aun los hábitos de la persona con quien se vive íntimamente y al fin se toma como efecto de la convicción lo que con frecuencia no es más que el resultado de la costumbre. Así, pues, el hombre religioso puede reanimar la llama de la fe extinguida casi en una alma que parecía de hielo para las más santas y sublimes verdades; y sólo así puede la dicha de los esposos ponerse á cubierto de todo contratiempo, sólo así puede asegurarse que se salvará de todo naufragio. Oh! ¡qué dulce es atravesar el océano de la vida con un mismo amor y llegar al puerto de la eternidad con una misma esperanza!

Así, pues, la paz y la serenidad de la vida dependen de la prudente elección que se haya hecho de un esposo ó de una esposa. Y con todo, con cuanta culpable frivolidad dan los hombres este paso, el más serio y decisivo para su porvenir! ¡Cuántas fuentes de ardientes y dolorosas lágrimas se hubieran secado

si se hubiera elegido con prudencia el compañero ó la compañera de esta larga y trabajosa peregrinación que llamamos vida! ¡Cuántos pesares sin término se hubieran prevenido! ¡Cuántos dolores que diariamente se renuevan! ¡Cuántos dolores secretos que son otros tantos gusanos que devoran la salud del cuerpo y destruyen la tranquilidad del espíritu, y ¡cuántas resoluciones sugeridas por la desesperación se evitarían!

Vosotros que vais á jurar ante el Ser Supremo la alianza sagrada del matrimonio, pensad en que es una alianza de fidelidad, de consuelo y de asistencia en las horas de dolor y á la aproximación de grandes desgracias. Vendrán los días de horror y de lágrimas, y entonces depende de vuestra prudencia el triunfar de ellos. Pero sin amor en el matrimonio, sin fe durante la vida, sin esperanza en el momento de la muerte, en vano esperareis alcanzar la palma de la inmortalidad.

Sala de Patrimonio Documental

NUESTRO BIENESTAR DISMINUYE.

EL AUMENTO ó la disminución de las ventajas que nos ofrece la fortuna es de ordinario el objeto principal de nuestras inquietudes. Los hombres se atormentan ante todo por procurarse el dinero que necesitan para satisfacer sus diversas necesidades. Sin embargo, cuando todos los años se advierte la fluctuación de tantos bienes y riquezas; cuando se ve que de todas las cosas sujetas al cambio la fortuna es la más inconstante; que á pesar de los acontecimientos más funestos son pocas las personas que caen sin recurso en el abismo de la desgracia; y que en medio de los mayores y de los más terribles peligros, es en donde la mano de la Providencia se muestra más pronta á socorrernos y en donde el espíritu de la caridad cristiana brilla en todo su esplendor; ¿no es verdad que las inquietudes que procuran los bienes de la tierra y las necesidades del cuerpo debieran ser las más llevaderas de todas nuestras penas? Y sin embargo no es así, porque el estado de nuestra fortuna no interesa solamente á nuestras necesidades físicas, sino que afecta las sollicitaciones de nuestra vanidad, nuestras costumbres voluptuosas y sensuales, nuestros cuidados previsores y ambiciosos, nuestros deseos sin límites y nuestros proyectos sin fin.

En los tiempos que corren, sobre mil familias apenas podrá encontrarse una que no se sienta atormentada por las inquietudes que le causa la vida del cuerpo, ó que al menos no haya visto disminuirse su fortuna ó su bienestar.

Yo mismo no puedo decir que soy una excepción de esta regla; porque pertenezco á una de esas mil familias.

Pero me es prohibido dejarme llevar del desaliento, porque conservando la firmeza del espíritu se conserva la facultad de poder mejorar de situación. Jamás desesperemos, pues, de nosotros mismos, menos aun de la Providencia, porque ella tiene muchísimos medios de colocarnos otra vez en una posición más próspera que la que ocupábamos, pero á su debido tiempo. Muchos millones de hombres lo han experimentado ya y muchos millones de contemporáneos lo experimentan actualmente.

Yo quiero permanecer firme y conservar un valor incontrastable cualquiera que sea el golpe que la suerte me prepare. ¿A qué fin afligirme? Yo no puedo cambiar mi destino, puesto que él está en manos de Aquél que todo lo puede, y por lo tanto lo que debo hacer es someterme á su voluntad y callar.

Pero esta sumisión á la voluntad de Dios no ha de tener por objeto dejarme caer en una inacción tan cobarde como culpable. Para obtener la bendición de Dios es necesario merecerla por medio de constantes esfuerzos y de grande vigilancia: el mejor amo despide de su servicio al servidor flojo y perezoso, y los hombres más caritativos no socorren sino á los desgraciados que trabajan á la medida de sus fuerzas. De modo que trabajando es como puedo implorar con más fruto el auxilio de Dios, y ese auxilio no me faltará jamás.

Es tiempo en fin de que yo reflexione seriamente en los medios de salir de mi angustiada situación; y para esto empezaré por examinar sin consideración alguna por mí mismo, sin tener en cuenta mi amor propio, de donde proviene la disminución de mi bienestar. ¿No es cierto que en parte debo atribuirlo á mi conducta? ¿No he sido algunas veces imprudente en mis empresas y más desarreglado en mis gastos de lo que me permitía el estado de mi fortuna? ¿No me ha arrastrado á cometer errores un orgullo mal entendido ó una falsa vergüenza? Si tal ha sido mi proceder, no debo ahora extrañar que tenga que sufrir las consecuencias de mis faltas; y estas consecuencias durarán hasta tanto que yo tenga bastante valor para sobreponerme á mis debilidades y afiliarme bajo la bandera de la virtud.

¿La disminución de mi bienestar es esencialmente el efecto de las circunstancias presentes ó de las calamidades públicas? En este caso mi situación no es obra mía, sino la obra de la Providencia, y puedo estar tranquilo y recobrar la confianza y la seguridad en la misma Providencia: no tengo por qué avergonzarme de mí mismo ni ocultar el estado de mi fortuna á los ojos de los demás hombres, y puedo exclamar como Job, quien

como yo fue sometido á duras pruebas : *Si de Dios hemos recibido todos los bienes, ¿por qué no hemos de recibir también los males ?*

Cierto es que la desgracia es un mal, ó mejor dicho, trae consigo muchos males ; ¿pero entonces para qué serviría la resignación cristiana, si no se soportara con valor todo lo que nos envía el dueño absoluto de nuestra suerte ? Mientras que el hombre vea cumplidos todos sus deseos no se conoce á sí mismo, ni sabe cuánto vale ; pero llega el día de la prueba y entonces se da cuenta de su virtud y de su fuerza. Es preciso, sin duda, renunciar á esos hábitos cómodos y confortables, y á los atractivos de la vanidad y del orgullo, porque es muy seguro que por eso mismo es por lo que la divina Providencia cambia nuestra situación : porque nosotros no debemos vivir según nuestros vanos deseos, ni dormir acariciados por el lujo y los placeres, ni consagrar todas nuestras facultades á nuestro cuerpo únicamente. *¿De qué serviría al hombre, dice Jesucristo, ganar el mundo entero si pierde su alma?* Sobrellevemos con alegría las penas que nos procure nuestro estado, cualquiera que sea, puesto que los bienes y los males entran en los planes de la Providencia. Por lo demás, de nosotros depende en gran parte el hacer nuestra posición más ventajosa, puesto que si tenemos voluntad para ello y empleamos la prudencia y la actividad, fácilmente lo conseguiremos, para lo cual podemos contar con la bendición de Dios ; un solo día de firmeza nos proporcionará lo que no podrían darnos largos años de desaliento.

Antes de todo examinad de una manera clara y precisa el estado presente de vuestra fortuna. Sin este conocimiento, que debe tenerse día por día, fluctuareis en una incertidumbre y en una inquietud perpetuas : todos vuestros pasos serán vacilantes, porque nunca sabreis si os permitís demasiado ó demasiado poco. No os ocultéis á vos mismo ninguna pérdida ; llevad la sonda á todas partes, cualquiera que sea el dolor que os cause ; no embellezcáis vuestra posición para engañaros á vos mismo, no fundeis esperanzas sobre las arenas del orgullo ; apoyaos únicamente en lo que es evidente, y no conteis sino con lo que teneis en vuestras manos, con aquello que poseéis de una manera legítima y permanente hasta donde es posible. Por pequeño que sea vuestro caudal, por poco que corresponda á vuestras aspiraciones, felicitaos de haber llegado al conocimiento exacto de vuestra fortuna y de poder fundar en algo vuestras ulteriores resoluciones. Mientras más grande sea el mal, más firme debe ser el

valor y más constante; guardaos de toda vergüenza mal entendida; conservad vuestra dignidad, esa estimación de vos mismo que os procura una conciencia pura y la certidumbre de que vuestra desgracia no es el castigo de vuestros vicios.

Trazaos desde hoy, desde este momento, un plan de conducta y de reforma, *comenzando por privaros de todo aquello que no os sea estrictamente necesario*. Contentaos con lo que exige la naturaleza cuyas necesidades son extremadamente limitadas y haced que vuestro valor se sobreponga á todo y triunfe de todo; que vuestra confianza en Dios sea la base de vuestra fuerza moral, y esta firmeza tranquila en la desgracia os llenará del sentimiento de vuestra dignidad: colocado por encima de vuestro destino lo afrontareis sin temor y soportareis indiferente y hasta con alegría las privaciones que á otros cristianos débiles y pusilánimes atormentan constantemente.

Tratad de no faltar á vuestra promesa por una falsa vergüenza. Sed siempre sincero con vos mismo y con los demás hombres. Si habláis de los circunstancias de nuestra posición, hacedlo sin disimulo y sin reticencias y así no tendreis que temer el juicio frívolo de la opinión. Vivir sin temores es la mitad de la felicidad; todos los hombres de bien estimarán vuestro valor moral y vuestra franqueza y á la compasión que inspiren vuestras desgracias se añadirá el sentimiento del respeto. La ciega vanidad, al aconsejaros que ocultéis los pormenores de vuestra situación, os obligaría á ocurrir en todos ó en la mayor parte de los casos, á la hipocresía, á fingir la alegría cuando vuestro corazón mana sangre, á entrar en gastos cuando estais obligado á guardar la más severa economía. Esta es la causa de que cada vez disminuya la fortuna y de que sin cesar se halle el hombre atormentado por el temor de que no puede mantener en secreto lo que se oculta con tantas angustias. ¿Para qué, pues, prolongar así esas inquietudes? ¿Para qué exponerse á un suplicio inútil, puesto que la verdadera miseria se deja ver al través de las exterioridades brillantes, y la reserva produce necesariamente un malestar que se juzga tal vez mayor de lo que es realmente?

Nunca esperéis el último momento para hacer un uso de vuestros recursos que os sacaría, sin duda, si no de vuestra pobreza á lo menos de vuestro afán por ostentar una mentirosa opulencia. Querer parecer más rico de lo que se es equivale á hacerse más pobre de lo que se parece. ¿Qué es lo que os detiene para reducir vuestros gastos? ¿Lo que empleais hoy para engañar las mi-

radas de los hombres no podría, si tomarais consejo de vuestra propia conciencia, serviros de mucho al cabo de unas pocas semanas? En la felicidad de quién trabajais? ¿no es acaso en la vuestra? ¿Para quién haceis gastos inútiles que contribuyen á haceros desgraciado? ¿es para los demás? ¿Podríais decir al menos cuál es la ventaja que de ellos derivan?

Contentaos con poco. Si vuestras rentas disminuyen á vos toca aumentarlas con la economía. La pobreza nada tiene de vergonzoso; lo que debe avergonzar es la molicie, el lujo, la disipación. El hombre menos acomodado es un pródigo si compra goces de que puede privarse y gasta más de lo que posee. Satisfacedos con poco y pronto sereis rico; poseereis más de lo que exigen vuestras limitadas necesidades, mientras que en los días prósperos, poseyendo grandes riquezas no temíais con qué satisfacer vuestras necesidades imaginarias. La salud del cuerpo y la tranquilidad y el vigor del espíritu serán los frutos preciosos de una vida más arreglada. Así es como sobre cada virtud descende de lo alto una bendición divina: lo que negueis á vuestro cuerpo redundará en beneficio de vuestra alma.

Pero por otra parte *guardaos de dejaros llevar de la avaricia.* Nada es tan común como ver á hombres de un carácter débil aterrados por los reveses de la fortuna, convertirse de repente en avaros y amontonar riquezas privándose de lo necesario para vivir. Ellos pretenden ocultar su vicio bajo el nombre de economía, pero escatiman aun en los objetos y en las circunstancias en que la economía es inútil y peligrosa. Los disipadores convertidos están á menudo más cerca de la avaricia. El hombre verdaderamente económico previene las privaciones penosas para sí mismo y prepara auxilios para los que los necesitan; el cicatero economiza hasta en lo que no es permitido economizar, y el avaro, en fin, acumula riquezas para no gozar de ellas ni él ni los demás y únicamente para satisfacer sus pasiones.

Pensad en que una vida más económica y austera no ha de llevaros al extremo de faltar á la decencia, lo que os haría repugnante. Cualquiera que sea vuestra posición debeis hacerla amable y honrosa. En vuestra casa no se verán lujosos muebles, pero en ella reinarán el orden, la sencillez y el aseo; no os vestireis con lujo ni con magnificencia, pero vuestro traje aseado y decente os abrirá todos los círculos sociales y nadie os negará su estimación. El aseo debe ser la primera atención de todo el que quiera economizar, así como el desaseo es la decoración más repugnante y más común en las familias pobres, porque creen que

no deben cuidar de esos objetos que á sus ojos no tienen valor alguno ; pero su negligencia daña lo que poseen, aumenta cada día su pobreza, y aleja, en fin, de su habitación el auxilio de la beneficencia, porque no se da á quien no sabe conservar.

Redoblad vuestra actividad. Dios bendice el trabajo. Emplead vuestras fuerzas en conservar intacto lo que poseéis y en añadir nuevos rendimientos á vuestra industria. El tiempo y las circunstancias se oponen quizás á que vuestro oficio sólo baste para subvenir á vuestras necesidades : reflexionad, pensad entonces en los medios de proveeros de nuevos recursos aunque sean poco abundantes ; no despreciéis las pequeñas utilidades, porque "de muchas gotas de cera se hace un cirio pascual," y Dios, para quien nada es pequeño, da su asistencia á quien sabe aprovechar el tiempo y ama el trabajo.

Cuidad de que vuestra mala situación no os haga melancólico, envidioso ó poco complaciente. Recibid tanto los bienes como los males que Dios os envíe con reconocimiento, con entera confianza en su sabiduría y en su bondad. En tanto que conserveis la fe y la confianza en Dios, El os sostendrá, conservareis la paz de vuestra alma y estareis siempre dispuesto á servir á vuestros semejantes y á merecer su afecto por medio de vuestra complacencia y buen trato. Lo que vos hagais por los demás ellos lo harán también por vos con placer, y ese será uno de los frutos preciosos de vuestra confianza en la Providencia. Jamás abandonéis la fé que le jurásteis en el bautismo para que nunca os veáis abandonado de los hombres. Y cuando se acerque el momento de la tristeza, esperadlo con ánimo tranquilo y así podéis seros provechoso ; antes que entregaros al dolor y al abatimiento levantad el alma en alas de la oración hácia ese Espíritu eterno cuya esencia es el amor : vuestro ruego bajará de nuevo del cielo á las tinieblas pasajeras de este mundo y vuestro corazón se sentirá consolado. En adelante no tendreis los goces cuyo hábito habíais contraído, pero de vos depende el no estar nunca privado de vuestra parte de felicidad. Vereis surgir del seno de vuestras ocupaciones mil dulzuras que antes desdeñábais, que ni siquiera descubríais, y hallareis placeres más positivos que los que os procuraban los gastos más dispendiosos.

Hé aquí lo que son vuestros deberes y cuál debe ser vuestra conducta ; si á ellos la arreglais la fortuna puede mostraros un rostro severo, pero nunca podrá arrebatáros ni el amor de Dios, ni la estimación de los hombres honrados, ni alterar el sentimiento de vuestra dignidad personal.

Ya conocéis vuestros deberes, pero pensad en que todos son solidarios, que no podeis cumplir unos y olvidar otros, porque entonces os salvaríais á medias, y ya sabéis que la felicidad y la salvación son indivisibles. Acercaos á Dios y Dios no se alejará nunca de vos que le amais y le buscais.

Reconoced la paternal sabiduría de Dios y su infinito amor á los hombres y entregaos á Él en vuestro dolor; porque si de Él habeis recibido los beneficios, ¿por qué no habeis de recibir también vuestras aflicciones? Sabéis ya lo que debeis á vuestra familia y á vos mismo en la posición en que Dios os ha colocado; haced, pues, que ese deber sea para vos una ley inviolable. Pedid al cielo la fuerza y el valor que necesitáis para cumplirla á despecho de todo, y una vez conseguidos triunfareis de todas las dificultades y conservareis en vuestro corazón la alegría y en vuestra alma la dulce tranquilidad que constituye la única dicha posible entre los hombres; vuestros días correrán serenos, y á la hora de la eterna despedida sabreis cuánto valen la confianza y la resignación, el amor y la fe en la divina Providencia.

EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

Sobredad
Valenzuela Garba

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

LOS SUFRIMIENTOS DE LA PATRIA.

CUANDO el país en donde la divina Providencia me hizo ver la luz se halla afligido por la escasez de las subsistencias, por la paralización del comercio y de la industria, por las enfermedades contagiosas ó por la más desastrosa de las calamidades,—por la guerra, los sufrimientos de mi patria son también los míos puesto que yo hago parte de ese grande edificio social y la enfermedad del cuerpo entero se extiende y se hace sentir en cada uno de los miembros que lo componen.

Así como no hay hombre que goce de una felicidad constante y sin nubes, de la misma manera no se ha visto nunca que un pueblo goce sin interrupción de largos días de paz, de orden y de prosperidad. Cuando las borrascas de la naturaleza cesan, las borrascas y los desastres de las pasiones humanas trastornan el mundo. Muy raro es el país que pueda gloriarse de haber disfrutado de un siglo entero de seguridad y de paz; y son muchas las naciones que cuentan por lustros y aun por años las revoluciones que las han arruinado y que las han detenido en el camino del progreso y de la verdadera civilización.

Apesar de los espantosos males que la guerra trae consigo los verdaderos cristianos no deben desesperar á la vista de tantas desgracias. No. ¿Qué sería la grandeza de alma si no se mostrara en todo su esplendor en los días del sufrimiento? ¿Para qué servirían las convicciones, las creencias religiosas, si ellas no nos levantarán sobre las duras tempestades de la vida? ¿Qué sería

de nuestra confianza en Dios si no nos diera la fuerza que hemos menester para bendecir, aun bajo las ruinas del mundo entero, la sabiduría de su Providencia?

Sí; esos mismos azotes tan funestos de la guerra tienen también su lugar en los designios eternos é inescrutables que rigen el mundo. Esas tempestades no son la obra del hombre, sino que se desatan sobre los pueblos en virtud del poder y de la permisión de Dios. Los heroes que celebran pomposos triunfos, los ejércitos que ciñen sus sienes con el laurel sangriento no son sino instrumentos de la mano oculta que dirige los destinos de la humanidad.

La ruina misma de nuestro bienestar, la misma cesación de nuestras más dulces alegrías es un beneficio que Dios nos dispensa. La divina Providencia arroja la semilla en el seno desgarrado de la tierra, y esa semilla debe dar sus frutos benéficos aun cuando esto parezca imposible á la razón humana. Nuestra vista limitada no puede, es verdad, presumir cuáles serán esos frutos para nuestros hijos y para nuestros nietos; pero la experiencia de tantos años, la suerte de varios pueblos y la historia entera de la humanidad nos enseñan que *nada de lo que sucede en el mundo, sucede vana é inútilmente.*

La guerra y los sufrimientos que son su consecuencia devuelven á los individuos y á las naciones esa energía de carácter que se embota en los placeres y en la indiferencia de un estado apacible. En el seno de una vida muelle y ociosa la mayor parte de los hombres se creen nacidos para los goces y las alegrías mundanas y siguen en pos de ellos olvidando la mejor parte de sí mismos. Cansados estamos de ver las sutilezas del espíritu razonador, la ligereza de carácter, el orgullo y la cobardía reemplazando á la elevación del sentimiento religioso; la magnanimidad del sentimiento patriótico proscrita y en su lugar los odiosos manejos del egoísmo ó de la hipócrita ambición; al entusiasmo por la patria, al respeto por la autoridad de las leyes ha sucedido el lenguaje temerario del espíritu rebelde para el que nada hay sagrado; el nombre de la virtud ha sido proscrito por el buen tono; la lealtad se llama torpeza, el pudor afectación, la buena fe imprudencia, la piedad religiosa fanatismo y el valor para el sacrificio exaltación del orgullo.

La degradación llega á tal extremidad que los sentimientos piadosos, las acciones generosas, se han convertido en asuntos de irrisión ó son atribuidos á motivos innobles. Con la fe en la virtud ha desaparecido la virtud misma y sólo se ven los vicios

que antes se ocultaban avergonzados: al seductor villano se le da el título de hombre de mundo; al libertino se le califica de insinuante y amigo de la sociedad; al egoísta de prudente; al que desprecia la religión y á sus ministros de espíritu fuerte y despreocupado; al calumniador se le llama hombre de talento; al suicida, valeroso y resuelto, y al ambicioso vulgar amigo de la gloria.

Tales son y serán siempre los efectos de una larga paz y del abuso que un pueblo hace del reposo. La molición engendra la corrupción de los principios y de las costumbres; y hé aquí por qué se hundan naciones en otro tiempo grandes y poderosas y cómo los príncipes arrastrados por la licencia, caen de lo alto de su trono. Tal ha sido en todos los tiempos la suerte de los pueblos gastados por la molición, debilitados por la paz y que, aplicados á las artes del sensualismo, han perdido el amor á la patria con la energía y el entusiasmo de la virtud. Allí donde cada ciudadano se encierra en su propio *yo* y se escuda con el vil egoísmo en vez de vivir para todos, allí no hay patria posible, porque los vínculos sociales están rotos y el edificio entero está próximo á caer en ruinas al primer choque.

Las lecciones de la desgracia son utilísimas para el género humano, porque son las más severas. El peligro, que no el delito, es lo que forma los heroes; y es necesaria la guerra para devolver á las almas enervadas el vigor que exigen las virtudes magnánimas del cristianismo; la pobreza general restablece la sencillez de las costumbres, madre de las virtudes que el mundo admira, y después de la guerra viene una generación nueva y más virtuosa y sufrida.

De todas las virtudes cristianas la primera que debe ejercitarse es el valeroso patriotismo, fuente de nobilísimos sentimientos y de las más meritorias acciones. ¿Qué corazón cristiano será capaz de permanecer insensible en presencia de las desgracias de la patria?

No hay entre todos los lugares de la tierra ninguno que amemos tanto y con tanto respeto como aquél en donde lanzáramos nuestro primer aliento y derramámos nuestras primeras lágrimas; aquél en donde duermen en paz nuestros padres, y en donde empezámos á conocer á Dios; aquél en donde viven nuestros amigos y donde las leyes han protegido nuestros derechos y á cuya felicidad hemos consagrado gran parte de nuestra existencia. ¿Qué nos importa el elogio ó la censura de los extranjeros? En medio de nuestros compatriotas es en donde la alaban-

za es más dulce y más amargo el vituperio. Unidos á ellos como en una sola familia, invocamos juntos al Dios de nuestros padres, juntos soportamos los golpes de la adversidad, saboreamos juntos las delicias de la dicha, y algún día nuestras cenizas reposarán en el mismo panteón en la noche de la tumba, y nuestros hijos vivirán con sus hijos y experimentarán las mismas alegrías y los mismos dolores.

Los sufrimientos de la patria son pues también nuestros sufrimientos, y ellos no serán soportables sino cuando todos sus hijos se resuelvan á disminuirlos con su amor y su respeto; ni podrán cesar sino cuando todos unidos les opongamos nuestro valor, nuestros sentimientos y nuestras resoluciones.

La patria reclama el amor y el apoyo de todos sus hijos: ¿cuál de ellos querría abandonarla cuando la ruina de la madre es la ruina de los hijos?

¿Pero qué es lo que debemos hacer, qué es lo que la patria exige de nosotros en sus días de sufrimiento? Como cristianos y como ciudadanos estamos dispuestos á ayudarla.

Vamos á satisfacer vuestra pregunta. Debeis en primer lugar tener absoluta confianza en Dios á fin de que esa confianza sostenga vuestro ánimo y os haga capaz de grandes empresas y de heroicos sacrificios. Sí, en primer término la confianza en la Providencia, porque ya sabemos cuán limitado es el poder de los hombres; la confianza en Dios, porque en sus manos y no en las de los hombres es en donde se halla el hilo de nuestros destinos; en sus manos y no en las nuestras está la suerte de los pueblos; porque al más leve movimiento de su voluntad divina todo cambia de faz con maravillosa rapidez, surge la salud de donde menos podíamos esperarla y de nuevo nos rodea la abundancia cuando temíamos ser víctimas de la miseria.

Cuando el gobierno que, humanamente hablando, rige los destinos de nuestro país es justo y legítimo y llena en lo posible las aspiraciones de los pueblos en lo tocante á la paz, á la seguridad y á la garantía de sus opiniones y de sus creencias religiosas, debemos tener confianza en él y respetarlo y obedecerlo, porque así lo exige el interés de la patria, porque ese respeto y esa obediencia son de precepto divino y porque toda la fuerza de la ley y del llamado á ejecutarla depende de la buena voluntad, del apoyo y de la confianza de los pueblos. Proscribamos, pues, todo linaje de desconfianza y tengamos presente que la paz, la seguridad legal y la prosperidad del Estado más interesan al Gobierno que á los simples ciudadanos; no censuremos con ciega

presunción las medidas que tome y cuya necesidad y objeto no conocemos tal vez, y ofrezcámosle más bien el auxilio de nuestros brazos y de nuestra fortuna á fin de que pueda ejecutar con firmeza lo que ha resuelto con sabiduría. Censurar sin reserva al gobierno es difundir el desaliento entre los ciudadanos y debilitar al Estado. Un ejército que no obedece con merecida y absoluta confianza las órdenes de su jefe está vencido antes de llegar al campo de batalla. En el tumulto del combate el soldado no puede juzgar á su general, quien desde lo alto de su posición descubre entre la multitud de circunstancias y de hechos que uno á otro se suceden aquello que se escapa á la vista de otro cualquiera. La fe incontrastable, la lealtad á toda prueba, hé ahí lo que da alas al valor del soldado y lo que lo hace triunfar del enemigo más poderoso.

La patria exige también que por medio de nuestro ejemplo y de nuestros generosos sentimientos despertemos y reanitemos el espíritu abatido de nuestros conciudadanos: este es un deber que la patria angustiada impone al cristiano. Paralizar ó embotar el valor de aquellos cuyas fuerzas reunidas pueden salvar el país, ó mirar con indiferencia su desaliento es empujar á la patria hacia el abismo.

La intrepidez del capitán ha salvado muchas veces el bajel que navegaba un mar borrascoso, entre un cielo inflamado por la tempestad y un oscuro abismo que iba á devorarlo. Pero si los tripulantes, temblorosos y pálidos de terror, hubieran abandonado el timón y toda maniobra, si olvidándose cada cual de los demás no hubiera pensado sino en su propia salvación la pérdida de todos habría sido inevitable.

Reanimad, pues, sin cesar en el corazón de vuestros conciudadanos la luz de la esperanza; ahogad las voces que difunden el funesto desaliento, guardaos de propagarlas y no aumenteis la general consternación haciéndoos el eco de noticias ó escritos encaminados á cambiar la situación próspera y tranquila de la nación, porque por terrible que sea el peligro, visto de cerca, lo es menos que la angustia y el temor; sed hombre el día de la desgracia; y cualquiera que sea vuestra posición manifestad en toda vuestra conducta el valor y la firmeza que inspira el cristianismo.

Pensad en los medios y en las disposiciones por las cuales se pueden evitar los males que amenazan á vuestra patria; comunicad á los hombres de bien vuestras ideas; asociaos á ellos para toda empresa que tenga por objeto el progreso moral, inte-

lectual ó material de vuestro país, ó por lo menos sostenedla con todos vuestros recursos, porque la desgracia está medio vencida, cuando se espera con calma y se prepara el corazón para recibirla. El buen ciudadano, el verdadero defensor de la patria, es aquél que piensa menos en vengar las injurias que se le han hecho que en alejar de ella los golpes que la amenazan.

Dad á vuestros compatriotas el sublime ejemplo del sacrificio por la salvación del Estado; sufrid sin resistencia y sin murmuración las cargas que él os imponga y llevadlas con placer en tanto que vuestras fuerzas no os abandonen. ¿Las leyes y el gobierno encargado de su ejecución os piden una mínima parte de vuestros bienes para la defensa común? pues dad esa parte para poder salvar el resto; y si la patria os exige mucho más, dádselo, porque el báculo de la pobreza brillará en vuestras manos como un cetro, y vuestros humildes vestidos serán tan dignos de honor y de respeto como la púrpura de un rey.

El que no piensa sino en sí mismo en medio de los sufrimientos de la patria, la deshonra y le es traidor. En medio de las calamidades públicas es en donde el egoísmo recibe el castigo más pronto y más severo.

Si hay algún miserable que busque su fortuna entre las ruinas del orden social y en la miseria de sus conciudadanos, su placer en el dolor general, su engrandecimiento en las lágrimas de la viudez y de la orfandad, es seguro que ese corazón no ha palpitado jamás movido por el sentimiento humanitario, y su alegría es la alegría de los demonios. Apartado de los hombres de bien, de toda alma noble y generosa no tiene patria; se coloca siempre en las primeras filas del ejército enemigo de la República y se complace en ver correr las lágrimas de la desesperación y en oír los gemidos del infortunio; pilla ó deja pillar impasible la casa de su hermano, y desgarrá sin compasión el seno de su madre, de la tierra que lo ha visto nacer, de su propia patria.

Antes que aprovechar la general pobreza para enriquecerse por medio de una usura escandalosa y bárbara, el cristiano se condena á sí mismo á una pobreza voluntaria, y se aplica á la tarea de vivir con moderación á fin de acumular un superfluo que puede llegar á ser lo necesario del pobre, y sus economías se convierten en la caja común de los desgraciados. *Interesaos en la prosperidad de la patria*, dice á sus conciudadanos con Jeremías, porque en la paz de vuestra nación encontrareis vuestra propia paz.

Tal debe ser la conducta del cristiano para con su patria.

Mientras mayores sean los servicios que ella le pida mayor debe ser el afecto que él la profese; él no se asemejará á esos amigos pérfidos y traidores cuyas caricias, fruto del cálculo vil, no subsisten sino en tanto que se recibe el cambio; el día de la desgracia él no abandonará á su patria para ocuparse únicamente de su persona y de su familia, sino que se quedará en el país que lo alimenta y tantos goces le proporciona, porque tiene plena confianza en Dios *y hace lo que es bueno.*

En fin, si la patria, colocada en inminente peligro de perderse, exige de nosotros el último sacrificio que por ella podemos hacer, el de nuestra propia vida, no podemos, no debemos negárselo, porque estamos en la imperiosa obligación de dar la vida por la felicidad de nuestros hermanos; esto es lo que prescriben las leyes divinas. ¿Quién sería el orgulloso que se atreviera á llevar el título de cristiano sin tener el valor de cumplir la voluntad de Dios? Cuando la honra y el bienestar de la patria están en peligro, cuando las leyes, la libertad, y la seguridad están amenazadas de muerte; y cuando la vida de los ciudadanos, la propiedad, y hasta el honor de la familia corren peligro de desaparecer, el buen patriota, el cristiano de corazón sabe morir en defensa de esos que son los más sagrados intereses sociales; y no solamente se sacrifica por la patria y por la familia sino que contribuye eficazmente á asegurar la paz y la prosperidad de las futuras generaciones.

La muerte es el último término á donde pueden llegar los hombres, lo mismo el monarca poderoso rodeado de honores, de prestigio y de fuerza que el triste y desamparado mendigo. Si la Providencia lo dispone sucumbimos, y si no, aun cuando mil puñales y el plomo homicida cayeran como lluvia sobre nosotros en pié permaneceríamos, porque Dios vela por nosotros, y hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados.

La muerte tiene armas de toda especie, y tarde ó temprano ha de emplear alguna de ellas para herirnos. Pero morir por la patria, morir en defensa de la honra nacional, de la fe religiosa, del hogar y de la tranquilidad pública amenazados de completa ruina, es la más grande y la más bella de todas las muertes. Es la más generosa también, porque es un sacrificio hecho al deber; es la más santa porque tiene por objeto la felicidad de nuestros conciudadanos. Morir por la salud de la patria es morir como esos hombres extraordinarios con cuya memoria se honra la especie humana; es morir entre los resplandores de la gloria, como murieron tantos mártires de la fe. Si ellos rindieron su vida al

pié del estandarte divino de la Cruz, el buen ciudadano cae á la sombra de la ensangrentada bandera que representa el honor y las glorias de su patria.

El amor á la patria es una de aquellas virtudes cuya práctica lleva en sí misma su propia recompensa. Si vos habeis contribuido á la salvación de vuestro país, ¡de cuántos dulces sentimientos no llena vuestro corazón el recuerdo de ese beneficio! La memoria de vuestras heroicas acciones tiene sus monumentos en el corazón de cada uno de los seres que os rodean, os sonríe en la mirada afectuosa de vuestros conciudadanos y os habla en el silencio conmovedor del sexo débil y bello que os honra y os contempla.

¡Dios de nuestros padres! Inclina tus misericordiosos ojos sobre mi pobre y desgraciada patria! Penetra en el corazón de nuestros mandatarios y dirígelos por el camino de la justicia y del honor, y sálvanos del duro azote de la guerra! Mas si la copa del sufrimiento no ha de poder apartarse de nosotros entonces sostén nuestro ánimo y acrecienta nuestras fuerzas á fin de que nuestro corazón se sobreponga á las desgracias que nos amenazan! Animados por tu divino espíritu afrontaremos sin vacilar todo peligro y consagraremos con alegría nuestros últimos esfuerzos á la salud de la República.

LA FALSA ECONOMIA.

LA LINEA de demarcación entre el justo medio y el exceso, entre la virtud y el vicio que toma á las veces las apariencias de virtud es tan delicada, que muchas ocasiones cree el hombre trillar el camino del deber cuando lo que hace es acercarse por sendas escabrosas al abismo del mal. Nunca será, pues, demasiada la atención que consagremos á nuestra conducta si es que queremos avanzar rectamente hacia nuestra perfección.

Hay gentes que creen ejercer una benéfica y caritativa liberalidad al paso que se hacen culpables de la injusta disipación de sus bienes ; otras imaginan que están cumpliendo los preceptos de la moral empleando una economía prudente y previsora, cuando lo que hacen es convertirse en esclavos de una de las pasiones más ruines. Ni es raro encontrar personas en las cuales se echa de ver la monstruosa reunión de la avaricia y de la prodigalidad.

Y si esta alianza es bastante común, ¿ no será fácil que en el gobierno de mi casa haya incurrido en alguno de esos dos vicios y tal vez en ambos? Es posible ; y por eso es por lo que voy á dedicar esta hora de retiro y de meditación al examen de mi conciencia ; examen que, mediante Dios, influirá feliz y poderosamente en la suerte de mi casa y de mi familia, porque no me será indiferente saber si administro ó no con fidelidad y economía los bienes que la divina Providencia me ha confiado.

Creo que muy lejos de obrar injustamente cumplo un deber cuando en mi calidad de hombre y de ciudadano not rato de au-

mentar los bienes temporales que poseo ; y que quien no lo haga por indolencia ó por descuido llegará tarde ó temprano á la necesidad de vivir á expensas de los demás, á ser un miembro inútil para la sociedad, y acabará por alimentarse y vestirse con el fruto del sudor ajeno. Mi conciencia me dice que debo trabajar para aumentar mi bienestar y el de mi familia hasta donde me alcancen las fuerzas y las circunstancias me lo permitan, porque es una verdad incontestable la de que una posición independiente me pone á cubierto del capricho de los otros hombres que por desgracia son generalmente poco delicados y caritativos para no hacer sentir á quien se les acerca el terrible aguijón de la pobreza ; porque una renta que exceda á mis necesidades me permite ofrecer un socorro al infortunio sin gravar mi fortuna, y porque los hombres honran y respetan más al que es rico ó al que vive desahogadamente que al que vive del trabajo, aun cuando por lo demás sea una persona digna de toda estimación. Esa honra y ese respeto, esa confianza debida á una fortuna honradamente adquirida, es un capital más, una nueva fuente de donde pueden salir grandes beneficios para mis semejantes. Por otra parte, ¿ no estoy en la obligación de socorrer á los parientes más pobres que yo, y de proveer á la subsistencia y á la educación de los hijos que Dios me ha dado ó pueda darme algún día ?

Aumentar sus bienes y sus propiedades por medio del trabajo y de una prudente economía es, pues, uno de los primeros deberes del hombre considerado como miembro de la sociedad. Prodigarlos sin reflexión y sin necesidad es, en cierta manera, despojarse á sí mismo de lo que tiene ; porque el insensato que disipa su fortuna se priva del gran medio de ejercer su acción moral y de hacer el bien á sus semejantes ; se echa al cuello una pesada cadena forjada por él mismo y se expone á ser el juguete ó el esclavo de otro ; y en fin, prepara á su familia y á sí mismo un porvenir agitado sin cesar por los sufrimientos, las necesidades y la vergüenza.

El hombre prudente encuentra un preservativo contra la pobreza en su activo celo por adquirir comodidades, en su moderación para gozar de ellas con sabiduría y en los placeres honrados que le asegura el fruto de su industria ; ella lo provee con abundancia de los medios de satisfacer sus nobles deseos socorriendo á sus prójimos y á todos aquellos cuyas necesidades reclaman su compasión. Todo esto entraña la palabra *economía*.

Muchas gentes se creen económicas porque no disminuyen el

principal de su fortuna ni emplean más de lo que pueden gastar para empobrecerse. Censuran al disipador cuya riqueza ven disminuirse por grados; pero en cuanto á ellos no piensan nunca en que la censura pueda afectarlos, sin embargo de que lo merecen cuando en vez de destinar su superfluo al bienestar de sus hijos ó al fomento de las empresas ó establecimientos útiles lo arrojan incautamente á un torrente ó á las llamas,—que no otra cosa es la satisfacción de los apetitos sensuales,—para comprar á este carísimo precio un placer fugitivo que no deja tras sí ningún recuerdo agradable. Pero se preguntará, ¿cuál es ese insensato que arroja así su dinero sin utilidad para él ni para la sociedad? Y respondemos que ese insensato es el que gasta el fruto de su trabajo en una mesa de juego, en espléndidos festines, en los refinamientos del lujo ó en satisfacer otras pasiones ú otros caprichos. No hacer de sus bienes el buen uso que demanda la ley de Dios y el amor á los hombres es disiparlo.

Otras gentes, al contrario, toman como economía una conducta opuesta, que consiste en acumular el dinero que sus necesidades no absorben, y aumentar así cada año un capital, en el cual fundan todas sus alegrías. Amontonan peso sobre peso, agregan propiedad á propiedad sin proponerse ningún otro fin que ese, es decir tener riquezas, muchas riquezas, sin hacer uso de ellas. Lejos de ver en su fortuna un medio de embellecer su existencia derramando en torno suyo los beneficios, sólo quieren acumularla para recrearse en lo que poseen y de este modo se convierten en avaros. La actividad que emplean es el fruto de una insaciable codicia, su economía un rigor culpable que ejercen para consigo mismas, y su previsión una dureza sorda á los gritos de la miseria y á los llamamientos de la caridad.

Cuando la avaricia se muestra en toda su horrible desnudez es un objeto de burla ó de odio para la mayor parte de los hombres; pero este vicio, como todos los demás, tiene sus grados y sus especies. No todos los avaros se asemejan entre sí, pero todos se hacen injustos y odiosos de distintas maneras: en unos la excesiva economía lucha con el amor del bien y con la natural benevolencia; en otros el orgullo, la soberbia y el deseo de brillar en el mundo, se alían con una extremada austeridad en el interior de su casa; otros gustan de los placeres sensuales, de las diversiones, de la sociedad, pero al mismo tiempo los pequeños gastos que tienen que hacer para comprar esos placeres causan su tormento; el de más allá, accesible á la piedad, siente dolorosa emoción á la vista de la desgracia, pero no tiene bastan-

te valor para hacer un sacrificio en su obsequio, y los sufrimientos de los demás le causan viva pena, pero no es capaz de remediarlos pudiendo hacerlo.

Estas son las diversas formas bajo las cuales se presenta á nuestros ojos la avaricia, mas no por eso deja de ser tal, es decir, un deseo desordenado de acumular riquezas de que nadie goza, una pasión servil que obliga al avaro á velar cerca de sus montones de oro sin atreverse á tocarlos.

El hombre cicatero y ruin no cree tener nunca lo bastante, y así como es miserable para con los demás lo es también para consigo mismo; si les niega lo necesario que pudiera darles de su superfluo, á sí mismo se rehusa todos los goces y todas las comodidades de la vida que es preciso pagar. Siempre se le ve activo por codicia, ávido de dones que nada le cuestan y que á nada lo obligan, complaciente para con los ricos, inquieto y temeroso para con los pobres, rodeado de precauciones y de dificultades cuando presta dinero á un interes usurario, quejoso del tiempo presente, indiferente y hasta duro para con sus parientes á quienes predica incesantemente la economía; asídulo en la iglesia, en donde su oración, también avara, tiene por objeto implorar sobre sus bienes la bendición del cielo; trémulo y miedoso á la idea sola de la muerte, aun cuando ya es extraño á todo sentimiento humano, puesto que no vive más que para aumentar su tesoro.

Esclavo de una codicia astuta, no hace otra cosa que estudiar la manera de sustraer á su familia y á sí mismo todo lo que pase de lo estricto necesario; se cree pobre y siempre está temiendo que un accidente funesto lo reduzca á la indigencia; jamás piensa sin miedo en el porvenir, y por temor de carecer algún día de lo necesario se priva de ello durante su vida.—Después de esto, ¿habrá quien dude de que la avaricia es el colmo de la más dura pobreza?

¡De cuántas inquietudes y agitaciones es víctima el esclavo de esta ruin pasión! Sentado á la orilla de la fuente de los placeres, bebe en la copa de la amargura; los cuidados que le ocasionan las riquezas paralizan su espíritu y enervan su cuerpo; es más pobre que el mendigo que goza siquiera del momento en que se le da una limosna; llega para el avaro la muerte y no ha visto en todo el curso de su existencia sino dinero, intereses y obligaciones; ha pasado su vida entre las privaciones que á sí mismo se ha impuesto y las que ha hecho sufrir á los demás. y muere al fin dejando el fruto de sus desvelos y el objeto de todos sus afectos en manos de herederos á quienes nunca supo inspirar cariño, ni siquiera estimación.

Nadie es rico sino cuando está contento con lo que tiene ; de manera que el avaro, á quien nada satisface, es uno de los seres más miserables. El rico no consigue el respeto y el amor de los hombres sino cuando sabe difundir en torno suyo la felicidad y la alegría ; el avaro es despreciado de todos porque vive voluntariamente pobre en medio de sus riquezas, y no conoce el arte dulcísimo de hacer felices á sus semejantes.

La inquietud y el descontento que afligen al avaro reinan donde quiera que él ejerce alguna influencia. Es regañón y pendenciero con su mujer, quisquilloso y mal geniado en la educación y trato de sus hijos, duro y cruel con sus criados, frío é indiferente para con sus allegados y un objeto de aversión para todos. La fortuna del vecino le hace sombra y la envidia le roe el corazón ; se promete grandes ventajas en los negocios por medios poco delicados : la ocasión es seductora porque la falta de honradez queda cubierta bajo el velo del misterio, y en esta virtud se permite más de una infidelidad que él se excusa á sí mismo valiéndose de los sofismas que le sugiere su propia pasión. Honor, promesas, virtud, amistad, gratitud, verdad, inocencia, todo lo sacrifica al deseo de una ganancia, de una herencia, de un empleo lucrativo ; se familiariza con la adulación, con la mentira, con la calumnia, en una palabra, con todo lo que es malo ; y sin embargo, levanta al cielo sus manos impuras, y aun se atreve á acercarse al altar en donde se celebra el recuerdo de la humildad, del desinterés, de la misericordia y del sacrificio. No ve el avaro la virtud sino allí donde encuentra alguna ventaja, y todos los vicios, cubiertos con los especiosos nombres de necesidad ó de prudencia, son excusables para él con tal que sirvan para aumentar su fortuna.

Así como la sombra de los cuerpos se prolonga cuando el sol declina hacia el ocaso, así también la inclinación á la avaricia aumenta con los años y sobre todo cuando el hombre se acerca al término de su vida. La inquieta prudencia de la vejez da nuevo alimento á esa temerosa economía y á esa avara previsión.

Los hombres dominados por el deseo inmoderado de las riquezas pueden no reconocerse en la imagen de la avaricia que acabamos de bosquejar ; pero no pasará mucho tiempo sin que se miren en ese cuadro si no combaten seriamente y desde temprano su funesta inclinación.

El corazón humano está por lo común representando el fiel de la balanza en que las pasiones se mantienen como en equili-

brio é impiden que aparezca enteramente desmoralizado ó corrompido. Los hombres á quienes domina por completo una violenta pasión son raros y su vicio favorito mucho más notable.

Muchas gentes, por ejemplo, con el objeto de aumentar su fortuna, son cicateras para con sus criados, duros de corazón para con los desgraciados, indiferentes á la situación angustiosa de sus padres y parientes é inexorables para con sus deudores; pero por otra parte, si acumulan riquezas valiéndose de tan odiosos medios es sólo con el fin de ostentar un lujo insolente para darse ínfulas de gente de elevada posición, para adquirir fama entre los jugadores, para cubrir su mesa de manjares exquisitos y para entregarse, en una palabra, á todas las delicias de una vida sin freno. Aquí dos vicios subyugan de concierto el corazón del hombre, haciéndolo esclavo abyecto y despreciable de su propia complicidad.

Semejante alianza se presenta á menudo á nuestros ojos en el comercio de la vida ordinaria. ¡ Con qué avidéz y por cuántos vergonzosos y reprobados medios se acumula el dinero valiéndose del fraude, burlando las leyes, oprimiendo á los infelices indefensos é incautando considerables ó ruines herencias! ¡ Y tantas bajezas y tantos crímenes no tienen otro móvil que el orgullo y la vanidad! ¡ Con cuánta crueldad se niega á la desgracia el más necesario socorro! ¡ Cuánta mezquindad para con la familia! ¡ Cuánta miseria en los gastos de la casa, para disipar en pocas horas en un suntuoso banquete, en un baile, en un paseo ó en una mesa de juego una suma que habría podido servir para aliviar por algún tiempo la angustiosa situación de una familia! ¡ Cuántos padres y madres cruelmente avaros para con sus hijos, descuidan su educación por gastar en magníficos vestidos y en regalada mesa lo que con tanto empeño han acumulado por medios ruines é ilícitos!

La divina Providencia ha confiado á cada hombre un talento que debe hacer valer para el bien de la sociedad; cada uno de nosotros es responsable de su empleo, y ¡ ay de los infieles que, insensibles á los males de sus semejantes, acumulan su oro en montones estériles cuando no los presentan como ofrenda en el altar de sus pasiones!

La mala educación de la juventud es casi siempre el origen de la avaricia, porque no se enseña á los jóvenes á conocer el valor ni á hacer un uso legítimo de los bienes de la tierra; no se les enseña á ganar por medio del trabajo poco para sus propias necesidades y mucho para las necesidades ajenas; se alaba

cautamente en ellos una extremada economía que no tiene objeto y que priva á sus condiscípulos desgraciados de los bienes de que ellos no son más que simples depositarios. Las duras privaciones que sufren en la juventud y los excesivos cuidados de que se les rodea en los primeros años de la vida hacen nacer y desarrollan esa inclinación exagerada á amontonar riquezas. Algunas veces se ven desenfrenados disipadores convertirse de repente en avaros cuando el temor de la pobreza y de la ignominia que los amenazan los fuerza á recurrir á medios desesperados y los arroja en el vicio opuesto al que quieren rechazar. También nace la avaricia del placer que acompaña al fruto de un trabajo activo: se disfruta de los pequeños tesoros que se economizan sucesivamente, luégo se desea adquirir más y más, y ocupado sin cesar el espíritu en los pensamientos y en los planes de que el lucro es objeto, se inhabilita para sobreponerse á la materia y buscar placeres dignos de él.

Que los padres cumplan, pues, con el deber que tienen de vigilar desde temprano las disposiciones de sus hijos. Guardaos, padres y madres de familia, de aplaudir sus desos de poseer más que los compañeros de sus juegos ó de sus estudios. Los jóvenes á quienes la posesión de los objetos materiales hace olvidar el placer de partírselos con sus amigos y descuidar las inocentes alegrías de su edad, se convierten más tarde en egoistas duros de corazón y de espíritu pequeño: no amarán á nadie ni serán nunca amados de persona alguna.

Enseñad á vuestros hijos desde la más tierna edad á contentarse con poco y á buscar la felicidad en la beneficencia, en la caridad cristiana. Haced que prefieran merecer la gratitud á brillar por la vanidad: enseñadlos á ser económicos para sus propias necesidades y caritativos para con los que han sido menos favorecidos por la fortuna.

El sabio, el verdadero cristiano bien lejos de ver en la posesión y el goce de los bienes temporales una degradación moral, considera más bien la fortuna como un medio poderoso de servir los intereses de la patria y de la humanidad doliente: trata de conservar sus bienes por medio de una prudente economía, en aumentarlos por medio del trabajo honrado; pero no con el objeto de conservar sin fruto un tesoro intacto ni de satisfacer su sensualidad; evita todo lujo inútil, todo gasto en objetos frívolos y propios para corromper su corazón; regula y somete á razonables principios su liberalidad y esa benevolencia compasiva que á las veces degenera en engaño, y va con placer y sin tener

en cuenta la gratitud, allí donde se hace oír la voz de la necesidad que demanda un socorro oportuno; es liberal por deber generoso por interés de la humanidad; y en todos los casos sabe aliviar la miseria y fomentar toda empresa, todo establecimiento de utilidad pública.

Los bienes de este mundo no son para el cristiano el objeto único de la existencia, sino un medio de perfeccionar su ser moral por la caridad y hacerlo digno del elevado destino que le espera más allá del sepulcro. Sólo allí está su tesoro, allí solamente está su corazón. A la inmortalidad de su espíritu sacrifica los bienes que posee y no acumula tesoros sobre la tierra, donde los gusanos y el orin todo lo destruyen y donde los ladrones pueden arrebatárselos.

¡Padre nuestro y autor de todo don perfecto, dadnos la fuerza que necesitamos para considerar siempre la fortuna á la luz de vuestra divina sabiduría y hacer de ella un empleo honroso y digno de nuestro carácter de cristianos!

DE NUESTROS JUICIOS

SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS PUBLICOS.

LAS CONVERSACIONES de la sociedad ruedan con frecuencia sobre los sucesos más notables del día, y mil contrarias opiniones se oyen respecto de los gobernantes y de los gobernados, y la verdad y el error, la certidumbre y la conjetura se confunden y entrechocan. Pero así como las conversaciones de este género pueden ser fecundas en instrucción, son por lo común el origen de la discordia entre los ciudadanos.

No es solamente la curiosidad lo que explica el grande interés que tienen para el hombre las conversaciones sobre los sucesos importantes de actualidad, ni tampoco se funda la preferencia que se les da en la actividad que imprimen á los espíritus vivificando el cambio de las opiniones y de las ideas; lo que les da tan general ascendiente es ese sentimiento secreto que nos dice que la historia de cada ciudad, de cada aldea y de cada familia se relaciona de un modo más ó menos directo con la historia feliz ó desgraciada de los más grandes pueblos.

Aunque éstos estén separados entre sí por mares, ríos ó montañas; aun cuando difieran por el lenguaje, las instituciones y las costumbres, no por eso dejan de estar unidos por sus necesidades; y así como en una ciudad no podría subsistir una casa por sí sola ni prescindir de las otras que la rodean, así también

un pueblo necesita para su prosperidad y bienestar del auxilio de los otros pueblos. Estos forman una sociedad de grandes familias que, relacionadas entre sí sobre el globo, adoran en diferente lenguaje al mismo Dios, Padre común de los hombres.

Así, cuando en los círculos en donde la amistad nos reúne hablamos de la próspera ó desgraciada suerte de los pueblos que se hallan cerca ó lejos de nosotros, el interés que esto nos inspira no sólo es excusable sino que es digno de alabanza, porque de la felicidad ó de la desgracia de nuestros hermanos depende también la nuestra: el dolor que causa cada uno de los miembros del inmenso cuerpo social se siente en todo él, y recíprocamente el cuerpo entero no puede sufrir sin que cada uno de sus miembros participe de su dolor.

Mientras más frecuentes son estas conversaciones, más atento debe mostrarse el cristiano y más dispuesto á mostrarse digno discípulo de Jesucristo; porque esas conversaciones ocasionan á las veces faltas de diverso género y despiertan funestas sospechas. En los días tempestuosos y difíciles pueden muy bien causar perturbaciones y la división de los ciudadanos y atraer sobre el país el azote de la guerra civil.

Es muy frecuente ver que los actos de los hombres de posición elevada son objeto de grandes elogios ó de severa censura, muchas veces sin darse cuenta de esos mismos actos, y con extrema ligereza. Los gobernantes, sobre todo, son el blanco de esas conversaciones en las cuales se les juzga sin piedad y sin consideración alguna, ó se les hace el objeto de las más amargas burlas, de donde resulta que los afectos se resfrían, se relaja el sentimiento de la fidelidad que se ha jurado y se extingue el respeto que se debe á los superiores á quienes Dios en sus designios incomprensibles confió el poder y el mando de los pueblos á fin de que velen con paternal interés por su felicidad. ¿Qué es la ley sin la obediencia voluntaria de los ciudadanos? ¿qué es el magistrado sin la confianza del pueblo? ¿qué es la patria misma si el ciudadano desprecia su gobierno y si éste, á su vez, no ama á los asociados ni les inspira ni tiene en ellos confianza?

También sucede que esas conversaciones hacen nacer en los espíritus timoratos inquietud y temor excesivos; que los ánimos se indisponen mutuamente por la inflexibilidad del espíritu de partido; y en esta materia son muchos los casos en que la obstinación y tenacidad con que se han debatido opiniones contradictorias ha resfriado ó separado para siempre á los más íntimos amigos. ¿Y puede el cristiano mirar con indiferencia los desgra-

ciados efectos de esas conversaciones tan frecuentes en la sociedad? ¿No le prescribirá el deber que tenga gran prudencia en esas ocasiones en las que se trata de la paz de su propia casa, de la concordia de las familias, del afecto de los seres que le son queridos?

Se nota con bastante frecuencia que las expresiones inconscultas que se vierten en esa clase de reuniones vienen á ser la causa de los rumores funestos que agitan inútilmente á todo el país sin que nadie caiga en la cuenta de la circunstancia que les dió origen, y ya sabemos las tristes consecuencias que en la mayor parte de los casos trae consigo un rumor falso ó una noticia aunque cierta pero adulterada. ¿Quién ignora, por otra parte, que muchas veces esos rumores son obra del cálculo de los malos ciudadanos para excitar el odio y las persecuciones?

En las épocas de crisis una palabra imprudente ó una mala interpretación puede turbar el reposo de muchos miles de ciudadanos. El siniestro rumor vuela de boca en boca, todos lo oyen temerosos y lo repiten con celoso afán: nadie se atreve á mirar de cerca ese fantasma, la imaginación aumenta sus proporciones y le añade nuevas y aun más terribles circunstancias; anda, anda y por todas partes deja por toda huella el abatimiento, el terror y la expectativa vaga y confusa de acontecimientos desastrosos. Pronto se siente la general fermentación: la envidia, la ambición y el descontento emplean un lenguaje audaz é insolente; la turba engañada se coloca bajo sus banderas y sacrifica á su error mil víctimas inocentes; la sangre corre por todas partes, el fuego consume las cabañas otro tiempo apacible morada de la pobre y honrada familia y la miseria pública disipa, en fin, una embriaguez sanguinaria; se reflexiona y se reconoce el error; pero ah! los únicos frutos que se cosechan de ese general trastorno son el arrepentimiento y la vergüenza; la desgracia también ha descargado sus golpes, y las lecciones de la verdad se han recibido muy tarde. El fantasma de un falso rumor se ha disipado como las nieblas de la mañana, y cada cual se sorprende al ver cómo ha podido ser engañado, y cómo la demencia ha podido adueñarse de su espíritu.

Tal es la historia de muchos males y de muchas desgracias públicas; tales son los efectos de esas conversaciones imprudentes sobre los acontecimientos del día y sobre los actos de los mandatarios; tal es, en fin, la obra de esos espíritus ligeros y presuntuosos que dicen: *Hay libertad de palabra; nadie puede imponernos silencio, ¿quién se atreverá á ello?*

En tales casos el verdadero cristiano debe imitar, como en todos los demás de la vida, la prudencia del divino Maestro. Cierto es que él no solamente no está obligado á guardar siempre silencio, sino que el deber le obliga á emitir su opinión; pero cuando la emita sobre los intereses de los pueblos ó sobre los actos de los gobernantes, que lo haga con la modestia y la circunspección que corresponden á su cualidad de discípulo de Jesucristo.

Esa modestia no obliga solamente por el respeto debido á la autoridad como institución divina, sino porque los poderes públicos legítimos han sido establecidos por Dios para el mantenimiento y seguridad del orden social. La modestia del cristiano nace también de la convicción de que sus propios juicios son inciertos y muy limitadas sus miras: él no ignora lo difícil que es apreciar justamente las acciones de sus semejantes, porque la experiencia le enseña que muchas veces hemos juzgado mal de personas íntimamente ligadas á nosotros y censurado sus acciones antes de conocer con exactitud las circunstancias que concurrieron á ellas. Ilustrados después con nuevas luces sobre los motivos determinantes de su conducta, los hemos hallado suficientemente justificados ó por lo menos excusables, y sólo entonces descubrimos el error de un juicio prematuro.

Si tantas veces nos vemos en peligro de juzgar tan mal de las acciones de nuestros amigos y conocidos, ¡cuántas no estaremos sujetos á error en el juicio que formamos sobre las de los hombres separados de nosotros por la distancia de los lugares y por mil relaciones extrañas á nuestro estado y á nuestra experiencia! ¡Cuántas veces cometeremos error al citar ante nuestro tribunal á los hombres cuya condición y deberes obligan á tomar resoluciones y providencias cuyos motivos les ordena callar la prudencia! Es absurda é inconsiderada pretensión la de trazar á los magistrados el camino que deben seguir; porque desde el punto de vista más elevado de su posición pueden abarcar el conjunto y las necesidades del orden social con más acierto que nosotros, simples ciudadanos colocados muchos grados abajo y estrechados en un horizonte limitadísimo relativamente. El conocimiento de los negocios y la diaria experiencia los hace más capaces que nosotros de conocer y discutir los grandes intereses de los pueblos; y rodeados como deben estar de los hombres más hábiles, más prudentes y más experimentados, pueden obtener mejores consejos para los diversos casos imaginables ó posibles.

No se sabe si esos jueces tan inexorables de los magistrados y de los gobiernos están más bien cegados por la ignorancia y la falta de reflexión que por una soberbia que se acerca á la locura. Pero lo que sí es evidente es que nunca oireis hablar al orgullo y á la presunción por la boca de un verdadero cristiano, porque conociendo éste la esfera circunscrita de sus facultades no se atreve á pronunciar su fallo mientras que los motivos que han determinado el hecho á que se refiere estén cubiertos con el velo del misterio; no se atreve á sentenciar sobre hechos que, considerados desde un punto de vista más elevado y más extenso, deben mostrarse muy diferentes de lo que parecen á los ojos de quien los ve desde el fondo de la oscuridad. Nunca podremos saber á ciencia cierta si el gobierno comete un error real ó positivo; y aun cuando las consecuencias de sus actos arrojen sobre ellos alguna nube, todavía queda por resolver si habría podido obrar de otra manera.

A esa modestia tan conforme con su carácter el verdadero cristiano debe agregar la circunspección en sus juicios sobre los acontecimientos públicos.

No perdamos nunca de vista en nuestras conversaciones el efecto que pueden producir nuestras palabras en el ánimo de los que las oyen: muchas veces sucede que lo que á nosotros nos parece una simple opinión viene á ser para otros un motivo de temor aunque sea infundado; no es difícil ni raro que nuestros juicios inconsiderados vayan á despertar el odio, á acarreamos el desprecio de los demás, á encender el volcán de las pasiones de partido y á atizar el fuego de la discordia en vez de extinguirlo: puede suceder también que los chismosos, los maldicientes, los enemigos ocultos se apoderen maliciosamente de nuestras palabras y den cuenta de nuestras opiniones á personas que se creerán autorizadas para ver en nosotros sus enemigos y los enemigos del orden público, ó al menos para tenernos como sospechosos. Tal vez, sin que lo sepamos, una palabra irreflexiva que se escapa de nuestros labios se convierte para nosotros ó para nuestra casa en una fuente de pesares y desgracias.

Con todo, no es preciso pesar todas las palabras que se dicen con escrupulosa ansiedad, porque eso sería proscribir de esas conversaciones amistosas el encanto de la confianza y de la sinceridad; el cristiano debe hablar de sus superiores y de sus iguales con respeto, con delicadeza y con prudencia. Si sus expresiones llevan impreso el sello del afecto y de la dulzura no deben ser jamás motivo de temor; excusará cuando otros condenen y

examinará cuando juzgue. Esa circunspección le evita el temor de los falsos rumores y del alarma, y lo preserva de esas ilusiones del crédulo entusiasmo que lleva á los hombres muy lejos del camino de la felicidad; porque antes de dar fe á esos rumores averigua su origen y lo aprecia en su justo valor; combate las especies peligrosas, y si no puede aniquilarlas, al menos les opone la duda, y debilita así la influencia de esos peroradores de oficio que parecen decir: *Tenemos libertad de palabra, nadie puede imponernos silencio; ¿quién se atreverá á ello?*

¡Cuántas veces una expresión inconsulta ó una mentira maliciosa han producido efectos terribles en un pueblo para perderlo! Pero también, ¡cuántas veces una palabra dicha por un espíritu cristiano ha prevenido multitud de males y ha alejado de ese pueblo un sinnúmero de calamidades! Y esta es la corona á que debe aspirar el discípulo de Jesús; su puesto está señalado allí, en donde quiera que se pueda hacer el bien.

La modestia y la circunspección en los juicios que se emiten sobre los actos de los gobiernos no son virtudes difíciles de practicar cuando nuestro corazón está penetrado del respeto que se debe á la autoridad que Dios ha establecido para nuestro propio bien. El cristiano tiene siempre en la memoria aquella exhortación de San Pedro: "Tributad á cada cual el honor que le es debido, amad á vuestros hermanos, temed á Dios y honrad al soberano," y el ejemplo dado por el Salvador de los hombres. Juzga, pues, á los mandatarios como verdadero discípulo de Cristo y se apoya en ellos con confianza.

La vida mortal del Redentor ha legado al mundo recuerdos tan memorables como los que de nuestra época han de llenar las páginas de la historia. Entonces también se vieron monarcas arrojados de su trono, hombres poderosos caídos en la miseria, y hombres oscuros elevados á la cima de las grandezas. La dominación de los emperadores romanos abrazaba el Oriente y el Occidente; por todas partes se oían los gritos de guerra; los pueblos apacibles sufrieron el yugo de la servidumbre y las naciones belicosas fueron dispersadas y reducidas al cautiverio; por dondequiera se distribuían contribuciones é impuestos onerosos, y un solo soberano, sentado en el trono de Roma, reinaba sobre todos los pueblos sometidos á su imperio, entre ellos Jerusalén que también había perdido su libertad.

Entonces como ahora, en público y en las conversaciones particulares, se ocupaban las gentes sobre todo de los acontecimientos actuales y de los que se preparaban, y en el pueblo

judío reinaba una fermentación permanente. Perdido ya todo su esplendor lo recordaba siempre, así como á sus reyes cubiertos largo tiempo hacía con el polvo del sepulcro, sus antiguos y gloriosos triunfos, y lamentaba, en fin, con tristeza su primitiva independencia.

Hé aquí por qué la nación judía había esperado al Mesías como á su Salvador y Libertador; hé aquí por qué le saludó siempre con el título de *rey* esperando sus auxilios para librarse de la dominación romana, y por qué murmuraba sin cesar contra los impuestos públicos y contra los tributos exigidos por un príncipe extranjero.

Pero un día que los fariseos enviaron á los discípulos á que le hicieran á Jesús la pregunta capciosa de "si era permitido pagar ó no el tributo al César, les preguntó Jesús haciéndose mostrar la moneda en que lo pagaban: *¿De quién son esa imagen y esa inscripción?* A lo que le respondieron: *De César.* Entonces les dijo Jesús: *Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.*

Así es como el divino Maestro hablaba de los poderes de la tierra. De la misma manera debemos hablar nosotros que llevamos el título glorioso de discípulos suyos, porque lo que él dijo á los fariseos nos lo dice también á nosotros.

Así, pues, en los casos más importantes, así como en los que casi escapan á nuestra atención, la religión nos traza siempre la conducta que debemos seguir para prevenir el mal y hacer el bien por medio de la influencia que ejercen nuestras conversaciones en una esfera más extensa que la de la vida doméstica. Aun en un círculo de amigos, en el seno de la intimidad no nos es permitido abandonarnos, sin discreción al espectáculo del movimiento de las naciones; ni en este caso debemos faltar al respeto debido á las autoridades; no debemos faltar á esa modestia sincera, verdadero adorno del cristiano, sea que se muestre á las miradas de todo un pueblo, sea que busque la expansión de sus sentimientos en el seno de la amistad.

No es á nosotros sino á Dios á quien corresponde juzgar á los mandatarios injustos. Mientras más elevados estén sobre el resto de sus conciudadanos más grande y terrible es la responsabilidad que tienen ante el tribunal supremo del Rey de los reyes. Es á El á quien deben dar cuenta de los bienes que se les han confiado, de los días que han pasado en la molicie y que se les concedieron para velar por la felicidad de sus gobernados; á El es á quien deben dar cuenta del descuido ó mala intención con

que hicieron los nombramientos de empleados y de la inacción á que con ellos condenaron á los servidores útiles y honrados; de la preferencia que dieron al adulador servil y ambicioso que sabe convertir en oro las lágrimas de los asociados; de todo juicio injusto ó arbitrario y atentatorio á la ley y á las instituciones cuya santidad está confiada á su cuidado por el interés de la seguridad pública; de toda la sangre, en fin, que hayan hecho derramar con indiferencia en las guerras civiles ó internacionales, imprudentes ó injustas, emprendidas por el orgullo, por la ambición ó por el espíritu de conquista.

El más poderoso de los soberanos está sometido como el último de los ciudadanos al orden eterno y misterioso que rige los grandes movimientos de la humanidad. El pesar y el remordimiento surcan también la frente que ciñe la corona ó empuña el bastón del magistrado civil, porque la conciencia reclama sus fueros bajo la púrpura real y bajo la banda tricolor de la República.

El mundo ha visto más de un tirano, más de un déspota; pero también se ha estremecido más de una vez viéndolos heridos por la maldición vengadora de los pueblos.

INFLUENCIA DE LA ORACION

EN LOS DESTINOS DE LA HUMANIDAD.

EN LOS más remotos tiempos, nos dice la historia, los hombres superiores por su sabiduría y por su carácter fueron mirados con gran veneración en todos los pueblos. Sus consejos, que raras veces eran equivocados, sus opiniones cuya justicia era siempre reconocida, su templanza y su moderación en el uso de los placeres de la vida, cuando como los demás hombres, podían abandonarse al encanto de la seducción; su desprecio por todo lo que el vulgo ambiciona con más ardor; su continente grave y tranquilo cuando á su alrededor se entregaba cada cual á la embriaguez de los sentidos; su sereno valor en medio del abatimiento general, todo en ellos parecía anunciar algo sobrenatural, y hasta se creía que estaban en comunicación con la Divinidad y que de ella recibían importantes revelaciones.

Cuando Moisés se retiraba á la soledad de las montañas para hablar con el Eterno, el pueblo le seguía con la vista lleno de temor y de respeto; y cuando los ejércitos de Israel combatían contra un enemigo superior en número, con tal que Moisés invocase á Jehovah estaban seguros de la victoria. La opinión generalmente difundida entre los judíos y los paganos de que sus hombres más eminentes y distinguidos tenían íntimas relaciones con Dios ejercía grande influencia en todas las cosas, en todas las empresas. Así es como en la sucesión de los siglos los sacer.

dotes han sido considerados como los hombres más virtuosos, porque sólo ellos están llamados al servicio del templo y del altar.

Yo sé muy bien que los pretendidos sabios de nuestros días se burlan de esa creencia de los antiguos pueblos como de una piadosa superstición; pero se encuentra en ella una verdad que ningún sarcasmo ni ningún sentimiento puede oscurecer. Sí; es indudable que los hombres más virtuosos de la antigüedad parece que hubieran tenido relaciones con la Divinidad, y que esas relaciones y esa comunicación los hacía más sabios, más previsivos, más valerosos y magnánimos que los demás hombres. El inmenso bien obrado por Jesucristo sobre la tierra en su íntima comunicación con su Padre consiste en haber hecho de todos los hombres sanos, humildes y virtuosos otros tantos sacerdotes de su Providencia, iniciándolos en esas relaciones de la criatura con su Creador y en las cuales se ennoblece el alma y adquiere la sabiduría. Pero una comunicación terrestre ó material con Dios es imposible, porque Dios es un espíritu y por consiguiente sólo en espíritu podemos nosotros acercarnos á El, y la oración es el medio por el cual la inteligencia humana, el alma reconocida, tiende á unirse á la Inteligencia infinita. Cuando los hombres entran en comunicación con otros hombres no lo hacen tanto por medio de los sentidos corporales como por el contacto de sus espíritus, es decir, por el cambio de sus ideas y de sus sentimientos.

Es evidente que en nuestros días muchas gentes creen inútil la oración; que no oran para no sentar fama de devotos; que á sus ojos la oración es cosa de gentes poco educadas, y de inteligencia limitada, y de la cual sólo deben ocuparse los clérigos.— Para qué orar? dicen. Es seguro que mis oraciones no cambian en nada el curso de los acontecimientos; lo que Dios tiene dispuesto sucederá indefectiblemente y por lo tanto todas las súplicas que yo le dirija para conseguir lo contrario serán inútiles. Dios me ha de dar sin que yo se lo pida lo que me es útil y necesario, porque conoce mis necesidades mejor que yo mismo; ni mis consejos ni mis direcciones influyen para nada en los altos designios de la Providencia, y de ella recibo lo que me conviene aun cuando no se lo pida.

Muchas personas piensan así aunque no lo manifiesten; otras usan de idéntico lenguaje aunque realmente no piensan de ese modo, porque su educación y sus sentimientos les hablan muy claro respecto de la eficacia de la oración. No falta quien se son-

roje cuando le preguntan si reza, y no son pocos los que creen que la oración no ejerce influencia alguna sobre nuestra suerte.

Pero yo que estoy cierto de que la oración hecha con fe, con confianza y con fervor ha tenido en todo tiempo y tiene hoy mismo un poder maravilloso sobre los destinos de la humanidad; yo que tengo la íntima convicción de que las súplicas que el corazón del hombre religioso dirige al cielo pueden cambiar la marcha de los acontecimientos que nos afectan de cerca, y siempre de la manera más ventajosa para nosotros, no puedo menos que recomendaros que oreis y que oreis siempre. La convicción de que os hablo no es en mí una ilusión producida por el entusiasmo religioso sino el fruto de la palabra del más grande y más sabio de los mortales, de la observación de la vida humana y de mi propia experiencia.

Si tal persuasión no fuera más que el delirio de una imaginación exaltada, Jesucristo no habría recomendado expresamente la oración. ¿No conocía él tan bien como los pretendidos sabios de nuestro tiempo la omnisciencia del Altísimo? ¿No dijo él mismo que su Padre celestial sabe qué es lo que nos hace falta? Y con todo no dejó de encargarnos la oración, no por eso fué menos encarecido su empeño en enseñarnos á orar. *Pedid y se os dará, dijo; buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá, porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama se le abre.* “¿Hay alguno de vosotros que dé una piedra al pobre hermano que le pide pan, ó una serpiente al que pide pescado? Si pues vosotros que sois tan malos dais tan buenas cosas á vuestros hermanos, ¿cuánto más dará mi Padre que está en los cielos á los que le piden?”

Cierto es que yo no creo que mi oración obre milagros; pero los efectos que produce en mi alma son extraordinarios. Tampoco creo que Dios se apresure á escuchar mi oración, aunque á las veces así sucede; pero hay ocasiones en que es oída más tarde, pero siempre en el momento más oportuno y más conveniente á mis verdaderos intereses, momento que los estrechos límites de mi inteligencia no me permiten determinar; por cuyo motivo descanso tranquilo y confiado en el que conoce todas mis necesidades mejor que yo mismo. No me obstino tampoco en mi súplica como si lo que pido fuera para mí la única fuente de felicidad. Sería una locura imaginar que la vista limitada del hombre se sobrepone á la omnisciencia de Dios. Sin embargo tengo placer en descubrir á ese tierno y amoroso Padre los deseos más leves y secretos de mi corazón. ¡Es tan dulce abrirle el corazón á un

buen Padre! Y aunque esos deseos no se realicen, aun cuando los acontecimientos los contraríen, no por eso es menor mi gratitud y mi amor á Dios, porque la experiencia me ha enseñado que mi felicidad y la de mi familia estaba cifrada en lo contrario de lo que yo pedía. Demasiado lo sé: mis deseos han sido siempre inspirados por la vanidad, por la molicie y por un corazón apegado á los bienes de la tierra. Así, cada vez que elevo á Dios mis súplicas añado á ellas estas palabras de Jesús: *Con todo, hágase según sea tu voluntad, no la mía*; y termino mi oración con la confianza de un hijo que está persuadido de que su padre hará por él cuanto le sea posible hacer.

Apesar de esto es una verdad infalible que la oración tiene una influencia poderosa decisiva y saludable sobre mi suerte y la suerte de diferentes personas. Y esta aserción no contradice lo que precede.

Siempre que me acerco á Dios por medio de la oración mis ideas sobre su poder, su bondad y su justicia son más claras y más vivas que cuando pienso distraidamente en sus perfecciones en medio del tumulto de la vida. Mi confianza religiosa se aumenta y no me permito pedir nada que no sea justo al que es la misma justicia; siento que me dará fuerza para obtener lo que es bueno y equitativo si mi resolución de emplearlo bien es firme y sincera. Unido á mi Dios, lleno de confianza en El, veo que son fáciles las cosas que me parecían más difíciles, y las que yo creía imposibles dejan de serlo. El sentimiento de la justicia y de la lealtad en mis negocios me comunica nuevo ardor, y ese sentimiento es todavía más profundo cuando estoy en la presencia de Dios; la persuasión de que él me perdonará mis faltas, me bendecirá y me sostendrá me da una fuerza invencible. ¡Cuántas veces ha triunfado la debilidad, gracias á esa fe incontrastable, á esa confianza ciega que sólo la oración hace nacer en el alma!

La conciencia de la justicia de su causa unida á la firmeza de la fe da al hombre un poder cuyos efectos son algunas veces increíbles y parecen milagrosos. El arte, la habilidad, la prudencia, la astucia y la riqueza pueden mucho, es verdad; pero una voluntad constante fundada en el sentimiento del bien y en el valor que da la religión rompe como si fueran telas de araña las tramas urdidas por el artificio y tejidas por la fortuna y el poder; y ese sentimiento del bien y de la aprobación de Dios no puede nacer sino del fervor de la oración.

¿La historia de los pasados tiempos no nos enseña que con

frecuencia un humilde y tímido mortal, fortalecido por la oración ha salido de su oscuridad armado de una gran resolución y ha hecho que una causa justa triunfe de los pueblos y de los tronos? Si Dios está conmigo, decía, ¿quién estará contra mí? Y Dios estaba con él. ¿Ignorais que muchas veces hombres sin posición, sin fortuna, sin influencia y sin otro poder que el que le comunicaban sus relaciones con Dios intentaron ejecutar un plan vasto y difícil concebido con nobilísimo fin, y consiguieron vencer todos los obstáculos que se les presentaron para llevarlo á cabo? ¿De dónde sacaron fuerzas para ello? de su voluntad. Y esa voluntad? del sentimiento de la justicia de su causa. Y ese sentimiento? de la oración que ilustraba su espíritu y aumentaba su confianza. ¿No sabeis que más de una vez un puñado de hombres quizás desalentados por recientes derrotas, se ha encontrado en el campo de batalla en presencia de un enemigo superior por la calidad de sus armas, por su número y por su habilidad; que es probable que temblara por la suerte de la causa legítima que estaba encargado de defender, que creyera su pérdida inevitable, pero que en un momento solemne y decisivo los jefes y los soldados caen de rodillas para orar; levantan sus corazones á Dios en presencia del enemigo cuyas baterías se apagan; se levantan después de la oración y se sienten transformados; la confianza anima sus movimientos y sus miradas; cada cual oye una voz interior que le dice: *Dios está contigo*, y Dios estaba con ellos, y cada uno se convirtió en un heroe? ¿Qué pueden las máquinas inanimadas contra el poder de la voluntad humana? Ah! No son las grandes masas de hombres las que hacen las grandes cosas, es el espíritu que las domina y las mueve. El débil es superior al poderoso y debe su triunfo á la oración.

Tú que te has dejado arrastrar por el demonio de la duda, ¿desconoces y niegas todavía la influencia de la oración sobre el destino de los pueblos y de los individuos? ¿Cómo el débil podría alcanzar la victoria sobre el fuerte sin el auxilio de la oración? ¿Cómo podría el hombre sin apoyo acometer grandes empresas sin la oración? ¿Cómo podría salir sin ella del fondo de su oscuridad para defender el derecho y la verdad contra naciones y jefes poderosos?

La oración, ese comercio del espíritu humano con el Rey de los espíritus, nos transporta siempre, por decirlo así, sobre las cumbres más elevadas de la vida, desde donde los goces terrestres nos parecen ruines y pequeños, y despreciables los vicios y la injusticia. Y así como el hombre se mejora y se instruye por

medio del trato con los buenos y con los sabios, así también se santifica su alma en la intimidad con el Padre bondadoso que está en los cielos. Pero no se puede orar con fervor ni con sinceridad cuando se odia al prójimo implorando á su Dios, que es también el Dios de sus hermanos; ni se ora con fe cuando se engaña á los demás hombres invocando ese Espíritu divino que todo lo ve y ante el cual toda falsedad es abominable. No sabe orar el que piensa en su bienestar y en su fortuna, en los honores y consideraciones, en los placeres y hasta en la amistad y en el amor más que en la virtud divina que debe poseer su corazón; porque no puede servir á la vez á dos señores, á Dios y á su pasión dominante: ese no puede orar en espíritu y en verdad porque no puede fijar su atención distraída, y porque su alma dividida en sí misma se inclina á las cosas transitorias de la tierra.

El fuego de la devoción purifica nuestros deseos, los cuales se santifican en el comercio íntimo con la Divinidad. Allí los afectos mundanos, los bienes temporales más queridos pierden todo su valor en presencia de los afectos celestiales y del soberano bien del alma. De ahí viene que después de la oración el hombre observa que las más de las veces lo que su corazón solicitaba no era digno de él; deja entonces de complacerse en ese deseo porque ya ha adquirido la evidencia de que su realización no puede hacerlo dichoso; se conduce, pues, de otra manera tomando diferente camino, y cambia así la faz de su destino, porque proponiéndose un fin más noble se prepara una suerte más elevada y más dichosa: es más grande, más sabio, más feliz, porque no es la locura lo que hace la felicidad sino la sabiduría; y todo eso es la obra de la oración.

La íntima amistad, la constante comunicación con Dios puede elevar de tal modo nuestra alma, que no solamente las ventajas temporales en particular sino la vida entera nos parecen muy poco importantes en comparación de los bienes celestiales que debemos tratar de adquirir. Jesús oró en Gethsemaní y marchó sin temor al tribunal de sus jueces y á la muerte afrentosa de la Cruz. Esteban, el primer mártir del cristianismo, apedreado por un pueblo furioso, confesó con valor la fe y murió en un éxtasis religioso y divino porque oró; y así murieron diez millones de mártires. El heroísmo de aquellos hombres sorprendió y confundió á sus verdugos; el menosprecio de la muerte produjo la compasión á la par que la sorpresa y la reflexión. Estudióse con más cuidado la fe y se halló que el error no puede nunca producir ese entusiasmo que conduce al sacrificio, y los jueces y los

verdugos se convirtieron en confesores de esa misma fe. El reino de Dios extendió por doquiera sus triunfos, y la ruina de los templos y la caída de los ídolos del paganismo marcó la época del cambio de las costumbres y del destino de los pueblos.

Lo que el amor propio nos representa como digno de nuestros deseos deja de parecernos tal cuando al orar lo examinamos en la presencia de Dios, y ante tan sublime grandeza nos avergonzamos de nuestros deseos interesados. La oración santifica nuestra alma y purifica nuestro corazón y lo llena de alegría; y cuando la conciencia está tranquila la oración nos comunica nuevas fuerzas y nueva confianza en el resultado feliz de nuestras empresas. Esta disposición nos permite reflexionar más maduramente, y como si sintiéramos que Dios aprueba nuestros designios, y temiendo comprometer nuestra dignidad cristiana, nos guardamos de toda acción irreflexiva á la cual podrían arrastrarnos nuestras inclinaciones y la impetuosidad de nuestros deseos y evitamos manchar con la violencia, la cólera ó una alegría irracional una empresa cualquiera que hayamos meditado en la presencia de Dios. Esta circunspección es obra exclusiva de la oración, pues sin ella no habríamos podido llegar á ese grado de confianza ni á ese estado de tranquilidad con que damos principio á nuestra obra. La efervescencia del primer sentimiento nos hace capaces de grandes esfuerzos, pero es transitoria; en vez de ese ardor sin consistencia la oración produce la seguridad grave y tranquila de una resolución perseverante.

La mayor parte de los sucesos de que se compone nuestra vida es la consecuencia de nuestros pensamientos y de nuestras acciones prudentes ó insensatas. La sabiduría y la virtud nos preparan una suerte enteramente diversa de la que nos procuran la irreflexión, la inconstancia y la perversión; y sin vacilar puede asegurarse que la suerte de nuestros hombres célebres y la de muchas personas habría sido muy diferente si hubiesen obrado de otra manera en multitud de circunstancias, si hubiesen querido ocurrir á la oración en espíritu y verdad, es decir, si el sentimiento religioso hubiera penetrado en el fondo de su alma.

En adelante, pues, y convencido como estoy de lo que vale y de lo que puede la oración en todas las situaciones de la vida, no emprenderé ninguna obra importante sin haberla consultado antes con mi conciencia, en presencia de Dios y por medio de la oración. En esas horas, en esos momentos de expansión amistosa con mi buen Padre, ocupado con la idea de su infinita perfección, con el pensamiento de que El es el protector del bien

y de la justicia y el enemigo del mal, mis deseos se apartarán de todo lo que es impuro; en el retiro consagrado á la oración oiré la voz de mi conciencia más clara y distinta que en el tumulto del mundo, donde mis negocios me perjudican á mí ó á otros, por la pasión ó por la falta de reflexión. Sólo allí hallaré luz pura, y tranquilo valor, frutos de mi confianza en Dios.

La oración es una de las más grandes, sagradas y trascendentales acciones humanas, puesto que ella nos abre el camino que conduce á Dios, y sus resultados hacen también parte en el encadenamiento de los destinos de la humanidad.

Las ilusiones de la mente y la artificial exaltación del espíritu no tienen nunca el mismo poder que la fervorosa comunicación del alma con la Divinidad. Aquéllas nos engañan respecto de la naturaleza de las cosas con esperanzas exageradas y con el seductor prestigio del amor propio. En la oración, al contrario, la conciencia es la que habla y la que hace sentir al hombre la conveniencia ó inconveniencia de sus deseos, la que aparta su corazón de lo que no es puro, y la que le comunica una fuerza real y saludable cuando tiene la convicción ilustrada é incontrastable de la justicia de su causa.

CÓMO JUZGA DIOS Á LAS NACIONES.

PRIMER ARTICULO.

Vos, Señor, conducís los ejércitos de vuestra justicia para la destrucción de los pueblos cuando vuestra longaminidad se cansa y cesa de tolerar sus transgresiones. Entonces tiemblan las columnas de los cielos, se abrasan las montañas y ruedan sobre su base, cuando el rayo encendido por una de vuestras miradas pasea y difunde el espanto por todo el país destinado á perecer.

Todos los impíos deben sobrecogerse de temor, cuando sepan cómo es que Vos juzgáis su rebeldía.

YA ES TIEMPO de que fijemos la atención sobre la manera como Dios juzga á las naciones. El hombre no puede calmar la borrasca que devasta el mundo. La miseria ó cualquier otro azote extensivo á toda la tierra, no es la obra de algunos hombres ni de nuestros tiempos, sino de siglos y generaciones dormidos hace largo tiempo en la noche del pasado. El oceano arroja sus olas destructoras hasta las más remotas riberas; y los sucesos de nuestros días irán de rechazo hasta el fin del presente siglo.

Es tiempo de que apartemos la vista de la sangre que enrojece los campamentos, del incendio de los campos y ciudades, del pillaje, de la peste y de las enfermedades que sobrevienen é infestan comarcas enteras. Es tiempo de que alcemos los ojos

hacia Aquél sin cuya poderosa voluntad no se desprende un cabello de nuestra cabeza; así lo exige la religión, así lo exige la patria. Las victorias y las derrotas, los deseos y los esfuerzos de los pueblos, las relaciones de los Estados entre sí, sus tratados, sus alianzas, sus leyes, su organización interior, son todos objetos dignos de la meditación del hombre verdaderamente cristiano. Así como la atmósfera se extiende y envuelve el globo entero, así también la religión, con la luz que difunde y los deberes que impone, abraza á la humanidad entera. La religión es al espíritu del hombre lo que el aire y la respiración son á su cuerpo; respira en ella, saca de ella el principio de su vida, y no es algo sino por ella.

Nuestro deber religioso nos ordena, pues, y nos prescribe consagrar algunas horas de recogimiento á los destinos de nuestra patria y al juicio que Dios ejerce sobre ella. Nacimiento, fortuna, profesión, lazos de sangre, todo me une á este pueblo; ¿cómo podría ser indiferente á su suerte? ¿cómo podría separar mi felicidad ó mi desgracia de la suya?

Tiempo es ya de fijar nuestra atención sobre la justicia de Dios manifestada en los acontecimientos que se cumplen actualmente, y considerarlos desde un punto de vista más elevado que aquél en que los considera el vulgo. Para poder apreciar cada paso de los que dá el tiempo en su marcha, es preciso observar el conjunto; la religión nos coloca á considerable altura para contemplar las cosas humanas y hace que el espíritu humano se cierna sobre el mundo y lo une á Dios, al más sublime y más grande de todos los seres. Colocarse en medio del torbellino de los acontecimientos para apreciarlos, es tanto como exponerse al vértigo al borde de un abismo cuyo fondo no se ve. ¿Cómo hallar sobre la tierra la explicación de tantos fatales enigmas? El que se deja arrastrar por el torrente de los sucesos se fatiga luchando contra las olas, sin objeto, sin esperanza y sin fe en sí mismo; no descubre en ninguna parte la ribera, ni sabe á qué medios ocurrir para salvar su vida y para tranquilizar su alma.

Tanto más oportuno es este tiempo para meditar en los juicios de Dios sobre los acontecimientos del mundo, cuanto que la ignorancia, las miras erróneas y el choque de las pasiones alteran diariamente la verdad. Los hombres extraviados por el amor propio se creen autores de todo cuanto sucede, y se erigen en jueces y en dioses: celebran una victoria y la atribuyen al valor y á la pujanza de los batallones y á la habilidad de sus generales. Ciegos para la verdad, no advierten ese encadena-

miento de circunstancias, ni ese juego de *casualidades*, como ellos lo llaman, dirigido por la mano oculta de la Providencia; no ven que un accidente inadvertido, insignificante en sí mismo, puede decidir del éxito de las más grandes batallas y de la suerte de las más importantes naciones. Orgullosos con un triunfo que creen deber á sus propios esfuerzos, se creen invencibles y no sospechan, ¡insensatos! que al día siguiente puede serles adversa la suerte de las armas, porque el Dios de los ejércitos, árbitro de los vencedores y de los vencidos, lo ha resuelto así; y pusilánimes y cobardes después de una derrota, ocurren al medio de acusar de perfidia ó de imprudencia ó de cobardía á sus jefes, ó de debilidad á los mandatarios; se entregan al desaliento y á la desesperación, y se exponen á ver consumada su ruina.

Todo eso que veis, espectadores engañados de los sucesos que se consuman en el mundo, todo eso que pasa á vuestra vista no es la obra de los hombres, sino el juicio de Dios sobre el destino de las naciones; porque así como cada individuo tiene su vida propia, cada pueblo tiene también su vida; y lo mismo que el hombre individual encuentra la consideración y la felicidad en la sabiduría, en la moderación de sus deseos, en la templanza, en la actividad, en el valor y en la probidad, así también un pueblo entero prospera en la virtud y se degrada en el vicio. Una nación está colocada en medio de las otras naciones lo mismo que un hombre en medio de sus semejantes; ella forma un todo con sus vecinas, y goza y sufre como ellas y con ellas; encuentra su recompensa en sí misma y en torno suyo en el bien que hace, y el delito que comete lleva también en sí mismo su castigo. En el curso de la vida humana toda acción moralmente buena produce resultados felices, y toda injusticia trae consigo resultados funestos. Tal sucede en la vida de los pueblos, en los que la virtud debe esperar una recompensa y el pecado un castigo, porque todo cuanto sucede debajo del sol, por grande que sea ó pequeño, forma un tejido de causas y de efectos; un mal árbol no puede producir buenos frutos, y si el hombre siembra vientos no puede cosechar sino tempestades.

El resumen de la sabiduría política se halla en estas pocas palabras de la Escritura: *La justicia eleva una nación, pero el pecado es el oprobio de los pueblos.* Esta grande é inmutable verdad fué revelada al mundo hace muchos miles de años; pero sumido el mundo en el delirio de las pasiones no quiso darle fe; creyó más bien la mentira, y se persuadió de que todo es posi-

ble cuando hay oro, cuando los ejércitos son fuertes y numerosos, y cuando se ponen en juego la intriga y la audacia. Muchos miles de años hace, sin embargo, que la historia de los pueblos, su engrandecimiento, su decadencia, en fin, y su ruina han añadido á esas palabras del divino Libro la sanción de los hechos. Pero hoy se burlan todavía los hombres de los principios más evidentes, y ni las advertencias del pasado ni las exhortaciones logran hacerse oír. La historia, que los pueblos civilizados debieran mirar como su maestro y su guía, parece que no existiera.

La justicia es lo que eleva una nación, no la política de los grandes, ni la fuerza de sus ejércitos, ni la riqueza del país, ni la extensión de su comercio, ni la actividad de su industria, ni las ventajas de su situación territorial. ¿Quién se atrevería á sostener que un hombre de principios irreligiosos y de corazón pervertido puede ser feliz, libre y considerado á fuerza de prudencia, de vigor y de riqueza? Los accidentes imprevistos burlan su prudencia, el desorden y los excesos arruinan su salud y destruyen sus fuerzas; la disipación, el lujo y la maldad enemiga pueden cambiar su opulencia en infortunio. ¿Y qué son entonces la felicidad, la consideración y la independencía?

La desgracia común á todas las clases sociales consiste en el error en que están y en que el curso ordinario de la vida les hace tomar los medios por el fin, y perder de vista el fin á fuerza de buscar los medios. Sucede á este respecto lo mismo á los pueblos que á los individuos.

La política de los hombres de Estado puede, sin duda, contribuir durante algunos años al esplendor de un país; pero si el pueblo no lleva en su corazón los principios de la probidad y de la justicia, sus fuerzas se agotarán muy al principio. El genio y la felicidad de un magistrado no son hereditarios en su familia, y asimismo la política del uno es bien pronto abandonada, si no rechazada por el otro, y los tesoros acumulados por un gobernante previsivo y económico, son disipados prontamente por su sucesor. ¿A qué tiende de ordinario la ciencia gubernativa de los que pretenden elevar su nación por su propia sabiduría? ¿Es á la felicidad de la nación misma? ¿Acaso se les ve favorecer la sencillez de las costumbres, las virtudes públicas, la libertad, la justicia, el patriotismo, el mérito oculto? ¿No tienden más bien á extender su influencia, á aumentar su poder y sus rentas, á ofuscar con el brillo de su dominación, á ilustrar su nombre con la gloria de sus empresas? Pero, ¿para qué sirven esos brillantes medios si ellos hacen olvidar el fin moral de la sociedad?

¿Para qué se emplean instrumentos que así pueden servir para el bien como para el mal, para obtener la verdadera como la falsa gloria?

La justicia es lo que eleva una nación, no la fuerza, ni el número, ni la habilidad, ni el valor de los ejércitos. Es indudable que, como la fuerza corporal ó física es un medio de seguridad para el individuo, en el Estado es también indispensable la fuerza militar para defender y mantener su libertad, su independencia y sus instituciones; pero el espíritu militar por sí solo no podría elevar ni hacer dichosa una nación. La bastarda y estúpida ambición se ha servido más de una vez del ejército para turbar la paz de los pueblos y destruir su tranquilidad. Y además, ¿cuándo se ha visto que un país militarizado aumente la felicidad de los asociados? ¿Durante cuánto tiempo se le ha visto conservar su influencia y su fama? Los continuos é inmoderados esfuerzos que se hacen entre la molicie nacida de las riquezas obtenidas por el derecho de conquista acaban por destruir los más formidables ejércitos; y al fin los pueblos más débiles, cansados de la opresión ó de la servidumbre, se levantan para vengar sus derechos menospreciados ó desconocidos; la desesperación suple el valor y la fuerza y triunfa momentáneamente de los ejércitos más aguerridos.

No es la riqueza, ni el comereio, ni la industria lo que eleva una nación, sino la justicia. Los medios que se emplean para engrandecer no constituyen la verdadera grandeza, porque entonces el que vive en la opulencia gozaría de una felicidad sin sombras, cualesquiera que fuesen los medios que empleara para hacer su fortuna. Una miseria extremada y una riqueza excesiva no son menos funestas para un pueblo que para una familia, porque una y otra paralizan el vigor del alma. Las naciones más prósperas y más ricas son con frecuencia las que están más próximas á su decadencia y á su pérdida: la grande abundancia aduerme su actividad, embota su fuerzas, produce la indolencia, corrompe las costumbres y provoca la envidia de los pueblos vecinos. Aquél en donde el lujo y la comodidad han creado numerosas necesidades se somete voluntariamente al yugo del poderoso que promete satisfacerlas ó lo amenaza con la expoliación, y de aquí la causa de la ruina de los más célebres Estados de la antigüedad. Todas las naciones parecen estar condenadas á recorrer un círculo fatal: la pobreza y el temor del peligro les procuran primero la energía; la energía los hace valientes é industriosos; las conquistas y el comercio los enriquecen; pero la

opulencia los enerva, los debilita, los corrompe, y, por último, se ven obligados á soportar una dominación extranjera y vergonzosa.

La corrupción es el oprobio de los pueblos, y esa corrupción es el resultado del abuso de los medios que Dios pone en sus manos para engrandecerse y que ellos emplean casi siempre para su perdición.

Ni el temor de Dios, ni el espíritu religioso han causado hasta el presente la pérdida de ningún pueblo. Todo pueblo religioso es justo en sus miras, fuerte y poderoso por la conciencia que tiene de la justicia de su causa, sumiso á las leyes y al gobierno por el sentimiento de su equidad, y, por último, fiel y leal en sus compromisos y en sus tratados con los otros pueblos, y por esta razón goza de su afecto y confianza. Pero si guiado por engañadora luz es infiel á su fe; si abandona sus altares y viola las santas leyes de la humanidad, entonces vendrá la corrupción de sus costumbres, y con ella su completa ruina. Sin temor de Dios, sin respeto por lo que es justo, noble y verdadero, ¿cómo podrá someterse á la ley, cómo podrá obedecer á sus superiores? De nada servirá la ley si el corazón se rebela contra ella: el temor del castigo puede muy bien producir cierto orden material aparente; pero el desorden moral dominará en todas las almas, y en semejante estado de cosas, cada individuo se impone como regla, y como objeto, crearse en el seno de la sociedad un mundo de egoísmo y hacerse una guerra sorda de todos contra todos, cuyo resultado final es la disolución ó la servidumbre.

La corrupción de las costumbres y la discordia civil que es su consecuencia, son el oprobio y la pérdida de los pueblos. La equidad, la unión y la concordia, no han causado jamás la ruina de ninguna nación; por el contrario, han elevado á un alto grado de poder y de gloria á los pueblos que al principio fueron débiles y oscuros. Pero donde quiera que el egoísmo causado por la corrupción de las costumbres y por la injusticia ha dividido á los ciudadanos, diseminado sus fuerzas y debilitado á los individuos, allí la sociedad entera ha sido encadenada y oprimida por el despotismo de un sable destituido de todo mérito. Ningún pueblo ha sido desgraciado por la severidad de sus costumbres: esta virtud ha producido, al contrario, en los pueblos pequeños, un patriotismo y un desprecio de los peligros que los ha colocado muy por encima de sus adversarios ó de sus rivales. En cambio el desorden, la molicie, la impiedad ignorante, la impunidad de

los delitos, el exceso del lujo al lado de la más espantosa miseria, han despoblado más de un país, lo han entregado maniatado á sus conquistadores, ó lo han cubierto de sangre ó de ruinas por las guerras civiles.

Tal es el orden eterno del mundo, *tal el juicio que Dios ejerce sobre las naciones*. El pecado ó el estado de corrupción es para ellas una espada vengadora que se hunde en el pecho del pecador. Mirad á vuestro alrededor, y reconoced los juicios de Dios. Así como las virtudes de un pueblo hacen que algunas familias aisladas é impías participen de las bendiciones de todos, de la misma manera los pecados de un pueblo confunden en la general maldición la morada del inocente. El justo sufre también porque hace parte del mismo pueblo.

Yo también soy parte de un gran todo, y por lo tanto no puedo ser indiferente al aspecto de las calamidades públicas ni á la manifestación de los juicios de Dios, y sé muy bien que cada cual debe trabajar en el bien general y contribuir á él en la vida doméstica y en sus relaciones civiles. Si una nación se compone de todas las familias que pueblan su territorio, la virtud, la justicia nacional, y la felicidad y el bienestar que de ellos se desprenden se componen de la virtud y de la felicidad de todos los ciudadanos. Cuando todos los corazones ardan en el santo fuego del valor y del patriotismo, cuando cada individuo dé el ejemplo de la subordinación á las autoridades, de la sumisión á las leyes, de la concordia, de la actividad y de la sencillez de las costumbres en el hogar doméstico, de la lealtad y de la incorruptibilidad en la vida pública, el Estado, la patria se habrá salvado.

Pero todavía no hemos llegado al término de las grandes tribulaciones. Los tratados de paz concluidos entre los hombres en el nombre de los pueblos ó en su propio nombre, no cambian en nada los decretos de la Providencia: nuevas discordias, nuevos trastornos y nuevas miserias pueden surgir como consecuencia de los pecados de los pueblos. Todavía no han cesado los sufrimientos, porque reinan en vez de la sabia moderación el orgullo audaz; en vez del interés por la cosa pública la ambición, la envidia y la venganza; en lugar del amor del bien el frío egoísmo; una vergonzosa debilidad en lugar del valor que se necesita para defender lo que se reconoce como justo y verdadero; la venalidad en lugar del espíritu de justicia y de imparcialidad, y la discordia y el odio que enervan el alma en vez del vigor, de la concordia y del amor que hace de los hombres una sola familia.

En tanto que no tengamos bastante valor para combatir el mal en su raíz, no llegaremos al término de las tribulaciones.

La justicia es lo único que eleva una nación. El pecado es el oprobio de los pueblos.

Pidamos al Dios tres veces santo, terrible en su justicia, pero infinitamente sabio y benéfico en sus dispensaciones, que nos dé bastante fuerza para dar á nuestra vez en la sociedad el ejemplo de la justicia y de todas las virtudes cívicas y cristianas, y que al juzgar á nuestra patria use para con ella de toda su misericordia.

UNIVERSIDAD

EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

EL VALOR DEL SACRIFICIO.

EN LA EPOCA en que los hombres se separaron de la Divinidad, Abraham, el dichoso objeto de sus predilecciones habitaba con sus sirvientes y sus rebaños las soledades del Oriente, mientras que todos los demás, como los reptiles que se arrastran en el polvo, vivían únicamente para los placeres y desconocían al verdadero Dios. Sólo Abraham permanecía fiel á su llamamiento en medio de la general corrupción.

Esa santa y maravillosa relación que pudo existir en la primera edad del mundo, existía aún entre Dios y el hombre. Nuestro patriarca no pensaba en otra cosa que en cumplir la voluntad del Señor; y en tanto que los otros hombres se prosternaban ante los ídolos que eran la obra de sus propias manos, sólo él levantaba altares al verdadero Dios, y según el uso establecido le ofrecía como víctima lo mejor de sus rebaños.

Pero Dios quiso probar á su siervo, y le dijo: "Toma ahora á tu hijo único, á tu querido hijo, ve á la cumbre del monte que yo te indicaré, y allí me le ofrecerás en holocausto."

Abraham marcha con su hijo, llega al monte señalado y se apresta á consumir el más cruel de los sacrificios. Levantado está el altar, encendida la hoguera y la espada en la mano paterna, pronta á descargar el golpe sobre la inocente víctima, cuando de repente se deja oír de lo alto del cielo una voz que dice: "No le mates, ni le hagas mal alguno, porque ahora sé que temes á Dios, puesto que por amor á Él ibas á sacrificar á tu propio y único hijo." Abraham creyó en el Eterno, y el Eterno le puso en cuenta ese acto de obediencia.

Este episodio de los primeros tiempos del mundo encierra una sublimidad que le es propia. No es, pues, solamente entre los judíos y los cristianos en donde el nombre de Abraham es venerado; él se conserva también en la memoria y en el corazón de todos los pueblos del Oriente, y aun hoy los Árabes, los Persas y los Sirios celebran á porfía en sus tradiciones y según sus creencias á este santo patriarca. Su maravillosa historia entraña una de las más grandes lecciones que pueden ofrecerse á la especie humana. *Todo para Dios!* nos grita. ¿Y quién de nosotros es capaz de tan grande sacrificio? ¿Quién de nosotros es bastante sufrido, bastante virtuoso para exclamar con el patriarca Abraham: *Todo para Dios, aún aquello que más quiero?*

A la verdad, fácilmente puede cada uno decirse á sí mismo: "Si el Rey de los cielos y de la tierra se me presentase ahora mismo, y me pidiera lo más querido para mí, también le ofrecería ese sacrificio con la fe heroica de Abraham." Pero, ¡cuán lejos está el pensamiento de su ejecución! Conocer y amar un deber de misericordia ó de justicia no es cumplirlo. ¿Por qué se te ve, oh mortal, tan abatido y tan consternado cuando alguna desgracia viene á golpear á las puertas de tu hogar? ¿Por qué te cuesta tanto trabajo conservar en esos días de aflicción y de prueba, un espíritu levantado y firme, y prepararte con una ciega confianza en Dios para recibir todos los golpes que Él quiera enviarte? ¿No es Dios quien decide de tu suerte como soberano? ¿No es ese mismo Dios el que en otro tiempo, y para probar la virtud de Abraham le exigió el sacrificio de su hijo, el que hoy, para probar tu fe y tu valor, te impone como un sacrificio la pérdida que debes sufrir hoy ó mañana?

Y qué! ¿No has podido acaso comprender en esa imagen, en esa parábola de la Escritura, las desgracias de la vida? ¿Qué es, entonces, lo que significa para tí la palabra sacrificio? Ah! Dar muchas limosnas, contribuir con largueza á la fundación de los establecimientos de caridad, depositar tus ofrendas para el culto divino, hacer legados á las iglesias ó á las empresas de utilidad pública, ó destinar voluntariamente una parte de tu fortuna para las necesidades de la patria, ¡hé ahí lo que tú llamas orgullosamente sacrificio!

"Héme aquí, dijo Jesús á su Padre; estoy pronto á hacer tu voluntad! Y rindió su vida por los pecados de los hombres; vino á devolverles su cualidad de hijos de Dios; eliminó todo cuanto había de terreno en la antigua alianza y estableció una nueva enteramente espiritual; porque lo que es inmortal en el

hombre no es lo que vive sujeto á la tierra, sino lo que tiende al cielo. Dios es espíritu y es preciso que los que lo aman lo amen en espíritu y en verdad."

En vano querriais ofrecer hoy, como en aquella época del mundo, sacrificios exteriores, porque Dios no los exige; en vano presentais vuestros dones ante el altar porque la costumbre os lo manda; en vano prodigais vuestras limosnas y cumplís vuestras promesas. Así como Jesús se ofreció en sacrificio por la felicidad del género humano, así también debemos ofrecerle á él sacrificios de un carácter más elevado: "Si alguno quiere ser mi discípulo, que renuncie á sí mismo, que tome su cruz y me siga." Hé aquí el gran sacrificio que todo cristiano está llamado á ofrecer; debemos sacrificar á Dios todo cuanto somos y cuanto tenemos no solamente con el pensamiento y en nuestras oraciones, sino real y efectivamente.

Todo para Dios. Que ninguno de los bienes de la tierra tenga para nosotros tal encanto, y tal incentivo que nos haga retroceder ante el sacrificio; que si Dios quiere probar nuestra fe, como en otro tiempo probó la de Abraham, sepamos presentarle con alegría todo cuanto Él exija de nosotros.

El Altísimo nos dispensa el tiempo destinado para las pruebas; pero nunca le ofrecemos sacrificios dignos de Él. Muchos son los que ven desaparecer en estos tiempos tempestuosos lo más caro que tienen sobre la tierra, y pretenden que se les tenga en cuenta como sacrificio; y no comprenden que eso no es más que una pérdida que ellos no podían evitar, pero nunca un sacrificio hecho á la voluntad de Dios; muchos son también los que se consagran al servicio de la buena causa con peligro de comprometer á sus amigos, su fortuna y su vida; pero ellos no ofrecen á Dios este sacrificio sino al temor de males mayores ó á su propia ambición, ó al deseo de la gloria ó quizás á otras miras secretas, pero con frecuencia poco religiosas. Lo que dá, lo que fija el precio de un sacrificio cristiano, es, pues, el sér á quien se ofrece, y la manera como se le ofrece.

Y desde luego, ¿á quién, sino á Dios, se le debe ofrecer? Los que no sacrifican lo más caro que tienen sino por un bien terreno del cual hacen un ídolo no hacen otra cosa que ofrecer polvo, para recoger también polvo. "Ya han recibido su recompensa," dice Jesucristo, porque ellos no han hecho un sacrificio sino un cambio como otro cualquiera.

Es así como para satisfacer sus desordenadas pasiones, el in-

temperante sacrifica la estimación pública; el amigo de los placeres su salud y el vengativo su fortuna y hasta su vida.

Todo para Dios! Al lado de este único objeto no coloquemos otro dios destinado á recibir nuestros sacrificios; sobre todo no erijamos nuestros vicios y nuestras pasiones en otras tantas divinidades á las cuales obedezcamos como siervos sacrificándonos el resto.

Todo para Dios y sólo para Dios, á quien debemos todo, hasta lo más grande y precioso de la tierra. Era así como Abraham sacrificaba; así fué como Jesucristo consumó su sacrificio, pero de una manera infinitamente más noble, más santa y más sublime, y tanto que la especie humana le debe por él su rescate, su libertad y su título de hija del cielo. Pues bien; Dios nos exige hoy también sacrificios como los exigió á Abraham, aunque no por medio de mensajeros celestiales y visibles. Las adversidades son los mensajes que Él nos envía para probar nuestra constancia y nuestra fe. Él nos prueba no para saber cuánto le amamos, porque conoce todas las cosas y penetra hasta en lo íntimo de nuestro pensamiento: esas pruebas tienen por objeto enseñarnos también á conocernos mejor, para que podamos juzgar los progresos que hace en nosotros el verdadero espíritu de Jesucristo. Durante los días prósperos y tranquilos muchos se creen suficientemente firmes en la práctica del bien; pero á la hora de la prueba, cuando el mal está presente no pueden menos que reconocer su debilidad. No falta tampoco quien afronte todas las vicisitudes, y diga lleno de orgullo: *Cualquiera que sea la suerte que me toque, nada podrá hacerme cambiar.* Pero cuando la fuerza de la necesidad los estrecha, entonces es cuando sienten cuán débiles y pusilánimes son, y cuán difícil les es sobre llevar una gran desgracia. Hay algunos que dicen con piadosa seguridad que si llega el caso sacrificarán con alegría á su Dios lo más querido que tienen, aquello que constituye su único bien, su única esperanza; pero apenas oyen sonar la hora de la prueba, la hora del sacrificio, se conocen tan poco á sí mismos que no saben ni qué es lo que más quieren, ni lo que constituye su único bien, y sólo entonces advierten el error en que estaban. Sí, dicen, yo habría sufrido cualquier otro golpe con serenidad; pero esta pérdida es inmensa, inesperada, y me agobia y me confunde.

Bueno es que Dios nos pruebe, porque de lo contrario viviríamos constantemente engañados respecto de nuestras cualidades é imperfecciones, y cegados por el amor propio, que en

nosotros es natural, nos creeríamos mejores de lo que somos. El que no ha pasado por ninguna prueba, aquél á quien Dios no ha exigido ningún sacrificio no puede saber cuánto valen la confianza en Dios y el amor que se debe á ese Sér adorable; ignora si las cosas visibles y percederas le son más caras que las invisibles y permanentes; y los delirios de la tierra le parecen más preciosos que el perfeccionamiento de su alma.

Todo para Dios y por Dios, y por consiguiente todo con la confianza en Dios y con el amor de Dios. Esta disposición del ánimo supone la incontrastable persuasión de que un Sér todopoderoso y sabio gobierna el mundo y dirige los acontecimientos que en él se verifican; que cuando á nosotros ó á los nuestros aflige, es con la mira de probarnos, ó que los mismos males que nos envía son testimonios de su misericordia; que Él quiere levantar nuestras almas hacia las cosas eternas y divinas; que quiere apartarnos de lo terreno y transitorio y romper los lazos que nos impiden cumplir la noble misión que tenemos en el mundo; que Dios quiere, en fin, hacernos sentir que debajo del sol todo es inconstancia, que somos seres espirituales y que por lo mismo pertenecemos á un mundo espiritual infinitamente superior por su objeto á todas nuestras esperanzas de un día.

Para ofrecer un verdadero sacrificio no basta someterse á una prueba, ni sufrir una dolorosa pérdida, sino que es preciso soportarla con valor, con confianza en Dios y por amor de Dios. ¡Cuántas personas hay que han visto sus habitaciones incendiadas por el fuego de la guerra y arrebatada su fortuna por el pillaje de la soldadesca sin freno! Pero al mismo tiempo se las ha visto abandonar todos esos bienes entre los gritos y las lágrimas de la desesperación! Han sufrido esas pérdidas pero no han ofrecido sacrificios. Dios les pide lo más querido que posean pero no se lo dan con el valor y la voluntad del cristiano; lo pierden pero no lo sacrifican, y apenas si sospechan que la mano de Dios está en todo eso que ellas llaman caprichos de la suerte; porque sin levantar los ojos no pueden ver en las llamas del incendio más que un elemento natural y en el pillaje la materialidad de la expoliación. Así sucede á las criaturas privadas del uso de la razón, á las que parece que estuviera vedado el reconocer lo que viene de la mano del Altísimo; así sucede también al perro furioso que corre tras de la piedra que se le arroja sin atender á la mano que se la ha arrojado. Esas personas tienen, pues, necesidad de ser probadas para que se convenzan de que el abismo de su vida material no tiene fondo, por lo cual es po-

sible que sean afligidas con nuevas y más grandes desgracias, á fin de que reconozcan que sólo los bienes del cielo tienen verdadero valor y sepan que dentro de sí mismas vive y alienta un espíritu inmortal; que más allá del firmamento hay un Dios cuya bondad y justicia paternas preparan á los seres que ha creado á su imagen y semejanza una existencia más noble y sublime.

¡Sí! Cuando un esposo ha perdido á la amada compañera de su vida; cuando una esposa se ve condenada á sufrir todas las vicisitudes de la viudez; cuando una madre ha visto bajar al sepulcro al hijo de sus entrañas; cuando el hermano ve desaparecer al compañero de los juegos y de las alegrías de su infancia, toda su desolación, todo su dolor depende de la pérdida irremediable de esos objetos queridos, porque no estaban dispuestos á hacer tan costoso sacrificio. Dios les pidió lo más querido que tuvieran, y ellos se entregaron á la desesperación hasta que el tiempo y las circunstancias calmaron su pena. No vieron un ministro de la Providencia en el ángel de la muerte, ni tuvieron bastante grandeza de alma ni la fe bastante para exclamar con Job: *Dios me lo había dado, Dios me lo ha quitado, bendito sea Dios!*

También contribuye mucho á aumentar el precio del sacrificio la circunstancia de que debe ser voluntario. Un regalo hecho por necesidad ó por obligación no es un regalo. Ofrecer á Dios todo cuanto pide, aun lo más querido, y ofrecérselo levantando hácia El nuestro corazón con filial confianza y con verdadero sentimiento de gratitud, hé aquí el sacrificio del cristiano.

Aumenta también el precio del sacrificio la grandeza de la victoria que alcancemos sobre nosotros mismos. ¿Quién se atrevería á dudar de que el tierno corazón de Abraham no hubiera sido desgarrado cuando por obedecer á Dios condujo á su amado y único hijo al altar del sacrificio? Hacer lo que demande el más irresistible imperio sobre los afectos, la más grande abnegación de sí mismo, es ofrecer en sacrificio lo más querido que se tiene. Dando á otro lo que más se quiere es como se le prueba el profundo cariño que se le profesa.

Todos los días y á todas horas se nos presenta la ocasión de ofrecer á la Divinidad un precioso sacrificio: no tratéis de saber cuál es. Dios os lo ha pedido, pero vos no habéis sabido ofrecérselo voluntariamente; no habeis tenido la fuerza bastante para venceros á vos mismo, no teneis todavía en el corazón la fe de Jesucristo. Tal vez no os pide Dios ni á vuestro hijo ni á vuestra esposa, ni á vuestro amigo, ni vuestra fortuna, porque quizás no

es eso lo que más quereis: buscad á vuestro alrededor lo que os sea más trabajoso dar; es posible que sea precisamente aquello que vuestro corazón se vea ya obligado á despreciar; es tal vez el más querido de vuestros defectos, la más arraigada de vuestras malas inclinaciones.

Hay muchas gentes que son bastante firmes para soportar la pérdida de cualquiera ventaja exterior, pero que son cobardes cuando se trata de sacrificar sus pasiones impuras: podrían hacer el sacrificio de sus hijos, pero no inmolar ni su ambición ni su egoísmo; les sería fácil renunciar su fortuna más bien que á su orgullo ó á una rivalidad; podrían resignarse á morir antes que reconciliarse con su enemigo. No son capaces de ningún sacrificio en obsequio de su alma, porque no tienen imperio alguno sobre sí mismos, porque no viven en Jesucristo ni según Jesucristo.

Y eso es lo que Dios os pide, lector cristiano. Cada dispensación de la Providencia tiende á daros ese valor; El no os envía esas pruebas crueles sino con el fin de que os levanteis, por decirlo así, sobre vos mismo y aspireis á la verdadera libertad, la que no podreis hallar sino en El y con El.

Solamente aquél que puede perder con calma y serenidad lo más precioso y más querido que hay sobre la tierra; sólo el que volviendo sus ojos al cielo puede hacerse superior á todos los reveses, á todas las desgracias y á todas las vicisitudes de la vida, sólo ese está verdaderamente en Dios y con Dios en el tiempo y en la eternidad.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

DEL RESPETO Á LOS BIENES AJENOS.

POCOS SON los vicios que manchen de una manera más indeleble el corazón humano, ni que más lo envilezcan que el robo. Los que á él se entregan no pueden ser sino hombres sin honor, sin probidad, que no reconocen ni derechos ni deberes, y á quienes su desgraciada inclinación rebaja al nivel de las bestias feroces que viven de su presa.

El respeto á la propiedad ajena es la cualidad moral que distingue más generalmente á las naciones más ó menos civilizadas: solamente las tribus salvajes, colocadas en el último grado de la especie humana, no tienen respeto por lo que es de otro y reconocen el robo como un ramo de industria.

Pero desde el momento en que los pueblos salen de ese estado y se organizan; desde que establecen habitaciones fijas y entran en las relaciones de la vida civil, se avergüenzan de la vida animal que han llevado y rechazan hasta el pensamiento de apropiarse un bien que no les pertenece.

Todas las ordenanzas civiles, las leyes, las convenciones y los tratados que son consecuencia de la organización de la sociedad, tienen por objeto asegurar á cada individuo el goce tranquilo de sus bienes, de modo que nadie pretenda el derecho de poseer lo que otro ha adquirido justamente, ya sea por medio del trabajo, ya por herencia de sus mayores. El objeto principal de las instituciones civiles y del establecimiento de los gobiernos es el de proteger los derechos de todos y de cada uno de los asociados.

El que se apropia el bien ajeno por medio de la astucia ó de la violencia es un infractor de la ley, un perturbador del orden y un enemigo del Gobierno; el desprecio de los buenos ciudadanos le persigue, la maldición de la ley pesa sobre él, y al fin le hiere la espada de la justicia. Como que es inmoral, los hombres de bien lo rechazan, y como hostil á la sociedad, la sociedad lo arroja también de su seno ó lo encierra en un calabozo y lo sujeta á graves penas como á un malhechor incorregible.

El que ha manchado sus manos con el robo está deshonorado aun á sus propios ojos, el estigma infamante de ladrón quedará para siempre marcado sobre su frente, y toda la probidad de su conducta posterior no podrá borrar de su corazón el recuerdo de su vergüenza.

Cuánto importa, pues, para la inocencia, para la paz, para la dignidad del alma que ésta se penetre profundamente del más escrupuloso respeto por toda propiedad ajena y se guarde de una bajeza que, cometida por los demás, nos inspira el más justo desprecio! Y si esto es tan importante para el hombre en general, cuánto no lo será para el que lleva en su alma la fe de Jesucristo!

Pero qué! ¿Será necesario premunir contra el más vil y grosero de los vicios al hombre que trabaja en el sentido de arreglar su conducta á la ley de Dios? ¿Los mismos niños ignoran hoy acaso lo que es el derecho de propiedad? ¿Habrá un hombre, uno solo siquiera, que desconozca la inviolabilidad del bien ajeno y el respeto que le es debido? Ojalá que así fuera! Pero desgraciadamente no podemos decir que nuestro deseo esté cumplido, porque se ven niños, más todavía, se ven hombres formados cristianamente, orgullosos de la educación que han recibido, distinguidos por sus talentos, su ilustración y por las satisfacciones que se procuran en el comercio de la vida, honrados por los sentimientos religiosos que manifiestan y por su delicadeza en puntos de honor; en una palabra, hombres rodeados de la estimación pública, que en cierto modo se colocan en la clase de los ladrones y de los salteadores. Ellos no se muestran, es verdad, bajo los harapos de la pobreza, ni es la desesperación de la miseria lo que los arrastra á obrar así; al contrario, las apariencias del bienestar los ponen al abrigo de la sospecha y ocultan su injusticia bajo el velo de la probidad y de la prudencia. Aunque el dios que adoran en secreto no sea el Dios de los cristianos, su celo fingido por el culto divino, sus farisaicas oraciones, su amor hipócrita por la patria y por la humanidad, no son más que los medios de que se valen para ocultar la bajeza de su codicia y la

infamia de sus rapiñas. Según la expresión de Jesucristo se asemejan á esos "sepulcros blanqueados que por fuera son hermosos pero por dentro están llenos de osamentas y de toda especie de podredumbre."

No sólo es salteador el que detiene y roba á los viajeros en la espesura del bosque ó en mitad del camino; ni ladrón el que se introduce furtivamente en una casa para robar los objetos que halla á la mano, no. ¡ Por cuántos otros medios puede ser violado el sagrado derecho de propiedad!

Se viola ese derecho cuando *en el comercio ó en cualquier negocio* se busca una ventaja ó una ganancia de la cual resulte perjuicio á otro; cuando se emplea un peso ó una medida que no es legal, ó cuando se vende como buena una mercancía que se sabe que es mala; cuando se disipa ó se dispone de un bien que se recibe en depósito ó á préstamo para entregarlo á los azares del juego ó en una empresa aventurada; cuando por medio de quiebras fraudulentas se aumenta la fortuna á expensas de las víctimas de una confianza que no ha debido acordarse y que es la base de todo negocio; cuando por medio de la usura escandalosa y aparentando dolerse de la necesidad ajena se pretende aliviar ésta colocando el dinero á un interés que apenas es imaginable por lo usurario. En estos casos el robo se oculta bajo el manto de la probidad desgraciada; el salteador oculta su audacia bajo las apariencias de la honradez y de la compasión.

El jugador no atenta menos que estos ladrones disfrazados contra el derecho de propiedad, cuando ansioso de poseer el oro de su prójimo, trata de inspirarle la pasión del juego, instrumento de su latrocinio. El juego no es para él un simple pasatiempo, ni un medio de descanso despues de un día azaroso y angustiado, sino una industria, una especulación tan vil como criminal. Para justificarse pretexta, es verdad, los peligros que él mismo corre de perder, diciendo que él arriesga su oro como los demás arriesgan el suyo. Pero él ha hecho del juego un estudio especial y ha adquirido una habilidad que no es raro ver secundada por el fraude. ¿ No podría el ladrón decir á su vez que él pone en peligro su libertad y su vida por conseguir una suma de dinero ó un objeto cualquiera? Pero él cuenta también con la ventaja que le da su destreza y con la práctica que ha adquirido en el arte de apropiarse lo que no es suyo.

Insinuarse por medio de un afecto hipócrita en el corazón de una persona próxima á morir con el objeto de ocupar en el testamento el lugar que les corresponde á los herederos legíti-

mos, es violar el derecho de propiedad y enriquecer con una fortuna á que no se tiene derecho. El que trata de suplantar así á los herederos aparenta una de las virtudes más amables, la *amistad*, y el sacrificio. Bajo esa máscara es como él trabaja en la obra de la injusticia en una de sus más repugnantes manifestaciones, porque se sirve de la mano de un moribundo para engañar á los vivos, para cometer un robo que, afectando los intereses de parientes tal vez pobres, es al mismo tiempo un acto de inhumanidad y de perfidia.

La calumnia es otro medio de violar el derecho de propiedad, porque por medio de observaciones malignas se hace sospechar del honor y de la buena reputación de sus semejantes; porque ese derecho se viola empeñándose en propagar y difundir los rumores que les son desfavorables y repitiendo con sobra de ligereza todo lo que puede arrojar alguna sombra sobre los sentimientos y el carácter de aquél de quien se está celoso. ¡Qué, pues, detractores sin conciencia! un nombre sin mancha, una reputación honrosa adquirida en largos años de trabajo y de intachable conducta no son tanto y más sagrados que cualquier otro bien? ¿Esas propiedades personales no valen más que una inmensa fortuna y que las joyas más preciosas? ¿Toda observación, pues, que tienda á degradar á uno de vuestros conciudadanos, toda sospecha injuriosa que hagais recaer sobre él, todo discurso acusador que repitais sin examen, todo falso rumor de que os hagais eco, no son acaso otros tantos ataques dirigidos á la más sagrada de las propiedades del hombre? ¿La pérdida del honor no trae consigo consecuencias aun más funestas que la pérdida de los bienes de fortuna? El ladrón que con llave falsa se desliza en la morada de su hermano y le arrebató su dinero, y el calumniador que mata la fama del hombre honrado con el veneno de su mala lengua, ¿no cometen por ventura el mismo atroz delito? El ladrón puede tener en mira el pasar en la abundancia el resto de su vida; pero vos que repetís y divulgáis todo lo malo que oís decir de vuestro prójimo, ¿qué placer os procurais al ver caer á esa víctima de la calumnia sobre la cual habeis descargado también mortales golpes?

También se viola el derecho de propiedad cuando, por un celo mal entendido por la profesión que ejerce, se esfuerza el hombre en debilitar ó destruir la reputación que un individuo ha adquirido por su industria, la confianza que merece por su lealtad en el comercio y en los negocios y la estimación, en fin, que se debe á sus talentos y á sus virtudes. Todo sentimiento

de disgusto á la vista de la ajena prosperidad revela un corazón gastado. El celo injusto y exagerado afecta no solamente á la prosperidad que causa la envidia, sino que también es un ultraje á la Providencia que bendice el trabajo del hombre activo. El envidioso pretende juzgar al prójimo más justa y equitativamente que la Providencia, y como acusador presuntuoso se atreve á apelar del juicio de Dios. La envidia procede algunas veces de la debilidad de carácter que estima ciertos bienes en más de lo que valen. Pero sea del modo que fuere, sus manejos son siempre criminales é inhumanos; y destruir la confianza pública de que goza un hombre, gracias á su probidad y á su prudencia para elevarse sobre las ruinas de su prosperidad, es cometer un verdadero latrocinio. ¿En qué se diferencia, decidme, el que obra de esta suerte, del ladrón vulgar? Los medios que uno y otro emplean para acumular riquezas son igualmente viles, igualmente odiosos. El ladrón arrebatata al hombre industrioso el fruto de su actividad, el valor de su trabajo; el envidioso seca las fuentes de su industria y le arrebatata el crédito y la confianza pública que son la base de su fortuna.

Se atenta también contra la propiedad ajena *cuando se administran con negligencia ó con infidelidad, los bienes encomendados á la honradez y á la consideración.* Si los tutores y albaceas poco escrupulosos se enriquecen á expensas de las viudas y de los huérfanos y los despojan de lo que les pertenece; si abandonan por indolencia los bienes que deben administrar; si dan á las donaciones piadosas y de beneficencia una inversión extraña ó ilícita; si disipan las rentas de esas donaciones en festines, ó las distraen de su objeto en provecho propio, merecen un nombre de que ellos mismos se horrorizan.

Vosotros, los generosos fundadores de institutos que honran y alivian á la humanidad, si pudiérais levantar la loza que cubre vuestro sepulcro y ver cómo se profanan vuestros dones, ¡cómo apartaríais la vista de esos disipadores sin conciencia á quienes fué confiado el tesoro que legásteis á la desgracia para salvarla y enjugar sus lágrimas! ¡Padres y madres de familia que creísteis dejar á vuestros huérfanos bajo el amparo del honor y de la probidad, cuántas lágrimas derramaríais sobre la suerte de vuestros hijos á quienes no cubren las alas de una alma amante! Los hipócritas que engañan vuestras esperanzas hablan de compasión para con los huérfanos y las viudas á los cuales arrebatatan sus bienes; si esos monstruos honran con sus fiestas al fundador de los establecimientos de beneficencia, es para poder dedicar á sus

placeres las rentas destinadas al alivio de la desgracia! ¿Y esto qué nombre merece? Ah! eso se llama robar á los pobres y engañar á los muertos!

Innumerables son los medios que ofrece el mundo para apoderarse de lo ajeno y violar todo derecho! ¿Pero quién podría pintar todas las odiosas formas del vicio y de la corrupción? Su aspecto sólo repugna á un corazón honrado, y el alma pura se encuentra como extraña en medio de todos estos crímenes, y se pregunta si mora aún entre cristianos que doblan la rodilla ante el Omnipotente.

La probidad, propiamente hablando, no es una virtud, sino la senda que conduce á la virtud cristiana; es más bien que una virtud la ausencia de un vicio, porque un hombre es probo cuando no roba ni engaña, cuando no hace mal ni á la fortuna ni á la reputación de su prójimo. Pero el no cometer estos crímenes no es ser cristiano. Bien podeis no hacer mal á vuestro hermano, y sin embargo estar muy lejos todavía de esa perfección que el Salvador tuvo en mira cuando nos prescribió que fuésemos perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.

Una severa probidad, una integridad rigurosa en la administración de los bienes ajenos, un respeto profundo por la propiedad y los derechos de nuestros conciudadanos son condiciones preliminares de la virtud cristiana; sin esas cualidades no puede haber ni amor del prójimo ni obras sinceras de caridad.

En tal virtud, el respeto á los bienes ajenos será en lo sucesivo una de las reglas esenciales de mi conducta para con los demás hombres y sus derechos serán para mí sagrados é inviolables. Si el infortunio me hace su víctima, si los seres que amo, y yo mismo, nos vemos agoviados bajo el peso de la desgracia y una acción injusta y fraudulenta ha de sacarnos de ese estado, todo lo sufriremos antes que hacer sufrir á otros las consecuencias de una injusticia. Sufriré, sí, pero jamás abriré la fuente de las lágrimas con mis discursos calumniosos ni con las maquinaciones de la envidia. Puedo llegar al último grado de la miseria, pero la traición y la perfidia no apartarán de mí la pobreza; buscaré mi consuelo en la justicia, mi fortuna en un corazón puro y tranquilo y mis esperanzas en las bendiciones del cielo!

Padres y madres de familia cristianos! Inspirad á vuestros hijos desde sus primeros años un religioso respeto por los bienes ajenos. Haced que su corazón se lo imponga como una ley; castigad severamente su inclinación á apoderarse de lo que no es suyo y á dañar lo que es ajeno; no mireis con indiferencia ni la

más ligera injusticia que cometan; referidles la historia de tantos seres desgraciados que han terminado en el patíbulo, en la horca ó en la prisión una vida deshonrada desde su juventud; recordadles cómo esos infelices trataron primero de engañar en las cosas más pequeñas y en los juegos infantiles; cómo en seguida satisficieron sus primeros apetitos sacrificando la justicia y la honradez, y cómo, por último, acabaron por cometer escandalosos fraudes, por ser infieles en los negocios confiados á su lealtad aparente, por robar con audacia y por cometer multiplicados delitos. Grabad, en fin, con caracteres indelebles en su corazón el sentimiento íntimo de que la economía, la actividad, y la templanza son el fundamento de la prosperidad de la familia.

UNIVERSIDAD

EAFIT

®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

8 d

IGUALDAD DE CARÁCTER.

NOSOTROS somos de ordinario los autores de nuestros propios males y la causa de los disgustos que experimentamos en nuestras habituales relaciones. Si llega el caso de romperlas con alguno de nuestros prójimos es seguro que nosotros hemos contribuido á ese rompimiento, y si nos atormenta alguna pena secreta, nuestra es la culpa las más de las veces; y sin embargo queremos á todo trance ser felices.

¿Pero cómo pueden hacer alianza esa sed de felicidad con esa imprudencia que nos hace destruir con nuestras propias manos el edificio que queríamos levantar? ¿Cómo es que suspirando sin cesar por el dichoso acuerdo de todos nuestros sentimientos, en el instante mismo en que formulamos nuestro deseo hacemos todo lo que está á nuestro alcance para destruir el reposo, el contento y la alegría de que disfrutamos? ¿No es sorprendente que el hombre que tanto se ama á sí mismo obre en lo que le concierne como no lo haría su más cruel enemigo?

Si buscamos la causa de esta contradicción, la hallaremos en una grande irritabilidad, en la viveza extremada de las impresiones, de la cual se ha dejado llevar el hombre desde un principio y que luégo ha tomado sobre la razón un ascendiente que hubiera debido ejercer más bien sobre sus inclinaciones.

El que siente con más vehemencia, gusta, es verdad, de mayor satisfacción que otro en el momento de la alegría; pero el dolor hace también sobre él una impresión más fuerte. Los sentimientos de que goza con delicia durante algunos momentos vienen á convertirse en fuente de amargos pesares que le atormentan luégo cuando tropieza con algún lance penoso.

Cierto es que la viveza de nuestros sentimientos no depende enteramente de nosotros, sino que es una disposición natural y como si dijéramos un rasgo de nuestro carácter. Cambiar nuestra índole sería imposible; pero someter á una regla nuestros sentimientos y dominar nuestras impresiones sí depende de nuestra voluntad y es lo que Dios exige de nosotros.

Puede el hombre hallarse en circunstancias en que le sea imposible reprimir ó refrenar el placer que está sintiendo, pero aun en ese estado bien puede no entregarse á la loca embriaguez de la alegría. Por lo común nos es imposible resistir al primer movimiento de cólera ó de mal humor, ni disimular, mucho menos reprimir la expresión del dolor cuando es muy acerbo; pero entonces depende de nosotros el resistir á toda palabra, á todo gesto, á toda acción ó movimiento que pueda exacerbar la pasión que nos domina.

¡Cuántas personas, bajo otros conceptos estimables, se acarrean males muy difíciles de reparar, únicamente porque son demasiado débiles, ó porque no se proponen vencer su mal humor, ó porque consideran como un rasgo de firmeza y de energía el dejarse arrastrar por sus sentimientos y sus pasiones!

Hay personas discretas y prudentes que cuando su corazón se abandona á la emoción del placer descubren por una indiscreción irreflexiva los secretos que se les han confiado; otras hay que cometen la misma falta en un momento de cólera, sin que se detengan á pensar cuántos días pueden estar atormentadas por la imprudencia de un solo instante!

Es todavía más frecuente encontrar caracteres demasiado susceptibles que estiman como grandes y positivas desgracias las pequeñas contrariedades que encuentran á su paso en el camino de la vida: una friolera insignificante conmueve hasta el extremo su sensibilidad; un sueño, un movimiento de su imaginación las agovia durante todo un día, de donde resulta que al cabo se tornan insensibles á los placeres de la vida. Aun cuando esa irritabilidad sea muchas veces producida por una afección física, no por eso deja de ser ordinariamente la obra de un espíritu débil y pusilánime que se abandona á sus pasiones, que no ha tenido valor para dominarlas ni siquiera ha hecho un esfuerzo para conseguirlo.

¡Cuántos ejemplos no tenemos de las desgracias que puede ocasionar esa exagerada indulgencia para con nosotros mismos, que nos impide ejercer el dominio que debemos sobre nuestras pasiones! Es sabido que las personas que adolecen de este defec-

to se dejan llevar por el capricho de los demás y se convierten en el juguete de las gentes que saben explotar y aprovechar ese estado de exaltación. También es sabido que los individuos cuyo carácter salva fácilmente los límites de la prudencia obran con menos juicio y cordura que los que saben dominarse para no ser arrastrados por los primeros impulsos. Esas personas irritables que se dejan llevar por la efervescencia de sus sensaciones son insoportables para los demás y para sí mismas, arruinan su salud con sus continuas emociones y sus afectos exagerados, y disminuyen su bienestar, abrevian sus días y se convierten en sus propios verdugos.

Los antiguos decían: "Buscad el término medio entre la alegría y la tristeza, y guardaos de todo exceso en las sensaciones que afecten vuestro ánimo." Todos los hombres virtuosos, todos los hombres de valer han fijado mucho su atención en la igualdad del carácter, y el divino fundador de nuestra religión nos dejó en su conducta el modelo perfecto de esta gran virtud; El, que en las horas de contento no traspasó jamás los límites de la moderación, y en las horas de tristeza no se dejó llevar del abatimiento; El, que ya fuera asistiendo á las bodas de Caná, ó padeciendo en la cruz el más horrible de los suplicios siempre estuvo resignado, tranquilo, benévolo y ocupado en el bienestar de los que se complacía en apellidar sus hermanos, jamás se dejó arrastrar por el exceso de la alegría ni por el de la impaciencia y el abatimiento en el dolor.

La falta de dominio sobre nosotros mismos en las diferentes situaciones en que nos encontramos es al propio tiempo un obstáculo para la felicidad de nuestra vida, un impedimento para nuestros progresos en la piedad religiosa y el origen de todas las transgresiones á la ley del Señor.

Es, pues, un deber para todo cristiano, para todo hombre que aspire á la verdadera sabiduría, para todo mortal que quiera llevar una vida tranquila y feliz hasta la edad más avanzada, el adquirir la igualdad de carácter.

Esta virtud consiste, como se ve, en una disposición que coloca al alma en estado de dirigir todas sus acciones con reflexiva prudencia y en preservarse del exceso de la alegría ó de la tristeza. En tan ventajosa posición el alma se levanta sobre todas las alegrías y sobre todos los dolores, y los domina en vez de dejarse dominar por ellos.

El cristiano debe ser siempre igual á sí mismo y dueño de todos sus sentimientos. Sólo así podrá ocupar el lugar que la re-

ligión y su elevado destino le señalan. Mas no se crea por esto que deba mostrarse indiferente á todos los goces de la vida, no; un corazón puro vive siempre contento; lo que pretendemos es que no se deje cegar ni seducir por los atractivos del deleite.

Tampoco creemos que el cristiano deba ser insensible á sus propios males y á los de sus semejantes. Es hombre y por consiguiente está sujeto á sufrir el dolor, pero jamás debe dejarse abatir por él; podrá ser sorprendido por un sentimiento doloroso, pero se sobrepondrá á él con valor verdaderamente cristiano, como la roca de la orilla á cuyos piés se estrellan las olas del mar; los flancos de esa roca se ven cubiertos de espesas nubes, pero sobre su cima brillan los rayos de un sol esplendoroso.

No creamos que sea difícil conseguir esa tranquilidad del alma, ni que ella dependa en manera alguna de nuestro estado físico ó de nuestro temperamento. La influencia de los objetos que nos rodean es grande sin duda, el imperio de nuestros sentidos no tiene menos fuerza, pero todavía hay algo más poderoso, y es la firmeza de alma del cristiano.

No digais que vuestra manera de sentir os impide moderaros, ni pretendais que los demás deban plegarse á vuestra debilidad, ni que aun cuando vuestra excesiva sensibilidad os cause daño vos sabreis sufrir sus consecuencias; porque se trata nada ménos que de la felicidad de vuestra vida, de la duración de vuestra existencia temporal; se trata de que imiteis á Jesús, el divino modelo de toda perfección.

Tal vez os cueste algún trabajo el venceros para conservar un carácter igual en todas las circunstancias de vuestra vida; pero la eterna serenidad del espíritu, el fruto celestial de la sabiduría y ese tesoro de un piadoso y verdadero cristiano valen bien la pena y son harto dignos de sostener para conseguirlos la más constante y trabajosa lucha.

Lo primero que debe hacerse para lograr esa igualdad de carácter es dirigir constantemente nuestra atención sobre nosotros mismos, vigilar siempre para no dejarnos llevar de nuestras sensaciones y tener á todas horas bastante sangre fría para recibir sin sorpresa cualquier acontecimiento que pueda afectar alegre ó dolorosamente nuestro ánimo. Quien ha podido dominarse así y ha tomado la firme resolución de conservar su presencia de alma en toda circunstancia, ese ha alcanzado una gran victoria, y en verdad que también ha peleado una buena batalla; con sostenida voluntad y constante atención puede obrar un cambio sorprendente en su modo de ser moral, porque el alma, que en

los hombres vulgares es esclava de los sentidos, puede por su propia virtud dominar las inclinaciones del cuerpo.

El que ha sabido enfrenarse á sí mismo puede también ejercer benéfica influencia sobre los demás. Un hombre que nunca pierde la calma juzga con más acierto las acciones de los otros y el plan de la Providencia en los sucesos del mundo, se convierte en un verdadero sabio y su serenidad infunde respeto y aun admiración. Y al contrario, un hombre de carácter caprichoso, con frecuencia en contradicción consigo mismo no puede establecer nunca la armonía entre sus juicios y sus actos; y como no puede estimarse á sí mismo ve que los demás hombres tampoco lo estiman. El mundo no está nunca para él iluminado por la suave claridad de un cielo sereno, y unas veces lo ve al fulgor del relámpago que ofusca y otras cubierto de nubes sombrías.

Y puesto que tú, lector querido, estás resuelto á dominarte á ti mismo, no obres cuando veas ó presientas que tu emoción va á sobreponerse á tu voluntad; no pronuncies una sola palabra, ó piénsala mucho cuando sientas que la alegría ó el dolor, el temor ó la cólera van á apoderarse de tí. El hombre moderado ha quitado más de una vez el arma de la mano á su más cruel enemigo, usando en su conducta de la calma y de la dignidad que le corresponden; no descubriendo nunca su lado débil no teme que se le hiera. Dotado de una alma, mejor dicho, de un carácter inalterable, coge las rosas del placer con prudente precaución, mientras que el hombre inmoderado las coge también, pero sin pensar en las espinas que ocultan, y el dolor de una herida inesperada le hace olvidar muy pronto su pasajera alegría. Guárdate, pues, de formular proyectos en el calor de tus emociones, de formar planes en el exceso de la alegría ó de la cólera, porque cuando pase la embriaguez vendrá el arrepentimiento. Pero, ¿cómo es que tu propia oxperiencia no te ha enseñado que esta es tu historia?

Cuando sientas dentro de ti un movimiento impetuoso, que el despecho se enciende en tu corazón, que la cólera va á abrasarte, que la indignación se apodera de tí, que el pesar te abruma, ó que en el exceso del placer no has de ser dueño de tí mismo, trata de distraerte, *cambia de lugar*: otros objetos presentarán á tu alma imágenes distintas, otros pensamientos y otras sensaciones; así restablecerás tu equilibrio, conservarás la paz de tu alma y te evitarás la vergüenza y los pesares.

Pero esa igualdad de alma, á la cual te esfuerzas por llegar como verdadero cristiano, no debe ser únicamente exterior; no

consiste en la facultad de modificar á tu antojo los gestos y los rasgos de tu fisonomía, sino que debe existir dentro de ti mismo. Tampoco consiste en el arte de sonreír cuando el corazón está poseído de cólera, porque Jesucristo detesta el engaño, quiere la verdad, y la verdad pura y franca. Una mirada serena no es en el cristiano efecto del disimulo, sino la expresión de la tranquilidad de su alma.

Y por otra parte, ¿qué ganarías con esa ficción? Podrías tal vez engañar á los demás; pero el engaño sería más cruel para ti mismo, porque el estado de tu alma sería fácilmente descubierto por ellos al notar la contradicción que existe entre tu conducta y tu tranquilidad exterior; y entonces serías tanto más abominado y despreciado, cuanto más trabajo costara creer en tus palabras y en tus miradas inciertas: á la primera acción injusta que ejecutaras, se te colocaría en el número de los pecadores endurecidos y más peligrosos.

Sé siempre sincero y sencillo y no des lugar á que se crea que estás jugando, como suele decirse, con dos naipes. Hazte dueño no sólo de tus gestos y de tus palabras sino también de tu corazón; si las acciones de los hombres te irritan, si sientes que te abandona la calma, aparta la vista de lo que te desagrada y trata de distraerte.

Acuérdate de que los hombres son criaturas menos malas que extraviadas por la debilidad de su vista, y vacilan al formular los juicios que se refieren á tí, en los objetos que creen buenos y útiles y, en fin, en la elección de los medios que emplean para llegar á un resultado cualquiera. ¿Por qué habrías de mortificarte por el extravío de su razón? Con miras más rectas y con mejor educación habrían obrado de una manera muy diferente. Su carácter débil los hace incurrir en error porque no tienen bastante fuerza para resistir á sus inclinaciones sensuales. Tu cólera y tu indignación no conseguirían cambiarlas ni prevenir las consecuencias de sus acciones. Piensa á lo menos en reparar en lo posible, ó en hacer menos grave el mal que ellos hayan podido hacer; piensa en alejar de tí el objeto que consideres peligroso, ó bien huye de él si no puedes hacer otra cosa.

Cuando la tristeza amenace tu ánimo y te sientas agitado por la inquietud que hace nacer en tí la vista de los males que te amenazan, *busca algún objeto* que te distraiga; no olvides que el hombre valiente alcanza fácilmente la victoria, y que quien no espera vencer ya está vencido; ten presente que sólo la fuerza de alma y la circunspección pueden enseñorearse en toda cir-

cunstancia, al paso que el abatimiento del ánimo nos abandona al capricho de los acontecimientos; piensa en que precisamente porque estás triste ahora, puedes esperar momentos más agradables. Tal es la voluntad de la divina Providencia, tal es el orden eterno de las cosas, que cada pena, cada sensación desagradable sea la precursora de alguna alegría, de alguna felicidad.

De la misma manera, en la embriaguez del placer no olvides tu ser moral, goza con moderación, y en medio de la alegría acuérdate de que la sombra sigue muy de cerca á la más viva luz, y de que las lágrimas vienen después de la risa. No te dejes dominar por la alegría, y así soportarás con más valor los males que tal vez te sobrevengan mañana.

El que llega al fin de su carrera armado con la verdadera fuerza cristiana, sostén de la paz del alma, marchará siempre en ese término medio en que el bienestar de que goza no lo ofusca, en que no se abate por la impotencia de alcanzar la felicidad que desea, en que poco teme los males que le amenazan y se sobrepone á los que ya lo han sorprendido. Marcha á la vista de Dios siguiendo las huellas de Jesucristo, y pasa sucesivamente y siempre tranquilo, de la luz á la oscuridad que se extiende en todo el camino que ha de recorrer en su peregrinación por el mundo; procura á sus hermanos la alegría y la felicidad y él las recoge á su turno; olvida fácilmente lo que lo atormenta y con noble y cristiano reconocimiento recuerda el beneficio que ha recibido.



UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

EL FIN DEL AÑO.

UN ÁTOMO de polvo ha caído sobre el globo, una gota de agua en el inmenso oceano, un año en el abismo de los siglos! Y todo perdido! ¿En dónde buscarlo? ¿Cómo encontrarlo?

Un año! Punto imperceptible en la milagrosa sucesión de los tiempos, pero parte integrante y considerable de mi existencia individual! Calculo los años de mi vida sobre la tierra y encuentro que el número de los que me quedan disminuye día por día. ¿Quién sabe si alcanzaré á vivir dos más ó uno sólo tal vez? ¿Quién podrá garantizarme que después de doce ó de veinte y cuatro meses no cubrirá la yerba mi sepulcro? El horizonte de un año me parece muy extenso en el momento en que entro en este círculo de tiempo. Ah! ¡Y cómo se prolonga el riguroso invierno y con cuánta impaciencia llamo á la primavera adornada con todo el brillo y magnificencia de sus flores! ¡Qué sucesión de goces me esperan en el campo, en los jardines y en los viajes llenos de encantadora variedad! ¡Cuánto atractivo tienen para mí la siega y la vendimia! ¿Y quién puede abarcar con el pensamiento ese inmenso número de días y de horas, de sucesos y de circunstancias que parecen ofrecer una serie no interrumpida de goces sin fin?

¡Cuán corto, fugitivo, más que efímero y casi reducido á nada me parece este año cuando lo veo en su principio! Y en efecto, ¿qué es lo que me ha ofrecido? ¿En qué se ha diferenciado de los otros años que como otros tantos sueños se han des-

vanecido como éste? Apenas he podido gustar algunos placeres pasajeros entre las mil contrariedades que he sufrido durante este corto intervalo de doce meses! Casi todo se ha disipado, y lo que de nuevo se me ofrece á la vista se disipará también muy en breve.

A medida que vivo se reduce el número de mis días; cada año que termina es deducido del número de los que tengo en cuenta; y si dirijo una mirada retrospectiva á la misma época del año anterior me parece que fué ayer, y me resisto á creer que hayan trascurrido más de trescientos días. Aquél está todavía presente en mi memoria; aún recuerdo las palabras de mis amigos y sus manifestaciones de pesar por aquellos seres que la muerte ha arrebatado á mi cariño y sus fervientes votos por el bienestar de todos en una era nueva y apacible. Cuando en seguida paso en revista los sucesos que se han acumulado después en el espacio de un año, me sorprendo al ver cómo se han interpuesto tantas semanas y tantos meses entre el día de hoy y aquél cuyo recuerdo está aún tan fresco en mi memoria. ¡Cuán pronto pasa un año, y cuán rápidamente huye de nosotros la vida! Cuando en fin haya éste terminado su carrera me parecerá que apenas comienzo á vivir! Ah! ¿Qué es una vida de setenta ú ochenta años? Para nosotros se reduce á un sueño de setenta ú ochenta momentos de los cuales unos, como otros tantos delirios pasan como relámpagos, y otros como noches bien largas y penosas!

En general, cuando termina el año, aunque tengamos el sentimiento de la rapidez de nuestra existencia, ese movimiento que nos arrastra consigo no deja de agrandar á muchos, no tanto por el disgusto de la vida cuanto por el placer de la novedad. Los goces pasajeros de que han disfrutado, las experiencias que han podido hacer les parecen menos importantes que las que les esperan; y podría decirse en vista de esto que ellos no desean vivir sino para satisfacer su ansiosa curiosidad. Sus miradas están siempre fijas en el porvenir en donde los caprichos de su imaginación, los sueños, las ilusiones y las esperanzas los cautivan. Indiferentes á todo cuanto han visto, hastiados de todos los placeres de que han gozado no quieren fijar su ojos en el tiempo que fué, y apenas si tienen tiempo para disfrutar del presente y aprovechar lo que él les ofrece: siempre están formando nuevos proyectos, y su vida entera pasa en constante expectativa, entre los albores de una esperanza siempre renovada de llegar á un fin desconocido. Llegados al fin de su carrera, caen rendidos

por un trabajo infructuoso, sienten entonces que no han vivido, y que solamente se propusieron y aun se proponen vivir en el momento mismo en que la vida los abandona.

A la verdad, hay niños que sin respeto por el pasado y sin temor por el porvenir, gozan de toda la plenitud del presente y conocen y practican mucho mejor el arte de vivir que una multitud de hombres que han llegado á la edad madura, porque son sencillos y francos como la naturaleza. El hombre ya formado, lejos de emplear sus fuerzas en practicar ese arte lo que hace es alejarse de esa sencillez natural. Los niños ven la vida tal como se les presenta y gozan de ella sin cuidado: los hombres dominados por sus pasiones pasan tan rápidamente por cerca de los bienes de la vida como la vida misma pasa para ellos; y víctimas del vértigo que los agita, corren tras las riquezas y descuidan los otros dones que el cielo les ha deparado. Atormentados por devoradora sed pasan de prisa por la orilla de la fresca, pura y cristalina fuente, insensibles á sus halagos y sordos á su apacible murmurio! Aspiran á las dignidades y á la gloria sin gozar del placer de verse estimados por los que los rodean, y nada les satisface. Quien corre sin cesar entorno de un objeto que gira á su vez no puede alcanzarlo jamás.

Aprendamos á vivir en la escuela de la dichosa infancia que sabe contentarse siempre con lo que tiene en su mano; que recibe el más sencillo don con alegría, que resiste al dolor que le sorprende y lo olvida cuando ha cesado. Así Jesús, este grande maestro en el arte de vivir, nos ha recomendado que gocemos del presente sin condenarnos al suplicio pensando en el porvenir.

Tal como lo practica el sabio la vida no consiste en correr sin descanso tras una situación más ventajosa, sino en saber descubrir el lado bueno de la en que se halla y en gozar de todo el bien que ella le puede ofrecer. Vos no estais seguro sino de lo que se os ha dado para el momento presente, é ignorais lo que os puede traer el momento que le sigue: no dejéis, pues, de gozar sin cuidado de cada uno de los días que el Señor agrega á vuestra vida, no sea que llegueis á la tumba pobre, miserable y con el corazón vacío. Esperad lo mejor, pero sin olvidar lo que teneis ya en vuestras manos; tratad de que no se borre de vuestra memoria el recuerdo del pasado, para que os enseñe á aprovechar del presente mejor de lo que aprovechásteis el tiempo que pasó. En estas pocas palabras encontrais todo el arte de gozar sabiamente de la vida.

El bruto destituído de razón no mira ni al pasado ni al

porvenir. El hombre es de una naturaleza más noble puesto que es imagen de la Divinidad, y vive por lo mismo para el presente, para el pasado y para el porvenir, y cuando se concentra en absoluto en los goces del presente se rebaja al nivel del bruto. Pero por otra parte sería un demente si el cuidado del porvenir le quitara la facultad de gozar del presente, así como cometería una especie de suicidio, si el recuerdo doloroso del pasado le hiciera descuidar el presente y el porvenir.

El sabio vive para lo que *fué*, para lo que *es* y para lo que *será*, y con la experiencia de los años que ha visto pasar, adquiere el valor, la circunspección y la prudencia necesarias para hacer el mejor uso posible de la hora presente. Goza de ella con tanta moderación y sabiduría, como que siembra hoy con precaución pero sin inquietud y sin avidez lo que desea cosechar mañana, y evita todo placer que pueda traer consigo el pesar y el remordimiento.

Yo también quiero, pues, al fin de este año que la clemencia del Altísimo me ha permitido vivir, echar una mirada sobre el pasado, sobre el presente y sobre el porvenir, á fin de entrar en el nuevo año si no más feliz por mi posición, al menos más digno de serlo. Quiero arreglar la cuenta de la vida pasada para saber lo que me queda después de las pérdidas que he sufrido y de qué puedo disponer para mejorar mi suerte.

Ante todo quiero, colocándome en el lugar del padre de familia, examinar el estado de la fortuna que debo á mi trabajo y á la bendición de Dios. Este es un gran deber, puesto que es el medio de hacerme menos dependiente de la conmiseración humana y por lo mismo de vivir y de obrar como hombre libre. La vicisitud de los acontecimientos, las épocas de penuria ó de guerra podrían colocarme en dura situación, en un estado de angustia y de escasez insostenible si descuidara mi fortuna ó no me diera cuenta exacta de lo que debo y de lo que tengo. Y este examen es obligatorio para mí, puesto que en mi calidad de jefe de familia debo cuidar de todos los que me pertenecen, y el honor de mi casa y mi propia reputación me lo imponen como un deber indeclinable y sagrado. Sin la confianza y estimación de los hombres me encontraría, por falta de su apoyo y de sus consejos, incapaz de ser secundado por ellos para obrar todo el bien que pudiera y que la voluntad de Dios me prescribe hacer por medio de mis palabras, de mis escritos y de mis acciones.

El resumen del estado de mis negocios al fin del año me

dirá si las circunstancias de mi posición se han mejorado ó empeorado, y entonces sabré si puedo continuar sin peligro en la misma manera de vivir, haciendo los gastos acostumbrados, ó si debo hacer economías en beneficio propio y de mi familia, sobre todo cuando la guerra con su cortejo de calamidades amenaza disminuir por todas partes el bienestar general y particular.

Pero todavía no lo habré hecho todo. Examinaré cuidadosamente si puedo limitar ó restringir mis necesidades y haré las restricciones posibles comenzando el nuevo año por hacer sacrificios, por penosos que puedan parecerme, pues aun cuando no obtuviera como resultado de ellos sino muy ligeras economías, no por eso dejaré de mejorar en algo el estado de mi fortuna. Pequeño será el excedente adquirido, pero en él veré una fuente de consuelo para mis hermanos desgraciados. ¡Qué mayor gloria para mí que la de hacer con una modesta fortuna la felicidad de mis semejantes! que la administración fiel de lo poco que poseo me permitiera consagrar una parte al alivio de la humanidad!

Pero ya se va el año que no ha de volver, y quiero arreglar mi casa. Si el fin de este año hubiera de ser al mismo tiempo el fin de mi existencia, querría á lo menos dejar mis cosas de tal modo arregladas que mis deudos puedan vivir honrando mi memoria. Quiero ante todo ser mejor cristiano y estar listo para pasar cuando Dios lo disponga de esta vida terrestre á la eterna vida.

No contento con arreglar mis negocios al fin del año, robaré una hora á mis ocupaciones habituales para recogerme en la soledad y en el silencio y pensar en todas mis relaciones y en las circunstancias de mi posición, para reflexionar en los medios lícitos y prudentes que he de emplear para prevenir ó hacer cesar los disgustos y contrariedades á que he vivido expuesto.

Muchos son los trabajos que pesan sobre mí al presente, y la amargura rebosa en mi corazón. ¿Pero de qué provienen esos sufrimientos? ¿Puedo atribuirlos á la situación en que Dios me ha colocado? ¿O debo buscar su causa principal en mi ligereza, en mi conducta irregular, en mi imprevisión, en mi terquedad, en mi orgullo, en mi sensualidad, ó en las otras pasiones que se disputan el dominio de mi corazón? Pero, ¿cómo sustraerme á los males que así turban el curso de mi vida? ¿Dependerá de mí el modificar lo que me rodea? Esta pregunta demanda seriamente mi atención. ¿O será acaso que yo soy quién debe cambiar? Este me parece el más prudente y el mejor partido. Y en

efecto, en cualquiera circunstancia en que me encuentre, cada una de las cosas que me rodean ocupará probablemente su lugar con tal que yo ocupe convenientemente el mío. En tanto que yo conserve un corazón puro y una conciencia tranquila nada alterará mi felicidad.

Al llegar al término del año no he de examinar solamente lo que, atendida mi situación, me concierne personalmente, sino que fijaré mi atención en las relaciones que me ligan con los demás hombres, y me preguntaré: ¿Tengo hoy más amigos que al principio del año? ¿Los que me conocen me favorecen con la misma confianza y amistad y me tratan con más estimación y afecto que en aquella época? ¿He ganado ó he perdido en el concepto de mis conciudadanos, de mis superiores, de mis amigos, de mis subordinados, de mi familia? Si en esto no he adelantado nada, los verdaderos elementos de mi felicidad no han podido aumentar, ni me he acercado á la perfección moral en el curso de este año. ¿A quién he de hacer responsable de esta contrariedad? ¿No será á mí mismo? ¿La voz de mi conciencia no me lo dice con su acostumbrada franqueza?

Y todavía no he hecho todo lo que debo hacer. Necesito entrar en un examen minucioso y extensivo á mi situación doméstica y á mis relaciones sociales; quiero sondear mi propio corazón en la presencia de Dios; quiero escrutar el interior de mi ser para saber hasta dónde han cambiado mis sentimientos y mi conducta durante el año que termina, porque nunca permanece el hombre estacionario sino que avanza en edad y en experiencia. En el trascurso de estos doce meses la suerte me ha mostrado alternativamente una faz sombría ó risueña, y estas alternativas no dejan de influir en mi manera de pensar y de sentir.

Pues bien. ¿Cuáles han sido mis sentimientos y mi conducta? Héme aquí en presencia del sabio Escrutador de todos los corazones. El me observa, y sus miradas penetran hasta lo más íntimo de mi alma. ¿Podré disimular cuando me mira Aquél á cuyos ojos es el corazón humano más transparente que lo es para el hombre un vaso de agua purísima? ¿Podré engañarme á mí mismo y desmentir á mi conciencia? ¿Qué empresa tan insensata!

Antes que el año se despidá de mí para siempre quiero buscar una hora de recogimiento durante la cual voy á ser dueño de mí mismo y de mis acciones, y en donde nadie ni nada venga á turbar mi meditación; entonces llamaré á juicio á mis malos hábitos, á mis vicios, á todas mis faltas y pecados secretos.

Quiero hacer sensibles á mis propios ojos mis imperfecciones y mis debilidades; quiero conocer y anotar sin consideración alguna todo cuanto descubra en mí de censurable. ¡Alza entonces tu voz, conciencia recta y severa, juez interior de mi alma! Acusa, que Dios te oye; acusa, que yo no podré desmentirte!

Sí; es necesario que arregle la cuenta de mis méritos y deméritos, que pase en revista todos mis defectos é inclinaciones, fuente de todos mis trabajos; necesito conocer los obstáculos que se oponen á mi felicidad, necesito conocer los enemigos de mi reposo. ¿O consentiré por ventura en permanecer un año más bajo ese mismo yugo, en quedarme tan lejos de la nobleza de los sentimientos, de la virtud y de la perfección como lo he estado hasta hoy? ¿consentiré en no hacer nada, en fin, para merecer el título de hijo de Dios, de ciudadano del cielo? No! no puedo engañarme á mí mismo. Si durante la mayor parte de mi vida he estado descontento de mí y he sido realmente desgraciado, no puedo imputar esa desgracia sino á mis propias debilidades, las que unas veces me han acarreado disgustos y pesares y otras han agravado los sucesos penosos de mi vida. En vez de recibir esas pruebas con valor y firmeza me he dejado dominar por el mal humor, por la cólera y no pocas veces por la desesperación; y fijando un precio excesivo á las cosas pasajeras de este mundo no he podido sufrir con calma y fuerza de voluntad la pérdida de los bienes temporales; pero en cuanto á mis flaquezas é imperfecciones, esas sí las he tolerado no obstante ser ellas los verdugos de mi alma.

Mi resolución está ya formada: voy á cambiar en el año que empieza mi manera de pensar y de obrar; me esforzaré, para ser grande en el infortunio y feliz en todas las circunstancias de mi vida, en no hacer sino lo que es bueno, justo y agradable á Dios. "Regaré la semilla del bien por la mañana y por la noche no buscaré el reposo sino después de haber recogido el fruto, porque no sé cuál de estos dos tiempos será el mejor, ó si ambos serán igualmente buenos."

El porvenir está envuelto en las sombras; pero yo he de encontraros en él, oh, Dios mío, como un amigo, como un protector, como un Padre! No me abandoneis, Señor, no apartéis de mí ni de mi familia vuestra mano poderosa y benéfica. Acordad también vuestra protección á mi pobre y amada patria! Haced que un gobierno sabio, fundado en la justicia, asegure á la libertad una base sólida por su alianza con el espíritu de la caridad cristiana, fuente inagotable de prosperidad y de paz!

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

EL AÑO NUEVO.

¡OH! SI PUDIERA penetrar en el corazón de todos los mortales y descubrir el secreto de los sentimientos, de las esperanzas, de las inquietudes y de los deseos con que saludan la aurora de este nuevo año! Muchos de ellos, sin duda, lo comienzan como han terminado el anterior: vanos, superficiales, indolentes é irreflexivos, porque para ellos todos los días son iguales. Pero en cambio, es mucho mayor el número de los que entran en este nuevo período de su vida preguntándose á sí mismos: “¿Qué debo esperar del año que principia? ¿Qué debe esperar de él mi familia? ¿Será nuestra suerte ménos dura, ó acaso será peor?”

Otros no levantan tan alto su pensamiento y piensan únicamente en los pasatiempos que este día les promete según la moda; en los parabienes ó felicitaciones que tienen que presentar ó recibir conforme á las leyes de la etiqueta y de la cortesanía; en las reuniones, en los festines y en los regalos, según como se acostumbre celebrar este día solemne.

El que goza de una salud floreciente no ve en el futuro sino sucesos felices; el receloso por carácter teme que los inconvenientes de su situación actual se acrecienten; el enfermo recuerda con tristeza, si no es con disgusto, los placeres de que siempre ha disfrutado en este día, los compara dolorosamente con su posición, y raro será que no vea en el resultado de esa comparación un presagio funesto; el joven forma sus planes, en los que los honores y las riquezas entran como base principal; la joven sueña un esposo, una casa, una familia, y su imaginación aproxi-

ma y reviste con los más bellos colores el cuadro en que ella ve, en que ella cifra tanta ventura. Cada cual trata de celebrar según sus facultades este día con alguna muestra de contento. El placer de un corazón que se dilata al recibir al nuevo año parece que es un augurio favorable; y aun cuando esto no es más que una ilusión, su sólo imagen encanta y cautiva.

El sabio, (¿y quién no querría merecer este dictado?) dedicándose á los goces legítimos que le presenta este día de fiesta busca algunos momentos de soledad para meditar piadosamente sobre él. A los ojos de la sabiduría los días, las épocas y sus nombres solemnes son indiferentes, y cree que los regocijos no son el verdadero destino del tiempo, sino que es el corazón el que debe consagrarse al porvenir.

La vida entera del hombre no es más que una marcha continua hacia un porvenir desconocido. Cada nuevo día le presenta nuevos fenómenos. Ni las experiencias que hace, ni los cambios que experimenta pueden atraerle por sí solos ni la felicidad ni la desgracia, porque éstas no dependen sino de su manera de afrontar los acontecimientos y de aprovecharlos. Ignorar esta verdad es tanto como no haber sacado fruto alguno de la experiencia.

Es fácil comprender ahora por qué el sabio trata de recogerse por algunos instantes en este primer día del año para consultar consigo mismo sobre el medio más conveniente de continuar su peregrinación; no quiere perder de vista que, no obstante la edad á que ha llegado, ha sido muchas veces burlado en sus esperanzas y no ha encontrado la felicidad que racionalmente podía prometerse; conviene en que, á pesar de sus más serias reflexiones, jamás ha poseído el principio fundamental de la sabiduría, del valor moral, de la templanza y de la paz con Dios y con los hombres, en una palabra, que nunca ha tenido ese temor de Dios, esa religión única verdadera, ese cristianismo vivificante que penetra todas las facultades del ser y anima el espíritu humano.

El año nuevo se presenta hoy al hombre como una figura velada, severa y misteriosa que aparece en un mundo desconocido y que está iniciada en el secreto de destinos todavía oscuros. Vedla ya en presencia del hombre, como mensajera del cielo, dirigiéndole estas palabras del profeta; *Hé aquí que se abren para ti el camino de la vida y el camino de la muerte.*

Y en efecto, este es el camino de la vida y aquel el camino de la muerte: á nuestra vista se apartan cada vez más uno de

otro, y es preciso optar, es preciso elegir uno de los dos, porque el tiempo nos apremia y nos arrastra.

Muchos guías de diferentes especies se nos ofrecen y nos ruegan que les sigamos, los unos á la derecha, los otros á la izquierda: aquí la razón y la fe, allí la demencia y la sensualidad. En ambos lados se nos ofrece la felicidad, y en ambos se nos exigen sacrificios. La razón y la fe nos dicen: "Sacrificad el tiempo presente á la eternidad donde todas las virtudes y todos los méritos tendrán su valor: la más pura satisfacción será vuestra mejor recompensa." La sensualidad y la demencia dicen: "Sacrificad el porvenir al presente; aun en medio de vuestros extravíos no dejareis de contar días felices."

La bendición y la maldición también se os pondrán de presente para que elijais. Habeis principiado muchas veces el año sin pensar siquiera en ello; habeis vivido con el día y recogido las flores que encontrábais al paso; ¿pero las habeis cogido sin remordimiento? Ah! Vuestras quejas de hoy denuncian que no habeis hallado la felicidad y que todavía estais muy lejos de la verdadera alegría del espíritu. ¿Y quién tiene la culpa? Vos, ó la Providencia?

Hé aquí que pongo á vuestra vista el camino de la vida. Si teneis valor para entrar en él asegurareis una felicidad duradera. En este camino no teneis que temer ni los crueles remordimientos, ni las consecuencias amargas de acciones inconsideradas, ni el dolor de ver encallar vuestros proyectos mejor concebidos; sereis incontrastable en presencia de la calumnia, sereno en los reveses, rico en la pobreza; podeis reiros de las enfermedades; podeis perder amigos infieles sin sentirlos, y aun cuando la muerte os arrebatase los seres más queridos, podeis fijar sobre sus despojos mortales vuestras miradas llenas de celestial alegría. ¿Qué más podeis pedir á esta vida de la tierra? Todo lo demás, todas las horas felices que la divina Providencia os conceda no serán más que un complemento del tesoro de alegrías que habeis encontrado en el camino de la vida.

¿No conceis todavía ese camino? ¿Lo que estais leyendo os hace por ventura el efecto de un frío sermón ó de palabras repetidas? En este caso os compadezco, y me atrevo á anunciaros que llegará el día en que una luz semejante al reflejo del rayo os instruya sobre el sentido de estas palabras. Leereis las líneas que se os han trazado y luégo las olvidareis sin hacer caso de ellas, sin darles mayor importancia, pero llegará el momento que os las recuerde de una manera abrumadora y os dirán también cuál es

ese camino de la vida que ellas os pintan. Como que estais lleno de confianza en el porvenir, no comprendéis, no sospechais de qué lado puede venir á heriros el rayo; pero quién sabe si en el curso de este año, privado de todo honor y de toda consideración, venís á convertirlos quizás en un objeto de burla para vuestros adversarios; quién sabe si este año no está destinado á precipitaros á vos y á vuestra familia en un abismo de miseria ó á haceros descender á él por grados. Antes de que acabe este año vereis tal vez tendida en el féretro á la persona que más amais sobre la tierra; quién sabe si la enfermedad que ha de llevaros al sepulcro, está menos distante de lo que pensais, y si vuestra familia desolada cerrará para siempre vuestros ojos en el momento en que menos lo penseis.

¿Conoceis, en fin, ese camino de la vida en el cual, colocado muy alto sobre las glorias y riquezas pasajeras, conservareis en medio de las más espantosas borrascas una felicidad que os ponga al abrigo del rayo? ¿Quereis sinceramente conocer ese camino?

Abandonad el que habéis seguido hasta hoy; abjurad de los sentimientos que no os han procurado una felicidad real y permanente; morid para el pasado y despojaos de esos vestidos que cubren al hombre viejo; transformaos en hombre nuevo y tratad de que vuestro espíritu se penetre del espíritu divino del que dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

Y nuestro espíritu no puede penetrarse de él, ni identificarse con él, por decirlo así, si no adoptamos los sentimientos de Jesús, apropiándonos sus virtudes apacibles, combatiendo los vicios del alma y abriendo de par en par las puertas de nuestro corazón al amor de Dios. Para obtener este resultado aprendamos á no poner gran precio á los goces terrenos, á dominarnos á nosotros mismos, á preferir la justicia, la verdad y la virtud á nuestro interés personal, á nuestros vanos placeres, á los actos de pura ostentación; aprendamos á levantar incesantemente nuestros ojos hacia la eternidad y á recordar, en medio de nuestras diarias ocupaciones y en el seno de la amistad, que dentro de nosotros habita un huésped inmortal, contemporáneo de todos los santos y heredero del reino de Dios.

¿Os era desconocido este camino? Aprended á conocerlo desde hoy. ¿No habeis tratado alguna vez de trillarlo con perseverancia y sin tomar nunca el desecho? Pues bien, entonces emprended la marcha en este año, vos que habeis hecho tantas tentativas para aseguraros la verdadera felicidad; y si al fin del

año en que acabais de entrar no sentís más satisfacción interior, si no sois más estimado de los hombres, más firme en presencia de los golpes de la suerte; en una palabra, si vuestra dicha no está asentada sobre base más sólida, podeis decir que la religión es una fábula y las promesas de Jesús meros delirios.

No entreis en este nuevo año con la ligereza de una resolución fugitiva, sino con esa perseverancia grave, sin la cual nada grande y formal puede verificarse. Ya conoceis vuestros defectos y debilidades. Las imperfecciones de vuestro carácter y vuestros malos hábitos son los que os han acarreado todos los desagradados de que habeis tenido que quejaros: romped con ellos y oponedles las virtudes contrarias. En esas luchas continuas con vos mismo no sucumbais ante la fatiga; si el combate es rudo, es también pasajero; no desesperéis jamás de vuestra perfección moral si á despecho de vuestra voluntad llega el caso de olvidaros á vos mismo y recaer en vuestra antigua indolencia. Valor, pues; trabajad sin descanso en la tarea de ennoblecer vuestro espíritu. En medio de las multiplicadas distracciones del día, tiene el hombre necesidad de nuevos estimulantes; necesita llamar en su ayuda grandes y poderosas y profundas convicciones religiosas. El corazón desmaya algunas veces; pero la lectura de los libros piadosos é instructivos, la palabra divina, y sobre todo la oración, esa comunicación íntima con la Divinidad, lo alientan y lo fortifican.

Año nuevo y desconocido! Tú no pones, sin duda, ante mis ojos solamente el camino de la vida, sino que á primera hora me abres también el camino de la muerte! Cada instante es un un nuevo paso que doy hacia el sepulcro; pero no es sólo esa muerte la que me amenaza, me amenaza también la muerte del alma.

¿Conoceis el camino de la muerte? Ese camino es el del pecado; el pecado mismo es la muerte del alma, y como el pecado consiste en el amor exagerado á los placeres de los sentidos, el alma encuentra siempre su tumba en el cuerpo, porque la vida está toda entera en la actividad del espíritu. La inacción es una especie de sueño, y la incapacidad para obrar una especie de muerte. El alma, que lleva dentro de sí misma una ley divina, se halla en estado de muerte cuando en lugar de obrar según su ley propia, se convierte en esclava de la carne, y se somete al dominio de las pasiones; se halla en estado de muerte cuando en lugar de la eternidad se propone por objeto los placeres del momento; cuando forma íntima alianza no con Dios si-

no con los bienes transitorios de la tierra; cuando en vez de adoptar por regla de conducta la voz y la ley de su conciencia, la perseverancia en el bien, la benevolencia para con todos los hombres, no tiene más norma ni más pauta que esa prudencia cobarde, siempre pronta á contemporizar con las circunstancias.

¿Conoceis el otro camino que conduce al mismo término? Echad una mirada atrás sobre el que habeis recorrido y en el cual os encontrais hoy todavía al principiarse este nuevo año. En el curso del que acaba de espirar habeis desplegado vuestra actividad en diversos sentidos. ¿Pero esa actividad era realmente la vuestra ó era la de vuestros apetitos la que os dominaba? Habeis trabajado honradamente para ganar vuestra vida y para aumentar vuestra fortuna; pero el bruto también trabaja para procurarse el alimento. No habeis cometido ni robo ni fraude ni violencia alguna, pero sólo el temor del castigo ó de perder vuestra reputación es lo único que os ha detenido para no cometerlos. Habeis contribuido con vuestro peculio para las empresas de utilidad pública, mas el respeto á las conveniencias sociales fué lo que no os dejó obrar de otra manera. Habeis socorrido á los necesitados porque ello os ha sido fácil y poco costoso, ó porque la naturaleza os hizo tan sensible que no podeis soportar el aspecto de la miseria. Os habeis reconciliado con vuestros enemigos porque os era más ventajoso vivir en paz con ellos, ó porque su enemistad podía trastornar vuestros planes. Habeis dado buen consejo á vuestro prójimo porque ello no exigía ningún esfuerzo y porque además vuestro propio interés os aconsejaba dárselo. Por último, ¿vuestra conducta toda revela que hayais marchado sin mira alguna sensual en el camino de la vida? ¿A qué parte de vos mismo será necesario atribuir el honor de esta actividad?

Llevad la mano á vuestra conciencia: fijad en vuestra mente la idea de esa Inteligencia á cuyos ojos vuestra alma es tan transparente como una gota de rocío, y responded con lealtad y franqueza: ¿Habeis sido siempre tan bueno como habeis tratado de parecerlo? ¿Habeis evitado todo lo que vuestro buen sentido moral condenaba? ¿Habeis combatido en vos los defectos que no podeis tolerar en los demás? ¿Ha sido principalmente por vuestros vicios de hábito y de predilección por lo que habeis exigido sacrificios? ¿Cuando todo os incitaba á la cólera habeis sabido conservar vuestra sangre fría? ¿Os habeis decidido por la virtud á medida que la tentación os hacía más violencia? ¿Habeis echado á un lado vuestros propios intereses cuando su sacrificio debía dar para otros un resultado más ventajoso? ¿Ha-

beis, en fin, subordinado en todas vuestras acciones, en todas vuestras empresas vuestro provecho personal al bien de vuestros semejantes? Os quedais como mudo y os avergonzais.—Contemplad el camino que habeis recorrido, y vereis que ese no es el camino de la vida sino el camino de la muerte.

Ah! Sí, es el camino que yo he trillado aun cuando siempre me pareció sentirme impulsado por motivos generosos; ¿será por eso que he buscado en vano el contento, el reposo y la felicidad? Sí! De ahí han venido tantas horas de tristeza y de amargura en el curso del año que ayer no más se despidió de mí. Sin el valor que inspira la virtud he marchado con paso vacilante en el camino de la muerte engañándome á mí mismo por medio de ilusiones engañosas. Cansado estoy de esta mentira que no tiende á otra cosa que á arrebatarme la verdadera vida, mi paz sobre la tierra y mis esperanzas para la eternidad; cansado estoy de todos esos artificios que ofuscan mis ojos y no me dejan ver en Dios y en el mundo sino vanos é indescifrables enigmas.

Dios mio! Al fin de este nuevo año, si es vuestra voluntad que yo viva hasta entonces, dirigiré mi vista sobre el nuevo período de mi vida. El dulce sentimiento que inspira la pureza de las intenciones, el afecto con que los hombres de bien pagan á los que se les parecen, la felicidad que el verdadero cristiano encuentra en pensar en vos y en ofrecer os el incienso de su oración: hé aquí las señales que me harán conocer si he vivido cristianamente. No me abandonéis; bendecidme á mí y á mi familia desde lo alto de vuestro trono; sostened mi resolución con vuestra gracia y mi confianza con vuestra fuerza. Yo os invoco en nombre de Jesús, vuestro Hijo divino, como él me enseñó á hacerlo con sus preceptos y con el ejemplo de su vida.

FIN DEL PRIMER VOLUMEN.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

INDICE

DE LOS ARTICULOS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN.



Al lector.....	I
Advertencia sobre el objeto y uso que debe hacerse de este libro.....	III
La Providencia.....	1
La piedad filial.....	7
Consuelo en la desgracia.....	14
La Calumnia.....	21
En la adversidad.....	29
La madre de familia.....	37
El padre de familia.....	47
El matrimonio.....	57
La incredulidad.....	65
No es difícil ser cristiano.....	73
El lujo.....	81
La concordia civil.....	89
La paz doméstica.....	97
Dulzura y paciencia.....	105
La discreción en las palabras.....	115
La hora de la tentación.....	123
El enfermo.....	131
Religiosidad y juventud.....	139
Las mentiras obligadas.....	149
La ingratitud.....	157
De la inclinación á deprimir á nuestros semejantes.....	165
Ruptura de la amistad.....	173
Nuestras propias ventajas y las de los demás hombres.....	181
La vejez.....	189
Del arte de vivir contento con su suerte.....	197
Las inquietudes domésticas.....	205
Los recién casados.....	213
Nuestro bienestar disminuye.....	221
Los sufrimientos de la patria.....	229
La falsa economía.....	237
De nuestros juicios sobre los acontecimientos públicos.....	245
Influencia de la oración sobre los destinos de la humanidad..	253
Cómo juzga Dios á las naciones.....	261
El valor del sacrificio.....	269
Del respeto por los bienes ajenos.....	277
De la igualdad de carácter.....	285
Para el fin del año.....	293
El año nuevo.....	301

INDICE

DE LOS AUTORES Y EDITORES

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD

EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100116431





